Based on the thrilling video game from BioWare and LucasArts

STAR WARS

THE OLD REPUBLIC

DECEIVED

PAUL S. KEMP

New York Times bestselling author of *Star Wars: Crosscurrent*

Nuestro momento ha llegado. Durante trescientos años nos preparamos; nos volvimos más fuertes mientras vosotros descansabais en vuestra cuna de poder creyendo que vuestra gente estaba segura y protegida.
Confiaron en vosotros para dirigir la República, pero fuisteis engañados, porque nuestros poderes del lado oscuro os han cegado…
Fuisteis engañados y ahora vuestra República caerá.

La segunda novela ambientada en la época de la Antigua República y basada en el juego multijugador masivo online Star Wars: The Old Republic aumenta la acción y trae a los lectores por primera vez cara a cara con un guerrero Sith rival de los más siniestros Señores Oscuros de la Orden: Darth Malgus, el misterioso Sith enmascarado de los muy populares trailers del juego «Deceived», «Hope» y también «Return».

Malgus derribó el Templo Jedi en Coruscant en un brutal asalto que conmocionó a la galaxia. Pero si la guerra lo coronó como el más oscuro de los héroes Sith, la paz lo transformaría en algo mucho más atroz; algo que Malgus nunca querría ser, pero no puede detener, más de lo que puede detener a la granuja Jedi que se le acerca rápidamente.

Su nombre es Aryn Leneer, y el solitario caballero que Malgus mató en la feroz batalla por el Templo Jedi era su maestro. Y ahora ella va a averiguar qué le pasó, incluso si eso significa romper todas las reglas del libro.





Engañados

Paul S. Kemp



LEYENDAS

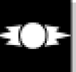
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *The Old Republic: Deceived*

Autor: Paul S. Kemp

Arte de portada: Marek Okoń

Publicación del original: marzo 2011

3653 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: Satele88, condeyasha

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

29.01.16

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Para Jen, and Riordan, y Roarke

AGRADECIMIENTOS

Mis gracias a Shelly, Sue, Leland, y David, por toda su ayuda y apoyo.

DRAMATIS PERSONAE

Adraas; Lord Sith (humano)
Angral; Lord Sith (humano)
Arra Yooms; Niña (humana)
Aryn Leneer; Caballero Jedi (humana)
Eleena; sirviente (mujer Twi’lek)
Malgus; Lord Sith (humano)
Ven Zallow; Maestro Jedi (hombre, especie desconocida)
Vrath Xizor; mercenario (humano)
Zeerid Korr; contrabandista (humano)

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…


DAY ONE



EL GORDO TEMBLÓ, su metal crujiendo, conforme Zeerid la empujaba a través de la atmósfera de Ord Mantell. La fricción convertía el aire en fuego, y Zeerid veía el brillo naranja de las llamas a través del transpariacero de la cabina de mandos del carguero.

Estaba agarrando la palanca demasiado fuerte, se dio cuenta, y se relajó.

Odiaba las entradas en la atmósfera, siempre las había odiado, la larga cuenta hasta cuarenta cuando el calor, la velocidad y las partículas ionizadas causaban un bloqueo temporal de los sensores. Nunca sabía qué tipo de cielo encontraría cuando salía de la oscuridad. Antes, cuando conducía en los comandos del Escuadrón Caos en un saltador de hondonadas de la República, a él y a sus compañeros pilotos les gustaba el apagón de sumergirse a ciegas en un acantilado costero.

Siempre esperas golpear contra el agua profunda, decían. Pero tarde o temprano te encuentras con la marea baja y te estrellas contra las rocas.

O fuerte contra un abrasador fuego cruzado. No importaba, en realidad. El efecto sería el mismo.

—Salir de la oscuridad —dijo conforme las llamas disminuían y el cielo se abría abajo.

Nadie agradecía las palabras. Él volaba al Gordo solo, trabajaba solo. Las únicas cosas que cargaba ya eran armas para El Intercambio. Tenía sus motivos, pero trataba de no pensar demasiado en lo que estaba haciendo.

Hizo descender la nave, enderezándola, y ejecutó un barrido rápido en el cielo de alrededor. Los sensores no indicaban nada.

—Agua profunda y se siente bien —dijo él, sonriendo.

En la mayoría de planetas, el momento en que alcanzaba la atmósfera habría estado ocupado evitando ser interceptado por el gobierno planetario. Pero no en Ord Mantell. El planeta era un nido de sindicatos del crimen, mercenarios, caza-recompensas, contrabandistas, vendedores de armas, y traficantes de especia.

Y aquellos simplemente eran la gente que dirigía el lugar.

Las guerras de bandas y asesinatos ocupaban su atención, no el gobierno, y con seguridad no el refuerzo de la ley. Las latitudes superiores e inferiores del planeta en particular estaban habitadas de forma dispersa y casi nunca eran patrulladas, literalmente era una tierra de nadie. Zeerid habría estado sorprendido si el gobierno tuviera satélites de sondeo en órbita sobre el área.

Y todo eso encajaba bien con él.

El Gordo rompió a través de un fino banco de nubes rosas, y el hemisferio norte marrón, azul, y blanco de Ord Mantell llenó el campo de visión de Zeerid. La nieve y el hielo ametrallaban la zona superior, metralla congelada, golpeando con un ritmo constante el casco del Gordo. El sol poniente cubría una gran franja del mundo de naranja

y rojo. El mar del norte se agitaba bajo él, agitado y oscuro, los círculos blancos irregulares del oleaje rompiendo y denotando las miles de islas inexploradas que se hincaban en la superficie del agua. Al oeste, lejos en la distancia, podía averiguar el borde neblinoso de un continente y la fina columna de montañas cubiertas de nieve, con nubes en lo alto que recorrían su eje norte-sur.

El movimiento atrajo su mirada. Una bandada de alasdecuero, demasiado pequeña para provocar una señal en el sensor, volaron doscientos metros hacia estribor y bien por debajo de él, la superficie de sus enormes alas, membranosas aleteando lentamente en el viento helado, el arco de la bandada como un paréntesis. Estaban dirigiéndose al sur en busca de aire más cálido y no le prestaron atención conforme volaban sobre él y pasándole, sus ojos inanimados, negros, parpadeando contra la nieve y el hielo.

Tiró de los motores iónicos y ralentizó hacia adelante. Un bostezo luchó por salir entre sus dientes. Se levantó y trató de hacer desvanecer la fatiga, pero era tan tenaz como un bantha enfadado. Había puesto la nave en piloto automático y se echó una cabezada durante el viaje por el hiperespacio desde Vulta, pero aquel fue el único trasiego que había tenido en los últimos dos días estándar. Le estaba alcanzando.

Él rascó la zona incipiente de su barba, se frotó la parte trasera de su nuca, y conectó las coordenadas de entrega en el ordenador de navegación. El ordenador le enlazó con uno de los satélites geosincrónicos inseguros y le retroalimentó con la localización y ruta para el Gordo. La PVE[1] de Zeerid lo desplegó en la superficie de la cabina de mandos. Él vio la localización y puso un dedo en su destino.

—Una isla sobre la que nadie ha oído hablar nunca, arriba donde no va nunca nadie. Suena correcto.

Zeerid giró la nave sobre el piloto automático, y le llevó hacia la isla.

Su mente deambulaba conforme el Gordo cortaba el cielo. El golpeteo regular del hielo y la nieve en la parte superior le cantaban una nana. Sus pensamientos se elevaban sobre las nubes hacia el pasado, a los días antes del accidente, antes de que dejara la marina. Entonces había llevado el uniforme con orgullo y todavía era capaz de mirarse al espejo…

Se atrapó a sí mismo, atrapó la auto-compasión floreciente, y detuvo los pensamientos en frío. Sabía a dónde le llevarían.

—Guárdate eso, soldado —se dijo a sí mismo.

Él era lo que era, y las cosas eran lo que eran.

—Céntrate en el trabajo, Zeta.

Comprobó su localización con las coordenadas en el ordenador de navegación. Casi estaba.

—Cambia de marchas y congélate —dijo él, haciendo eco de las palabras que solía decir a sus comandos—. Noventa segundos para la ZA[2].

---

[1] Presentación Visual de Encabezamiento, HUD en el original (Heads Up Display)
[2] Zona de Aterrizaje, LZ en el original (Landing Zone)

Continuó con su ritual, comprobando la carga de sus blásters, apretando el cinturón del chaleco de su armadura compuesta, poniendo en orden su mente.

Adelante, vio la isla donde haría la entrega: diez klicks cuadrados de roca volcánica flanqueada por unos matorrales mal cortados hasta la cintura balanceándose por el viento. El lugar probablemente desaparecería bajo el agua el próximo año.

Disminuyó el ángulo, voló en un amplio círculo, incapaz de ver muchos detalles con la nieve. Ejecutó un barrido de escáner, como siempre, y el trino de sus instrumentos le sorprendió. Ya había una nave en la isla. Comprobó su crono de muñeca y vio que llegaba veinte minutos estándar pronto. Había hecho esta ruta tres veces y Arigo —estaba seguro de que el nombre real del hombre no era Arigo— nunca había llegado antes de hora.

Descendió a unos pocos metros para tener una mejor visión.

El carguero de Arigo, la Perrera, tenía una forma no muy distinta al cuerpo de un escarabajo sin patas, sentado en un claro al lado este de la isla. Su rampa de aterrizaje estaba bajada y salía de su vientre como una lengua. Los halógenos brillaban en el crepúsculo desvaneciéndose y se reflejaban en la nieve cayendo, convirtiendo los copos en joyas brillantes. Vio tres hombres que permanecían alrededor de la rampa, aunque estaba demasiado lejos para darse cuenta de cualquier detalle que no fueran sus anoraks blancos de invierno.

Avistaron el Gordo, y uno de ellos movió una mano enguantada.

Zeerid lamió sus labios y frunció el ceño.

Algo olía mal.

Bengalas se elevaban desde el carguero e incendiaban el aire… verde, rojo, rojo, verde.

Era la secuencia correcta.

Hizo un círculo una vez más, mirando abajo a través del remolino de nieve, pero no vio nada que le alarmara, ninguna otra nave en la isla o en el mar de alrededor. Él apartó a un lado su preocupación y achacó sus sentimientos a la tensión normal causada por tratar con malhechores y criminales.

En cualquier caso, no podía permitirse echar a perder una entrega de varios cientos de millones de créditos de hardware porque se sentía inquieto. El comprador definitivo —quienquiera que fuera— no estaría contento, y El Intercambio se cobraría las ganancias perdidas de Zeerid en sangre y huesos rotos, entonces lo sumarían a la deuda que ya les debía. Había perdido la cuenta de cuánto era, pero sabía que era por lo menos dos millones de créditos por el Gordo, más casi la mitad de eso de nuevo por los adelantos para el tratamiento médico de Arra, aunque había mantenido la existencia de Arra en secreto y su encargado pensaba que esto último era por deudas de juego.

—ZA segura. —Esperaba que diciéndolo lo haría realidad—. Yendo para allá.

El zumbido de los propulsores invertidos y un remolino de la nieve arrastrada presagiaban el golpe del Gordo tocando la roca. Aterrizó a menos de cincuenta metros de la nave de Arigo.

Por un momento se sentó en la cabina de mandos, perfectamente tranquilo, mirando a la nieve caer, sabiendo que habría otra entrega tras esta, entonces otra, entonces otra, y él todavía le debería al Intercambio más de lo que jamás sería capaz de pagar. Estaba girando en una rueda sin tener ni idea de cómo bajarse. Sin embargo, no le importaba. El objetivo era ganar para Arra, quizás conseguirle una silla flotante en lugar de esa antigüedad con ruedas. Mejor aún, prótesis.

Él resopló, se puso en pie, y trató de encontrar la calma conforme se ponía un anorak de invierno y unos guantes sin dedos. En el contenedor del cargamento, tenía que encontrar su camino a través del laberinto de los contenedores de embarque. Evitaba mirar directamente al letrero grueso negro en su lateral, aunque sabía de corazón, que había visto estas cajas muchas veces durante su carrera militar.

PELIGRO — MUNICIÓN.
SÓLO PARA USO MILITAR.
MANTENER ALEJADO DEL CALOR INTENSO
U OTRAS FUENTES DE ENERGÍA.

En las cajas había cañones láser de uso en equipo con valor de hasta trescientos millones de créditos, MPAPPs, granadas, y suficiente munición para mantener hasta el equipo de fuego más loco sonriendo y pecando durante meses.

Cerca de la rampa de aterrizaje del muelle, vio que tres de los cuatro cinturones de seguridad se habían aflojado de una de las cajas de granadas. Tenía suerte de que la caja no se hubiera volcado durante el viaje. Quizás los cinturones se habían soltado cuando descendió a la isla. Prefirió creer eso antes que admitir su propia chapuza.

No se molestó en reatar los cinturones. Los hombres de Arigo habrían tenido que deshacerlos para descargar de todos modos.

Aflojó sus blásters en sus fundas y presionó el botón para abrir el muelle y bajar la rampa. La puerta descendió y la nieve y el frío soplaron hacia adentro, el sabor fuerte de la sal del océano. Él caminó hacia el viento. La luz del sol poniente le hacía entornar los ojos. Había estado sólo en luz artificial durante más de doce horas. Sus botas crujían en la roca negra manchada de nieve. Sus exhalaciones se vaporizaban en el viento.

Dos de los hombres del carguero de Arrigo se separaron de su nave y se encontraron con él a medio camino. Ambos eran humanos y tenían barba. Uno tenía un parche en un ojo y una cicatriz como un rayo golpeándole en una mejilla. Ambos llevaban blásters en sus caderas. Como Zeerid, ambos tenían los cinturones traseros desatados.

El no reconocer a ninguno de ellos reavivó las preocupaciones anteriores de Zeerid. Tenía una buena memoria para las caras, y ambos hombres eran extraños.

La entrega estaba empezando a saberle amarga.

—¿Dónde está Arigo? —preguntó Zeerid.

—Haciendo lo que hace Arigo —dijo Cicatriz, e hizo un gesto vago—. Nos mandó en su lugar. Sin preocupaciones, aún así, ¿verdad?

Sin Cicatriz movía sus pies, ansioso, nervioso.

Zeerid asintió, mantuvo su cara sin expresión conforme su ritmo cardíaco se incrementaba y la adrenalina empezaba a hacerle entrar en calor. Todo olía mal, y había aprendido con los años a confiar en su sentido del olfato.

—¿Tú Zeerid? —preguntó Cicatriz.

—Zeta.

Nadie le llamaba Zeerid excepto su cuñada.

Y Aryn, una vez. Pero Aryn fue hace mucho tiempo.

—Zeta —repitió Sin Cicatriz, moviendo sus pies y medio riéndose.

—¿Te parece gracioso? —le preguntó Zeerid.

Antes de que Sin Cicatriz pudiera contestar, Cicatriz preguntó:

—¿Dónde está el cargamento?

Zeerid miró pasando los dos hombres ante él hacia el tercero, que permanecía junto a la rampa de aterrizaje de la nave de Arigo. El lenguaje corporal del hombre —demasiado centrado en el intercambio verbal, demasiado arrollado— reforzaba las preocupaciones de Zeerid. Le recordó a Zeerid la forma en la que los novatos se veían cuando se enfrentaban a los imperiales por primera vez, todo actitud y gatillo flojo.

La sospecha se convirtió en certeza. La entrega no sólo olía mal, iba mal.

Arigo estaba muerto, y la tripulación ante él trabajaba para alguna otra facción de Ord Mantell, o trabajaba para alguna organización al margen del Intercambio. De cualquier modo. No le importaba a Zeerid. Nunca le había importado seguir quién luchaba contra quién, él simplemente no confiaba en nadie.

Pero lo que le importaba era que los tres hombres que se encontraban frente a él probablemente habían torturado a Arigo para extraerle información y que matarían a Zeerid tan pronto como confirmaran la presencia del cargamento.

Y aún podía haber más hombres escondidos a bordo del carguero.

Parecía que había descendido desde el apagón atmosférico hacia un fuego cruzado después de todo.

¿Qué más era nuevo?

—¿Por qué llamar esa nave Gordo? —preguntó Sin Cicatriz. Arigo les debía haber dicho el nombre de la nave de Zeerid porque el Gordo no llevaba marcas de identificación. Zeerid usaba registros de naves falsos en casi cada planeta donde había aterrizado.

—Porque lleva un montón de tiempo llenar su tripa.

—Las naves son ellas, sin embargo. ¿No? ¿Por qué no Gorda?

—Parecía irrespetuoso.

Sin Cicatriz frunció el ceño.

—¿Huh? ¿Para quién?

Zeerid no se molestó en contestar. Todo lo que quería era hacer la entrega de munición, retirar algo de su deuda del Intercambio, y volver con su hija antes de que tuviera que volver a la negrura y ensuciarse de nuevo.

—¿Algo mal? —preguntó Cicatriz, su tono receloso—. Pareces preocupado.

—No —dijo Zeerid, y forzó media sonrisa—. Todo es lo mismo de siempre.

Los hombres enlucieron sonrisas de incertidumbre, inseguros del significado de Zeerid.

—Cierto —dijo Cicatriz—. Lo mismo de siempre.

Sabiendo cómo irían las cosas, Zeerid sintió la calma que normalmente sentía cuando el peligro acechaba. Él tuvo un destello de la cara de Arra por un momento, en lo que haría ella si él muriera en Ord Mantell, en una isla sin nombre. Él empujó fuera esos pensamientos. Sin distracciones.

—El cargamento está en el muelle principal. Manda a tu hombre. La nave está abierta.

La expresión en las caras de ambos hombres se endureció, el cambio era casi imperceptible pero claro para Zeerid, una transformación que traicionaba su intento de asesinato. Cicatriz ordenó a Sin Cicatriz que comprobara el cargamento.

—Necesitará un elevador —dijo Zeerid, preparándose a sí mismo, centrándose en la velocidad y la precisión—. Esa cosa no es de unos pocos kilos.

Sin Cicatriz se detuvo al alcance de Zeerid, mirando atrás a Cicatriz por instrucción, su expresión insegura.

—Nah —dijo Cicatriz, su mano flotaba cerca de su pistolera, un movimiento demasiado casual para ser casual—. Sólo quiero que se asegure de que está todo allí. Entonces dejaré que mi gente lo sepa para hacer el pago.

Él levantó su brazo como para enseñarle a Zeerid un comunicador de muñeca, pero el anorak lo cubría.

—Está todo allí —dijo Zeerid.

—Vamos —dijo Cicatriz a Sin Cicatriz—. Compruébalo.

—Oh —dijo Zeerid, y chasqueó sus dedos—. Hay otra cosa …

Sin Cicatriz suspiró, se detuvo, le encaró, cejas alzadas a forma de pregunta, el aliento vaporizándose fuera de sus fosas nasales.

—¿Qué es eso?

Zeerid hizo un cuchillo de su mano izquierda y llevó las puntas de sus dedos hacia el interior de la garganta de Sin Cicatriz. Mientras que Sin Cicatriz se arrugaba en la nieve, atragantándose, Zeerid acariciaba uno de sus blásters fuera de su funda de la cadera y hacía un agujero en el pecho de Cicatriz antes de que el hombre pudiera hacer algo más que dar un paso atrás sorprendido y poner su mano en la empuñadura de su propia arma. Cicatriz se pasmó dos pasos atrás más, su boca trabajando pero sin hacer ningún ruido, su brazo derecho alzado, palma fuera, como si pudiera detener el disparo que ya le había matado.

Conforme Cicatriz se derrumbaba en el suelo, Zeerid disparó a ciegas al tercer hombre cerca de la rampa de aterrizaje de la Perrera, pero falló. El tercer hombre se encogió junto a la Perrera, sacó su pistola bláster, y gritó por un comunicador de muñeca. Zeerid vio movimiento dentro del muelle de carga de la nave de Arigo: más hombres con malas intenciones.

No había forma de saber cuántos.

Él maldijo, disparó un fuego de cobertura, entonces se giró y corrió hacia el Gordo. Un disparo bláster puso un surco negro humeante a través de la tela de su anorak pero no llegó a la carne. Otro alcanzó el casco del Gordo. Un tercer disparo le golpeó directo en la espalda. Se sentía como ser atropellado por un speeder. El impacto condujo el aire de sus pulmones y lo puso de cara a la nieve.

Olía a humo. Su chaleco armado había absorbido el disparo.

La adrenalina le hizo ponerse en pie tan rápido como había caído. Jadeando, tratando de llenar de nuevo sus pulmones, se agachó tras un patín de aterrizaje para cubrirse y barrió la nieve de su cara. Hincó su cabeza fuera por un momento para mirar atrás, vio que Sin Cicatriz había parado de atragantarse y empezaba a morir, que Cicatriz seguía educadamente tranquilo, y que seis hombres más se deslizaban hacia él, dos armados con rifles bláster y el resto con pistolas.

Su armadura no detendría el rayo de un rifle.

Un disparo golpeó en el patín de aterrizaje, otro en la nieve a sus pies, otro, otro.

—¡Stang! —maldijo él.

La seguridad de la rampa de aterrizaje del Gordo y su muelle de carga, a sólo unos pasos de él, de algún modo parecía a diez kilómetros de distancia.

Él cogió un bláster en cada mano, apretó sus brazos alrededor de cada lado del patín de aterrizaje, y disparó tan rápido como pudo apretando el gatillo en la dirección de los hombres atacantes. No podía ver y no le importaba si le daba a alguien, sólo los quería en el suelo. Después de que apretara más de una docena de disparos sin fuego en respuesta, salió disparado desde detrás del patín y hacia la rampa.

La alcanzó antes de que los disparadores se recuperaran lo suficiente para que aflojaran otra barrera. Unos pocos rayos le cazaron en su camino hacia la rampa, cortando el metal. Chispas volaban y el olor del plastoide fundido se mezclaba con el aire del océano. Corrió pasando el botón para elevar la rampa, lo golpeó, y se apresuró hacia la cabina de mandos. Sólo después de que casi alcanzara el muelle de carga se dio cuenta de que no estaba escuchando el zumbido de los engranajes girando.

Él empezó a dar vueltas, maldito.

Con sus prisas, no había apretado el botón para elevar la rampa de aterrizaje.

Escuchó gritos del exterior y no se atrevió a volver. Podía cerrar el muelle desde el panel de control en la cabina de mandos. Pero tenía que darse prisa.

Corrió a toda prisa por los pasillos del Gordo, abrió con el hombro la puerta a la cabina de mandos y empezó a introducir la secuencia de lanzamiento. Los propulsores del Gordo se avivaron y la nave se tambaleó hacia arriba. Fuego de bláster golpeaba el casco pero no lo dañaba. Trató de mirar abajo fuera de la parte superior, pero la nave estaba en un ángulo hacia arriba y no podía ver el suelo. Presionó los controles para moverlo hacia delante y escuchó el chirrido distante del metal contra metal. Venía del muelle de carga.

Algo se estaba deslizando por allí.

El contenedor suelto de granadas.

Y él todavía había olvidado sellar el muelle.

Maldiciéndose por ser tonto, activó el interruptor que subiría la rampa y sellaría el muelle de carga y lo vaciaría de oxígeno. Si alguien había subido a bordo, sería sofocado allí.

Tomó los controles manuales y encendió los motores del Gordo. La nave se disparó hacia arriba. Él la giró conforme ascendía, echó un vistazo hacia la isla.

Por un momento estaba confuso con lo que vio. Pero la comprensión le iluminó.

Cuando el Gordo se tambaleó hacia arriba y adelante, los cinturones que quedaban asegurando el contenedor de granadas se habían soltado y todo el contenedor de embarque se había deslizado fuera de la rampa de aterrizaje abierta.

Tenía suerte de que no hubiera explotado.

Los hombres que le habían emboscado estaban reunidos junto a la caja, probablemente preguntándose qué había dentro. Un conteo rápido indicaba que eran seis, así que imaginó que ninguno se había colado dentro del Gordo. Y ninguno de ellos parecía ir yendo hacia la nave de Arigo, así que Zeerid asumió que no tenían intención de perseguirle por el aire. Quizás estaban contentos con el contenedor.

Principiantes, entonces. Piratas, quizás.

Zeerid sabía que tendría que responder ante Oren, su encargado, no sólo por el negocio que había ido mal sino también por las granadas perdidas.

Esta kriffida rueda sólo continúa más y más rápido.

Consideró poner los motores iónicos del Gordo a toda potencia, evitando la gravedad de Ord Mantell, y dirigirse al hiperespacio, pero cambió de opinión. Estaba molesto y pensó que tenía una idea mejor.

Le dio la vuelta al carguero y aceleró.

—Armas reavivándose —dijo él, y activó los cañones de plasma superiores e inferiores instalados en los laterales del Gordo.

Los hombres en el suelo, habiendo asumido que huiría, no se dieron cuenta de que venía hasta que se acercó a quinientos metros. Las caras mirándole hacia arriba, manos señalando, y los hombres empezaron a revolverse. Unos cuantos disparos de bláster de uno de los hombres trazaron sus líneas rojas a través del cielo, pero un bláster no podía dañar la nave.

Zeerid centró la puntería. El ordenador de objetivos centrado en la caja.

—ZA caliente —dijo él, y los iluminó. Durante un instante líneas naranjas pulsantes conectaron la nave con la isla, la nave con la caja de granadas. Entonces, conforme las granadas explotaban, las líneas afloraban en una nube naranja de calor, luz, y humo que englobaba el área. La metralla golpeteaba contra la parte superior, metal esta vez, no hielo, y la ola de choque estremeció al Gordo levemente conforme Zeerid paraba la nave y se dirigía hacia el cielo.

Miró atrás, vio seis formas, sin movimiento, humeantes y dispersas alrededor del radio de explosión.

—Eso fue por ti, Arigo.

Todavía tendría que dar explicaciones, pero al menos se había encargado de los forajidos. Tenía que valer de algo para El Intercambio.

O eso esperaba.

DARTH MALGUS CAMINABA A PASO LARGO POR LA CINTA TRANSPORTADORA, el golpeteo regular de sus botas en el pavimento eran el tic-tac de un crono haciendo la cuenta atrás para el tiempo que le quedaba a la República.

Speeders, swoops, y coches aéreos rugían sobre él en riachuelos sin fin, el sistema circulatorio motorizado del corazón de la República. Rascacielos, puentes, ascensores, y plazas cubrían la superficie completa de Coruscant hasta una altura de kilómetros, todos ellos adornos de una civilización rica, decadente, una funda que busca ocultar la podredumbre en el capullo de duracreto y transpariacero.

Pero Malgus olía la descomposición bajo la fachada, y les enseñaría el precio de la debilidad, de la complacencia.

Pronto todo arderá.

Él asolaría Coruscant. Lo sabía. Lo había sabido por décadas.

Los recuerdos flotaban desde las profundidades de su mente. Recordó su primer peregrinaje a Korriban, recordó la profunda sensación de santidad que sintió conforme caminaba en aislamiento a través de sus desiertos rocosos, a través de los cañones polvorientos alineados con las tumbas de sus antepasados Sith antiguos. Había sentido la Fuerza por todas partes, estaba exultante de ella, y en su aislamiento le había mostrado una visión. Había visto sistemas en llamas, la caída de un gobierno que abarcaba galaxias.

Había creído entonces, había sabido en ese momento y desde entonces, que la destrucción de los Jedi y su República recaería sobre él.

—¿En qué estás pensando, Veradun? —le preguntó Eleena.

Sólo Eleena le llamaba por su nombre de pila, y sólo cuando estaban solos. Disfrutó de la forma suave en que enroscaba las sílabas en su lengua y labios, pero no lo toleraba de nadie más.

—Estoy pensando en fuego —dijo él, odiaba el respirador que amortiguaba parcialmente su voz.

Ella caminaba tras él, tan hermosa y peligrosa como un lanvarok elegantemente construido. Ella cloqueó su lengua ante sus palabras, le miró de reojo, pero no dijo nada. Su piel lavanda parecía luminiscente en el sol poniente.

Las multitudes se amontonaban en la plaza en la que caminaban, riendo, gruñendo, hablando. Una niña humana, una chica joven, captó la mirada de Malgus cuando ella chillaba divertida y corría a los brazos de una mujer de pelo oscuro, presumiblemente su madre. La chica debió sentir su mirada. Le miró por encima del hombro de su madre, su pequeña cara se contrajo en una pregunta. Él la miró conforme caminaba y ella apartó la mirada, enterrando su cara en el cuello de su madre.

Aparte de la chica, nadie más se fijó en su paso. Los ciudadanos de la República se sentían a salvo tan profundamente en el Núcleo, y el número puro de seres en Coruscant le garantizaban el anonimato. Caminó sobre su presa, encapuchado, protegido bajo su capa, sin ser notado y desconocido, pero cargado de propósito.

—Es un mundo hermoso —dijo Eleena.

—No por mucho tiempo.

Sus palabras parecían asustarla, pese a que él no podía imaginar por qué.

—Veradun …

Él la vio asimilarlo, apartando la mirada. Cualquier palabra que ella intentara utilizar tras su nombre parecía atascarse en la cicatriz que arruinaba su garganta.

—Debes decir lo que piensas, Eleena.

Ella todavía miraba a un lado, asimilando el escenario de su alrededor, como si memorizara Coruscant antes de que Malgus y el Imperio lo incendiaran.

—¿Cuándo acabará la lucha?

La premisa de la pregunta le confundía.

—¿A qué te refieres?

—Tu vida es la guerra, Veradun. Nuestra vida. ¿Cuándo acabará? No puede ser siempre así.

Él asintió entonces, entendiendo el sabor de la conversación que venía. Ella intentaría disimular su sabiduría percibida por ella misma tras preguntas. Como normalmente, tenía dos pensamientos sobre ello. Por una parte, ella sólo era una sirviente, una mujer que le proveía de compañía cuando él lo deseaba. Por otra parte, ella era Eleena. Su Eleena.

—Tú eliges luchar a mi lado, Eleena. Has matado a muchos en nombre del Imperio.

La piel lavanda de sus mejillas se oscureció a morado.

—No he matado por el Imperio. Yo lucho, y mato, por ti. Tú lo sabes. Pero tú… ¿tú luchas por el Imperio? ¿Sólo por el Imperio?

—No. Lucho porque es para lo que estoy hecho y el Imperio es el instrumento a través del cual realizo mi propósito. El Imperio es guerra manifiesta. Es por eso por lo que es perfecto.

Ella agitó su cabeza.

—¿Perfecto? Millones mueren en sus guerras. Billones.

—Seres mueren en la guerra. Es el precio que se debe pagar.

Ella miró a un grupo de niños que seguían a un adulto, quizás a un profesor.

—¿El precio por qué? ¿Por qué una guerra constante? ¿Por qué una expansión constante? ¿Qué es lo que quiere el Imperio? ¿Qué es lo que quieres?

Tras su respirador, sonrió como debía hacerlo cuando le entretenían las preguntas de una niña precoz.

—Querer no es la cuestión. Sirvo a la Fuerza. La Fuerza es conflicto. El Imperio es conflicto. Los dos son congruentes.

—Hablas como si fueran matemáticas.

—Lo son.

—Los Jedi no lo creen.

Él abatió un destello de rabia.

—Los Jedi sólo entienden la Fuerza parcialmente. Algunos de ellos son incluso poderosos en su uso. Pero fallan en comprender la naturaleza fundamental de la Fuerza, que es el conflicto. Que exista un lado luminoso y un lado oscuro es una prueba de esto.

Creyó que la conversación había acabado, pero ella no cedió.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué el conflicto? ¿Por qué existiría la Fuerza para fomentar el conflicto y la muerte?

Él suspiró, agitándose.

—Porque los supervivientes del conflicto pasan a entender la Fuerza de forma más profunda. Su entendimiento evoluciona. Es propósito más que suficiente.

Su expresión mostró que ella todavía no entendía. Su tono se agudizaba conforme su exasperación crecía.

—El conflicto conduce a un entendimiento más perfecto de la Fuerza. El Imperio se expande y crea conflicto. En ese sentido, el Imperio es un instrumento de la Fuerza. ¿Lo ves? Los Jedi no entienden esto. Usan la Fuerza para reprimirse a sí mismos y a otros, para reforzar su versión de tolerancia, armonía. Son imbéciles. Y ellos lo verán después de hoy.

Por un tiempo, Eleena no dijo nada, y el zumbido y temblor de Coruscant llenaba el silencio que se extendía entre ellos. Entonces finalmente habló, sonaba como la niña triste que había rescatado por primera vez de los rediles de esclavos de Geonosis.

—¿La guerra constante será tu vida? ¿Nuestra vida? ¿Nada más?

Él entendió al fin sus motivos. Ella quería que su relación cambiara, lo quería, también, para evolucionar. Pero su dedicación a la perfección del Imperio, la cual le permitió perfeccionar su entendimiento de la Fuerza, descartó cualquier unión preeminente.

—Soy un guerrero Sith —dijo él.

—¿Y las cosas entre nosotros siempre serán como son?

—Maestro y sirviente. ¿Eso te disgusta?

—Tú no me tratas como tu sirviente. No siempre.

Él utilizó una dureza que no sentía arrastrarse por su voz.

—Aún así una sirvienta es lo que eres. No lo olvides.

La piel lavanda de sus mejillas se oscureció a morada, pero no con vergüenza, con rabia. Ella se paró, se giró, y miró directamente a su cara. Él se sentía como si la capucha y el respirador que llevaba no ocultaran nada de ella.

—Conozco tu naturaleza mejor de lo que te conoces a ti mismo. Te cuidé tras la Batalla de Alderaan, cuando caíste medio muerto por esa bruja Jedi. Dices esas palabras en serio, conflicto, evolución, perfección, pero la convicción no alcanza tu corazón.

Él la miró, los dos tallos gemelos de sus lekku enmarcando la encantadora simetría de su cara. Ella mantuvo su mirada, inquebrantable, la cicatriz que le tiraba de su garganta era visible bajo su collar.

Atacado por su belleza, la agarró por la muñeca y tiró de ella hacia él. Ella no se resistió y presionó sus curvas contra él. Él retiró su respirador a un lado y la besó con sus labios arruinados, la besó fuerte.

—Quizás no me conoces tan bien como imaginas —dijo él, su voz ya no amortiguada por el filtro mecánico de su respirador.

Cuando era un niño, había matado a una sirviente Twi'lek en la casa de su padre adoptivo, su primer asesinato. Había cometido alguna ofensa menor que ya no podía recordar y que nunca había importado. No la había matado a causa de su fechoría. La había matado para asegurarse a sí mismo que podía matar. Él todavía recordaba el orgullo con el que su padre adoptivo contemplaba el cuerpo de la Twi'lek. Poco después, Malgus había sido mandado a la Academia Sith en Dromund Kass.

—Creo que te conozco —dijo ella, desafiante.

Él sonrió, ella sonrió, y él la liberó. Volvió a colocar su respirador y comprobó el crono en su muñeca.

Si todo iba como tenían planeado, la red defensiva caería en unos momentos.

Un arrebato de emoción le atravesó, nacido con la seguridad de que su vida entera tenía por propósito la próxima hora, que la Fuerza le había traído al momento en que él ingeniaría la caída de la República y el ascenso del Imperio.

Su comunicador recibió un mensaje. Tecleó una clave para desencriptarlo.

«Está hecho», decían las palabras.

La Mandaloriana había hecho su trabajo. No conocía el nombre real de la mujer, así que para él se había convertido en un título, la Mandaloriana. Él sólo sabía que ella trabajaba por dinero, odiaba los Jedi por algún motivo personal que sólo conocía ella misma, y extraordinariamente habilidosa.

El mensaje le decía que la red defensiva del planeta se había apagado, aunque ninguno de los miles de pensantes que compartían la plaza con él parecía al tanto. No había sonado ninguna alarma. Las naves militares y de seguridad no estaban corriendo por el cielo. Las autoridades civiles y militares eran inconscientes del hecho de que la red de seguridad de Coruscant había sido comprometida.

Pero se darían cuenta dentro de poco. Y no creerían lo que sus instrumentos les decían. Ejecutarían una comprobación para determinar si sus lecturas eran precisas.

Para entonces, Coruscant estaría en llamas.

«Nos estamos moviendo», introdujo en el dispositivo. Encuéntrate con nosotros dentro.

Lanzó una mirada alrededor, a los niños y sus padres jugando, riendo, comiendo, todo el mundo viviendo sus vidas, sin percatarse de que todo iba a cambiar.

—Ven —le dijo a Eleena, y comenzó a caminar. Su capa se agitaba a su alrededor. De igual forma, también, su rabia.

Momentos después recibió otra transmisión codificada, esta de una de las naves de entrega secuestradas.

«Salto completo. Aproximándonos. Llegada en noventa segundos».

Adelante, vio las cuatro torres rodeando las gradas apiladas del Templo Jedi, su piedra antigua tan naranja como el fuego a la luz del sol poniente. Los civiles parecían rehuir de ella, como si fuera un lugar sagrado más que uno sacrílego.

Él lo reduciría a ruinas.

Caminó adelante y el destino caminaba a su lado.

Estatuas de Maestros Jedi hace tiempo muertos se alineaban en las proximidades de las enormes puertas del Templo. El sol poniente afilaba las formas tenebrosas de las estatuas sobre el duracreto. Caminó a través de las sombras y pasándolas, se fijó en algunos nombres: Odan-Urr, Ooroo, Arca Jeth.

—Habéis sido engañados —les susurró—. Vuestro tiempo ha pasado.

La mayoría de los Maestros de la Orden Jedi se habían ido, tanto para participar en la farsa de las negociaciones en Alderaan o para proteger los intereses de la República fuera del planeta, pero el Templo no estaba del todo desprotegido. Tres soldados uniformados de la República, rifles bláster en mano, permanecían observantes cerca de las puertas. Él percibió a dos más en una repisa a su izquierda.

Eleena se tensó a su lado, pero no vaciló.

Él comprobó su crono de nuevo. Cincuenta y tres segundos.

Los tres soldados, alerta, le vieron a él y a Eleena acercándose. Uno de ellos habló a un comunicador de muñeca, quizás preguntando a un centro de comandos del interior.

No sabrían que hacer con Malgus. Pese a la guerra, se sentían seguros en su enclave en el centro de la República. Les enseñaría que era de otra forma.

—Detente ahí —dijo uno de ellos.

—No puedo detenerme —dijo Malgus, demasiado suavemente para escuchar tras el respirador—. Nunca.

CORAZÓN TRANQUILO, mente tranquila, estas cosas eludían a Aryn, flotando ante ella como copos de nieve en el sol, visibles por un momento, entonces se fundían y se iban. Ella jugueteaba con las suaves cuentas de coral del brazalete de tranquilidad Nautolano que el Maestro Zallow le había dado cuando había sido promocionada a Caballero Jedi. En silencio, contando las cuentas suaves, resbaladizas, deslizándolas sobre su cadena una tras otra, buscó la calma de la Fuerza.

No servía.

¿Qué pasaba con ella?

Fuera, los speeders zumbaban tras la gran ventana que daba a unas vistas Alderaanianas bucólicas, hermosas dignas de ser pintadas. En su interior, se sentía agitada. Normalmente era más capaz de escudarse de las emociones que la rodeaban.

Normalmente consideraba su sentimiento de empatía una bendición de la Fuerza, pero ahora…

Se dio cuenta de que estaba moviendo su pierna, paró. Cruzó y descruzó sus piernas. Lo hizo de nuevo.

Syo se sentó a su lado, las manos encalladas cruzadas sobre su regazo, tan tranquilo como el elevado estatuario de los hombres de estado Alderaanianos que se alineaba en la sala abovedada, con baldosas de mármol, en la que se sentaban. La luz del sol poniente se colaba por la ventana, empujando las largas sombras por el suelo. Syo no la miró cuando habló.

—Estas inquieta.

—Sí.

En realidad, se sintió como si fuera una olla hirviendo, el vapor de su estado emocional buscando escapar fuera de los límites de su control. El aire se sentía cargado, agitado. Ella habría atribuido los sentimientos al estrés de las negociaciones de paz, pero le parecía algo más. Sentía una desgracia acercándose sigilosamente hacia ella, una oscuridad. ¿Estaba intentando decirle algo la Fuerza?

—La inquietud te pega —dijo Syo.

—Lo sé. Me siento… rara.

Su expresión no cambió tras su barba corta, pero sabría cómo tomar sus sentimientos en serio.

—¿Rara? ¿Cómo?

Ella encontró su voz tranquilizadora, la cual ella supuso que era parte de la razón de la que él había hablado.

—Como si… como si algo estuviera a punto de pasar. No puedo explicarlo mejor que eso.

—¿Esto se origina en la Fuerza, de tu empatía?

—No lo sé. Sólo… siento como si algo estuviera a punto de pasar.

Él parecía considerarlo, entonces dijo:

—Algo está a punto de pasar. —Él indicó con una mirada hacia las grandes puertas dobles de su izquierda, tras las cuales la Maestra Dar’nala y la Caballero Jedi Satele Shan habían empezado las negociaciones con la delegación Sith.

—Un fin para la guerra, si tenemos suerte.

Ella agitó su cabeza.

—Algo aparte de eso. —Ella se lamió los labios, se elevó en su asiento.

Se sentaron en silencio durante un tiempo. Aryn continuó inquieta.

Syo aclaró su garganta, y sus ojos marrones se fijaron en un punto de la sala. Él habló en un tono suave.

—Ellos ven tu agitación. La interpretan como algo que no es.

Ella lo sabía. Podía sentir su desdén, una irritación en su mente como una piedra en su bota.

Un par de Sith con capas oscuras, miembros de la delegación del Imperio a Alderaan, se sentaban en un banco de piedra en el muro opuesto a Aryn y Syo. Quince metros de suelo de mármol pulido, las dos filas de estatuarios Alderaanianos, y el golfo de las filosofías rivales separaban a Jedi y Sith.

Al contrario que Aryn, los Sith no parecían agitados. Parecían tranquilos pero alerta. Ambos inclinados adelante, brazos en sus rodillas, ojos en Aryn y Syo, como si fueran a saltar sobre sus pies en cualquier momento. Aryn percibió su irrisión sobre su falta de control, podía verla en la curvatura del labio del hombre.

Ella apartó su mirada de los Sith y trató de ocupar su mente en leer los nombres grabados en los pedestales de las estatuas —Keers Dorana, Velben Orr, otros de los que nunca había oído— pero la presencia de los Sith presionaba contra su sensibilidad a la Fuerza. Se sentía como si se estuviera sumergiendo en aguas profundas, la presión empujando contra ella. Se mantuvo esperando a que sus oídos hicieran pop, para darle el alivio en un destello de dolor. Pero no ocurrió, y sus ojos seguían volviendo a la pareja Sith.

La mujer, su silueta ligera perdida en la informidad de su túnica azul oscuro, miraba a través de sus ojos angostos, pálidos. Su pelo largo oscuro, recogido en un moño, colgaba como la horca de un verdugo de su cuero cabelludo. El humano delgado que se sentaba a su lado tenía la misma piel cetrina que la mujer, los mismos ojos pálidos, el mismo brillo. Aryn asumió que serían hermanos. Su pelo oscuro y su larga barba —trenzada y bifurcada en dos púas— no podría ocultar una cara tan marcada con cicatrices y picada por marcas de viruela que le recordó a Aryn al suelo tras una descarga de artillería. Sus ojos caían a la fina empuñadura del sable de luz del hombre, la empuñadura abultada, cuadrada de la mujer.

Ella imaginó que sus padres se habían dado cuenta del potencial en la Fuerza del hermano y la hermana cuando habían sido jóvenes y los habían embarcado a Dromund Kass para su adoctrinamiento. Ella sabía que eso era lo que hacían con los sensibles a la Fuerza en el Imperio. Si era cierto, los Sith sentados sobre ella no habían caído realmente al lado oscuro; nunca habían tenido una oportunidad de alzarse y convertirse en otra cosa.

Se preguntó cómo resultaría si ella hubiera nacido en el Imperio. ¿Habría entrenado en Dromund Kass, su empatía en servicio del dolor y la tortura?

—No les molestes —dijo Syo en Bocce, como si leyera sus pensamientos. El Bocce sonaba raro en sus labios—. O dudes de ti misma.

Su comprensión la sorprendió sólo ligeramente. Él la conocía bien.

—¿Quién es el émpata ahora? —ella contestó en la misma lengua.

—Ellos eligen su camino. Como nosotros.

—Lo sé —dijo ella.

Ella movió su cabeza ante el potencial malgastado, y los ojos de ambos Sith siguieron su movimiento en alerta, la mirada centrada de los depredadores siguiendo a su presa. La Academia en Dromund Kaas les había convertido en cazadores, y veían el universo a través de los ojos de un cazador. Quizás eso explicaba la guerra en el microcosmos.

Pero no explicaba la propuesta de paz.

Y quizás eso era el por qué Aryn se sentía tan enferma en reposo.

La oferta de negociar un fin para la guerra había venido como un rayo desde el Emperador Sith, sin invitación, inesperada, lanzando una sacudida a través del gobierno de la República. El Imperio y la República habían estado de acuerdo en encontrarse en Alderaan, la escena de una victoria previa de la República en la guerra, el número y composición de las dos delegaciones limitado y estrictamente proscrito. Para su sorpresa, Aryn estaba entre los Jedi elegidos, aunque estaba estacionada de forma perpetua fuera de la sala de negociaciones.

—Has sido honrada con esta selección —le había dicho el Maestro Zallow antes de que cogiera la nave para Alderaan, y ella sabía que era verdad, aunque se sentía incómoda desde que dejó Coruscant. Se sentía incluso aún menos cómoda en Alderaan. No era que hubiera luchado antes en Alderaan. Era… algo más.

—Estoy bien —le dijo a Syo, esperando que diciéndolo serviría de hechizo y lo haría realidad—. Falta de sueño quizás.

—Estate tranquila —dijo él—. Todo saldrá bien.

Ella asintió, tratando de creerlo. Cerró sus ojos sobre los Sith y recurrió a las enseñanzas del Maestro Zallow. Sintió la Fuerza en su interior y a su alrededor, una matriz de líneas brillantes creadas por la intersección de todas las cosas vivientes. Como siempre, la línea del Maestro Zallow brillaba de una forma tan brillante como una estrella guía en su espacio interior.

Ella le echaba de menos, su presencia calmada, su sabiduría.

Centrándose en su interior, escogió un punto en su mente, lo convirtió en un agujero, y dejó que su incomodidad se colara por él.

La calma se asentó en ella.

Cuando abrió sus ojos, ella los fijó en el hombre Sith. Algo en su expresión, una mirada de saber algo en sus ojos, medio oculta por su desdén, perturbaba a Aryn, pero mantenía su cara neutral y mantuvo su mirada, tan tranquila como una escultura.

—Te veo —dijo el Sith desde el otro lado de la habitación.

—Y yo a ti —contestó ella, su voz regular.



MALGUS DEJÓ QUE SU ODIO CRECIERA con cada paso que daba hacia la entrada del Templo. La Fuerza respondía a su estado emocional, se vio envuelto en su poder hasta que estuvo repleto de ella. Percibió la semilla del miedo creciendo en las entrañas de los soldados.

—Te he dicho que te detengas —el soldado líder dijo de nuevo.

—No hagas nada —le dijo Malgus a Eleena por encima de su hombro—. Estos son míos.

Ella dejó que sus manos se aflojaran a sus lados y cayeran detrás de él.

Los tres guardias se dispersaron en un arco conforme se aproximaban a él, sus movimientos cautos, rifles bláster preparados. La entrada al Templo, una apertura de quince metros de alto en la fachada del edificio, se avecinaba tras ellos.

—¿Quién eres? —preguntó el guardia.

La última palabra colgaba en el aire, congelada en el tiempo, conforme Malgus desataba la Fuerza y aumentaba su velocidad. La empuñadura de su sable de luz llenaba su mano y su línea roja dividía el aire. Cortó transversalmente al guardia ante él, grabando un cañón negro en su pecho, continuó el balanceo a través del guardia de su izquierda, y con su mano izquierda usó una explosión de poder para dirigir al tercer guardia contra la pared del Templo lo suficientemente duro como para crujir sus huesos y matarle.

Malgus sintió el arrebato repentino de terror en los dos soldados de la repisa de su izquierda, los sintió apuntar con las manos sudadas, empezar a apretar los gatillos. Él les lanzó su sable de luz, lo guió con la Fuerza en un arco rojo parpadeante que los cortó a los dos, entonces volvió a llamar a la espada a su mano. La desactivó y la colgó de su cinturón.

El rugido de una mochila-cohete le llamó la atención. En una repisa sobre la entrada del Templo, la Mandaloriana dirigió el fuego de su espalda a una ventana elevada de una de las gradas superiores del Templo y desapareció en su interior. Él confiaba en que ella se uniría a él en el combate del interior.

Comprobó su crono, miró a los números evaporarse. Veintinueve segundos.

Elena se colocó a su derecha, y entraron en el Templo.

El sol poniente en su espalda les alcanzaba a través de la enorme puerta y extendía sus sombras ante ellos, heraldos gigantes, oscuros, marcando el camino delante de ellos. Dentro del Templo había una tranquilidad, una paz que pronto sería destruida.

Las botas de Malgus golpeteaban contra el suelo de piedra pulida. La sala se extendía ante ellos por varios cientos de metros. Dos grupos de columnas elegantes llegaban desde

el suelo hasta el techo a ambos lados, enmarcando una bajada procesional al centro de la sala. Repisas y balcones, también, se alineaban en ambos lados.

Malgus sintió la presencia de más guardias y Jedi a su derecha, su izquierda, y ante él.

Comprobó su crono. Doce segundos.

El movimiento arriba y a su derecha, entonces a su izquierda, atraía su mirada. Padawans curiosos miraban abajo desde las repisas de arriba.

Adelante, media docena de Jedi entunicados y encapuchados caían de los balcones y se colocaban en la sala. Otro Jedi descendía de la gran escalera al final de la sala. Su firma de Fuerza radiaba poder, confianza… un Maestro.

Como uno, los siete Jedi se movieron hacia Malgus y Eleena, y Malgus y Eleena se movieron hacia ellos.

Más y más Padawans se reunían en los balcones y pasadizos por encima, chispas de blasfemia del lado luminoso para la percepción de Malgus.

Las firmas de Fuerza más poderosas de los Jedi que se aproximaban presionaban contra Malgus, y él contra ellos, el poder de cada uno distorsionando al otro por su presencia.

En su mente, la cuenta atrás continuaba.

El espacio entre él y los Jedi disminuía.

El poder en él aumentaba.

Se detuvieron a dos metros. El Maestro Jedi se quitó la capucha para revelar su pelo rubio grisáceo en las sienes, una cara atractiva, rubicunda. Malgus conocía su nombre de sus instrucciones de inteligencia: Maestro Ven Zallow.

En apariencia, Zallow era todo lo que Malgus —con su piel pálida, cicatrices, y coronilla sin pelo— no era. Con respecto a la Fuerza, Malgus era todo lo que Zallow no era.

Los seis Caballeros Jedi acompañando a Zallow se esparcieron alrededor de Malgus y Eleena, para minimizar el espacio de maniobra. Los Jedi le miraban con cautela, de la forma que mirarían a un depredador atrapado.

Eleena juntó su espalda con la de Malgus. Malgus sintió su respiración, profunda y regular.

El silencio dominaba la sala.

En algún lugar, un Padawan aclaraba su garganta. Otro tosía.

Zallow y Malgus miraban en los ojos del otro pero no intercambiaron palabras. No era necesaria ninguna. Ambos sabían que se desarrollaría después, lo que debía desarrollarse.

El crono en la muñeca de Malgus empezó a pitar. El leve sonido sonó como una explosión en el vasto silencio de la sala.

El sonido parecía liberar a los Jedi a que entraran en acción. Media docena de líneas verdes y azules perforaban la penumbra conforme todos los Caballeros Jedi encendían sus sables de luz, daban un paso atrás, y asumían una postura de lucha.

Todos excepto Zallow, que mantenía el terreno ante Malgus. Malgus le reconoció el mérito por eso e inclinó su cabeza a modo de respeto.

Quizás los Caballeros Jedi pensaron que el pitido del crono indicaba una bomba de algún tipo. En cierto modo, Malgus suponía, lo hacía.

Desde atrás, otro sonido rompió el silencio. El chirrido de los motores de una nave de entregas secuestrada aproximándose.

Malgus no se giró. En su lugar, observó los eventos tras él observando los eventos ante él.

Los Caballeros Jedi dieron otro paso atrás, mirando tras Malgus, incertidumbre en sus expresiones. Eleena presionó su espalda contra Malgus. No había duda de que ella podía ver la nave de entregas ahora conforme rugía hacia abajo, hacia el Templo.

Zallow no dio un paso atrás y sus ojos permanecían en Malgus.

El sonido de los motores de la nave de entregas crecía más fuerte, más agudo, un grito prolongado, mecánico.

Malgus vio que los ojos de los Caballeros Jedi se abrían como platos, escuchó los gritos de alarma a través de la sala. Entonces, los gritos, todos ellos, fueron pronto superados por el rugido de una nave de entregas reforzada golpeando velozmente la parte frontal del Templo.

La piedra se destrozó y el suelo del Templo vibró bajo el impacto. El metal se dobló, torció y chirrió. La gente también, se dobló, se torció, y chirrió. La explosión coloreó la sala de naranja —Malgus podía verlo reflejado en los ojos de Zallow— y la llamarada repentina que llevó el oxígeno hacia ella en un viento poderoso, como si la conflagración fuera un gran par de pulmones tomando aliento.

Malgus no se giró. Había visto el ataque miles de veces en modelos de ordenador y sabía exactamente qué estaba pasando por los sonidos que escuchaba.

La enorme velocidad y masa de la nave de entregas le permitió retener el impulso y patinó por el suelo del Templo, escarbando la piedra, dejando un rastro de fuego, derrumbando columnas, colapsando balcones, demoliendo cuerpos.

Aún así Malgus no se movió, ni Zallow.

La nave de entregas patinó cerca, más cerca, el sonido del metal moliendo la piedra aún más fuerte en los oídos de Malgus. Más columnas colapsaban. Eleena se presionó contra él conforme el navío en llamas, hecho jirones, se deslizaba hacia ellos. Pero ya estaba perdiendo velocidad y pronto se pararía.

Polvo, calor, y humo llenaban la sala. Las llamas crepitaban. Gritos de dolor y sorpresa penetraban en el silencio repentino.

—¿Qué han hecho? —dijo alguien.

—¡Médico! —gritó alguien más.

Malgus escuchó los rayos explosivos del compartimento de pasajeros, especialmente reforzado de la nave de entregas, explotar hacia fuera y golpear el suelo como una lluvia de metal, escuchó la escotilla chocar contra el suelo.

Por primera vez, Zallow miró tras Malgus, su cabeza se inclinaba en pregunta. La incertidumbre llegó a su expresión. Malgus la saboreó.

Un zumbido prolongado, irregular sonó conforme los cincuenta guerreros Sith de dentro del compartimento de la nave de entregas activaban sus sables de luz. El sonido pregonaba la caída del Templo, la caída de Coruscant, la caída de la República.

Malgus tuvo un destello de la visión que había visto en Korriban, de una galaxia en llamas. Se quitó la capucha, sonrió, y activó su sable de luz.

ZEERID DEJÓ QUE EL GORDO VOLARA libre y saliera disparado lejos de la superficie de Ord Mantell. Mantuvo sus escáneres barriendo el área, consciente de que los piratas debían tener aliados en otra nave en cualquier parte, pero no vio señales de persecución. En su momento, se permitió relajarse.

El rosa de las nubes de Ord Mantell y la atmósfera superior pronto abrieron paso al negro del espacio. El control planetario no contactó con él para que se identificara, y no habría contestado de cualquier forma. No respondió. Respondió ante El Intercambio, aunque nunca se encontraría con ningún jugador serio en el sindicato cara a cara.

Recibiendo sus instrucciones a través de un encargado al que él sólo conocía como Oren, voló a ciegas la mayoría del tiempo. Recibía sus encargos de forma remota, recogía el cargamento donde le decían, entonces lo entregaba donde le decían. Lo prefería así. Le hacía sentir que era menos personal, lo que le hacía sentirse menos sucio.

Se encargó de hacer énfasis en la privacidad, asegurándose de que El Intercambio sabía poco sobre él aparte de su pasado como soldado y piloto. Para ellos, él no tenía amigos ni familia. Sabía que si supieran de Arra, la usarían como ventaja contra él. No podía permitirlo. Y si alguna vez le pasara algo a ella…

Una vez más, se dio cuenta de que estaba agarrando la palanca muy fuerte. Se relajó, respiró profundamente, y recompuso sus pensamientos. Cuando se sintió preparado, tecleó el código para el canal subespacial seguro que utilizaba para comunicarse con Oren. Esperó hasta que escuchó el sonido vacío de una conexión abierta.

Oren no perdió el tiempo con un saludo.

—¿La entrega ha ido bien, supongo?

Por su voz, Zeerid hacía a Oren como un hombre humano, probablemente en sus cuarenta o cincuenta recientes, aunque podía estar usando una tecnología de disfraz de voz.

—No —dijo Zeerid, exhando una nube de humo—. La entrega era una emboscada.

Un momento de silencio, entonces:

—¿Los agentes compradores te emboscaron?

Zeerid agitó su cabeza.

—No lo creo. Esos eran hombres que no había visto antes. Piratas, creo. Puede que mercenarios. Creo que mataron a los hombres del comprador y dirigieron la nave.

—¿Estás seguro?

La rabia se incorporó al tono de Zeerid.

—No, no estoy seguro. ¿Qué es seguro en este trabajo? ¿Alguna vez lo hay?

Oren no respondió. Zeerid reprimió sus emociones y continuó.

—Sólo estoy seguro de que el piloto que esperaba, un compañero llamado Arigo, no estaba allí. Pero su nave sí que estaba. Sólo estoy seguro de que ocho hombres con blásters y actitud hostil trataron de llenarme de agujeros.

—Ocho hombres. —La voz de Oren era tensa. No era una buena señal—. ¿Qué les ha pasado?

Zeerid tenía la impresión de que Oren estaba tomando nota de todo lo que decía, archivándolo en la memoria para que pudiera buscar cualquier inconsistencia luego.

—Están muertos. Olfateé el ataque antes de que lo iniciaran.

—Eso parece… conveniente, Zeta.

Zeerid miró fuera de la parte superior a la estrella de Ord Mantell y controló el destello de temperamento. Sabía que si Oren sospechaba que él estaba haciendo un doble trato, o simplemente no creía su historia, una palabra del hombre convertiría a Arra en huérfana.

—¿Conveniente? Déjame contarte lo que es conveniente Oren. La palabra es que montones de negocios se han estado volviendo amargos porque El Intercambio no jugará limpio con los otros sindicatos, incluyendo a los Hutts. Y nada explica que un montón de negocios se vuelvan amargos excepto una filtración. Eso me dice que El Intercambio está dando rienda suelta al O dos.

Oren no perdió un pálpito. Zeerid casi le admiraba.

—Si sólo uno de mis voladores pensara que hubiera una filtración, también pensaría que es un momento ideal para hacer una treta para sacar beneficios. Especialmente si tuviera deudas muy fuertes. Hacerlo ver como una emboscada, digamos, ocho hombres. Después de todo, hay una excusa preparada a mano: este conflicto con los otros sindicatos que has mencionado.

—Lo haría —dijo Zeerid—. Pero sólo si fuera estúpido. Y estúpido no es lo que soy. Escucha, me diste las coordenadas de entrega en Ord Mantell. Manda a alguien allí, un droide de vigilancia. Verás lo que dejé allí. Pero hazlo rápido. Alguien va a limpiar ese desastre pronto, apostaría.

—Así que… ¿cómo te las apañaste para matar a ocho hombres?

La discusión estaba a punto de dar un giro a peor.

—Estaban demasiado cerca de uno de los contenedores de embarque lleno de granadas cuando lo hice explotar.

Oren se detuvo.

—¿Uno de nuestros contenedores de embarque explotó?

Zeerid tragó fuerte.

—Lo perdí en el escape. El resto del cargamento está intacto.

Le siguió un largo silencio, un abismo de quietud. Zeerid imaginó a Oren dando vueltas al armario de archivos de su mente, contrastando la historia de Zeerid con cualquier otros hechos pertinentes que Oren ya sabía o creía que sabía.

—No fue mi culpa —dijo Zeerid—. Encuentra tu fuga, encontrarás quién tiene la culpa.

—Perdiste cargamento.

—Salvé cargamento. Si no me hubiera dado cuenta de esto, el embarque entero se habría perdido en manos de los piratas.

—Habría sido recuperado. Es difícil recuperar granadas explotadas. ¿No estás de acuerdo?

—Estaría muerto.

—Eres reemplazable. Pregunto de nuevo: ¿Estás de acuerdo?

Zeerid no podía forzarse a responder.

—Elijo interpretar tu silencio como que estás de acuerdo, Zeta.

Zeerid miró al comunicador mientras Oren continuaba:

—En el mejor de los casos, se te pagará sólo por la mitad del trabajo. La cantidad del cargamento perdido se pondrá contra eso y se añadirá a tu cuenta. Ya sobrepasa los dos millones de créditos, si recuerdo bien. La cuenta de la nave y algunos adelantos por tu juego.

Oren siempre recordaba bien. El trabajo sumaría en negativo para Zeerid. Quería golpear algo, a alguien, pero no había nadie en la cabina de mandos con él.

—Eso me hace parecer malo, Zeta —dijo Oren—. Y me desagrada mucho parecer malo. Arreglarás esto para mí.

A Zeerid no le gustaba cómo sonaba eso.

—¿Cómo?

Una pausa, entonces.

—Pasando especia.

Zeerid agitó su cabeza.

—No pasaré especia. Ese era nuestro acuerdo…

La voz de Oren nunca perdía la calma, pero el límite de ella podía estar alcanzándose.

—El acuerdo ha cambiado, contingente, como era en tu terminación exitosa de las tareas. Nos debes una gran suma de créditos y me debes una gran suma de bienes. Arreglarás ambos pasando un poco de especia. Ahí es donde están los créditos. Así que es donde tú estarás.

Zeerid no dijo nada, no podía decir nada.

—¿Está claro, Zeta?

Zeerid refunfuñó pero dijo:

—Claro.

—Vuelve a Vulta. Estaré al tanto pronto. Ya tengo algo en mente.

Apostaría a que sí, Zeerid pensó pero no lo dijo.

El canal se cerró y Zeerid lo dejó volar con una tormenta de aguanieve de tacos. Cuando finalmente se hubo desahogado, alcanzó el pozo de gravedad de Ord Mantell y sus lunas, trazó una ruta a Vulta, y activó la hiperconducción.

—Soy traficante de especia, ahora —dijo, conforme el espacio negro se convertía en el azul del hiperespacio.

La rueda bajo sus pies había cogido velocidad.

ARYN SE SENTÍA MAREADA. Una avalancha de emoción la inundó. No podía nombrarlo, categorizarlo. Era sólo una oleada de sentimientos incompletos, crudos. Estaba nadando en ellos, hundiéndose.

—Algo está pasando, Syo —dijo ella, su voz tensa—. No sé lo que es, pero no es bueno.

EL MAESTRO ZALLOW y los seis Caballeros Jedi cerca de Malgus brincaron atrás y arriba dándose la vuelta en lo alto del arco de sus brincos, y aterrizaron agachados a veinte metros.

—Que la Fuerza os acompañe a todos —gritó Zallow a sus compañeros Jedi, y encendió su espada.

Más docenas de Jedi surgieron del vestíbulo tras él y fluyeron bajo las escaleras, las espadas de sus sables de luz visibles a través del humo y el polvo, un bosque de llamas verdes y azules. Los Jedi no gritaron conforme cargaban, pero el ruido de sus botas y sandalias en el suelo sonaba como un trueno ondulado.

—Quédate junto a mí —dijo Malgus sobre su hombro a Eleena.

—Sí —dijo ella, sus blásters ya en mano.

Los Sith de Malgus cargaron fuera de la carcasa de la nave de entregas, su rugido colectivo sonaba como una bestia hambrienta, llena de rabia. Las líneas rojas de sus espadas cortaban el aire cubierto de polvo. Lord Adraas, un favorito político de Darth Angral y constantemente irritante para Malgus, les lideraba. Como todos los guerreros Sith salvo Malgus, una máscara oscura obscurecía su cara por completo.

Malgus utilizó su desagrado por Adraas para alimentar aún más su rabia. Había solicitado que Darth Angral le permitiera liderar el ataque solo, pero Angral insistió en que Adraas liderara el equipo de la nave de entregas.

Descartando su capa, descartando las limitaciones restantes de su rabia, Malgus se unió a la carga Sith, tomando posición ante Adraas. La emoción alimentaba su poder, y su incremento casi le elevaba sobre sus pies. Sentía el poder del lado oscuro a su alrededor, dentro de él.

Rayos de bláster entrelazaban el campo de batalla desde izquierda y derecha conforme dos pelotones de soldados de la República emergían desde algún lugar por encima y al lado y disparaban al nivel de los Sith.

Malgus, anidado en lo profundo de la Fuerza, percibió las docenas de rayos y sus trayectorias con perfecta claridad. Sin romper el paso agitó su espada a izquierda, derecha, la inclinó diez grados, y devolvió tres rayos hacia los soldados que los dispararon, matando a los tres. Un soldado había explotado una granada en su cara en la Batalla de Alderaan, así que disfrutaba de matar soldados cuando podía. Tras él, los blásters gemelos de Eleena contestaban a izquierda y derecha con sus propios rayos, derribando a dos soldados más.

Las fuerzas Sith y Jedi se acercaron, el ansia de batalla Sith encarando la calma de los Jedi, el suelo del Templo sería la arena donde siglos de conflicto indeterminado alcanzaría al fin una conclusión. Aquellos poderosos en la Fuerza sobrevivirían y su entendimiento de la Fuerza evolucionaría. Aquellos débiles en la Fuerza morirían.

Malgus buscó al Maestro Zallow pero no podía hallarlo entre la multitud de caras, polvo, llamas, y espadas brillando. Así que escogió un Jedi al azar de la multitud, un hombre humano con una espada azul y barba corta, y apuntó a él.

Ondas de poder distorsionaban el aire y duplicaron el sonido conforme las fuerzas Jedi y Sith chocaban la una contra la otra y se entremezclaban en un enredo caótico, rugiente de cuerpos, sables de luz, y gritos.

Malgus aumentó su poder en la Fuerza, cogió su espada con ambas manos, y desató un corte por lo alto diseñado para dividir al Jedi por la mitad. El Jedi dio un paso a un lado del golpe y fue a cortar transversalmente con su espada azul la garganta de Malgus. Malgus levantó su espada a tiempo, bloqueó y le dio una patada a la sección media del Jedi. El golpe dobló al Jedi por la mitad, lo mandó retrocediendo atrás cinco pasos. Malgus brincó en el aire, dio la vuelta, aterrizó tras él, y dirigió su espada a través del Jedi. Rugiendo con el ansia de la batalla, Malgus buscó otro oponente.

Un resplandor de piel lavanda atrajo su Mirada… Eleena. Ella se agachó bajo un corte de sable y se cayó a su lado, disparando una docena de disparos de bláster conforme lo hacía. La Padawan que intentó matarla, una mujer Zabrak, los cuernos de su cabeza bañados con pigmentos coloreados, reflejaban los disparos conforme se acercaba para otro golpe. Eleena dio la vuelta sobre sus pies, todavía disparando, pero la Padawan reflejó cada disparo y se acercó más.

Malgus atrajo la Fuerza y con un golpe de poder dirigió a la Padawan a través de la sala y hacia una de las columnas de piedra, donde ella colapsó, la sangre goteando por su nariz. Eleena continuó disparando, sus ojos yendo aquí y allá sobre el campo de batalla conforme buscaba objetivos.

La batalla se volvió aún más caótica. Jedi y Sith brincaban, saltaban, rodaban y daban volteretas conforme líneas rojas se cruzaban con aquellas azules y verdes. Explosiones de poder mandaban a los cuerpos volando a través del aire, contra los muros, tirando de las rocas sueltas del techo y los mandaban chocando hasta hacerse carne. La sala era una cacofonía de sonido: gritos, chillidos, el zumbido de los sables de luz, el sonido intermitente del fuego de las armas. Malgus caminaba en medio de esto, revelándose en ello.

Vio a Lord Adraas brincar en medio de un escuadrón de soldados de la República y puntualizar su aterrizaje con una explosión de energía de la Fuerza que hizo saltar a los soldados como hojas secas.

Malgus, para no ser menos, cogió un Caballero Jedi al azar, una mujer humana a diez metros de distancia, levantó su mano izquierda, y descargó venas de rayos azules de las puntas de sus dedos. Las líneas escarpadas de energía cortaban una franja a través de la batalla, agrupando a dos Padawans conforme iban, hasta que cogieron a la Caballero Jedi y la elevaron sobre sus pies.

Ella gritaba conforme los rayos la partían, su carne hecha temporalmente translúcida desde el poder oscuro que corría a través de ella. Malgus saboreó su dolor conforme moría.

Cogió a Adraas echándole un vistazo y le dio un saludo burlón con su sable de luz.

El sonido de tono alto de los blásters de Eleena atrajo su atención. Ella saltó tras él y sobre el destrozado cuerpo de la mujer Caballero Jedi, un borrón lavanda disparando rápidamente. Poniendo su espalda contra una columna, se agachó y buscó objetivos para sus blásters. Ella encontró su mirada, le guiñó un ojo, y señaló tras él. Él giró para ver una marca o más soldados de la República corriendo hacia dentro de la sala desde una habitación lateral, los rifles bláster trazando líneas calientes a través del campo de batalla. Eleena contestó con sus propios disparos.

Antes de que Malgus pudiera despachar a los soldados, la Mandaloriana emergió de algún lugar tras ellos, su jetpack escupiendo fuego, su armadura completa plateada y naranja brillando en el fuego de la sala. Flotando en el aire como un espíritu vengador, descargó dos pequeños misiles de sus aumentos de muñeca. Golpearon el suelo cerca de los soldados de la República y florecieron en llamas. Cuerpos, gritos, y piedras sueltas volaban en todas las direcciones. Todavía flotando, dibujó un círculo en el aire mientras los lanzallamas montados en su brazo atrapaban a otro grupo de soldados.

Malgus sabía que la batalla se había dado la vuelta, que pronto se habría acabado. Miró alrededor, todavía buscando a Zallow, el único oponente en el campo merecedor de su atención.

Antes de que pudiera localizar al Maestro Jedi, tres Jedi más se amontonaron sobre él. Paró el golpe de un hombre humano, brincó sobre el corte bajo de una mujer Togruta de piel naranja, seccionó la mano de la tercera, una mujer humana, desarmándola, entonces la agarró por la garganta con su mano libre y la aplastó contra el suelo con su fuerza aumentada con la Fuerza.

—¡Alara! —dijo el hombre humano.

Brincando alto sobre el corte cruzado del hombre, Malgus aterrizó tras la Togruta, que paró su golpe de sable de luz pero no podía defenderse contra un golpe de Fuerza que le envió patinando a través de la sala y hacia una pila de escombros.

Malgus rugió, el ansia de la batalla era tan pronunciada que habría matado a sus propios guerreros si no hubiera Jedi para masacrar. Quería, necesitaba, matar a otro y hacerlo con sus manos.

Él se agachó bajo un corte del hombre, arremetió adelante, y tomó al Jedi por la garganta. Lo elevó sobre sus pies y lo mantuvo suspendido en el aire, atragantándose. Los ojos marrones del Jedi no mostraban miedo, pero sí dolor. Malgus rugía, apretaba fuerte, entonces soltó el cuerpo y se puso en pie sobre él, espada a un lado, respirando fuerte. La batalla todavía se agitaba a su alrededor y él permanecía en su centro, el ojo de la tormenta Sith.

Malgus finalmente avistó al Maestro Zallow a diez pasos de distancia, arremolinándose, girando, su espada verde un borrón de precisión y velocidad. Un guerrero Sith cayó ante él, otro. Lord Adraas aterrizó ante él, tratando de quedarse con la matanza de Malgus para sí mismo. Adraas se agachó bajo y cortó al nivel de las rodillas de Zallow. Zallow brincó sobre el golpe y desató una explosión de energía que lanzó a Adrass patinando de espaldas a través de la sala.

—¡Es mío! —gritó Malgus, cargando a través del campo de batalla. Repitió para sí mismo conforme pasaba a Adrass—. ¡Zallow es mío!

Zallow debió haber escuchado a Malgus, porque se giró encontrando su mirada. Eleena, también, debió haber escuchado el grito de Malgus. Emergió de detrás de la columna, dedujo el intento de Malgus, e hizo varios disparos a Zallow.

Zallow, mantenía sus ojos en Malgus mientras reflejaba los rayos con su espada y los mandaba de vuelta a Eleena. Dos la golpearon, y conforme ella colapsaba, Zallow usó una explosión de fuerza para dirigir su cuerpo contra una columna.

Malgus se paró a medio golpe, su rabia temporalmente abatida. Se giró y miró a la forma caída de Eleena por un largo momento, su cuerpo lavanda arrugado contra el suelo, sus ojos cerrados, dos círculos negros dañando el campo morado suave de su carne. Parecía como una flor marchita.

La rabia lo volvió a llenar, lo sobrecargó. Un grito de odio, crudo y abrupto, quemó desde su garganta. El poder fue con él, destrozando una columna cercana y mandando una lluvia de trozos de piedra a través de la habitación.

Devolvió su Mirada a Zallow y acechó hacia él, su rabia y poder surgiendo ante él en una onda palpable. Otro Jedi dio un paso ante él, espada azul en alto. Malgus apenas lo vio. Simplemente extendió una mano, empujó a través de las defensas insuficientes del Jedi, apretó su garganta con la Fuerza, y le atragantó hasta la muerte. Lanzando el cuerpo a un lado, se movió hacia Zallow.

Zallow, por su parte, se movió hacia Malgus. Un guerrero Sith saltó hacia Zallow desde su izquierda, pero Zallow brincó sobre la espada del Sith, giró, rajó, y cortó al Sith.

Zallow y Malgus se acercaron. Se pararon a un metro, se estudiaron el uno al otro por un momento.

Un hombre humano Caballero Jedi se separó del torbellino de la batalla y se plantó ante Malgus. Malgus dio un paso a un lado para evitar la línea azul de la espada, dio un puñetazo al hombre en el estómago doblándole, y elevó su propia espada para un golpe mortal.

Zallow saltó adelante e interceptó el golpe. Zallow y Malgus miraron la cara el uno del otro y el resto de la batalla se esfumó.

Sólo estaba Malgus y su rabia, y Zallow y su calma.

Sus espadas siseando en oposición, cada uno usaba la Fuerza para presionar contra la fuerza del otro, pero ninguno tenía una ventaja obvia. Malgus gritó con rabia a la cara de Zallow. Sólo un ceño fruncido y la fina línea de su boca traicionaban la tensión tras la expresión de otro modo tranquila de Zallow.

Alimentando la rabia por Eleena, Malgus empujó a Zallow y desató una masacre de tajos y cortes cruzados por encima. Zallow retrocedió, bloqueando, incapaz de responder con golpes propios. Malgus trató de partir la cabeza de Zallow, pero Zallow bloqueaba una y otra vez.

Malgus giró en una patada alta, aumentada con la Fuerza que golpeó a Zallow en el pecho y lo mandó volando hacia atrás diez metros. Zallow dio una voltereta y aterrizó adelante agachado cerca de dos de los guerreros Sith de Malgus.

Ellos arremetieron contra él y Zallow paró un golpe, brincó sobre el segundo, y giró en un círculo rápido, cortando a ambos Sith.

Malgus, ardiendo con odio, lanzó su sable de luz a Zallow. Guió su trayectoria con la Fuerza, y giró en un camino siseante a través del aire hacia el cuello de Zallow. Pero Zallow, en el ímpetu de su ataque al segundo Sith, brincó en el aire y sobre la espada.

Mientras Zallow todavía estaba en el aire, Malgus desató una explosión de energía que cogió a los Jedi desprevenidos y lo mandó golpeándose hacia abajo contra una pila de escombros. Él cayó ahí, tendido boca abajo.

Malgus no dudó. Aumentó la columna de su rabia, gritando con odio y brincó veinte metros en el aire hacia Zallow. A medio salto, usó la Fuerza para hacer volver a su espada a su mano, la agarró del revés con ambas manos, y se preparó para hincar a Zallow al suelo del Templo.

Pero Zallow rodó fuera del camino en el último momento y la espada de Malgus se hundió hasta la empuñadura en la piedra del suelo del templo. Zallow brincó arriba y sobre Malgus, aterrizó agachado, reactivó su sable de luz, y tiró atrás por el suelo hacia Malgus.

Renunciando a la velocidad y la elegancia por el poder, Zallow aflojó una ráfaga de golpes rápidos, cortes, y embestidas. Malgus paró un golpe tras otro pero no podía encontrar una apertura para hacer su propio contraataque. Arremetiendo adelante, Zallow hizo un tajo transversal, Malgus lo paró, y Zallow golpeó con la empuñadura de su sable a un lado de la mandíbula de Malgus.

Un diente se desplazó y su respirador fue torcido de un golpe. Malgus saboreó la sangre, pero estaba demasiado en lo profundo de la Fuerza para que el golpe le hiciera el verdadero daño. Él dio un paso atrás estupefacto, como si el golpe le hubiera aturdido.

Viendo una apertura, Zallow dio un paso adelante y fue a cortar transversalmente la garganta de Malgus.

Como Malgus sabía que haría.

Malgus puso su espada verticalmente para parar el golpe y giró por el bloqueo de la espada. Invirtiendo su sable de luz durante el giro, lo volteó en una estocada que perforó el abdomen de Zallow y salió por el otro lado.

La expresión de Zallow cayó. Él quedó colgado, empalado por la línea roja. Mantuvo la mirada de Malgus, y Malgus vio las llamas del Templo ardiendo reflejadas en los irises verdes de sus ojos.

—Todo va a arder —dijo Malgus.

El ceño de Zallow se frunció, quizás con dolor, quizás con desesperación. De cualquier modo, Malgus lo disfrutó. Esperó a que la luz desapareciera de los ojos de Zallow antes de que sacudiera su espada hasta liberarse y permitiendo que el cuerpo cayera al suelo.

EL SHOCK GOLPEÓ A ARYN con poca advertencia, la sensación tan repentina y poderosa como un disparo de un bláster. Su cuerpo se convulsionó. El brazalete de la tranquilidad en su mano, el brazalete que le había dado el Maestro Zallow, roto en su puño apretado y las cuentas de coral con forma de lágrima llovían en el suelo.

Ella se dobló, gimió. Su estómago se hundió. Su visión se emborronó. La habitación giró. Sus piernas se disolvían bajo ella y se sentía deslizándose, cayendo, hundiéndose. Un puño formado en su garganta, estrangulando el llanto que quería liberar y permitiendo que se aflojara sólo como un gemido abortado, de aflicción.

A través de su conexión con la Fuerza, sintió la puñalada afilada de agonía que experimentó el Maestro Zallow, sintió su propio aliento subiendo en compasión conforme él exhaló su último aliento y murió. La línea de su vida, normalmente tan brillante en el ojo de su mente cuando sentía la Fuerza, normalmente tan cerca de su propia línea, desvanecida de su percepción.

A su lado, la toma de aliento brusca de Syo, sorprendido le decía que había sentido algo también.

Pese a su dolor y la desesperación en aumento, la realidad se asentaba en ella de inmediato. La había visto en los ojos del hombre Sith.

—¿Qué era eso? —preguntó Syo, su voz parecía lejana, pero su pregunta llena de feas posibilidades.

Ella elevó su cabeza, su pelo largo colgando ante su cara, y miró a lo largo de la habitación. Ambos Sith estaban en pie, sus cuerpos tensos, conocimiento en sus ojos.

—Nos han traicionado —contestó ella, su voz un susurro.

Ella dejó sin decir que su Maestro, el hombre que había sido un padre para ella, estaba muerto.

Estaba sorprendida de encontrar sus piernas fuertes bajo ella conforme se ponía en pie. Un grupo de gente se puso en pie cerca de ella. No, no gente. Eran estatuas, estatuas Alderaanianas. Estaba en Alderaan para las negociaciones de paz con los Sith.

Y los Sith les habían traicionado. Había luchado antes con los Sith en Alderaan, durante la batalla por el planeta. Lo haría de nuevo. Ahora.

—¿Cómo lo sabes, Aryn?

Pero la voz de Syo, su duda, no erosionó su certeza.

—Lo sé —escupió.

Los Sith lo sabían, también. Lo habían sabido todo el rato. Podía verlo en sus caras.

Sus vistas se destilaban hasta que consistían únicamente en los dos Sith y nada más. Un rugido llenó sus oídos, la marea chocante de pena y rabia creciente. Escuchó una voz llamando su nombre desde algún lugar distante, repitiéndolo como si fuera una invocación, pero no le prestó atención.

Ambos Sith la miraban, sus posturas preparadas para el combate. El hombre tenía el mismo desdén despectivo, la curva de sus labios finos más fea que las cicatrices que marcaban su cara.

—¡Aryn! —Era Syo diciendo su nombre—. ¡Aryn! ¡Aryn!

Lo sabían. Los Sith lo sabían.

—Ellos lo sabían todo el tiempo —dijo ella, hablando tanto para ella como para Syo.

—¿Qué? ¿Saber qué? ¿Qué ha pasado?

Ella no se molestó en contestar. Ella cayó en la Fuerza, atrayendo su poder.

El tiempo parecía ralentizarse. Sintió como si existiera fuera de sí misma, observando. Su cuerpo se movió a través de la antecámara, sus botas dispersando el coral de su brazalete. La violencia llenó su mente conforme se movía entre las estatuas de los hombres y mujeres de paz.

—¡Aryn! —llamó Syo—. No lo hagas.

Ella no alcanzó su sable de luz. Su necesidad no permitiría esa justicia antiséptica. Vengaría la muerte del Maestro Zallow con sus manos desnudas.

—No habrá una muerte limpia para ti —dijo ella a través del muro de sus dientes apretados.

Alguna parte distante de ella reconoció su desliz emocional, reconoció de pasada que el Maestro Zallow no lo habría aprobado. No le importaba. El dolor era demasiado profundo, demasiado fiero. Quería expresarlo en violencia y los dos Sith en la habitación se volvieron en el centro de su necesidad.

El hombre Sith alcanzó su sable de luz. Antes de que él pudiera activarlo, Aryn desató una explosión de poder que elevó a ambos Sith de sus pies y los golpeó contra la pared. Dos estatuas Alderaanianas, cogidas en el efecto de su poder, golpearon contra el muro a cada lado de los Sith y se destrozaron en trozos.

Los Sith debieron haber utilizado la Fuerza para acolchar su impacto, porque ninguno parecía herido. Ambos treparon en sus pies y se separaron para el combate. Las empuñaduras vinieron a sus manos y sus sables de luz hicieron líneas rojas en el aire. El hombre dirigió su espada alta sobre su cabeza en un estilo poco convencional, esperando su carga, ligero sobre las almohadillas de sus pies. La mujer mantenía la suya baja, en una variación del estilo medio.

Tras ella, Aryn escuchó el zumbido de Syo activando su espada. Ella no frenó su avance. Usando la Fuerza, sacudió la empuñadura del hombre de su mano y lo atrajo volando hasta su propio agarre. Entonces lo lanzó a un lado, y su desdén se derritió en el calor de su sorpresa.

Ella avanzó sobre él, sin prestar atención a la mujer, imaginando cómo se sentirían sus manos en su garganta. Él contestó su acercamiento con una explosión de poder, pero ella hizo una V con sus manos, formó una cuña con su voluntad, y reflejó la explosión a cada lado de ella. Más estatuas se volcaron, se destrozaron. La mujer Sith, atrapada en la explosión reflejada, fue lanzada de espaldas diez pasos.

Se acercó a cinco pasos, cuatro. El hombre Sith tomó una postura de combate. No lucharían con sables de luz si no con sus manos… un trabajo cercano, sangriento.

Aryn usó la Fuerza para aumentar su fuerza, su velocidad. La sintió fluyendo dentro y alrededor de ella, convirtiendo su cuerpo en un arma…

—¡Aryn Leneer! —dijo una voz comandante, la voz de la Maestra Dar'nala—. ¡Caballero Jedi Aryn Leneer!

Syo, también, la llamó.

—¡Aryn! ¡Para!

La combinación de las voces de Dar'nala y Syo penetró en la neblina de su estado emocional. Ella titubeó, frenó, se detuvo. La razón se abrió paso a través de su torbellino emocional, y ella le dio voz a sus pensamientos. Sin quitar los ojos del hombre Sith, dijo:

—Los Sith nos han traicionado, Maestra Dar'nala. Las negociaciones eran un ardid.

Dar'nala no habló por un momento. Entonces.

—¿Tú… lo sentiste?

Las lágrimas luchaban por caer de los ojos de Aryn pero ella forzó que no lo hicieran. Ella asintió, incapaz de hablar.

Las siguientes palabras de Dar'nala golpearon a Aryn como un puñetazo en el estómago.

—Escúchame, Aryn. Lo sé. Lo sé. Pero escúchame ahora… Coruscant está en manos del Imperio.

El aliento de Aryn salió de ella. La afirmación no tenía sentido. ¿Coruscant, el corazón de la República, había caído ante el Imperio?

—¿Qué? —preguntó Syo—. ¿Cómo? Pensé…

—No puede ser —dijo Aryn. Debió haber escuchado mal. Ella le dio la espalda al hombre Sith, que había recuperado su desdén, para encarar al líder de la delegación Jedi.

La Maestra Dar'nala se quedó en pie en la arcada, su piel de un rojo más profundo de lo normal. El Senador Am-ris y una Caballero Jedi adulta, Satele Shan, le flanqueaban. El Senador, un Cereano cuyo collarín de pelo largo coronaba el risco de su ceño fruncido, se alzaba sobre los otros dos. Sus ojos preocupados miraban fuera desde una cara arrugada pero no se centraban en nada. Parecía perdido.

Satele, por otra parte, parecía tan estrechamente herida como un bucle iónico, su mirada fija hacia delante, su pelo caoba desordenado, el revestimiento de su expresión neutral incapaz de enmascarar la emoción hirviendo por debajo.

Ni Am-ris ni Satele parecían darse cuenta de la destrucción en la sala. Ambos parecían mareados —refugiados con los ojos en blanco deambulando a través de las ruinas de los eventos. Sólo Dar'nala parecía compuesta, sus manos cerradas ante ella, sus ojos percibiendo los detalles de la habitación— las esculturas rotas, la posición de Aryn relativa a los dos Sith.

Aryn se preguntó qué había transpirado en la sala de negociaciones. Por un momento fugaz, la esperanza emergió en ella, la esperanza de que sus compañeros Jedi hubieran percibido la traición Sith y arrestado o matado a los negociadores Sith, pero esa esperanza se desvaneció conforme el negociador Sith líder, Lord Baras, emergía de una de las cámaras y se quedaba en pie cerca de Dar'nala.

Su cara arrugada no podía contener la petulancia que sentía. Se filtraba por los bordes elevados de su boca. Su pelo oscuro, peinado hacia atrás con un pico de viuda, encajaba con sus ropas oscuras y sus ojos. En un barítono altivo, dijo:

—Puede ser, Caballero Jedi. Y es. Coruscant ha caído.

Satele visiblemente tensa; su mano izquierda cerrada en un puño. Am-ris hundido. Dar'nala cerró sus ojos por un momento, como si luchara por mantener la calma.

—Ahora mismo —continuó Lord Baras—, Coruscant pertenece al Imperio.

—¿Cómo…? —empezó Aryn, pero Dar'nala levantó una mano.

—No digas más. No digas más.

Aryn se tragó la pregunta que deseaba hacer.

—Desactiva tu sable de luz —dijo Dar'nala a Syo, y él lo hizo. La mujer Sith hizo lo mismo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Lord Baras, sus ojos en el hermano y hermana Sith, las ruinas en la habitación.

El hombre Sith hizo una reverencia, usó la Fuerza para atraer la empuñadura de su sable de luz a su mano, y la ancló a su cinturón.

—Un ligero desacuerdo, Lord Baras. Nada más. Por favor perdonad el tumulto.

Baras miró al hombre Sith por un momento, entonces a la mujer.

—Está bien que el desacuerdo no lleve a un derramamiento de sangre. Estamos, después de todo, aquí para discutir la paz.

Parecía casi a punto de estallar en risas. Am-ris se agitó con él. Satele agarró la capa del Senador, como si fuera una correa, para mantenerle evitando que se acercara demasiado a Baras.

—¡Paz! Todo este procedimiento era una farsa…

—Senador —dijo Dar'nala, y cogió a Am-ris por el brazo. Pero Am-ris no tendría nada de eso. Su voz ganaba volumen conforme ventilaba su rabia.

—¡No habéis venido aquí a discutir la paz! —Habéis venido aquí para enmascarar un ataque encubierto contra Coruscant. Sois unos mentirosos deshonorables, os merecéis…

—¡Senador! —dijo Dar'nala, y su tono debió haber alcanzado a Am-ris, porque él se quedó en silencio, su respiración yendo rápida y fuerte.

Lord Baras parecía imperturbable por la explosión de Am-ris.

—Estás equivocado, Senador. El Imperio está aquí para discutir la paz. Simplemente deseábamos asegurarnos de que la República sería más flexible a nuestros términos. ¿Debería entender que tu explosión significa que la República no está interesada en negociar?

Conforme Am-ris se ruborizaba y escupía, Dar'nala habló.

—Las negociaciones continuarán, Lord Baras.

—Siempre eres la voz de la sabiduría, Dar'nala —dijo Baras—. El Imperio esperará una vuelta a la mesa de negociaciones a esta hora mañana. Si no, los asuntos continuarán… mal para la gente de Coruscant.

La piel de Dar'nala se oscureció aún más pero su voz permanecía plácida.

—Nuestra delegación discutirá los asuntos y contactará contigo mañana.

—Debo esperar eso. Descansad.

Am-ris maldijo a Baras en Cereano y Baras pretendió no escuchar.

Conforme el séquito de la República tomó su camino a través de los escombros en la sala, entre los escombros en sus corazones, Aryn sintió los ojos burlones del hombre Sith sobre ella y apenas podía contener un grito de rabia. Antes de dejar la habitación, se arrodilló y tomó una de las cuentas de coral de su brazalete destrozado.



MALGUS SONDEÓ LAS RUINAS. La cáscara de la nave de entregas todavía humeaba y ardía en algunas partes. Zonas de metal ennegrecido punteaban la sala. Muros y columnas habían sido reducidos a pilas de escombros abruptas. Grietas venosas en las paredes y el techo. La luz del sol moribundo del día trazaba líneas llenas de polvo desde el tejado hasta el suelo. Cuerpos, muchos de ellos Sith, pero más aún Jedi y militares de la República, reposaban desparramados sobre el suelo, entre los escombros. Unos pocos gemidos sonaban aquí y allí. La Mandaloriana estaba en pie en la entrada destrozada del Templo. Mantenía su casco bajo su brazo y el sol centelleaba en su largo pelo. Sus ojos se movían por la destrucción, la línea dura de su boca sin mostrar emoción. Debía haber sentido los ojos de Malgus sobre ella. Encontró su mirada y asintió. Él le devolvió el gesto, un guerrero agradeciendo a otro. Se volvió a poner el casco, se giró, encendió su jetpack, y se elevó hacia el cielo de Coruscant. El Imperio vería su pago.

De los cincuenta guerreros Sith que habían asaltado el Templo, quizás una marca permanecía en pie. Malgus estaba descontento pero no sorprendido de ver a Lord Adraas entre los vivos. Ellos, también compartieron una mirada a través de las ruinas, pero ningún gesto mutuo agradeció su afinidad como guerreros. Ni pagarían al otro con nada.

Con la batalla terminada, los guerreros Sith restantes se unieron junto a la nave de entregas y elevaron sus puños para saludar a Malgus, gritando un llanto de victoria en medio de sus enemigos caídos. Por un momento, Adraas permaneció entre ellos y no hizo nada, simplemente miraba a Malgus, entonces él, también, reacio se unió al saludo. Malgus dejó pasar su tardanza.

Por ahora.

Malgus agradeció el saludo con un asentimiento.

—Sois sirvientes del Imperio —dijo él—. Y de la Fuerza.

Gritaron otra vez más en respuesta.

Malgus pateó la empuñadura del arma de Zallow fuera de su camino, desactivó su propio sable de luz, caminó sobre el cuerpo de Zallow, y anduvo sobre los escombros, entre los fuegos, entre los muertos, hasta que alcanzó a Eleena. Sintió los ojos de sus guerreros en él, los ojos de Adraas, sintió llegar el cambio en sus sentimientos. No le importó.

Él se arrodilló y acunó a Eleena en sus brazos. Ella aún estaba caliente, respirando. Las heridas fruncidas de bláster que Zallow le había dado parecían como bocas negras en la piel de su hombro y pecho. Parecía no tener huesos rotos.

—Eleena. Abre tus ojos. Eleena.

Sus ojos palpitaron hasta abrirse.

—Veradun —susurró.

Escucharla pronunciar su nombre ante otros Sith le sorprendió, y su mano se cerró en un puño tan apretado que hizo que sus nudillos le dolieran. Ella nunca debería —nunca— comportarse familiarmente con él enfrente de otros Sith.

Ella debió sentir su rabia porque empalideció, se cubrió, mirando a su puño cerrado, sus ojos bien abiertos.

Que ella entendiera su transgresión diluyó su rabia. Desenrolló su puño y extendió su mano.

—¿Puedes ponerte en pie?

—Sí. Gracias, Maestro.

Él la elevó bruscamente en sus pies, sin prestarle atención a sus heridas. Ella se dobló de dolor y se inclinó sobre él. Él lo permitió. Su aliento vino en jadeos adoloridos.

—Convoca a un equipo médico de Usorápido —ordenó a Adraas.

Los ojos de Adraas se empequeñecieron. No había duda de que pensó que la tarea estaba por debajo de él.

—Ya has oído a Darth Malgus —dijo Adraas a un guerrero Sith cercano—. Convoca a un equipo médico.

—No —dijo Malgus—. Tú lo haces, Adraas.

Adraas le miró por un momento con rabia en sus ojos, antes de que corriera una cortina sobre su irritación y girara su cara inexpresiva.

—Como desees, Darth Malgus.

Desde el exterior, explosiones como truenos sonaban, el golpe de tambores regular del intenso bombardeo. La flota de Angral había empezado su ataque en Coruscant.

—Le di la señal a Darth Angral de que el Templo era seguro —dijo Adraas, el más vago indicio de desafío en su tono—. Parecías… preocupado con otras cosas en ese momento.

La mirada de Adraas cayó sobre Eleena, entonces volvió a Malgus.

Malgus miró a Adraas, un puño apretado, y lucho contra el destello de rabia. No permitiría que el límite de insubordinación de Adraas disminuyera la avalancha que sintió de su victoria.

—Perdonaré tu usurpación de poder por esta vez, pero no vuelvas a excederte —dijo Malgus—. Ahora desaparece de mi vista.

Adraas se ruborizó de ira, su boca una línea fina de rabia, pero no osó decir otra palabra. Hizo una reverencia a medias y se fue.

Malgus hizo su agarre sobre Eleena más gentil conforme se giraban a mirar al exterior. La entrada en ruinas del Templo, ampliada por la nave de entregas chocando a través de ella, abierta hacia el cielo claro. Juntos, él y Eleena miraron a los bombarderos Imperiales salir fuera de las nubes naranja y rojas y prender Coruscant en llamas.

—Ve a verlo, Maestro —le susurró Eleena—. Es tu victoria. Estoy bien. Ve.

Ella no estaba bien y él lo sabía. Pero él también sabía que tenía que verlo.

Él la dejó y caminó por la sala hasta que alcanzó la entrada destrozada. Las estatuas de los Jedi que procesionaban alineadas estaban tumbadas, rotas por sus pies. Vio la culminación de su vida.

Las naves Imperiales calentaban el aire. Las bombas caían como lluvia y explotaban en lloviznas de rojo y naranja y negro. Gotas de humo se derramaban al cielo. Los pocos speeders nativos que quedaban en el aire eran perseguidos por cazas Imperiales y derribados. Cientos de fuegos llenaban el campo de visión de Malgus. Un rascacielos ardía, un pilar de llamas alcanzando los cielos. Explosiones secundarias mandaban vibraciones profundas gimiendo a través del suelo. Malgus ocasionalmente captaba los sonidos de los gritos distantes, en pánico. Un puñado de cazas de la República salieron al aire pero fueron rápidamente enjambraos por los cazas Imperiales y golpeados desde el cielo.

Él abrió un canal de comunicaciones a la Oscuridad, el crucero de mando de Angral.

—Darth Angral, ¿ha oído que el Templo Jedi está asegurado?

El sonido de un puente ocupado servía como ruido de fondo para la respuesta de Angral.

—Lo he oído. Lo has hecho bien, Darth Malgus. ¿Cuántos guerreros murieron en el asalto?

—¿Adraas no os lo contó?

Angral no contestó, meramente esperaba a que Malgus contestara la pregunta original.

—Quizás treinta —dijo Malgus al fin.

—Excelente. Mandaré un transporte para recogeros a ti y a tus hombres.

—Preferiría que esperarais.

—¿Oh?

—Sí. Deseo ver arder Coruscant.

—Lo entiendo, viejo amigo. Me aseguraré de que los bombarderos eviten el Templo. Por ahora.

El calan se cerró y Malgus se sentó con las piernas cruzadas en la puerta del Templo. Pronto, varios de los guerreros Sith se colocaron a su alrededor. Juntos, atestiguaban el fuego.

EN MENOS DE MEDIA HORA ESTÁNDAR, un transporte médico Imperial cortó a través del humo y las llamas y otras naves Imperiales que llenaban el cielo para descender en una nube de polvo en la gran procesión de fuera del Templo Jedi. Los dos pilotos, visibles a través del transpariacero de la cabina de mandos, saludaron a Malgus.

Una puerta de la tripa se abrió y dos hombres de la Corporación Médica Imperial gris y azul bajaron por la rampa. Ambos llevaban maletines de suministros e instrumentos y ambos tenían el físico blando de los hombres que —pese a su entrenamiento de guerreros— no habían visto el trabajo duro en mucho tiempo. Droides médicos bípedos,

sus cuerpos pulidos plateados reflejando los fuegos ardiendo en las vistas de la ciudad, caminaban tras ellos, cada uno tirando de un carro de tratamientos con una camilla de tres niveles tras él.

Malgus se alzó y se aproximó a ellos. Los ojos de los doctores se abrieron con su apariencia —su aspecto cicatrizado era lo que más alarmaba— y dieron un saludo vigorizante.

—Hay varios heridos dentro —dijo Malgus—. La mujer Twi'lek es mi sirviente. Cuidadla como lo haríais conmigo.

—¿Una alien, mi señor? —preguntó el mayor de los dos hombres, sus carrillos punteados con una barba gris de un día—. Como estoy seguro que sabe, las instalaciones médicas Imperiales en la sala de operaciones están restringidas a…

Malgus dio un paso hacia él y la boca del doctor se cerró de golpe.

—Cuida de ella como lo harías conmigo. ¿Lo has entendido?

—Sí, mi señor —dijo el doctor, y el equipo médico se apresuró tras ellos.

Más explosiones golpeaban el paisaje urbano. Una bomba golpeó una estación de energía, y una enorme llamarada de plasma voló medio kilómetro sobre el cielo. Un vuelo de los interceptores CEI[3], perceptible por sus alas dobladas, golpeó sobre el Templo. Los Sith a su alrededor animaban.

Eleena salió del Templo, su boca apretada con dolor. El doctor fue tras ella, la preocupación arrugando su frente.

—Por favor, señora —dijo el doctor, mirando a Malgus con terror—. Por favor.

Los ojos de Eleena se abrieron conforme asimilaba la escala del bombardeo, la destrucción. Malgus dio un paso ante ella.

—Ve con los doctores —dijo él—. Hay una nave médica Imperial, Usorápido, en órbita con el resto de la flota del crucero. Espérame allí. Iré cuando acabe aquí.

—No requiero cuidados, Maestro.

—Haz lo que te mando —dijo él, aunque su voz no era dura.

Ella tragó, sonrió, y asintió.

—Gracias, mi señor —dijo el doctor a Malgus—. Vamos, señora. —Cogió a Eleena gentilmente por el brazo y la escoltó a bordo del transporte mientras las bombas caían y la República moría.

Después de que el equipo médico rebuscara y cargara a los heridos, los Sith cargaron sus propios muertos a bordo. Los cuerpos serían llevados a Dromund Kaas o Korriban para los ritos apropiados. Malgus desearía que Adraas estuviera entre ellos.

Después de que el transporte despegara, Adraas, enmascarado una vez más, vino al lado de Malgus.

—¿Qué hay de los cuerpos de los Jedi? —preguntó Adraas.

Malgus lo consideró. Los Jedi habían luchado bien, especialmente Zallow. Habían malinterpretado la Fuerza, pero él, aún así, deseaba tratarles de manera honorable.

—Convertid el Templo en su tumba. Tirad abajo toda la cosa.

---

[3] Cazas Estelares Interceptores, ISF (Interceptor StarFighter)

—Requeriré de un bombardero para…

Malgus agitó su cabeza y se giró sobre Adraas. Ellos permanecieron a la misma altura, y Adraas no se acobardaba ante la apariencia de Malgus.

—No —dijo Malgus—. Hay explosivos más que suficientes todavía en la nave de entregas. Úsalos.

—¿Es una orden… mi señor?

Malgus mantuvo la calma con dificultad.

—Los Sith deben destruir el Templo Jedi, no los pilotos Imperiales. ¿Discrepas, Adraas?

Adraas parecía no haberlo considerado. Malgus no estaba sorprendido. Adraas, también, malinterpretaba la Fuerza, y tenía muy poco sentido del honor. Aún así, hizo como le dijeron.

—Se hará, mi señor.

Inmediatamente, las cargas se colocaron y Malgus sostenía un detonador remoto en su mano. Miró al Templo una última vez, sus torres, las gradas apiladas de la estructura central, las estatuas tumbadas, la gran entrada parecía una burla abrupta y ruda por el paso de la nave de entregas. El resto de sus fuerzas Sith permanecían reunidas alrededor de él.

—¿Deberíamos apartarnos a una distancia segura? —preguntó Adraas.

Malgus le compensó con desdén.

—Esta es una distancia segura.

—Estamos a veinte metros de distancia de la entrada —dijo Adraas.

Mirando a la cara de Adraas, Malgus activó el detonador. Una serie de explosiones bajas sonaron, empezando en las profundidades del Templo y llegando más cerca conforme las cargas explotaban secuencialmente y minaban los cimientos del Templo.

Una fuerte ráfaga de polvo y escombros sueltos salieron de la entrada. Las explosiones en los niveles superiores empezaron, se volvieron más ruidosas, más fieras. La piedra crujía. Grandes trozos caían de la fachada del Templo y chocaban contra el suelo. Las llamas eran visibles a través de la entrada. Una serie entera de explosiones le siguieron en una rápida sucesión, el sonido de romper la columna de la Orden Jedi.

El enorme edificio, un símbolo de los Jedi durante siglos, empezó a caer sobre sí mismo. Las torres colapsaban en su estela, las grandes agujas derrumbándose como a cámara lenta. Un cohete de fuego y puntos de piedra moviéndose más rápido que la velocidad del sonido explotando fuera de la entrada ahora colapsando.

En lugar de cubrirse, Malgus cayó en la Fuerza, elevó ambas manos, palmas hacia afuera, y formó un muro transparente de poder ante él mismo y sus guerreros. Su compañero Sith se unió a él, imitando su gesto, imitando su poder. Las rocas y escombros se acumulaban contra la barrera compartida, la metralla de las ruinas acelerando. El rastro del llamas lo golpeó y se dividió a su alrededor, como agua sobre la piedra.

El Templo continuó su lenta defunción, cayendo hacia dentro, reduciéndose a un montículo sin forma de escombros y ruinas. Y entonces se acabó.

Una nube gruesa de polvo colgaba como un velo funerario sobre la montaña de piedra destrozada y acero que había sido el Templo Jedi. Podía haber habido supervivientes Jedi en los niveles inferiores del Templo. A Malgus no le importaba. Estaban aplastados o atrapados para siempre.

—Y así cae la República —dijo Malgus.

Los Sith a su alrededor vitoreaban.

NADIE DE ENTRE la delegación de la República en Alderaan habló hasta que llegaron a la sala. Nadie parecía saber qué decir. Aryn luchó para mantener su torbellino colectivo emocional a raya. Como ella, estaban saltando al azar entre la pena, la rabia, y la decepción. Incluso Dar'nala luchaba por mantenerse centrada, aunque en su exterior parecía en calma.

Dar'nala finalmente rompió el silencio, su tono, al menos, todo negocios.

—Necesitamos alcanzar al Maestro Zym tan pronto como sea posible. Necesito su consejo.

—¿Cómo podemos estar seguros de que esté vivo? —preguntó Satele—. Si Coruscant ha caído …

Como una la delegación titubeó. Syo y Aryn compartieron una mirada de shock. No se le había ocurrido a Aryn que al Maestro Zym, también, lo hubieran perdido.

—Lo habría sentido si estuviera… muerto —dijo Dar'nala, asintiendo como para asegurárselo a sí misma—. Prepara un enlace de comunicaciones seguro, Satele.

—Sí, Maestra Dar'nala.

—Nadie se va de aquí —les dijo a todos Dar'nala. Aryn vio que los ojos de la Maestra estaban inyectados de sangre—. Cuando lleguen palabras del ataque al público, la prensa querrá comentar. No vamos a dar ninguna hasta que nos hayamos asentado en nuestra labor. Hablaré por esta delegación por ahora. ¿De acuerdo?

Todos asintieron, incluso el Senador Am-ris.

—Esta será una decisión definitiva para la República, Senador —dijo Dar'nala—. Los Jedi darán consejo, por supuesto.

Am-ris se encorvó cuando habló, aplastado por el peso de los eventos.

—Discutiré los asuntos con la cabeza de acción del Senado —dijo él.

—Puede que el Senado no exista hoy por hoy —dijo Dar'nala—. Puede que tengas que actuar en su lugar. Tus consejeros de aquí pueden asistirte. Te apoyaremos a ti y a cualquier decisión que definitivamente hagas.

Líneas de preocupación surcaban la frente de Am-ris. Él tragó, asintió.

Caminaron a través de los pasillos vacíos, desalentados. El edificio del Alto Consejo había sido evacuado para las negociaciones. Incluso los guardias Alderaanianos típicamente estacionados en la estructura habían sido relegados a puestos exteriores. Aunque las ventanas daban a patios de hierba y arbustos cortados, fuentes fluyendo de

forma suave, y elegantes esculturas, Aryn, aún así, se sentía como si estuvieran caminando en una tumba. Algo había muerto en el interior del edificio.

Sus pensamientos se agitaban. Todos ellos parecían estar a punto de decir algo, aunque nadie dijo nada. Aryn finalmente le dio voz a lo que imaginaba que todos ellos estaban pensando.

—No podemos dejar que esta agresión continúe, Maestra.

Satele y Syo dieron pequeños asentimientos de acuerdo. Dar'nala miró fuera de una ventana al campo Alderaaniano.

—Temo que no tengamos opción. El Canciller está muerto…

—¿Muerto? —preguntó Aryn.

—Lo vimos ocurrir —dijo Satele, asintiendo, su voz tensa—. Dijo que una flota Imperial atacó Coruscant. Parece que el ataque se centraba en el Senado y en el Templo Jedi.

—Dudo que se detuvieran ahí —dijo Am-ris.

—Había Padawans en el Templo —dijo Syo.

Satele continuó.

—No tenemos ni idea del número de las fuerzas imperiales o de qué otros daños hayan podido traer consigo.

—No podemos entregar Coruscant —dijo Aryn.

La afirmación hizo que todos empalidecieran en silencio.

—Estoy de acuerdo —dijo al fin Dar'nala—. No deberíamos llegar a eso.

—¿No deberíamos? —preguntó Syo.

Aryn podía apenas creer lo que estaba escuchando. Los Jedi habían sido embaucados, habían fallado en su cargo de proteger la República. El Maestro Zym debía haber previsto el plan Sith. Ella miraba fuera de las ventanas conforme andaban, apenas viendo las vistas Alderaanianas, el río cercano.

Había luchado contra las fuerzas Imperiales en Alderaan, los había derrotado hasta una retirada. No quería nada más que luchar contra ellos de nuevo ahora.

La voz de Dar'nala la trajo de nuevo al presente.

—¿Cómo sabías que los Sith habían atacado Coruscant antes de que saliéramos de la habitación de negociaciones, Aryn?

—No lo sabía —admitió Aryn—. No con seguridad. Sólo sabía que… —trató de contener la emoción de su voz pero falló—. El Maestro Zallow había sido asesinado. Y cuando vi la mirada en los ojos de los Sith …

Syo dio un paso cerca de ella, como si la protegiera de su aflicción.

—El Maestro Zallow está muerto, entonces —dijo Dar'nala, poniéndose rígida. Sus palabras sonaban tensas, el dolor filtrándose a través de su control—. ¿Estás segura?

Aryn asintió pero no dijo nada más, simplemente construyó un muro de su voluntad para contener las lágrimas. Syo parecía querer ofrecerle consuelo, pero en su lugar no hizo nada.

—Todos lo lamentamos, Aryn —dijo Dar'nala—. Y las otras pérdidas de hoy.

Aryn no podía contener la rabia en su voz.

—Aún así nos haces volver a negociar con aquellos que lo hicieron.

Dar'nala paró sus pasos, se giró para encarar a Aryn. Aryn sabía que se había excedido. La voz de Dar'nala permaneció al nivel, pero en el calor de sus ojos podría haber prendido fuego a Aryn.

—Hay billones de personas en Coruscant. Niños. Sus vidas dependen de que nosotros actuemos con buen juicio, no precipitadamente. Tus emociones controlan tu lengua. No les dejes controlar tu pensamiento.

—Tiene razón, Aryn —dijo el Senador Am-ris y puso una mano sobre el hombro de Aryn—. Debemos pensar en el bien de la República.

Aryn sabía que ambos tenían razón, pero no le importaba. Haría justicia por el Maestro Zallow, de una forma u otra.

—Perdóname, Maestra —dijo ella—. Senador.

—Lo entiendo —dijo Dar'nala, y el grupo empezó a caminar de nuevo—. Lo entiendo todo demasiado bien.

ZEERID INTENTÓ dormir en su silla durante unas horas y no lo logró mientras que el Gordo era arrojado a través del túnel azul del hiperespacio. En su lugar, se preocupaba por su siguiente trabajo. Más aún, se preocupaba por el trabajo después de ese, y el de después de ese. Se preocupaba por su hija, por cómo tendría los cuidados que necesitaba cuando él —él lo veía inevitable ahora— muriera en uno de sus trabajos. El agujero en el que vivía parecía estar volviéndose más y más profundo todo el rato, y no se acercaba a cavar su salida.

La instrumentación pitó con una señal para indicar el fin del salto. Él hizo transparente la parte superior de la cabina de mandos conforme la nave saliera del hiperespacio y el azul daba lugar al negro.

La esfera de la estrella de Vulta ardía en la distancia. Vulta era visible a través de la parte superior, su lado diurno brillando como una joya verde y azul contra la oscuridad del espacio.

Llegar al sistema Vulta le hacía sentir inmediatamente más ligero. La parte de él que se mantenía trabajando en el muelle se reafirmaba. El pensamiento de ver a Arra siempre le hacía lo mismo.

Encendió los motores y el Gordo aceleró a través del espacio vacío entre él y su hija. Cuando se acercó al planeta, cambió la nave a piloto automático y esperó a que el control planetario le contactara.

Mientras esperaba, encendió un canal de noticias de la HoloRed. Su pequeña videopantalla de la cabina de mandos le mostraba imágenes de las negociaciones de paz en Alderaan. Se había olvidado de ellas. Desde que se dio de baja, la guerra entre el Imperio y la República se había convertido en poco más que un ruido de fondo para él. Sabía que el Escuadrón Caos se había reportado bien en Alderaan, pero no mucho más.

Metraje de la delegación Sith entrando al edificio del consejo llenaba la pantalla, comentarios, entonces metraje de la delegación Jedi haciendo lo mismo. Pensó que había visto una cara familiar entre los Jedi.

—Congela la imagen y amplía a la derecha.

La videopantalla hizo como se le ordenó, y ahí estaba: Aryn Leneer. Ella todavía llevaba su pelo largo, arenoso suelto, todavía tenía los mismos ojos verdes, la misma postura encorvada, como si se estuviera abrazando a sí misma contra una tormenta.

Lo cual estaba hacienda, supuso Zeerid, dada la agudeza con la que sentía las emociones de aquellos a su alrededor.

No la había visto en años. Se habían hecho amigos durante los meses que habían servido juntos en Balmorra. Había averiguado que ella podía volar bastante bien y luchar muy bien. Respetaba eso. Y debido a que él luchaba bastante bien y volaba aún mejor, pensaba que ella le había respetado. Nunca había bebido con Zeerid y los comandos, pero ella siempre estaba en la cantina con ellos. Sólo mirándoles.

Zeerid había asumido que iba con ellos porque le gustaba la temperatura emocional de los comandos cuando bebían… alivio y alegría de haber sobrevivido a otra misión. Ella siempre tenía una franqueza en su cara, una expresión en sus ojos que decía que ella le entendía. Su franqueza había atraído a los soldados borrachos como moscas dulces al néctar de la miel. Habían querido mirar en sus ojos y confesar algo. Zeerid imaginaba que debería haber sido agotador para ella. Y aún así ella siempre había estado ahí para ellos. Cada vez.

El video se cortó hacia una imagen de Coruscant y un comentador dijo:

—Hasta hoy, cuando un ataque …

La unidad de comunicación de la nave sonó con una señal y Zeerid apagó el video. Esperando al control planetario, lo aceptó pero se paró a medio camino cuando se dio cuenta de que era el canal subespacial encriptado que usaba con El Intercambio.

Consideró ignorar el alto. Hablar a Oren tan cerca de Vulta ensuciaría su reunión con Arra. No quería negocios en mente cuando viera a su hija.

El parpadeo regular, rojo del alto continuó.

Él transigió, maldijo, y golpeó el botón para abrir el canal, lo golpeó tan fuerte que hizo crujir el plastoide. Se tensó por lo que escucharía.

—¿Qué? —ladró él.

Por un momento Oren no dijo nada, entonces…

—Si el análisis de voz no dijera que eres tú el que habla, habría asumido que había parado a otra persona.

—Tengo otras cosas en mente ahora mismo.

—¿Oh? —se detuvo Oren, como si esperara una explicación más meticulosa. Zeerid no ofreció ninguna, así que Oren continuó—: Como aludía antes, tengo algo urgente. La entrega requiere de alguien con habilidades de pilotaje extraordinarias. Alguien como tú, Zeta.

—Acabo de terminar un trabajo, Oren. Necesito tiempo…

—Este trabajo borrará tus deudas.

Zeerid se levantó en su silla, sin estar seguro de haber escuchado correctamente.

—¿Puedes repetirlo?

—Me has escuchado.

Zeerid le había escuchado; sólo que no podía creerlo. Hacía meramente unas horas, imaginaba que nunca se libraría del Intercambio. Ahora Oren le estaba ofreciendo justo eso. Trató de mantener su voz regular.

—¿Es sólo una entrega?

—Es una entrega.

—¿Qué es el cargamento? —intentó no atragantarse con la siguiente palabra—. ¿Especia?

—Sí.

—¿Dónde va?

Pensaba que tenía que estar dirigiéndose a algún agujero ardiente de un planeta para que Oren le hubiera ofrecido limpiar su deuda.

—Coruscant. —Oren pronunció el nombre de mala gana, como si esperara que Zeerid rehusara.

—¿Eso es todo?

—¿Has oído lo que he dicho?

—Lo he hecho. Dijiste «Coruscant». ¿Así que dónde está la trampa?

—¿La trampa?

—Coruscant no es exactamente una ZA ardiendo. Son unas vacaciones en comparación a lo que estoy acostumbrado a hacer. ¿Así que dónde está la trampa?

—¿No has visto el holo?

—He estado en el hiperespacio.

—Por supuesto. —Masculló Oren—. El Imperio ha atacado a Coruscant.

Zeerid se inclinó cerca, una vez más sin estar seguro de haber escuchado bien. La afirmación simple de Oren y el tono llano en el que lo dijo no parecía tener los medios para acarrear con la importancia de las palabras que Zeerid pensaba que había escuchado.

—¿Repite? Estaban teniendo lugar las negociaciones de paz en Alderaan. Lo acabo de ver en el holo. ¿A qué te refieres con «atacado»?

—Me refiero a atacado. Una flota Imperial está en órbita alrededor del planeta. Fuerzas Imperiales ocupan Coruscant. Nadie sabe mucho más porque el Imperio está interfiriendo en las comunicaciones de Coruscant.

Los pensamientos de Zeerid todavía no podían asimilar la idea. ¿Cómo podía el Imperio haber atacado cualquiera de los Mundos del Núcleo, mucho menos la capital?

—¿Cómo pueden haberse abierto paso a través de la red de defensa? No tiene sentido.

—Yo tampoco sé ni me importan los detalles, Zeta. Aunque yo lo veo como un ataque sorpresa que ocurrió en medio de las negociaciones de paz. Si fuera de otra forma, uno podría apreciar la osadía del Imperio. Luchaste contra el Imperio, ¿no, Zeta?

Zeerid asintió. Había intercambiado disparos con las fuerzas Imperiales varias veces, originalmente como un comando en el ejército de la República, y luego como… lo que fuera que era ahora. Por un momento, tuvo un destello de las nociones ridículas que debió realzar con el ejército. Se reprendió a sí mismo por estúpido.

—Puedes ver el resto del holo —dijo Oren—. Mientras tanto, empieza a planear esta entrega.

La entrega. Cierto.

—¿Quieres que haga volar una nave llena de especia dentro de un mundo recientemente conquistado ocupado por el Imperio? Dices que han bloqueado el tráfico de comunicaciones. Tendrán el tráfico orbital al mínimo, también. No puedo colarme a través de eso, incluso volando a ciegas. Me lanzarán al espacio.

—Encontrarás la forma.

—Estoy abierto a sugerencias.

—Tengo fe en que encontrarás algo.

—Al menos deberíamos esperar a que los asuntos se asienten. El Imperio probablemente permitirá que el tráfico de naves comerciales regulares se reanude en una semana o más. En ese punto…

—Eso no funcionará.

—Tiene que funcionar.

—No. El cargamento necesita moverse de inmediato.

A Zeerid le empezaban a gustar las cosas menos y menos. Su sentido del olfato captaba algo pudriéndose.

—¿Por qué?

—No necesitas saberlo.

—Lo necesito si voy a acarrear con ello. Lo cual ni siquiera he decidido aún.

Oren cayó en silencio por un momento. Entonces…

—Esta es ingespecia.

Zeerid soltó un suspiro. No le extrañaba que el trabajo le limpiara las deudas. La especia de ingeniería química no sólo era especialmente adictiva, también alteraba la química del cerebro de los usuarios de tal forma que sólo más de la misma marca, de ingespecia podía satisfacer su necesidad. La simple especia no lo haría. Los traficantes llamaban a la ingespecia —la correa— porque les daba el monopolio sobre sus usuarios. Podían cargar un suplemento, y lo hicieron.

—Tenemos un comprador en Coruscant cuyos suministros andan bajos. Necesita que este pedido llegue a Coruscant rápidamente, del Imperio o no del Imperio. Ya sabes por qué.

Zeerid sabía por qué.

—Porque si los usuarios no podían conseguir su marca de ingespecia, se irían en retirada. Y si ellos pasaban por eso …

—Romperían su adicción por la marca y nuestro comprador pierde su mercado. Su preocupación por encima de su grandeza, entendible.

—Lo que significa que El Intercambio pone el precio.

—Lo cual funciona bien para ti, Zeta. No parezcas tan desdeñoso.

Zeerid mordió la esquina de su labio. Sintió una pequeña náusea. Por una parte, podría ser libre con sólo esta entrega. Por otra parte, había visto un cubil de ingespecia una vez en Balmorra, sirviendo en el ejército. No era bonito.

—No —dijo Zeerid. Por coger fuerza, miró a través de la parte superior de la cabina de mandos a Vulta, donde vivía su hija, y agitó su cabeza—. No puedo hacerlo. La especia ya es lo suficientemente mala. La Ingespecia es demasiado. Me ganaré mi salida de aquí de otra forma.

La voz de Oren se endureció.

—No, no lo harás. Puedes morir intentando hacer esta entrega, o puedes morir no haciendo esta entrega. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Zeerid apretó los dientes.

—Sí. Lo entiendo.

—Me alegro. Míralo de esta forma. Si haces la entrega, estás en paz con El Intercambio. Quizás incluso te vayas, ¿huh? Si no haces la entrega, estás muerto ¿y a quién le importa?

Oren se rió entre dientes por su propia inteligencia, y Zeerid no deseaba nada más que ahogar al bastardo.

—Entonces necesito más —dijo Zeerid. Si iba a ensuciarse, quería créditos suficientes en las manos para comprar una ducha para su conciencia—. No sólo una limpieza de deudas. Quiero doscientos mil créditos además de cubrir la deuda, y quiero cien de ellos pagados antes de que aterrice en Vulta, lo que significa que tienes un cuarto de hora.

—Zeta …

—Esto no es negociable.

—Necesitas algo de dinero para el juego, ¿huh?

—Algo así.

—Muy bien. Hecho. Los primeros cien llegarán a tu cuenta antes de que llegues abajo.

Zeerid mordió su labio de rabia. Debería haber pedido más.

—¿Dónde voy?

—El cargamento se dirige a Vulta ahora mismo. Y cuando digo que es hora de irse, tú mueves la cola.

—Está bien. —Zeerid cogió aliento de forma profunda—. ¿Has acabado de hablar, Oren?

—Ya estoy.

—Entonces tengo una cosa más.

—¿Qué es?

—Cuanto más te conozco, más quiero dispararte en la cara. Sólo quería que lo escucharas de mí al menos una vez. Con doscientos mil o sin doscientos mil.

—Esto es por lo que me gustas, Zeta —dijo Oren—. Baja tu nave a la altura de Enano Rojo y sigue las instrucciones de atraque. Contactaré contigo cuando el cargamento esté preparado.

—¿Lo cargarás en el Gordo, o volaré en otra cosa?

—No lo sé todavía. Probablemente cargaremos al Gordo del modo habitual… un droide de mantenimiento modificado. Lo sabrás en cuanto lo sepa.

—Si no es el Gordo, estate kriffidamente seguro de que sea otra cosa rápida.

—Estaré al tanto.

—Está bien —dijo Zeerid, aunque no estaba bien. Cerró el canal, se sentó de nuevo en su silla, y miró afuera al espacio.

DAR'NALA DESPIDIÓ A ARYN Y SYO, presuntamente de modo que ella, Satele, y el Senador Am-ris pudieran tener un consejo privado con el Maestro Zym. Sin nada que hacer y nada más que decir, Aryn volvió a sus cámaras para …

¿Para qué?

Ella no sabía qué hacer. Sentía como si debiera estar haciendo algo, pero no tenía ni idea de qué. Así que comió sin saborear, caminó de un lado al otro por el suelo, y meditó, tratando de contener el dolor a raya manteniéndose ocupada.

Cuando eso no funcionó, comprobó la HoloRed en busca de noticias. Como era de esperar, los informes estaban llenos de especulaciones sin aliento sobre el ataque Imperial a Coruscant y lo que significaba para las negociaciones de paz. Ella no podía aguantar el sonido de los presentadores, así que quitó el sonido a la videopantalla.

No había metraje del post-ataque a Coruscant así que Aryn asumió que el Imperio debía haber interferido las comunicaciones. En su lugar, el metraje mostraba antiguas imágenes de la capital de la República. Millones de speeders, swoops, y coches aéreos se movían en líneas organizadas sobre las vistas de duracreto y transpariacero. Miles de peatones caminaban por las cintas transportadoras y las plazas.

La imagen cambió a una vista del Templo Jedi tomada desde una grabadora aérea. Aryn no podía quitar sus ojos de la imagen, las torres, las capas de gradas de la estructura. Las estatuas como torres de los Maestros antiguos, sables de luz apuntaban al cielo, y se alineaban en la amplia avenida que llevaba a las enormes puertas del Templo.

Recordó la sensación de maravilla que sintió caminando entre aquellas estatuas por primera vez, lado a lado con el Maestro Zallow. Era una niña y el Templo y las estatuas parecían imposiblemente grandes.

—Este será tu hogar ahora, Aryn —había dicho el Maestro Zallow, y le sonrió en su camino.

Se preguntaba cómo se vería el templo ahora, tras el ataque, preguntándose si todavía permanecía en pie.

Imaginó al Maestro Zallow, comandando a los Caballeros Jedi y los Padawans, luchando contra los guerreros Sith en las sombras de aquellas estatuas, justo como ella había luchado contra los guerreros Sith en medio de las estatuas Alderaanianas. Se imaginó su caída, muriendo.

Las lágrimas salieron a borbotones de nuevo. Trató de luchar contra ellas pero falló. No podía controlar su estado emocional, no estaba siquiera segura de querer. El dolor por la muerte del Maestro Zallow era todo lo que le había quedado de él.

Un pensamiento la golpeó, y el pensamiento se transformó en una necesidad urgente. Una idea se enraizaba en su mente, en sus tripas, y ella no podía quitársela.

Quería saber el nombre y la cara del asesino del Maestro Zallow. Quería verle. Tenía que verle. Y si ella pudiera ver al Sith, saber su nombre, entonces podría vengar al Maestro Zallow.

Cuanto más reflexionaba en la noción, más necesario se volvía.

Pero no podía saber nada en Alderaan, como parte de las negociaciones de paz. Sabía lo que Zym, Dar'nala, y Am-ris decidirían, lo que debían decidir. Harían un show de la negociación, entonces aceptarían cualquier término que le ofrecieran los Sith. Traicionarían la memoria del Maestro Zallow, y de todos los Jedi que habían luchado y caído en el Templo.

Era obsceno, y Aryn no sería parte de ello.

Incapaz de contener su emoción, gritó en un arroyo de insultos, uno tras otro, un amplio y largo río de profanidades del tipo de los que no había utilizado desde su adolescencia.

Momentos después, un golpe urgente sonó en su puerta.

—¿Quién es? —llamó, su voz todavía dura e irritable.

—Soy Syo. ¿Estás… bien? Escuché…

—Era el video —mintió, y apagó la videopantalla—. Quiero estar sola ahora, Syo.

Un largo silencio, entonces…

—No tienes por qué cargar con esto sola, Aryn.

Pero tenía que cargar con ello sola. El recuerdo del Maestro Zallow era su peso que cargar.

—Ya sabes dónde encontrarme —dijo Syo.

—Gracias —dijo ella, demasiado flojo para que lo oyera.

Pasó las horas en soledad. El día daba paso a la noche y ninguna palabra vino de la Maestra Dar'nala o Satele. Trató de dormir pero falló. Temía lo que la mañana traería.

Se recostó en su cama, en la oscuridad, mirando al techo. La luna de Alderaan, gibosa y neblinosa, se alzaba y pintaba la habitación en una luz estridente. Todo parecía lavado, fantasmal, irreal. Por un momento se permitió sentir como si hubiera caminado hacia un sueño. ¿De qué otra forma podían los problemas transpirar así? ¿De qué otra forma podían los Jedi fallar así?

La voz de la Maestra Dar'nala se repetía en su mente, una y otra vez: temo que no tengamos opción.

El dolor de las palabras venía del hecho de que eran ciertas. Los Jedi no podían sacrificar Coruscant. La República y el Consejo Jedi aceptarían un tratado. Tenían que hacerlo. Todo lo que quedaba era negociar los términos, términos que debían ser favorables para el Imperio. Al final, la traición del Imperio, la traición Sith, sería recompensada con una rendición Jedi.

Mientras que Aryn reconocía la razonabilidad de los hechos, aún así no podía evitar el sentimiento de que estaba equivocada. La Maestra Dar'nala estaba equivocada. El Senador Am-ris estaba equivocado.

Ese pensamiento nunca había entrado en su mente antes. Esto, también, le dolía. Todo había cambiado para ella.

Sus puños cerrados con rabia y dolor, y sintió más gritos luchando por trepar por su garganta. Respirando profundamente, de forma regular, buscó reprimir su pérdida de control. Sabía que el Maestro Zallow no lo habría aprobado.

Pero el Maestro Zallow estaba muerto, asesinado por los Sith.

Y pronto la Orden le fallaría, su memoria asesinada por la necesidad política.

Su mente caminaba a través de recuerdos del Maestro Zallow, no de sus enseñanzas, sino de sus sonrisas, sus reprimendas severas pero cariñosas por sus rebeldías, el orgullo que sabía que él sentía cuando fue ascendida a Caballero Jedi.

Aquellas eran las cosas que les habían unido, no la pedagogía.

El agujero que había sido abierto en ella cuando sintió su muerte bostezó tranquilo. Ella temía que pudiera colarse por él. Sabía el nombre del agujero.

Amor.

Había amado al Maestro Zallow. Había sido un padre para ella. Nunca se lo había dicho y ahora nunca podría. Perder algo que ella amaba la había roto de una forma que no esperaba. El sufrimiento dolía, pero el sufrimiento estaba bien.

La Orden había originado una galaxia en la que el bien se rendía ante el mal, donde los sentimientos humanos —los sentimientos de Aryn— eran aplastados bajo el peso del no apego de los Jedi.

¿Qué bien era algo de esto si traía problemas?

Sus pensamientos corriendo la levantaron de la cama. Estaba demasiado inquieta para dormir. Puso sus pies en el suelo alfombrado, levantó su cabeza, trató de reunir los pensamientos saltando caóticamente en su cerebro.

Se dio cuenta de que todavía llevaba su túnica, no sus ropas de noche. Cruzó la habitación y caminó a través de las puertas corredizas hacia su balcón. El viento brusco le revolvió el pelo. El olor de las flores salvajes y la marga saturaban el aire. Los insectos cantaban. Un pájaro nocturno arrullaba.

Habría sido pacífico bajo otras circunstancias.

Cien metros hacia abajo, las vistas Alderaanianas de desplegaban ante ella, un campo de hierba alta, arbustos, y delgados árboles apo que susurraban y se balanceaban en la brisa. No podía ver los muros del recinto a través de la vegetación.

Era hermosa, admitió Aryn. Aunque ella todavía tenía la sensación de que estaba en pie en la escena de un crimen. El frío aire de la noche y la calma no hacían nada por mitigar el sentimiento de que los Jedi habían fallado catastróficamente. Agarró la parte superior del balcón con tanta fuerza que hizo que sus dedos le dolieran.

Más allá del recinto, en la distancia, la superficie de un amplio río, sinuoso brillaba a la luz de la luna. Las luces corriendo de unos pocos barcos punteaban su superficie. Vio su travesía lenta, hipnótica sobre las aguas. El cielo, también, estaba punteado de tráfico.

Encontró irritante que la vida continuara como siempre para todo el mundo, mientras que para ella, todo había cambiado. Sentía como si hubiera sido vaciada por dentro.

—¿Pensando en saltar? —dijo una voz, una sonrisa gentil en el tono.

Se sobresaltó antes de identificar la voz como la de Syo. Por un momento, había sonado exactamente como el Maestro Zallow.

Syo estaba de pie en el balcón de sus propias cámaras, a cinco metros a su derecha. Tenía que haber estado ahí todo el tiempo. Quizás no podía dormir, tampoco.

—No —dijo ella—. Sólo pensando.

Su expresión normal de calma estaba marcada por un ceño fruncido y ojos preocupados.

—¿En el Maestro Zallow? —preguntó.

Escuchar a alguien más decir el nombre de su maestro en ese momento la perforó. La emoción se coló por ella, puso un puño en su garganta. Ella asintió, incapaz de hablar.

—Lo siento por ti, Aryn. Se echará de menos al Maestro Zallow.

Ella encontró su voz.

—Para mí era más que solo un maestro.

Él asintió como si entendiera, pero sospechaba que no lo hacía, no realmente.

—Hablar de no tener apego, entenderlo, eso es una cosa. Pero ponerlo en práctica… —Él la miró—. Eso es otra cosa.

—¿Me estás leyendo, Syo?

—Estoy recordándote, Aryn. Todos los Jedi deben sacrificarse. A veces sacrificamos los vínculos emocionales que normalmente enlazan a la gente la una a la otra. A veces sacrificamos… más, como hizo el Maestro Zallow. Esa es la naturaleza de nuestro servicio. No lo pierdas de vista en tu dolor.

Se dio cuenta de que había más que le separaba de Syo que cinco metros de espacio. Su dolor le permitía verlo por primera vez.

—No lo entiendes —dijo ella.

Por un momento nada, entonces…

—Quizás no. Pero estoy aquí por si necesitas hablar. Soy tu amigo, Aryn. Siempre lo seré.

—Lo sé.

Él estuvo en silencio por un momento, entonces dio un paso atrás desde la repisa de su balcón.

—Buenas noches, Aryn. Te veré por la mañana.

—Buenas noches, Syo.

Él la dejó sola con sus pensamientos, con la noche.

Sacrificio, había dicho Syo. Aryn ya había sacrificado mucho en su vida, y el Maestro Zallow lo había sacrificado todo. No se oponía al sacrificio, pero el sacrificio tenía que tener sentido. Y ella vio ahora que todo había sido para nada. Siempre había silenciado sus necesidades, sus deseos, bajo el peso del sacrificio, el no tener apego, el servicio. Pero ahora su necesidad era demasiado grande. Le debía demasiado al Maestro Zallow para que dejara que su muerte quedara sin ser vengada.

Dar'nala, Zym, Am-ris, y el resto de ellos podían acceder a los términos onerosos para salvar Coruscant. Era un problema político. El problema de Aryn era personal, y ella no debía eludirlo.

Ella volvió a su habitación y encendió la videopantalla. Más comentarios del ataque, un comentarista Cereano ofreciendo su análisis de cómo había cambiado el equilibrio de poder en las negociaciones de paz. Aryn vio los videos para distraerse, apenas los vio.

Videos.

—Videos —dijo ella, sentándose.

El sistema de vigilancia del Templo habría grabado el ataque Sith. Si ella pudiera conseguirlo, podría ver al asesino del Maestro Zallow.

Asumiendo que el Templo siguiera en pie.

Asumiendo que la grabación no hubiera sido descubierta y destruida.

Asumiendo que los Jedi no rindieran Coruscant al Imperio.

No deberíamos llegar a eso, había dicho la Maestra Dar'nala. No deberíamos.

Aryn no abandonaría su necesidad de tener una oportunidad, no esta vez.

Estaba pensando en saltar después de todo.

Habiendo tomado la decisión, sabía que tenía que actuar inmediatamente o dejar que la duda afligiera su seguridad. Ella se alzó, sintiéndose ligera en sus pies por primera vez en horas. Reunió su equipaje, estiró su túnica, y dio un paso atrás hacia el balcón. El viento había levantado. Las hojas siseaban en la brisa. El próximo paso, una vez dado, era irrevocable. Ella lo sabía.

Le dirigió una mirada a la habitación de Syo, vio que estaba oscura.

Con el corazón acelerándose, se giró y brincó en el aire, siguiendo sus pensamientos hacia el suelo, desligada de la Orden, del no tener apego, de todo salvo su necesidad de hacer correcto un error.

Usando la Fuerza para decelerar su descenso, golpeó el suelo agachada y frenando. Nadie la había visto irse y nadie notaría su ausencia antes del amanecer. Estaría en su nave y se habría ido mucho antes de eso.

Necesitaría encontrar un camino para entrar a Coruscant, y tenía una idea de quién podía ayudarle. Quería aquellos videos de vigilancia. Y entonces quería encontrar al Sith que había asesinado al Maestro Zallow.

La Orden podía ser forzada a traicionar por lo que existía, pero Aryn no traicionaría la memoria de su maestro.



EL RESTO DE LAS FUERZAS SITH habían vuelto a la flota, pero Malgus se entretuvo. Se quedó solo entre las ruinas del Templo Jedi. Apagó su comunicador, poniéndole fuera del alcance de las fuerzas Imperiales, y conversó en soledad con la Fuerza. Caminando por el perímetro de las ruinas, deambuló sobre la destrucción, complacido por su victoria pero llano con la certeza de que había derrotado a su enemigo y no había ningún reemplazo obvio aparente.

Anhelaba el conflicto. Sabía eso de sí mismo. Necesitaba el conflicto.

Habría más batallas con los Jedi y la República, por supuesto, pero con la captura y la devastación de Coruscant, la caída de la República era una certeza, sólo una cuestión de tiempo. Pronto su visión de la Fuerza se haría realidad, ¿entonces… qué?

Tendría que confiar en que la Fuerza le presentara otro enemigo, otra guerra merecedora de luchar.

Escalando una pila de escombros, encontró un posadero que le ofrecía una vista excelente de las vistas urbanas de alrededor. La cara destrozada de la estatua de Odan-Urr descansaba sobre la pila a su lado, mirándole triste.

Ahí, a horcajadas de las ruinas de su enemigo, Malgus esperó a que la flota Imperial empezara con la incineración del planeta.

Una hora pasó, entonces otra, y conforme el crepúsculo daba lugar a la noche, el número de naves Imperiales merodeando el cielo sobre Coruscant empezó a disminuir más que engrosarse. Los bombarderos volvían a sus cruceros, y los cazas no tomaban formaciones de ataque sino de patrulla.

¿Qué estaba pasando? La flota Imperial no tenía los recursos para controlar una ocupación de Coruscant a largo plazo. Las fuerzas Imperiales tenían que devastar el planeta y moverse antes de que las fuerzas de la República pudieran reunirse para un contraataque.

Y aún así… no estaba pasando nada. Malgus no lo entendía.

Activó su comunicador y contactó con su crucero, Valor.

—Darth Malgus —dijo su segundo al mando, el Comandante Jard—. No hemos sido capaces de contactarle durante horas. Estaba preocupado por su bienestar. Acabo de mandar un transporte a buscarle al Templo.

—¿Qué está pasando, Jard? ¿Dónde están los bombarderos? ¿Cuándo empezará el bombardeo planetario?

Jard titubeaba en su respuesta.

—Mi señor… yo… Darth Angral …

La mano de Malgus apretó el comunicador conforme suponía el significado tras la respuesta tartamudeante de Jard.

—Habla claro, Comandante.

—Parece que las negociaciones de paz continúan en Alderaan, mi señor. Darth Angral ha dado instrucción a todas las fuerzas de que se paralizaran hasta que los asuntos de allí se cristalicen.

Malgus vio una patrulla de interceptores Mark VI volar.

—¿Negociaciones de paz?

—Eso es lo que tengo entendido, Darth Malgus.

Malgus echaba humo, y miró a la columna de humo lanzada por un rascacielos ardiendo.

—Gracias, Jard.

—¿Va a volver al Valor, mi señor?

—No —dijo Malgus—. Pero tráeme ese transporte ahora. Requiero una audiencia con Darth Angral.

LOS TÉRMINOS PARA LAS NEGOCIACIONES prohibían que tanto las delegaciones Imperiales o de la República pusieran seguridad externa alrededor del edificio del Alto Consejo y el recinto. En su lugar, ambos tenían las delegaciones extendidas asentadas en las ciudades cercanas.

Moviéndose con una velocidad aumentada con la Fuerza, Aryn evitó fácilmente a los guardias Alderaanianos asentados en las tierras del recinto. Un canino de uno de los equipos de guardias debió captar su olor. Gruñó conforme ella pasaba, pero antes de que los guardias pudieran encender sus escáneres de infrarrojos, Aryn ya estaba a cien metros de ellos. Ella no salió a través de ninguno de los puntos de comprobación. En su lugar, se abrió paso entre los jardines hasta que alcanzó los muros del recinto, venosas de verdes enredaderas floreciendo con flores amarillas y blancas.

Sin frenar, atrajo la Fuerza, brincó en el aire, y se arqueó sobre el muro de cinco metros. Golpeó el suelo al otro lado, libre.

Para su sorpresa, no sintió un tirón para volver. Lo tomó como una señal de que había tomado la decisión correcta.

El edificio del Alto Consejo se posaba sobre una colina boscosa. Caminos serpenteantes, arroyos, y pintorescos senderos bajaban de la colina hasta un pequeño pueblo de descanso anidado a su pie. Las luces de los edificios del pueblo parpadeaban a través de los árboles y el resto del follaje. Los susurros del tráfico y la vida urbana subían la montaña.

Era tarde, pero no tan tarde como para que no pudiera parar un taxi aéreo para llegar al espaciopuerto antes de que se notara su ausencia.

Sin mirar atrás, aceleró en la noche.

Cuando alcanzó el pueblo, localizó una línea de taxis aéreos automáticos aparcados fuera de un restaurante exterior al aire libre lleno de gente joven. Un chef Rodiano manejaba el grill central, sus brazos, un torbellino de cuchillos y cuchillos de carnicero.

Los olores a carne a la brasa, humo, y una especia que no podía identificar llenaban el aire. La música sonaba con estruendo por los altavoces, el bajo hacía que el suelo vibrara. Mantuvo su capucha cubriéndole la cara y saltó al primer taxi en la línea. El droide antropomórfico conductor puso un codo en el asiento y se giró para encararla. Llevaba un gorro de vestuario ridículo diseñado para hacerle parecer más humano. Dadas sus propias emociones frágiles, Aryn estaba encantada de tener un conductor droide. Los droides eran vacíos para su sentido empático.

—Destino, por favor.

—El espaciopuerto de Eeseen —contestó.

—Muy bien, señora —dijo.

La puerta del taxi se cerró, el motor se encendió, y el coche saltó al aire. El pueblo cayó tras ellos.

La programación social del droide se notaba, y trataba de dar un poco de charla diseñada para poner al pasajero cómodo.

—¿Es de Alderaan, señora?

—No —dijo Aryn.

—Ah, entonces debería recomendarle que probara…

—No necesito conversación —dijo ella—. Por favor conduce en silencio.

—Sí, señora.

Una vez que el taxi llegó a la altitud comercial y cayó en una carretera, el droide aceleró el taxi a unos pocos cientos de kilómetros por hora. Llegarían al espaciopuerto en media hora. Consideró encender la videopantalla del coche pero decidió no hacerlo. En su lugar, miró fuera de la ventana al tráfico, al terreno oscuro Alderaaniano.

—Espaciopuerto delante, señora —dijo el droide.

Abajo y adelante, el espaciopuerto de Eeseen —uno de los muchos de Alderaan— salió a la vista. Aryn no podía no haberlo visto. Sus luces brillaban como una galaxia.

Una de las estructuras más grandes del planeta, el espaciopuerto era en realidad una serie de estructuras interconectadas que se extendían a lo largo de cincuenta kilómetros cuadrados. El aeropuerto central principal del puerto era una serie de brazos concéntricos, con gradas que giraban alrededor de un núcleo de principalmente transpariacero, a los que los locales llamaban —la burbuja—. Era bastante como una ciudad autónoma con sus propios hoteles, restaurantes, instalaciones médicas, y fuerzas de seguridad.

Desde arriba, sabía Aryn, el espaciopuerto parecía similar a una galaxia en espiral con brazos. Podía albergar varios cientos de naves al mismo tiempo, para grandes supercargueros en las plataformas de cargamento de los niveles bajos, para cargamento simple en las plataformas superiores. Una torre de control planetario sobresalía de lo alto de la burbuja como una antena gorda.

Debido a la hora tardía, la mayoría de las plataformas de amarre superiores estaban a oscuras, pero los niveles inferiores estaban brillantes y llenos de actividad. Conforme Aryn miraba, un gran carguero de cargamento descendía hacia una de las plataformas inferiores, mientras que otras dos empezaban su lento ascenso fuera del muelle y hacia la

atmósfera. Las empresas de embarque normalmente hacían mucho de su trabajo de noche, cuando el tráfico en la atmósfera era reducido.

Viéndolo todo, Aryn fue golpeada con la rareza del hecho de que la vida de todo el resto del mundo en la galaxia continuara como lo hacía, mientras la misma República estaba en un grave peligro. Quería gritar desesperadamente a todos ellos: ¡Qué creéis que es lo siguiente que va a pasar!

Pero en su lugar lo contuvo dentro, una presión emocional que pensaba que pronto haría estallar una arteria.

Docenas de speeders, swoops, y droides de carga volaban, zumbaban, reptaban, y rodaban por los muchos muelles del puerto y en el aire sobre las plataformas de aterrizaje. Grúas automáticas elevaban los enormes contenedores de embarque cargados en los muelles de los cargueros.

Incluso desde a medio kilómetro, Aryn podía ver las líneas de la gente y los droides montando en las cintas transportadoras y los ascensores dentro de la burbuja central del espaciopuerto. La estructura entera parecía como la colmena de un insecto. Una porción de la burbuja cerca de la parte superior albergaba un hotel de lujo. Cada habitación tenía un balcón con vistas a la belleza natural de Alderaan. Viéndolos, Aryn pensó en su intercambio con Syo.

—Un Jedi debe sacrificarse —dijo ella.

Ella estaba a punto de hacer exactamente eso.

—Lo siento, señora —dijo el droide—. ¿Ha dicho algo?

—No.

—¿Qué entrada, señora?

—Necesito llegar al nivel uno, subnivel D.

—Muy bien, señora.

El coche aéreo descendió desde la carretera de tráfico para parar en una de las entradas del nivel uno del espaciopuerto. El droide ofreció su mano, que mostró un escáner de tarjetas integrado, y Aryn pasó su tarjeta de créditos. La Orden sería capaz de rastrearla por su uso, pero no tenía otro modo de pagar. Salió del coche aéreo y se apresuró a través de las puertas automáticas del puerto.

Una vez dentro, se movió rápidamente, sin apenas ver a los otros conscientes en las cintas transportadoras y ascensores. Las conversaciones ocurrían a su alrededor, pero, perdida en sus pensamientos, sólo lo escuchaba como un zumbido distante. La música era estridente desde una cantina oscura. Una pareja joven —un hombre humano y una mujer Cereana— caminaban brazo a brazo fuera de un restaurante, cabezas muy juntas, riendo al compartir un secreto. Los droides zumbaban pasando a Aryn, transportando cargamento y equipajes.

—Perdóneme —dijeron conforme pasaron zumbando.

Las videopantallas colgaban en lugares estratégicos a través de las instalaciones. Miró una, vio una vista de Coruscant, la cual luego dio paso al recinto del Alto Consejo en Alderaan. Evitó mirar a otros videos conforme andaba.

Mantuvo sus ojos centrados en la nada, esperando que las horas tardías le evitaran cualquier contacto con otros miembros de la delegación Jedi que debían estar estacionados en el espaciopuerto. Temía que el sonido de sus voces hiciera estallar la burbuja de su control emocional.

Apresurándose por los pasillos, ascensores, y caminos, alcanzó el nivel donde había aterrizado su Cuervo y se permitió relajarse. Alzó su comunicador de muñeca a su boca, pensando en contactar a T6, pero una voz desde detrás la llamó y destrozó su calma.

—¿Aryn? ¿Aryn Leneer?

Su corazón se tambaleó conforme se giraba para ver a Vollen Sor, un compañero Caballero Jedi, saliendo de un ascensor cercano y apresurándose para alcanzarla. El Padawan de Vollen, un Rodiano llamado Keevo, le seguía, un satélite en órbita alrededor del planeta de su Maestro. Ambos llevaban sus túnicas tradicionales. Llevaban sus sables de luz a la vista, fuera de sus túnicas, como lo harían en un ambiente de batalla.

Se tensó. Quizás la Maestra Dar'nala se había dado cuenta de su ausencia y dedujo su intento. Quizás Vollen y Keevo habían venido a detenerla.

Dejó caer su mano cerca de la empuñadura de su sable de luz.

PARA CUANDO el transporte aterrizó cerca del Templo, Malgus había seguido las suficientes conversaciones de comunicación para entender lo que había ocurrido. Y lo que había aprendido sólo le enfureció aún más.

Saltó al transporte y se quedó de pie en el pequeño muelle posterior de carga.

—Deja el muelle abierto mientras vuelas —ordenó al piloto por el intercomunicador del transporte.

—¿Mi señor?

—Ve a cien metros hacia arriba y da un rodeo. Quiero ver la superficie.

—Sí, Darth Malgus.

Conforme el transporte le elevaba de las ruinas del Templo Jedi, el viento soplaba alrededor del muelle y maltrataba su capa. Estaba en pie en el borde de la rampa y usó la Fuerza para anclarse en el sitio. Desde aquí, sondeó Coruscant, el planeta que debía haber sido destruido.

La mayoría de las vistas urbanas estaban iluminadas, así que la noche no ocultaba la destrucción. Una neblina de humo permanecía como una mortaja funeraria sobre las ruinas todavía ardiendo. El aire llevaba el dulce sabor intenso, vago, enfermizo, de los cuerpos quemados y el plastoide fundido. Trató de adivinar el número de muertos: en las decenas de miles, con seguridad. ¿Cientos de miles? No lo podía saber. Sabía que deberían haber sido billones.

Pozos de acero atascados como huesos fuera de pilas de duracreto destrozado. Aquí y allá equipos de excavación asistidos por droides repasaban los escombros, buscando supervivientes o cuerpos. Caras asustadas se giraban hacia arriba para ver pasar al transporte.

—Deberíais estar muertos —les dijo Malgus—. No simplemente asustados.

Cuadrante tras cuadrante de Coruscant había sido reducido a escombros.

Pero no lo suficiente.

La mayoría de los edificios todavía estaban en pie y la mayoría del planeta todavía vivía. La República había sido herida, pero no asesinada.

Y no había nada más peligroso que un animal herido.

Malgus tenía dificultad en contener la rabia que sentía. Sus puños se cerraban y abrían por reflejo.

Había sido mal informado. Peor aún, había sido traicionado. Una parte de sus guerreros había muerto sin otro motivo que fortalecer la postura de negocios del Imperio.

Las sirenas gritaban en la distancia, apenas audibles sobre el viento. Más lejos, naves médicas desarmadas de la República zumbaban por el cielo. Speeders y swoops punteaban el aire aquí y allá, el tráfico ligero y caótico.

Malgus había sabido que Darth Angral había disuelto el Senado y declarado la ley marcial. Pero con el planeta pacificado, Angral había permitido que los rescatadores salvaran a quien pudieran. Malgus imaginaba que Angral pronto liberaría al movimiento civil. La vida volvería a comenzar en Coruscant. Malgus no podía entender el pensamiento de Angral.

No. Él no entendía el pensamiento del Emperador, porque debía haber sido el Emperador el que había decidido perdonar a Coruscant.

Nada era como debería ser. Malgus tenía intención, esperaba, convertir Coruscant en cenizas. Sabía que la Fuerza tenía intención de que él derrocara a la República y a los Jedi corruptos que la lideraban. Su visión le había mostrado todo eso.

En su lugar, el Emperador le había dado a la República una leve quemadura y había empezado a negociar.

A negociar.

Un escuadrón de diez cazas Imperiales pasó, sus naves reflejando el brillo rojo de la sirena de una nave médica cercana. Columnas de humo de varios fuegos en marcha serpenteaban hacia el cielo.

Malgus debía haber esperado que el emperador planeara forzar a la República a rendir Coruscant al Imperio, pero él sabía más aún. La flota había asegurado el planeta temporalmente, pero no tenían las fuerzas para mantenerlo por mucho tiempo. El planeta era demasiado grande, la población demasiado numerosa, para que la flota Imperial lo ocupara indefinidamente. Incluso una rendición formal no acabaría con la resistencia de la población de Coruscant, y una insurgencia entre una población tan grande devoraría los recursos Imperiales.

No, tenían que destruirlo o devolverlo. Y parecía que el Emperador había decidido lo segundo, usando la amenaza de lo primero como ventaja en las negociaciones.

La voz del piloto sonaba por el intercomunicador.

—¿Debo continuar con el sobrevuelo, mi señor?

—No. Llévame al Edificio del Senado. Notifica a Darth Angral de nuestra llegada inminente.

Había visto todo lo que necesitaba ver. Ahora necesitaba escuchar una explicación.

—Paz —dijo él, la palabra, una maldición.

ZEERID FINALMENTE SE DIO CUENTA del sonido del control planetario de Vulta. Lo vio parpadear, medio aturdido, sin tener ni idea de cuánto tiempo había estado dando señal. Agitó su cabeza para aclarar sus pensamientos, buscó el registro de carguero falso que Oren le había pedido que usara, lo introdujo en el ordenador del Gordo, y lo usó para auto-responder al sonido. En momentos recibió la aprobación para aterrizar y las instrucciones de amarre.

—Bienvenido a Vulta, Enano Rojo —dijo el controlador—. Desciende en la plataforma de aterrizaje Lago Yinta uno-once B.

Zeerid trató de dejar que el calor de la entrada atmosférica quemara los pensamientos de Oren, del Intercambio, de la ingespecia. Trató en su lugar de centrarse sólo en los cien mil créditos que le estarían esperando y lo que podría hacer con ellos.

En cuanto la nave alcanzó la estratosfera y entró en el tráfico aéreo de Vulta, tuvo que distanciarse una vez más del trabajo y el personaje que éste necesitaba.

Pero quitarse el traficante de vicios se estaba volviendo más difícil de hacer cada vez. El agujero se estaba volviendo demasiado profundo, el disfraz demasiado pegajoso. Estaría avergonzado si su hija alguna vez supiera cómo se había ganado la vida.

Puso al Gordo en piloto automático y fue a la habitación pequeña tras la cabina de mandos que había convertido en su cuarto.

Su tiempo en el ejército le había enseñado el valor de la organización, y su habitación lo reflejaba. Su estante estaba hecho con esmero, aunque nadie podía verlo excepto él. Sus ropas colgaban cuidadosamente de una pared con taquillas tras la ventana de visualización. Mantenía blásters extra de varias fabricaciones almacenados en la habitación, y una caja con cerradura guardaba suficientes packs cargadores extras para mantenerle disparando durante un año estándar. La parte superior de su escritorio de trabajo pequeño de metal estaba limpia, sin nada encima salvo un puerto de ordenador y una pila de facturas fraudulentas. Integrado en el suelo detrás había una caja fuerte oculta. Él la sacó, introdujo la combinación, y la abrió. Dentro había una tarjeta de pago al portador con el puñado de créditos que había sido capaz de reunir, y, más importante, un pequeño holo de su hija.

Ver el holo le invocó una sonrisa.

Él la cogió. Siempre se fijaba en las mismas tres cosas de la imagen: el pelo rizado largo de Arra, su sonrisa, tan brillante como una nova pese a su discapacidad, y la silla de ruedas en la que se sentaba.

Podía haber escogido un holo que no incluyera la silla, pero no lo hizo. Le dolía verla en ella y seguiría doliéndole hasta que la sacara de ella.

Y ese era el motivo.

El holo le recordaba su propósito. Miraba el holo antes de irse a dormir en su cuarto y lo miraba cuando se levantaba.

Odiaba la silla de ruedas. Era el pecado que necesitaba expiar.

Val y Arra habían estado yendo a verle irse en el borde del planeta. Todavía estaba en el ejército entonces. Val había estado sufriendo de problemas de mareo pero había insistido en ir de todos modos y él, desesperado por ver a su mujer e hija, no había hecho nada por desalentarla. Tuvo un episodio mientras conducía y se precipitó contra otro coche aéreo.

El accidente mató a Val y dejó a Arra cerca de la muerte. Sus piernas habían sido machacadas por el impacto, y los doctores estaban forzados a quitárselas.

Se había dado de baja del ejército para afligirse por Val y cuidar de Arra, sin pensar mucho más allá de simplemente dejar pasar un día y luego el siguiente. No tenía pensión, ni propiedades, y pronto aprendió que incluso con sus habilidades de pilotaje no podía encontrar un trabajo legal que pagara nada cercano a lo que necesitaba y a lo que iban a necesitar. No sólo era que los cuidados inmediatos de Arra tras el choque resultaran en unas enormes facturas médicas, sino que la rehabilitación que estaba en marcha costaba por igual.

Desesperado, abatido, había brincado, saltando a la atmósfera y esperando golpear el agua profunda. Llamó a algunos antiguos conocidos que conoció antes de su periodo en el ejército, y ellos le pusieron en contacto con El Intercambio. Cuando escucharon su oferta, él saltó a la rueda, pensando que podría hacerlo funcionar.

Sus deudas sólo habían crecido desde entonces. Se había endeudado con una compañía propiedad del Intercambio por el Gordo, y pretendió tener problemas de juego contra los que a veces pedía préstamos adicionales. En realidad los créditos por los préstamos iban para los cuidados de Arra.

Pero él estaba caminando por el agua aquí, también. Apenas podía pagar los intereses y mientras trataba de mantener su cabeza sobre el agua, Arra permanecía en una silla de ruedas sin energía, prehistórica. Zeerid no consiguió lo suficiente para comprarle ni siquiera la silla flotante más básica, mucho menos las piernas protésicas que merecía.

Él escuchó una vez hablar de tecnología en el Imperio que podía realmente recrecer extremidades, pero rechazaba pensar mucho en eso. Si existía de alguna forma, el precio lo pondría muy lejos de su alcance.

Sólo quería conseguirle una silla flotante, o piernas si pudiera dar con un gran trabajo. Se merecía por lo menos eso y planeaba verlo.

El tráfico de ingespecia a Coruscant era el principio, el punto de inversión. Sólo con el dinero por adelantado podía conseguirle una silla flotante, y con sus deudas limpias después de eso, realmente podía empezar a hacer créditos reales sin que todo fuera a pagar las deudas.

Créditos para prótesis. Créditos para recrecer piernas, quizás.

Él la vería correr de nuevo, jugar a la gravi-bola.

Devolvió el holo a la caja fuerte y se quitó su ropa de… «trabajo», descartando a Zeta el traficante de especia para revelar a Zeerid el padre, y las lanzó a un cesto. Después de que aterrizara, activó el pequeño droide de mantenimiento que mantenía a bordo; limpiaría y barrería la nave y lavaría su ropa.

Lanzó unos pantalones, una camiseta interior, y su chaleco de armadura ablativo, entonces cogió una camiseta de cuello alto de su cesto y la olió. Olía razonablemente limpia.

Intercambió sus pistoleras con sus GH-44 por una pistolera colgante que llevaría bajo su chaqueta y llenaría con una E-11, entonces se aseguró dos blásters E-9, uno en una pistolera de tobillo, una en la pequeña de su espalda.

Arra nunca le había visto llevando un bláster desde que se había dado de baja, y, voluntad del destino, nunca lo haría. Pero Zeerid nunca iba a ninguna parte desarmado.

Antes de abandonar su cuarto, se sentó en el puerto del ordenador, inició sesión, y comprobó el balance en la cuenta ficticia que usaba con El Intercambio.

Y ahí estaba: cien mil créditos, recientemente depositados.

—Gracias, Oren.

Transfirió los créditos a una tarjeta al portador irrastreable. Era más de lo que había tenido en sus manos nunca antes.

VRATH SE SENTÓ en uno de los muchos bancos de metal que se encontraban en el espaciopuerto de Lago Yinta. Los droides pasaban rápido. Los pensantes iban en grupos de dos, tres y cuatro. La voz de alguien sonaba con estruendo en un altavoz.

Como en cada espaciopuerto de cada planeta de la galaxia, el lugar estaba lleno de actividad: droides, holovídeos, vehículos, conversaciones. Vrath desconectó de todo.

Una gran videopantalla colgando del techo mostraba las últimas noticias al lado derecho, y las últimas llegadas y salidas de naves a la izquierda. Sólo miró las llegadas. El tablón rastreaba cada nave para la cual el control planetario daba instrucciones de amarre, el despliegue moviéndose tan rápido como la actividad en el puerto. Vrath estaba esperando un nombre en particular.

Un ejercicio de voluntad, el disparo de ciertas neuronas, hacía que sus ojos artificiales vieran con una ampliación de tres veces. Las palabras en la pantalla crecían más claras.

El topo de los Hutts en El Intercambio le había dado a Vrath el nombre de una nave, lo que significaba que tenía un piloto, lo que significaba que podía encontrar la ingespecia y guardarla de que llegara nunca a Coruscant.

Los Hutts querían que los adictos de Coruscant se liberaran de su dependencia de la ingespecia de sus competidores, así podían engancharse a la ingespecia Hutt, un nuevo mercado para los Hutts, tal y como Vrath entendía el asunto.

En realidad encontró sorprendente que El Intercambio fuera capaz de encontrar un piloto lo suficientemente loco para traficar en Coruscant, un mundo en aislamiento Imperial. El Intercambio debía haber tenido un piloto con una habilidad poco común.

O una estupidez poco común.

La videopantalla de arriba mostraba el mismo metraje de noticias que cada videopantalla y holovídeo debía estar mostrando: otra historia de las negociaciones de paz en Alderaan. Una mujer Togruta —Vrath sabía que era una Maestra Jedi pero no podía recordar su nombre— estaba dando una entrevista. Parecía severa, indoblegable mientras hablaba. Vrath no podía captar sus palabras. El sonido de los motores y la gente lo hacían imposible de escuchar. Podía haber activado el implante auditivo en su oreja derecha para captar el sonido del video, incluso a través del ruido, pero a él realmente no le importaba lo que la Jedi tenía que decir. No le importaba cómo iba la guerra entre el Imperio y la República, mientras que él pudiera enhebrar la aguja entre ellos y hacer sus créditos.

Esperaba retirarse pronto, quizás a Alderaan. Si pudiera sacar la ingespecia, los Hutts le compensarían bien. ¿Quién sabe? Quizás este sería su último trabajo, después del cual se emborracharía, engordaría, y envejecería, en ese orden.

Alternó su atención entre las noticias y el tablón de llegadas hasta que vio el nombre que estaba esperando: Enano Rojo.

Colgó el bolso que tenía su equipo sobre su hombro, se puso en pie, y caminó hacia la plataforma de aterrizaje del Enano Rojo. Persistiendo entre el bullicio, miró discretamente conforme el carguero aporreado descendía en la plataforma de aterrizaje. Se dio cuenta de que albergaba motores modificados. Sospechaba que el Gordo era rápido.

Alcanzó su pack y sacó el dispensador de nanodroides en su mano. Normalmente prefería usar una versión en aerosol de los nanos de rastreo, pero el puerto estaba muy abarrotado para eso.

Preparado, esperó.

EL EDIFICIO DEL SENADO SURGIÓ A LA VISTA, una cúpula de transpariacero con una torre sobre su centro que apuntaba como el filo de un cuchillo al cielo. La mayoría de las ventanas eran oscuras. El transporte se dirigía a la plataforma de aterrizaje en lo alto del edificio. Los halógenos bañaban el tejado de luz. Malgus vio un escuadrón de guardias Imperiales, grises como sombras en su armadura completa, y un único oficial naval uniformado cerca de la plataforma de aterrizaje. El oficial alzó su mano sobre el sombrero para evitar que el viento lo tirara.

Malgus no esperó a que la nave tocara tierra. Cuando el transporte estaba todavía a dos metros, saltó fuera del muelle de carga abierto y aterrizó ante el oficial, cuyos ojos se abrieron como platos ante la vista del método de Malgus para desembarcar.

El oficial joven, su uniforme gris impecablemente ajustado, su pelo impecablemente peinado bajo su sombrero, probablemente no había hecho mucho más que disparar un bláster en unos años. Malgus no se molestó en disimular su desprecio. Toleraba al oficial

y a su clase sólo porque proveían del apoyo necesario para aquellos que hacían la lucha real por el Imperio.

—Darth Malgus, bienvenido —dijo el agregado—. Mi nombre es Roon Neele. Darth Angral…

—Habla sólo cuando sea necesario, Roon Neele. Los cumplidos me molestan en el mejor de los casos. Y este no es el mejor de los casos.

La boca de Neele quedó abierta por un momento, entonces se cerró.

—Excelente —dijo Malgus, conforme el transporte aterrizaba y su peso hacía vibrar la plataforma de aterrizaje—. Ahora llévame a Darth Angral.

—Por supuesto.

Caminaron sobre el tejado hacia el turbo ascensor. Tropas armadas Imperiales flanqueaban la puerta a cada lado. Ambos saludaron a Malgus. Neele y Malgus bajaron en el ascensor varias plantas en silencio. Las puertas se abrieron para revelar un gran vestíbulo, amplio, alineado con las puertas de oficinas a derecha e izquierda, y acabando en un par de grandes puertas dobles en las que estaban grabadas las palabras:

LA OFICINA DEL CANCILLER DE LA REPÚBLICA

Dos soldados Imperiales más, armados y con armadura, estaban en pie en guardia en las puertas.

El escritorio de recepción con forma de arco inmediatamente ante el ascensor —presumiblemente el dominio de la secretaria del Canciller— con el asiento vacío, la secretaria se había ido hace tiempo.

Roon indicó hacia la oficina del Canciller pero no se movió para salir.

—Darth Angral ha requisado la oficina del Canciller. Te está esperando.

Malgus salió del ascensor y caminó por la sala. Las oficinas a ambos lados de él permanecían vacías, todas ellas mostrando signos de una evacuación apresurada… copas desperdigadas de caf, papeles sueltos por el suelo alfombrado, una silla volcada. Malgus imaginó el shock que los ocupantes debieron haber sentido conforme veían a las fuerzas Imperiales llover del cielo. Se preguntó lo que había hecho Angral con los Senadores y sus cosas. Algunos, sabía él, habían sido asesinados en el ataque inicial. Otros probablemente habían sido ejecutados después.

Cuando alcanzó el final de la sala, los soldados Imperiales saludaron, se apartaron, y abrieron las puertas para él. Caminó al interior y las puertas se cerraron tras él.

Angral se sentaba en el escritorio del Canciller de la República, en el extremo alejado de una oficina extensa. Su pelo negro, atravesado de gris, estaba impecablemente peinado, reminiscente del de Roon Neele. Bordados elaborados decoraban el color de su capa. Su cara angulosa, suavemente afeitada le recordaba a Malgus a un hacha.

Arte de varios mundos colgaba de las paredes o se asentaba en pilares de exposición… tallas de hueso de Mon Calamari, una pintura al óleo de un paisaje de Alderaan, una escultura de madera de una criatura que Malgus no podía identificar pero que le recordaba a una de las míticas bestias zillo de Malastare. Una botella abierta de

vino de germinación se asentaba en el escritorio de Angral en un decantador de cristal. Dos cálices se asentaban a su lado, ambos medio llenos con la bebida rara, pálida amarilla. Angral sabía que Malgus no bebía alcohol.

Dos grandes sillas, con el respaldo de cuero se asentaban tras el escritorio, de espaldas a la puerta. Cualquiera podría estar sentado en ellas. Tras el escritorio, una ventana de transpariacero desde el suelo hasta el techo miraba hacia el paisaje urbano. Columnas de humo negro iban en espiral hacia el cielo nocturno casi vacío de naves e iluminado por abajo por los muchos fuegos que ardían alrededor del planeta. Para Malgus, las líneas negras de humo parecías como escrituras de gigantes. Un laberinto de edificios de duracreto se extendía en el horizonte.

—Darth Malgus —dijo Angral, y señaló a una de las sillas—. Por favor siéntate.

Las palabras ardían de Malgus antes de que las pudiera detener.

—Mantenemos a Coruscant en nuestro puño y sólo necesitamos apretarlo. Aún así tengo entendido que las negociaciones de paz continúan.

Angral no parecía sorprendido por la explosión. Sorbió de su vino de germinación, puso el cáliz abajo de nuevo.

—Tu entendimiento es correcto.

—¿Por qué? —Malgus puso una acusación en la pregunta—. La República está de rodillas ante nosotros. Si la apuñalamos, muere.

—Usándolo como ventaja en las negociaciones de paz…

—¡La paz es para los burócratas! —espetó Malgus, demasiado duro, demasiado fuerte—. No es para guerreros.

Aún así la cara de Angral mantuvo la calma.

—¿Cuestionas la sabiduría del Emperador?

Las palabras enfriaron el calor de Malgus. Contuvo su temperamento.

—No. No cuestiono al Emperador.

—Me alegra oírlo. Ahora siéntate, Malgus. —El tono de Angral no dejaba dudas de que las palabras no eran una sugerencia.

Malgus inició su camino a través de las piezas de arte. Antes de que llegara a la mitad de la oficina, Angral dijo:

—Adraas te ha derrotado aquí.

Malgus se detuvo.

—¿Qué?

Adraas se alzó de una de las sillas ante el escritorio, revelándose a sí mismo, y girándose para encarar a Malgus. Él ya no llevaba su máscara, y su cara —intacta y atractiva, como la del Maestro Zallow, y con una perilla de chivo recortada impecablemente— llevaba la petulancia con comodidad.

Malgus recordó el aspecto de la cara de Zallow cuando el Jedi murió, e imaginó reemplazar la expresión actual de Adraas con la mueca que había recordado de la muerte de Zallow.

—Darth Malgus —dijo Adraas, su falsa sonrisa más con desdén que otra cosa—. Siento no haberme anunciado antes de su… explosión.

Malgus ignoró a Adraas y se dirigió a Angral directamente.

—¿Por qué está él aquí?

Angral sonrió, todo inocencia.

—Lord Adraas estaba dándome su informe completo del ataque al Templo.

—¿Su informe?

—Sí. Habló muy bien de ti, Darth Malgus.

Adraas cogió el otro cáliz del escritorio de Angral, sorbió.

—¿Él? ¿Habló bien de mí?

Malgus no jugaba bien a la política Sith, pero de pronto se sintió como si hubiera caminado hacia una emboscada. Sabía que Adraas era uno de los favoritos de Angral. ¿Estaban tendiéndole una trampa? Con seguridad podían usar su condena de las conversaciones de paz en su contra.

Con esfuerzo se puso bajo control y se hundió en el asiento al lado de Adraas. Adraas también se sentó. Malgus se esforzó por elegir sus palabras con cuidado.

—El ataque en el Templo no podía haber ido mejor. El plan que desarrollé funcionó a la perfección. Los Jedi fueron cogidos completamente inadvertidos. —Se giró para encarar a Adraas—. Pero tu informe debería haber sido aprobado por mí antes de que llegara a Darth Angral. —Se giró de nuevo hacia Angral—. Disculpas, mi señor.

Angral agitó una mano despectivamente.

—No son necesarias las disculpas. Yo solicité su informe directamente.

Malgus no sabía qué hacer con eso y no le gustaba no saberlo.

—¿Directamente? ¿Por qué?

—¿Crees que te debo una explicación, Darth Malgus?

Malgus había tropezado de nuevo.

—No, mi señor.

—Aún así te daré una —dijo Angral—. La razón es simple. Era incapaz de localizarte.

—Apagué mi comunicador mientras…

Adraas le interrumpió y Malgus tuvo que retener el impulso de darle un revés en la cara.

—Asumimos que estabas comprobando el bienestar de tu mujer —dijo Adraas.

—¿Asumimos? —dijo Malgus—. ¿Pretendes hablar por Darth Angral, Adraas?

—Por supuesto que no —dijo Adraas, su tono despreocupado de manera irritante—. Pero cuando no pudimos localizarte, Darth Angral me pidió que hablara por ti.

Y ahí estaba, íntegro y en campo abierto. Ni siquiera Malgus podía no verlo. Adraas había admitido esencialmente que deseaba la posición de Malgus en la jerarquía, y la participación de Angral sugería que él aprobaba el golpe de poder.

La voz de Malgus se volvió baja y peligrosa.

—Hará falta más que palabras para hablar por mí, Adraas.

—No cabe duda —dijo Adraas, y contestó a la mirada fija de Malgus con la suya propia. Sus ojos oscuros no se acobardaban ante la rabia de Malgus.

Angral vio el intercambio, entonces se inclinó hacia atrás en su silla.

—¿Dónde estabas, Darth Malgus? —preguntó Angral.

Malgus no le quitaba el ojo a Adraas.

—Evaluando la situación tras la batalla alrededor del Templo, mi señor. Tratando de entender …

Se detuvo a sí mismo. Casi dijo, Tratando de entender por qué el Imperio no había devastado Coruscant.

—Tratando de entender la situación del planeta de forma más clara.

—Ya veo —dijo Angral—. ¿Qué hay de esta mujer que Adraas mencionó? ¿Tengo entendido por el informe de Adraas que fue un lastre para ti durante el ataque al Templo?

Malgus miró a Adraas. Adraas le sonrió tras el borde del cáliz mientras bebía su vino.

—Adraas está equivocado.

—¿Lo está? ¿Entonces esta mujer no es un lastre para ti? ¿Es una alien, no? ¿Una Twi'lek?

Adraas resopló con desprecio, se apartó de Malgus, y sorbió su vino, los gestos perfectamente capturando la visión del Imperio de los aliens como —en el mejor de los casos— pensantes de segunda clase. Angral compartía esa visión y sólo dejó que Malgus lo supiera.

—Lo es —dijo Malgus.

—Ya veo —dijo Angral.

Adraas puso su cáliz de vino en el escritorio de Angral.

—Una excelente cosecha, Darth Angral. Pero justo al final de su vida en bodega.

—Eso pienso, también —dijo Angral.

—Deja que las cosas permanezcan alrededor demasiado tiempo y se pueden volver rancias.

—Estoy de acuerdo —dijo Angral.

Malgus no se perdió nada, pero no podía decir nada.

Adraas chasqueó sus dedos como si acabara de recordar algo.

—¡Oh! Darth Malgus, me temo que tuve que rechazar el tratamiento de tu mujer a bordo del Usorápido.

Un tic causó que el ojo izquierdo de Malgus se volviera espasmódico. Sus dedos se hundían en los brazos de la silla y perforaban el cuero.

—¿Qué hiciste qué?

—Se le da prioridad a las fuerzas Imperiales —continuó Adraas—. Fuerzas humanas. Estoy seguro de que lo entiendes.

Malgus había tenido suficiente. Hacia Angral, dijo:

—¿Qué es esto? ¿Qué está pasando aquí?

—¿A qué te refieres? —preguntó Angral.

—La mujer Twi'lek está al borde del planeta —dijo Adraas, como si nadie más hubiera hablado—. Estoy seguro de que el cuidado que recibe será… adecuado.

—Me refiero a qué está pasando aquí, ahora, en esta habitación —dijo Malgus—. ¿Cuál es tu propósito en esto, Angral?

La expresión de Angral se endureció, y bajó su vaso con un tintineo audible.

—¿Mi propósito?

—¿Quién es esta mujer para ti, Darth Malgus? —presionó Adraas—. Su presencia en la batalla por el Templo Jedi te provocó cometer errores.

—Las pasiones pueden llevar a errores —dijo Angral.

—Las pasiones son poder —dijo Malgus a Angral—. Los Sith lo saben. Los guerreros lo saben. —Fijó su Mirada en Adraas, y las palabras salieron como un gruñido—. ¿A qué errores te refieres, Adraas? Nómbralos.

Adraas ignoró la pregunta.

—¿Te preocupas por ella, Malgus? ¿La amas?

—Ella es una sirvienta y tú eres un imbécil —dijo Malgus, su rabia aumentando—. Ella satisface mis necesidades cuando lo requiero. Nada más.

Adraas sonrió como si hubiera marcado un tanto.

—¿Ella es tu esclava, entonces? ¿Una ramera sin raza que te satisface porque debe hacerlo?

El calor ardiente de la rabia fermentando de Malgus explotó en una llama abierta. Gruñendo, trepó sobre su silla, activó su sable de luz, y desató un revés para partir la cabeza de Adraas en dos.

Pero Adraas, anticipando el ataque de Malgus, saltó sobre sus pies, activó su propio sable de luz, y paró el golpe. Los dos hombres empujaron sus espadas contra el otro ante el escritorio de Angral, la energía siseando, las chispas volando.

Malgus puso a prueba la fuerza de Adraas.

—Has estado ocultando tu poder —dijo él.

—No —contestó Adraas—. Simplemente estás demasiado ciego para ver las cosas ante tus ojos.

Malgus invocó una reserve de fuerzas y empujó a Adras de espaldas a paso largo. Ellos se miraban el uno al otro con odio en sus ojos.

—Eso será todo —dijo Angral, en pie.

Ni Malgus ni Adraas apartaron la mirada el uno del otro ni tampoco desactivaron sus espadas.

—Eso será todo —dijo Angral.

Como uno, ambos hombres dieron un paso atrás. Adraas desactivó su sable de luz, entonces Malgus.

—Deberías haberla mandado a mi nave a que la cuidaran —dijo Malgus, refiriéndose al comentario de Adraas, pero con intención para ambos.

Angral parecía decepcionado.

—¿Después de todo esto sigues diciendo esas cosas? Muy bien, Malgus. La mujer está en unas instalaciones médicas de la República cerca de aquí. Mandaré la información a tu piloto.

Malgus inclinó su cabeza en un agradecimiento a regañadientes.

—En cuanto a ti, Lord Adraas —dijo Angral—. Acepto tu informe de la batalla.

—Gracias, Darth Angral.

Angral se puso sobre su altura completa.

—Vosotros, ambos, seguiréis mis órdenes sin cuestionarlas ni vacilar. Trataré con firmeza con cualquier desviación de esa orden. ¿Entendéis?

Angral había dirigido la reprimenda a ambos, pero Malgus entendió que estaba dirigida a él.

—Sí, Darth Angral —dijeron al unísono.

—Sois sirvientes del Imperio.

Malgus, ansioso, no dijo nada.

—Dejadme ambos, ahora —dijo Angral.

Todavía echando humo, Malgus caminó hacia la puerta. Adraas le seguía el paso tras él.

—Darth Malgus —llamó Angral.

Malgus se detuvo, se giró. Adraas también se detuvo, manteniendo cierta distancia entre ellos.

—Sé que crees que el conflicto perfecciona el entendimiento de uno sobre la Fuerza. —Hizo esperar a Malgus un poco antes de añadir—. Estaré impaciente por ver si los eventos validan tu punto de vista.

—¿Qué eventos? —preguntó Malgus, y entonces entendió. Angral dejaría que Adraas actuara en la posición de Malgus en la jerarquía. Pretendía ver quién prevalecería en un conflicto entre Malgus y Adraas, un conflicto organizado en las sombras, en representación, de acuerdo a todas las ridículas reglas políticas de los Sith.

El conflicto sutil, de dobles intenciones no era el fuerte de Malgus. Miró a Adraas, quien le devolvió la mirada.

—Eso será todo, entonces —dijo Angral, y Malgus caminó hacia las puertas.

—Adraas, quédate un momento —dijo Angral, y Adraas se detuvo.

Malgus miró sobre su hombro para ver a Adraas mirándole.

Malgus caminó fuera de la oficina sólo, del mismo modo que había entrado. Había hecho el imbécil y estaban jugando con él para divertir a Angral.

Peor aún, la victoria que tanto había ganado sería para nada, una mera ventaja para el Emperador para llevar a las negociaciones de paz. Después de que concluyeran las negociaciones, el Imperio dejaría Coruscant.

En la sala de fuera, golpeó con un puño al escritorio de la secretaria, haciendo una grieta en la cubierta de mármol.



CONFORME VOLLEN Y KEEVO SE APROXIMABAN, Aryn se dio cuenta de lo que estaba haciendo y dejó su mano caer a un lado. No lucharía con otro Jedi, nunca. Aparte, ella no percibió hostilidad en ellos.

Trató de eliminar la emoción de su cara conforme Vollen y Keevo evitaban un tren de droides de carga y se acercaban a ella. El pelo marrón de Vollen caía suelto sobre sus ojos inyectados en sangre. No se había afeitado, y los círculos, oscureciendo la piel bajo sus ojos marrones, pronunciaban su necesidad de dormir. Aryn imaginó que debía tener el mismo aspecto. Su propio estado emocional le hacía difícil mantener sus escudos empáticos. Ambos, Vollen y su Padawan, exudaban aprensión. Salía de ellos en oleadas.

—Hola, Vollen, Keevo.

Ambos le devolvieron el saludo.

—¿Qué estás haciendo aquí a estas horas, Aryn? —preguntó Vollen.

Por un momento, no tenía palabras. Pensó que era extraño que supiera que esa pregunta llegaría, y aún así no hubiera ensayado una respuesta. Quizás no quería mentir. Así que no lo hizo.

—Estoy hacienda algo… algo que el Maestro Zallow quiere que haga.

La tensión fluyó visiblemente fuera de la expresión de Vollen. El alivio de ambos inundó a Aryn.

—Entonces el Maestro Zallow sobrevivió al ataque Sith —dijo Vollen, alzando un puño y sonriendo—. Eso son noticias maravillosas. Sé que eres muy cercana a él. —Él se giró a su Padawan—. Ves, Keevo. Aún hay esperanza.

El Rodiano asintió. Las membranas nictitantes lavaron sus grandes ojos, oscuros. El aceite humidificando su piel verde pecosa iluminada por las luces sobre sus cabezas.

—Siempre hay esperanza —dijo Aryn, e ignoró lo falsas que sonaban las palabras para ella. No podía forzarse a romper sus corazones con la verdad. Les dejó sentir algo de alivio, aunque sólo fuera por un tiempo.

Un par de droides de carga rodaron pasándoles, haciendo bip en idioma droide.

Vollen dio un paso más cerca de ella y bajó la voz, como si discutieran una conspiración.

—¿Así que, qué está pasando en la sala del Alto Consejo? Escuchamos que las negociaciones continuarían. ¿Cómo puede justificar Dar'nala eso? Deberíamos estar planeando un contraataque. La delegación Sith entera debería ser tomada en custodia.

Keevo puso su mano en la empuñadura de su sable de luz y articuló algo en Rodiano que Aryn se tomó como que estaba de acuerdo. El Rodiano miraba alrededor como si estuviera al tanto de que alguien pudiera haber escuchado.

Aryn sintió la presión insidiosa de su rabia reprimida, su desacuerdo. Se sentían traicionados, engañados. Escuchó en sus palabras el eco de sus propios pensamientos y empezó a pronunciarse de acuerdo. Pero antes de que las palabras alcanzaran sus labios, vio cómo las palabras, los pensamientos, si les diera rienda suelta, fragmentarían la Orden Jedi.

Por primera vez, las consecuencias de su decisión la golpearon, pero incluso aunque lo hicieron, sabía que no podía tomar otra elección. La suya era el sacrificio. Otros Jedi, sin embargo, no podían hacer la misma elección o la Orden se desintegraría.

—Confía en que la Maestra Dar'nala sabe lo que está haciendo —dijo ella.

Vollen hizo un gesto despectivo y continuó como si Aryn no hubiera hablado.

—Hay muchos de nosotros preparados para actuar, Aryn. Si podemos coordinarnos con los miembros supervivientes de la Orden en Coruscant, podemos…

—Vollen —dijo Aryn, su voz suave pero su intención aguda.

Él paró de hablar, encontró su mirada.

—Haz lo que dice la Maestra Dar'nala. Debes hacerlo, o la Orden cae. ¿Entiendes?

—¡Pero negociar con los Sith después de esto es una locura! Estamos en nuestro punto más débil. Debemos retomar la iniciativa…

—Haz lo que ella dice, Vollen. No tengo ni que decirlo siquiera. —Ella habló con una voz firme, clara, para romper el conjuro conspiratorio que Vollen y Keevo habían lanzado con sus susurros—. Hiciste un juramento. Ambos lo hicisteis. ¿Pretendéis romperlo?

Vollen se sonrojó. Keevo movía sus pies y dejó caer sus ojos.

—No —dijo Vollen.

Aryn estaba nadando en la frustración de Vollen, y en la suya. Se sintió como una hipócrita.

—Bien —dijo ella, y tocó su hombro—. Las cosas irán bien. El Consejo sabe lo que está haciendo. Somos un instrumento de la República, Vollen. Haremos lo que sea mejor para la República.

—Espero que tengas razón —dijo Vollen, sonando poco convencido. Keevo asintió en acuerdo.

Aryn no podía soportar más su propia falsedad.

—Debo irme. Que vaya bien, Vollen. Y a ti, Keevo. Que la Fuerza os acompañe a ambos.

Su recitación de la despedida familiar parecía reafirmarlos.

—Y a ti —dijo Vollen.

—Que vaya bien, Aryn Leneer —dijo Keevo en Básico agudo.

—Todavía no has dicho a dónde vas —dijo Vollen.

—No, no lo he hecho —dijo Aryn—. Es… personal.

Se giró y se dirigió a su nave. Conforme andaba, activó su comunicador y contactó con el astromecánico.

—Te-seis, prepara la nave para el despegue.

El droide agradeció la recepción y preguntó por un plan de vuelo.

—Ninguno —dijo Aryn, y el droide hizo un largo bip sufrido.

Cuando alcanzó el muelle de aterrizaje, T6, la cúpula de su cabeza naranja saliendo del bolsillo de droide del PT-7, bipeó un saludo. El caza estelar Cuervo ya estaba en prelanzamiento y el zumbido de los motores girando calentándose hizo que la plataforma vibrara bajo sus pies.

Permaneció ahí por un tiempo, mirando a las escaleras que llevaban a la cabina de mandos, escuchando el zumbido de los motores, pensando que si subía y despegaba, nunca podría volver.

Pensó de nuevo en el dolor que había sentido cuando el Maestro Zallow murió. Lo había sentido físicamente, un shock abrasador en su abdomen que incendiaba las dudas. Cerrando los ojos, inhaló profundamente, una respiración nueva, limpia, y se quitó su túnica exterior Jedi, la túnica que se había ganado bajo el tutelaje del Maestro Zallow.

No podía vengarle como una Jedi. Podía y debía vengarle como su amiga.

—¿Qué estás hacienda, Aryn? —llamó Vollen desde detrás de ella.

Se giró para ver que Vollen y Keevo la habían seguido hasta su nave. Vollen tenía el ceño fruncido de preocupación.

—¿Estáis siguiéndome? —preguntó Aryn.

—Sí.

—No lo hagáis —dijo ella.

—¿Qué estás haciendo, Aryn?

Puso una mano en las escaleras hacia su cabina de mandos.

—Ya te lo dije, Vollen. Algo para el Maestro Zallow.

—¿Pero tu túnica? No lo entiendo.

No podía ofrecerle ninguna explicación que le satisficiera. Se giró, subió la escalera a la cabina de mandos, y se puso su casco. Agradecidamente, T6 contuvo cualquier pregunta que debía tener.

Vollen y Keevo caminaron hacia la nave. Aryn sintió la alarma de Vollen, su inseguridad. Se detuvo cuando alcanzó la túnica de Aryn. Miró como si estuviera en pie sobre una tumba. Quizás sabía lo que significaba que Aryn la hubiera dejado ahí.

—Dile a la Maestra Dar’nala que lo siento —le gritó a él—. Díselo, Vollen.

Vollen y Keevo no se acercaron más. Era como si la túnica, que había sido descartada, marcara algún límite que no podían cruzar.

—¿Lo sientes por qué? —gritó Vollen—. Aryn, por favor dime lo que estás haciendo. ¿Por qué estás abandonando tu túnica?

—Ella lo entenderá, Vollen. Que vaya bien.

Ella bajó la cubierta de transpariacero de la cabina de mandos y no podía escuchar lo que fuera que Vollen dijo en respuesta. Los motores hacían más ruido y Vollen permanecía en la plataforma de aterrizaje, mirando arriba a Aryn. Keevo estaba en pie tras él, sus ojos oscuros en la túnica de Aryn.

—Sácanos de aquí, Te-seis —dijo ella—. Traza una ruta hacia Vulta, en el Borde Medio.

Ella conocía a alguien allí, una vez. Esperaba que estuviera todavía allí. Si alguien podía llevarle a Coruscant, ese era Zeta.

El droide bipeó de acuerdo, y los motores del Cuervo lo elevaron de la plataforma.

Ella miró abajo una última vez para ver a Vollen recogiendo su túnica con la misma delicadeza que debía usar para llevar a un camarada caído.

MALGUS REPITIÓ EL INTERCAMBIO con Adraas y Angral una y otra vez en su mente. Su rabia permanecía sin abatir cuando bajaba del ascensor hacia el tejado del Edificio del Senado y caminaba hacia su transporte, ignorando a los guardias que le saludaban conforme los pasaba. El piloto del transporte esperaba en la rampa de aterrizaje bajada.

—¿Recibiste una localización de Darth Angral? —preguntó Malgus al piloto—. ¿Un hospital?

—Sí, mi señor.

—Llévame allí.

Subió a bordo del transporte, las puertas susurraron al cerrarse, y la nave pronto se elevó hacia la destrucción neblinosa del cielo nocturno de Coruscant. No tenían que volar muy lejos. En menos de un cuarto de hora la voz del piloto llegó al intercomunicador.

—Llegando a las instalaciones ahora, mi señor. ¿Dónde debo dejarle?

Abajo, Malgus vio el rectángulo de varias plantas de las instalaciones médicas. Swoops, coches aéreos, speeder, y transportes médicos abarrotaban la plataforma de aterrizaje artificialmente iluminada en su tejado. Docenas de personas se movían entre los vehículos… doctores, enfermeras, médicos, los heridos. Cuerpos yacían en camillas aquí y allá.

A nivel del suelo la escena era bastante igual. Vehículos y gente aglutinaban la arteria de la carretera y una masa de gente se apiñaba en la entrada principal de las instalaciones.

—Baja a nivel del suelo —ordenó Malgus.

Algunas de las personas del tejado se dieron cuenta de las marcas Imperiales del transporte. Las caras miraban al cielo, inseguras, asustadas, y unos pocos corrieron hacia los ascensores. Uno tropezó con una camilla y cayó. Otro corrió hacia un médico y lo aplastó.

—Darth Angral temporalmente ordenó a este hospital tratar a los heridos Imperiales —dijo el piloto por el intercomunicador—. Han sido todos trasladados a Usorápido por ahora.

—No todos —dijo Malgus, pero no lo suficientemente fuerte para ser escuchado sobre el intercomunicador.

—Hay un montón de gente ahí abajo, mi señor. No veo un punto despejado donde aterrizar.

Malgus miró abajo, a ellos, su rabia burbujeando.

—Aterriza. Se moverán.

El transporte rodó alrededor, flotó, y empezó a descender. La multitud abajo se apartó conforme la nave se acercaba al duracreto. Malgus podía escuchar los gritos de la multitud a través de las mamparas.

—Mi señor, ¿debo mandar algunas tropas? ¿Para protegerle?

—No requiero protección. Mantén la nave segura. No tardaré mucho. —Malgus presionó el interruptor que abría la puerta lateral del transporte, y una cacofonía de sirenas y gritos enfadados se filtraban a través de la apertura.

Malgus, su propia rabia más fuerte aún que la de la multitud, descartó su capa, revelando su cara cicatrizada y el respirador, y salió a la rampa de aterrizaje.

En cuanto lo vieron, la multitud cayó en silencio. Sólo las sirenas continuaban aullando. Un mar de caras miraba arriba, hacia él, pálido en las luces de la calle, asustado, manchado de polvo y sangre, pero por encima de todo, enfadado. Su ira y miedo colectivos le bañaban. Permaneció en pie ante ellos, mirando a uno tras otro. Nadie podía mantener su mirada.

Él caminó bajando la rampa y hacia su mitad. Abrieron el camino ante él. El momento en que puso un pie en la carretera los gritos se reanudaron.

—¡Monstruo!

—¡Asesino!

—¡Necesitamos suministros médicos!

—Él está solo. Matadle.

—¡Cobarde!

Su presencia entre ellos centró su ira. Conforme el tumulto crecía, no podía distinguir palabras individuales. Sólo escuchara un único rugido, prolongado, lleno de odio, una ola de puños y dientes desnudos. Hacía eco de su propia emoción, la alimentaba, la amplificaba.

De alguna parte delante, un trozo de duracreto del tamaño de un puño se arqueó sobre la multitud hacia él. Sin moverse, lo detuvo a mitad de vuelo con la Fuerza. Lo dejó colgado suspendido en el aire por un momento, para que la multitud pudiera verlo, antes de que usara la Fuerza para hacerlo pedazos.

La multitud se quedó en silencio de nuevo conforme la gravilla y el polvo llovían sobre la carretera, en sus cabezas.

—¿Quién lanzó eso? —preguntó Malgus, el calor de su rabia avivado.

Las sirenas gemían. Una tos de algún sitio. Ojos temerosos por todas partes.

Malgus alzó la voz.

—He dicho que ¿quién lanzó eso?

No hubo respuesta. La rabia de la multitud se convirtió en ansiedad.

—Dispersaos —dijo Malgus, su propia rabia construyéndose conforme la suya reculaba—. Ahora.

Quizás percibiendo su rabia, aquellos cerca de él empezaron a retroceder. Algunos en el límite de la multitud se dieron la vuelta y huyeron. La mayoría se quedaron en el sitio, aunque se miraban inseguros los unos a los otros.

—Tenemos familia dentro.

—Necesito cuidados —gritó alguien más.

Malgus cayó en la Fuerza conforme su rabia, fermentando, burbujeaba hasta la superficie.

—¡He dicho dispersaos!

Cuando la multitud no respondió a su petición, aplastó un puño contra su mano y dejó que el poder alimentado de rabia explotara hacia fuera de su cuerpo. Gritos sonaban conforme la explosión empujaba todo apartándolo de él en todas las direcciones.

Los cuerpos volaron de espaldas, golpearon unos contra otros, hacia las paredes, contra y a través de las ventanas. El transporte en el que había ido se volcó de la explosión. Las puertas de las instalaciones médicas salieron de sus monturas y chocaron contra el suelo.

Las sirenas continuaron gimiendo.

Parcialmente desahogado, volvió en sí mismo.

Gemidos y gimoteos adoloridos sonaban por todo su alrededor. Un niño estaba llorando. Los cuerpos yacían desparramados como muñecas de trapo. Los cristales destrozados cubrían el suelo. Los speeders y swoops se apoyaban en sus lados. Papeles sueltos revueltos por el viento.

Inmovible, Malgus caminó por el camino ahora despejado hacia las instalaciones médicas.

Dentro, los pacientes y visitantes se cubrían tras sillas, escritorios, los unos a los otros. La respiración de Malgus era el sonido más fuerte de la habitación. Nadie se atrevía a mirarle.

—¿Dónde están los Jedi? —dijo alguien.

—Los Jedi están muertos en su Templo —dijo Malgus—. Donde yo les dejé. No hay nadie para salvaros.

Alguien lloró. Otro gimió.

Malgus encontró un hombre humano con sobrepeso en el uniforme azul pálido de un trabajador de hospital y tiró de él hacia sus pies por su camisa.

—Estoy buscando a una mujer Twi'lek con una cicatriz en la garganta —dijo Malgus—. Ella sufrió dos heridas de bláster y fue traída aquí hoy temprano. Su nombre es Eleena.

Los ojos del hombre daban vueltas rápidamente como si buscaran escapar de su cabeza.

—No sé de ninguna Twi'lek. Puedo comprobar los registros.

—Si le ha pasado algo a ella aquí …

Una enfermera fornida, su pelo rojo recogido en un moño apretado, salía de detrás de un escritorio. Su uniforme parecía como una tienda de campaña azul en su cuerpo robusto. Pecas punteaban su cara.

—Conozco a la mujer a la que te refieres. Puedo llevarte con ella.

Malgus soltó al hombre al suelo y siguió a la enfermera a través de los pasillos. El aire olía a antiséptico. Los muros y suelos eran blancos o plateado claro.

El personal y los droides médicos se apresuraban a través de las salas, sin apenas darse cuenta de Malgus, pese a su desfiguración. La voz de una mujer sobre el intercomunicador casi llamaba continuamente a los doctores a esta o aquella habitación de tratamientos, o anunciaba códigos en varios lugares de las instalaciones.

Malgus y la enfermera cogieron un ascensor hacia arriba, hacia una sala de tratamiento, pasando habitaciones sobrepobladas de pacientes. El lamento de una mujer arrastrado por la sala. Gemidos de dolor sonaban desde otras habitaciones. Un equipo de cirujanos se apresuraba en pasar, sus caras ocultas tras máscaras salpicadas de sangre.

La enfermera no miraba a Malgus cuando ella hablaba.

—La mujer Twi'lek fue dejada en las puertas por un transporte sin marcar. No nos habíamos dado cuenta de que era… Imperial.

Malgus gruñó.

—¿No la habríais tratado si lo hubierais sabido?

La enfermera se detuvo, se giró sobre sus talones, y miró a Malgus a su cara cicatrizada.

—Por supuesto que la habríamos tratado. Nosotros no somos salvajes.

Malgus no se perdió el sutil énfasis de la mujer en el nosotros.

Decidió permitirle a la enfermera su momento de desafío. Su espíritu le impresionó.

—Sólo llévame con ella.

Eleena yacía en una cama en una pequeña habitación de tratamiento con otros tres pacientes. Uno de ellos, un hombre mayor, estaba acurrucado en posición fetal en la cama, gimiendo, sus sábanas sangrientas. Otra, una mujer de mediana edad con la cara lacerada, miró a Malgus y a la enfermera entrar, su expresión ausente. El tercero parecía estar dormido.

Una línea de fluido estaba anclada al brazo sin herir de Eleena y varios cables —¡cables!— la conectaban a un equipo de monitores. Las instalaciones debían haber sido adaptadas para usar esa tecnología anticuada. Sus heridas de bláster, al menos, habían sido tratadas y vendadas. El brazo con el hombro herido había sido estabilizado en un cabestrillo.

Eleena le vio, se sentó, y sonrió.

Él se dio cuenta de que ella era la única persona en la galaxia que sonreía cuando le veía.

—Veradun —dijo ella.

Ver su cara y escuchar su voz le afectaban más de lo que le habría gustado. La rabia se drenó fuera de él como si tuviera un agujero en sus talones. El alivio tomó su lugar y

no se resistió, aunque se dio cuenta de que había dejado que sus sentimientos por ella crecieran peligrosamente fuertes.

Cuando miraba a Eleena, estaba mirando a su propia debilidad.

Las palabras de Angral saltaban sobre su consciencia.

Las pasiones pueden llevar a errores.

Tenía que tenerla, y tenía que permanecer fiel al Imperio.

Tenía que cuadrar un círculo.

Resolvió encontrar una forma.

Fue a su lado de la cama, tocó su cara con su mano callosa, y empezó a desconectarla de las líneas de fluidos y cables.

—Serás tratada a bordo de mi nave. En instalaciones apropiadas.

La voz de un hombre detrás de él dijo:

—¡Tú! ¡Detente! ¡No puedes hacer eso!

Malgus miró sobre su hombro para ver a un hombre enfermero de pie en la puerta. El hombre se acobardó cuando vio el rostro de Malgus pero se mantuvo en el sitio.

—No se le ha dado el alta. —El hombre entró en la habitación como si fuera a detener a Malgus, pero la mujer enfermera que había llevado a Malgus hacia Eleena se interpuso con su amplio cuerpo.

—Déjalos estar, Tal. Se marchan.

—Pero…

—Déjales solos.

Malgus no podía ver la cara de la enfermera gorda pero se la imaginó intentando comunicarle con su expresión al enfermero que Malgus era un Sith. Él preguntó a Eleena:

—¿Puedes caminar?

Antes de que pudiera contestar, la recogió en sus brazos.

—Puedo caminar —dijo ella con poco entusiasmo.

Él la ignoró, barrió pasando a los enfermeros y hacia el pasillo. Por un momento, Eleena miró dentro de las habitaciones por las que pasaban, a los heridos, a los moribundos. Pero pronto se convirtió en demasiado y enterró su cabeza en el pecho de Malgus. Malgus disfrutaba de sentirla en sus brazos, el calor que ella irradiaba, su olor a almizcle.

—Eres amable —susurró ella. El sentir su aliento en su oído mandaba descargas de deseo a través de él.

—Estoy pensando en geometría —dijo él—. En cuadrados y círculos.

—Es un pensamiento raro.

—Quizás no tan raro como crees.

Cuando salieron de las instalaciones, ella vio las docenas de cuerpos desparramados sobre el suelo. Los equipos médicos flotaban sobre varios, tratando sus heridas. Las caras se giraron hacia Malgus, ojos bien abiertos, pero nadie dijo ni una palabra conforme él andaba hacia el transporte.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿A esta gente? No estaba así cuando llegué.

Malgus no dijo nada.

—Tienen miedo de ti.

—Deben tenerlo.

Cuando subieron a bordo del transporte, Malgus instruyó al piloto para que les llevara al Valor, el crucero en órbita que comandaba. Entonces dejó a Eleena en un sofá reclinable y la cubrió con una sábana. Ella tocó su mano conforme él la metía dentro.

—Hay gentileza en ti, Veradun.

Él tiró de su mano lejos de ella y se quedó en pie.

—Si alguna vez vuelves a llamarme Veradun en público te mataré. ¿Lo entiendes?

Su sonrisa se derritió en el calor de su rabia. Ella miró como si él la hubiera golpeado en el estómago. Ella se sentó sobre su codo.

—¿Por qué estás diciendo esto?

Su voz salió fuerte y dura.

—¿Lo entiendes?

—¡Sí! ¡Sí! —Ella lanzó la manta, se alzó, y se puso en pie ante él, su cuerpo temblando—. ¿Pero por qué estás tan enfadado? ¿Por qué?

Él miró en su amada cara, tragó, y agitó su cabeza. Su enfado sólo era parcialmente culpa de ella. Él estaba enfadado por Adraas, Angral, el propio Emperador. Ella sólo era un enfoque conveniente para todo eso.

—Debes hacer lo que te pido, Eleena —dijo él, más suavemente—. Por favor.

—Lo haré, Malgus. —Ella dio un paso adelante, alzó una mano, y rastreó las líneas arruinadas escritas en la piel de su cara. Su toque puso una carga en él.

—Te amo, Malgus. —Ella le apartó su respirador para revelar las ruinas de su boca—. ¿Tú me amas?

Él lamió sus labios cicatrizados, sus pensamientos en un torbellino, de nuevo no salían las palabras.

—No tienes que contestar —dijo ella, sonriendo, su voz suave—. Sé que lo haces.

ZEERID COMPROBÓ SU APARIENCIA en el pequeño espejo en el lavabo de la nave y se reprendió por negarse a afeitarse. Activó el droide de mantenimiento de la nave y salió al bullicio de los muelles.

Carros de cargamento y droides pasaban a una velocidad vertiginosa, señales de claxon despejando el camino ante ellos. Droides tratados se motorizaban a lo largo de los caminos. Miembros del personal y trabajadores del muelle llevaban a cabo el intercambio, cargando y descargando cajas de cargamento con la ayuda de droides grúa. Uno de los maestros del muelle, un humano gordo con la cabeza calva pero con una larga barba y mostacho, caminaba entre el caos, ocasionalmente gritando una orden a alguien en el muelle, ocasionalmente articulando algo en su comunicador. Llevaba una enorme llave giratoria en una mano y parecía como si quisiera golpear algo, o a alguien, con ella.

El aire olía ligeramente a gas ventilado y motores exhaustos, pero principalmente olía como el lago.

La ciudad del Lago Yinta rodeaba el lago de agua dulce más grande del planeta, el Lago Yinta. Respiraderos geotérmicos mantenían el agua cálida incluso en invierno y la diferencia entre la temperatura del agua y el aire de otoño causaba que el lago sudara vapor, así que el aire siempre se sentía grueso, grasiento. A Zeerid le recordaba a la putrefacción, y cada vez que volvía sentía como si la ciudad se hubiera descompuesto un poco más en su ausencia.

El Lago Yinta había empezado como una escapatoria al invierno sin nombre para los pudientes del planeta —aquellos que hacían su fortuna en la manufactura de armas— las mansiones formando un fino anillo alrededor de la orilla del lago. Por entonces, el anillo se llamaba el cinturón pudiente.

Con el tiempo, la presencia de los pudientes atrajo a un espaciopuerto de tamaño medio para traer bienes de otros mundos al dinero de ese mundo. Eso había traído trabajadores, entonces mercado, entonces los no tan pudientes, entonces los muy pobres.

Y por entonces el lugar de vacaciones sin nombre se había convertido en Yinta, una ciudad, y no había parado de crecer desde entonces. Ahora era una metrópolis —Lago Yinta— un disco en crecimiento de gente y edificios que recogían el tirón gravitacional del lago.

En su tiempo, las naves contaminaron el agua del río, los pudientes huyeron la mayoría, y la ciudad había empezado en una lenta espiral de decrepitud. Las una vez grandes mansiones en la orilla del lago se habían vendido a los desarrolladores y convertidas en casas baratas. El cinturón pudiente se había convertido en barrios bajos y muelles de carga.

Zeerid había crecido en los barrios bajos, oliendo el hedor acre, podrido del lago cada día de su infancia. Había provisto mejor a su hija, pero no mucho.

El estruendo profundo, básico de un claxon a través de la ciudad, la llamada de una de las enormes naves plataforma de carga que movían bienes y gente a través del lago y arriba y abajo del río que lo alimentaba. Zeerid sonrió cuando lo escuchó. Se había despertado con ese sonido casi cada día de su infancia.

Dio un paso hacia el tumulto, sintiéndose raro en casa y mucho más yendo a ver a su hija.

POR EL CORTE DE PELO, complexión muscular, y postura erguida, Vrath hacía al piloto como militar. Vrath, también, era ex-militar, habiendo servido en la infantería Imperial.

El hombre sonreía conforme caminaba y Vrath se dio cuenta de que le gustaba el hombre inmediatamente.

Demasiado mal que probablemente tuviera que matarle.

Sosteniendo el dispensador de solución de nanodroides en un brazo suelto, Vrath acuchilló a través de la multitud hacia el piloto. Cortó por enfrente de él, frenándole, sólo otro más en la presión, y apretó una gota de la suspensión al suelo a sus pies.

Vrath puso una sonrisa falsa y alzó su otra mano en un saludo frenético a nadie.

—¡Rober! ¡Rober, aquí!

Se apresuró como si fuera a encontrarse con alguien pero miró al piloto de reojo.

El piloto nunca siquiera miró abajo, no parecía darse cuenta del todo de Vrath. Sin sospechar nada, el hombre pisó la suspensión aceitosa que Vrath había dejado en el suelo ante él. Otros caminaron en ella después, pero eso no importaba. En unos momentos todos los restos se irían.

Vrath fue detrás del piloto y sacó el nano activador de blanco de su pack.

ZEERID NO DEBERÍA HABER ESTADO SONRIENDO, y seguro que no debía haber estado tan en reposo. Él sabía, como siempre, que estaba a un error, una separación desafortunada para que alguien descubriera a Arra y la usara contra él. O peor, la hiriera. El pensamiento le hizo enfermar del estómago.

No podía permitirse volverse torpe.

Saltó a la parte trasera de un carro de carga conducido por un droide y lo montó hasta que se aproximó a una de las salidas del puerto. El espaciopuerto y todos los vehículos en él se oxidaban en el aire rico en humedad del Lago Yinta; los rastros marrones en las paredes y en las esquinas parecían manchas de sangre.

Las puertas de salida se deslizaron para abrirse, y él saltó del carro de cargamento. La voz colectiva de las calles le golpeó de inmediato. Los gritos de los conductores de taxi aéreo compitiendo por las tarifas —el Lago Yinta tenía que tener más taxis que cualquier otra ciudad en el Borde Medio— vendedores callejeros vendiendo a domicilio todo tipo de comidas, cláxones de vehículos, el ajetreo de los motores.

—¿Se dirige al anillo interior, señor? —dijo uno de los conductores de taxi, un pequeño desliz de hombre—. Salta justo aquí.

—Las tarifas más bajas de Yinta, señor —dijo otro, uno de pelo gris de muchos años, cortando por delante del primero.

—Pezparra fresco al grill —gritó un vendedor—. Justo aquí. Justo aquí, señor.

A su derecha, una mujer Zeltron, quizás alguna vez encantadora, pero ahora sólo demacrada, se inclinaba sobre una pared. Cuando sonreía, mostraba los dientes manchados de la adicción a la especia.

Él se apenó. La vergüenza calentó sus mejillas.

Sólo los cien mil en su bolsillo y lo que podían hacer por Arra le mantenían en su camino.

Coches aéreos y speeders se alineaban en la calle, incluso unos pocos vehículos con ruedas. Él presionó a través de la muchedumbre de peatones y cogió su camino a través del zumbido del tráfico hacia una estación de comunicación pública en la calle.

UNA VEZ QUE EL PILOTO ALCANZÓ EL ESPACIOPUERTO, Vrath a escondidas apuntó el activador hacia él y lo encendió. Los nanodroides adheridos a la bota del piloto se reavivaron.

El presionar otro botón sincronizó el activador con la señal particular de los droides en el piloto y sólo esos droides. No quería captar cualquiera de las otras que se habían adherido a otros peatones.

Los cuerpos de los nanodroides de rastreo, cerca del tamaño de una sola célula y diseñados en forma de gancho, se contraerían para imbuirse a sí mismos en la suela de la bota del piloto. Desde allí, podían responder a la señal de Vrath desde una distancia de hasta diez kilómetros. Sus células de poder los mantendrían respondiendo por tres años estándar.

Más que suficiente, sabía Vrath. El Intercambio tenía que llevar la ingespecia a Coruscant rápidamente o el mercado se perdería. Estaría sorprendido si no intentaran mover la especia esta noche.

Miró al piloto cruzar la calle y dirigirse a una estación de comunicación pública. Poniendo su oreja en dirección a la estación, Vrath activó su audio implante.

ZEERID CERRÓ LAS PUERTAS de la estación por privacidad, cortando el ruido del exterior, y tecleó el número de Nat. Nunca la llamaba desde su unidad de comunicación de la nave o su comunicador personal por miedo a que alguien del Intercambio le estuviera monitorizando. Un exceso de paranoia le había salvado la vida más de una vez, más recientemente en Ord Mantell.

Nat no contestó así que le dejó un mensaje.

—Nat, soy Zeerid. Estoy en el planeta. Si recibes esto pronto, trae a Arra y encuéntrate conmigo en el Parque Karson en una hora. No puedo esperar para veros.

Desconectó y paró a un taxi.

Un conductor delgado Bothano, su cara reminiscente a un equino, le miraba en el espejo retrovisor.

—¿A dónde?

—Sólo conduce. Ve despacio.

—Tus créditos, amigo.

INCLUSO DESDE LEJOS, Vrath era capaz de escuchar a través de los muros de sintplas de la estación de comunicaciones. Para cuando la llamada terminó, tenía un nombre para el piloto —Zeerid— y nombres de gente a la que el piloto le parecía importar: Nat y Arra.

Subió a un taxi aéreo y monitorizó el activador de droides de rastreo. El conductor droide miró atrás hacia él.

—¿A dónde, señor?

—Al Parque Karson, en algún momento —dijo Vrath—. Pero por ahora, sigue mis instrucciones con precisión.

—Sí, señor.

Zeerid había demostrado discreción al llamar a Nat desde una estación de comunicación pública, así que Vrath esperaba que él tomara una ruta sinuosa, quizás cambiando de vehículo unas cuantas veces. Se asentó para un largo viaje.

Incluso si le perdía, sabía cómo encontrarle de nuevo.

EL COCHE AÉREO SE ELEVÓ DEL SUELO y se mezcló con el tráfico. Zeerid hizo que el conductor tomara una serie de giros abruptos durante unos diez minutos. Mientras tanto, él mantuvo sus ojos tras él, tratando de ver si alguien le estaba siguiendo. Por un momento, pensó que otro taxi podía haber estado siguiéndole, pero se fue y no volvió.

La señal brillante de un casino que conocía, el Halcón de Plata, brillaba adelante.

—Aquí, conductor.

Pagó al Bothano, saltó fuera, se dirigió a la puerta principal del casino y salió por la trasera. Aquí, paró a otro taxi y realizó el mismo ejercicio.

Todavía a nadie que pudiera ver. Respiró con más facilidad.

Paró otro taxi, uno que podía albergar a una silla flotante, este estaba conducido por un droide.

—¿A dónde, señor?

Hasta el droide mostraba algo de óxido por el aire. Su cabeza chirrió cuando se giró.

—Necesito comprar una silla flotante.

El droide se detuvo por un momento mientras sus procesadores buscaban en el directorio de la ciudad.

—Por supuesto, señor.

El taxi se elevó y le llevó a un revendedor de suministros médicos. Dispositivos médicos llenaban el almacén cavernoso, atendido sólo por un único hombre mayor que le recordaba a Zeerid a un espantapájaros.

Ahí, ochenta y siete mil créditos le consiguieron a Zeerid por una silla flotante usada del tamaño para siete años y un curso intensivo de cómo manejarla. Zeerid no podía parar de sonreír mientras el droide de utilidades del mayorista cargaba la silla en la parte trasera del taxi.

—No veo tarjetas al portador tan a menudo —dijo el hombre mayor, mirando al método de pago de Zeerid.

—Los créditos son créditos —dijo Zeerid. Sabía lo que el hombre debía estar pensando.

—Cierto. Solía ser enfermero, ya sabes. Esta silla es un buen dispositivo.

—A ella le encantará —dijo Zeerid.

El hombre mayor se frotó las manos.

—Si eso es todo, señor. Sólo le necesito para que rellene unos pocos formularios. La tarjeta al portador es irrastreable, como ya sabe.

—¿Podemos hacerlo en otro momento? —dijo Zeerid, y empezó a caminar hacia la puerta—. De verdad que me tengo que ir.

El hombre mayor hizo lo que podía por mantener el paso.

—Pero señor, este es un dispositivo médico regulado. Incluso para la reventa necesito tu nombre y una dirección en el planeta.

—¡Señor! ¡Por favor, señor!

Zeerid brincó al taxi.

—Volveré mañana —dijo él, y cerró la puerta del taxi—. Parque Karson —dijo al droide.

—Muy bien, señor.



A TRAVÉS DE LA VENTANA DEL TAXI, Zeerid vio el Parque Karson abajo. Bancos rodeaban un gran estanque en el que los picoverdes nadaban. Caminos zigzagueaban a través de un pequeño bosque. Mesas de picnic punteaban la hierba aquí y allá. Canchas públicas de atletismo, la mayoría de ellas rajadas pero aún así utilizables, formaban los puntos de reunión geométricos donde la juventud del vecindario se juntaba y jugaba.

Zeerid comprobó su crono conforme el coche aéreo descendía. Justo a tiempo.

Pagó al conductor, se puso un sombrero con visera, descargó la silla flotante, y la empujó ante él conforme entraba al parque. La silla se sentía ligera en sus manos, aunque pensaba que debía estar nervioso. Se dirigió directamente al camino y a los bancos junto al estanque.

Adelante, vio a Nat empujando a Arra en su silla de ruedas. Arra estaba lanzando a los picoverdes la comida procesada vendida por los droides de utilidad que limpiaban el parque. Se rió conforme los picoverdes graznaban sobre las pepitas de comida. Para Zeerid, el sonido de su alegría era como música.

Dio una rápida mirada alrededor, viendo varios peatones y unos pocos droides pero nada que le preocupara.

—¡Nat! —gritó, y saludó hacia ellas—. ¡Arra!

Pensó que su voz sonaba diferente en el borde del planeta de lo que lo hacía en el Gordo, y aprobaba el cambio. No era la voz de un traficante de especia, ni siquiera era la voz de un soldado. En su lugar, era la gentil voz de un padre que amaba a su hija. Arra le hizo mejor. Él lo sabía. Y él necesitaba asegurarse de que la veía más a menudo.

Nat giró la silla de Arra y los ojos de ambas se abrieron ante la vista.

—¡Papi! —dijo Arra.

De todas las palabras de la galaxia, era la única que más le gustaba escuchar. Ella fue rodando hacia él, dejando a Nat y los picoverdes todavía peleándose tras ella.

—¿Qué es eso? —preguntó conforme se acercaba. Sus ojos estaban abiertos, su sonrisa brillante.

Él se arrodilló y la cogió fuera de su silla en un abrazo. Ella se sentía diminuta.

—Es mi sorpresa para ti —dijo él.

La cara de Arra contraída en una pregunta.

—¿Y qué es esto? —preguntó ella, tocando el chaleco de armadura que llevaba bajo sus ropas.

Sentía que sus mejillas se calentaban.

—Algo para el trabajo. Eso es todo.

Parecía aceptarlo.

—Mira, tía Nat. ¡Una silla flotante!

—Eso veo —dijo Nat, caminando tras ella.

—¿Es para mí? —preguntó Arra.

—¡Claro que lo es! —contestó Zeerid.

Arra chilló y le dio a Zeerid otro abrazo, desplazando su sombrero.

—Eres el mejor, Papi. ¿Puedo probarla ahora mismo?

—Por supuesto —dijo Zeerid, y la sentó en ella—. Los controles están justo aquí. Son intuitivos, así que…

Ella manipuló los controles y ya estaba fuera y volando antes de que él pudiera decir otra palabra. Él sólo la vio ir, sonriendo.

—Hola, Nat —dijo él.

Su cuñada parecía agotada, demasiado joven para las líneas de su cara, los círculos bajo sus ojos. Llevaba su pelo marrón en un estilo que hasta Zeerid sabía que estaba cinco años pasado de moda. Zeerid se preguntó cómo debía parecerle a ella. Probablemente igual de agotado.

—Zeerid. Eso fue muy bonito. La silla, me refiero.

—Sí —dijo Zeerid—. Parece estar disfrutándola.

Arra volaba la silla flotante tras varios picoverdes y volaron hacia dentro del agua.

—¡Ten cuidado, Arra! —gritó él.

—Estoy bien, Papi —dijo ella.

Él y Nat se quedaron en pie ahí, el uno junto a otro pero con un abismo entre ellos.

—Ha pasado un tiempo —dijo Nat—. Necesita verte más a menudo.

—Lo sé. Lo intento.

Ella parecía querer decir algo pero se contenía.

—¿Qué tal el trabajo?

—Soy una camarera en un casino, Zeerid —ella se mofó—. Una vieja camarera. El trabajo es duro. Me duelen los pies. Me duele la espalda. Estoy cansada. Y nuestro apartamento es del tamaño de un coche aéreo.

No podía evitar tomárselo a lo personal.

—Intentaré mandar más.

—No, no. —Ella movió la mano para puntualizar las palabras—. Si no fuera por los créditos que mandas, pasaríamos hambre. No es eso. Es sólo que… siento como que estoy subida en una rueda, ¿sabes? No puedo dejar de correr pero no voy a ninguna parte.

Él asintió.

—Te escucho.

Arra le llamó.

—¡Mira, Papi!

Ella voló la silla flotante en un círculo estrecho, riendo por el camino.

—Ten cuidado, Arra —dijo él, pero sonrió.

—Espera hasta que tengas el manejo de eso, Lanzaguisantes —dijo Nat.

Ellos permanecieron juntos en silencio por un tiempo. Entonces la voz de Nat se volvió seria.

—¿Cómo te has podido permitir la silla, Zeerid?

Él no la miró, temeroso de que viera la ambivalencia en su cara.

—Trabajo. ¿Qué si no?

—¿Qué tipo de trabajo?

A él no le gustaba el tono de la pregunta.

—El mismo de siempre.

Ella se giró hacia él, y la expresión severa de su cara se asemejaba tanto a Val que él casi se desmorona.

—Nos has estado mandando cien, doscientos créditos al mes durante casi un año. Hoy te presentas con una silla flotante que sé que cuesta más que el coche aéreo que conduzco.

—Nat…

—¿En qué estás metido, Zeerid? Tienes ese ridículo sombrero puesto, armadura.

—Lo mismo…

—¿Te crees que soy ciega? ¿Estúpida?

—No, por supuesto que no.

—Puedo imaginar lo que haces, Zeerid. Arra ya ha perdido a su madre. No puede perder a su padre, también. La destrozaría.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo él.

—No me estas escuchando. ¿Crees que preferiría tener piernas a tener padre? ¿Esa silla flotante más que a ti? Ella resplandece cuando sabe que vienes a vernos. Escúchame, Zeerid. Lo que sea que estés haciendo, abandona. Vende esa nave tuya, búscate un trabajo en el planeta, y sólo se un padre para tu hija.

Él deseaba poder.

—No puedo, Nat. Todavía no. —Se giró para encararla.

—Una entrega más y todo cambia. Una más.

Ella le devolvió la mirada, su piel pálida de la falta de sol y malnutrición.

—Le dije que no se casara con un soldado, mucho menos un piloto.

—¿Val?

—Sí, Val.

—Nat…

—No sabes cuándo parar, Zeerid. Nunca has sabido. Todos vosotros, os ponéis esa armadura, entráis en la cabina de mandos, y pensáis que sois invulnerables, que un bláster no puede mataros, que vuestra nave no puede ser disparada en el cielo. Puede, Zeerid. Y si la tuya lo hace, herirá a Arra más que el accidente que le quitó sus piernas.

No podía pensar en nada que decir porque sabía que tenía razón.

—Voy a comprarle un hielo dulce. ¿Quieres uno?

Ella agitó su cabeza y él caminó hacia el puesto de concesión. Sentía los ojos de Nat en su espalda durante todo el camino.

VRATH MIRABA A ZEERID alejarse de la mujer, su cuñada, y dirigirse a los puestos de vendedores para comprar un hielo dulce a su hija.

Su hija.

No le extrañaba que Zeerid operara con tanta preocupación por ser seguido. Vrath sabía lo que una organización como El Intercambio, o una como los Hutts, podía hacerle a un hombre con familia. Una niña pequeña era una palanca esperando a que tiraran de ella, las cuerdas de una marioneta que hacían bailar a un hombre.

Un hombre con la vida de Zeerid y Vrath tenía que tener suficiente poder —o un patrocinador con suficiente poder— para proteger a su familia, o su familia estaba en riesgo. Zeerid no tenía ni poder ni patrocinador. Vrath respetaba el hecho de que Zeerid se las hubiera apañado para mantener a su hija fuera del juego durante tanto tiempo. Era toda una proeza.

Pero ahora lo estaba, una pieza en el tablero.

Vrath no la usaría, por supuesto. Como un asunto de orgullo profesional, Vrath nunca trataba de amenazar o herir a la familia de un hombre, mucho menos a una niña. Carecía de precisión, algo que un piloto bombardero habría hecho, no un francotirador.

Y Vrath todavía era un francotirador en su alma. Un disparo, un asesinato, sin daños colaterales.

Apartó la mirada desde Nat y Arra para localizar a Zeerid y lo encontró de pie directamente detrás de él, un hielo dulce rojo en una mano, uno verde en la otra, y ojos como lanzas.

—¿Te conozco, amigo? —dijo Zeerid. Sus ojos se fijaron en la ropa de Vrath, su apariencia.

Vrath se encorvó un poco, adoptó una imagen tan inofensiva como podía.

—No lo creo. ¿Eres de por aquí?

Zeerid dio un paso hacia él, inclinando su cuerpo para un golpe.

Vrath tuvo que luchar contra el instinto de elevar su postura para eliminar el ángulo de acercamiento de Zeerid. Zeerid lo reconocería. Y Vrath no podía permitirse matar a Zeerid ahora, no hasta que usara a Zeerid para localizar la ingespecia.

—¿Qué estabas buscando, amigo? —preguntó Zeerid.

—¡Papi! —le llamó Arra, pero los ojos de Zeerid nunca se apartaban de la cara de Vrath.

—Sólo estaba mirando los picoverdes. Me gusta alimentarlos. —Alcanzó su bolsillo y sacó un puñado de bolitas de comida que había comprado de uno de los droides del parque.

—¡Papi, quiero el hielo verde! —dijo Arra.

Viendo las bolitas de comida, Zeerid se relajó visiblemente, aunque no del todo.

—Por supuesto —dijo él.

—Lo siento, amigo.

—¿Esa es tu hija? —preguntó Vrath, asintiendo a Arra.

—Sí —contestó Zeerid, y el indicio de una sonrisa curvó sus labios.

—Ella parece muy feliz —dijo Vrath—. Ten un gran día, señor.

Vrath caminó pasando a Zeerid y se unió a los corredores, ciclistas, y otros pensantes que usaban el parque. Conforme lo hizo, se reprendió a sí mismo por apartar los ojos de Zeerid. El hombre claramente tenía olfato para los problemas.

ZEERID SE GIRÓ PARA VER al hombre alejarse. Algo sobre él se sentía mal, pero Zeerid no podía poner la mano en el fuego. Había parecido sobre todo interesado en Arra y Nat, y tenía una frialdad en los ojos, pese a su estúpida sonrisa.

—¡Papi! ¡Se está derritiendo!

Arra condujo su silla sobre él y él le dio el hielo dulce, frotándose sus manos para limpiarlas en su chaqueta.

—Gracias —dijo ella y dio un mordisco—. Mmm. ¡Deeeeeeelicioso!

Él le sonrió, y cuando miró atrás, no podía avistar al hombre en ninguna parte.

—¿Quién era ese? —preguntó Nat cuando se acercó caminando.

Zeerid ausente le ofreció a Nat el otro hielo dulce, todavía mirando en la dirección hacia la que había caminado el hombre.

—No lo sé. Nadie.

Nat debió haber captado la preocupación de Zeerid.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo él, y forzó una sonrisa—. Estoy seguro.

Sólo que él no lo estaba.

—Creo que caminaré con vosotras dos a casa, ¿vale?

—¡Hurra! —dijo Arra.

—¿Qué pasa? —preguntó Nat. Todavía no había cogido el hielo dulce.

—Nada —dijo él, sin querer alarmarla—. ¿No puedo caminar con mis chicas hasta su puerta?

—Yo no voy a caminar —dijo Arra, sonriendo—. Voy a volar.

EL CUERVO DE ARYN SALIÓ del hiperespacio. Se había dejado sus túnicas y sus pertenencias en Alderaan.

—Directo a Vulta, Te-seis.

El astromecánico se apoderó del vuelo y el Cuervo acuchilló a través del espacio. Vulta apareció a través la cubierta, un planeta solitario dando vueltas a su estrella. La luz del sol iluminaba los muchos satélites artificiales en órbita y el tráfico espacial moviéndose hacia y desde el planeta.

—Contacta con el control planetario con nuestras credenciales de la República —le dijo ella a T6—. Solicita una plataforma en el espaciopuerto del Lago Yinta.

El droide silbó un afirmativo.

Aryn pronto sabría si su ausencia se había notado. Si era así, sus credenciales probablemente no serían buenas.

T6 dio una serie de bips satisfecho conforme las instrucciones de aterrizaje se desplegaban sobre la PVE de Aryn.

—Llévanos abajo, Te-seis. Y también enlaza al directorio planetario y encuéntrame una dirección para Zeerid Korr.

No había visto a Zeerid en años. Podría estar muerto. O no estar dispuesto a ayudarle. Habían sido buenos amigos: Aryn había sido la única persona a la que Zeerid le había contado sobre la muerte de su mujer antes de que se diera de baja. Aryn le había ayudado a pasar el shock inicial. Y ella todavía podía sentir la pena intensa, la desesperación que sufrió cuando escuchó la noticia. Era similar a lo que ella había sentido cuando el Maestro Zallow había muerto. Zeerid había estado muy agradecido por su oído compasivo, sabía ella. Pero ella iba a pedirle muchísimo.

T6 bipeó una negativa. No había un Zeerid Korr en el directorio.

Aryn apretó un puño conforme el planeta se hacía más grande.

—Su mujer tenía una hermana. Natala… algo. Natala… Yooms. Prueba con ella, Te-seis.

En unos momentos T6 tenía una dirección. Vivía cerca de la orilla del lago en el Lago Yinta y tenía la custodia legal de una chica de nueve años llamada Arra Yooms.

—¿Arra?

Aryn sabía que Arra era el nombre de la hija de Zeerid. Si Natala tenía la custodia de la chica, entonces Zeerid lo más seguro es que estuviera muerto. Su plan empezaba a tambalearse. No tenía a nadie más a quien pudiera convencer. Si Zeerid estaba muerto, entonces lo estaba, también, su oportunidad de vengar al Maestro Zallow.

No tenía otra elección que intentarlo. No sabía cómo podía atravesar el bloqueo Imperial de Coruscant sin ayuda.

El Cuervo descendió a través de la atmósfera en un velo de calor y llamas. Cuando emergió al cielo azul de la estratosfera de Vulta, podía ver bajo ellos el gran óvalo azul del Lago Yinta y el anillo de urbanismo que lo rodeaba.

T6 les puso dentro del flujo del tráfico del cielo, y se dirigieron a su plataforma de aterrizaje en el Lago Yinta. Desde allí, encontraría a Natala.

ZEERID SE SENTÍA COMO UN PADRE mientras caminaba con Nat y Arra de vuelta a su apartamento junto al lago. Sintió como un fracaso cuando vio el agujero que era. Vivían en una de las mansiones convertidas en casas subdimensionadas por las autoridades planetarias. Óxido, cristales rotos, piedra picada, adictos, y borrachos parecían omnipresentes.

—Parece peor de lo que es —le dijo Nat, lo suficientemente bajo como para que Arra no lo pudiera escuchar.

Zeerid asintió.

—¿Escuchaste lo que pasó en Coruscant? —dijo Nat, aparentemente queriendo cambiar de tema—. Está por toda la Red.

—Lo he escuchado.

—¿Cómo crees que acabará?

Él se encogió de hombros.

Conforme andaban, mantuvo sus ojos abiertos por cualquiera sospechoso pero no vio a nadie. Aún así, no podía quitarse la sensación de que algo había ido mal. El hombre en el parque sólo olía mal.

Tomaron un ascensor desvencijado subiendo varias plantas. Zeerid no entró al apartamento y Nat no le invitó. Arra giró su silla flotante, maniobrando en el pequeño espacio como una profesional.

—Eres hija de un piloto —dijo él.

Ella sonrió.

—Te quiero, Papi.

—Y yo te quiero a ti.

Él la levantó de la silla y la abrazó tan fuerte que ella chilló. Él sentía la ausencia de sus piernas como un agujero en su corazón. No quería dejarla ir pero sabía que debía.

Podía ver un poco del diminuto apartamento de dos habitaciones por encima del hombro de Nat. Una ventana, un fogón de cocina.

—¿Volverás pronto, Papi? —preguntó Arra conforme él la bajaba de nuevo a la silla.

—Sí —dijo él, tan inequívoco como un disparo de bláster—. Pronto. —Él le robó la nariz y ella se rió—. Te traeré esto de vuelta cuando vuelva.

Nat, en pie a su lado, acariciaba su pelo.

—Hora de los deberes, Arra. Luego hora de dormir.

—Está bien, Tía Nat. Adiós, Papi —dijo ella, sus ojos húmedos. Estaba tratando de ser fuerte.

Zeerid se arrodilló.

—Estaré de vuelta pronto. En unos días. ¿De acuerdo?

Ella asintió y él revolvió su pelo. Ella giró la silla flotante y se dirigió a su habitación. Él archivó la imagen de su cara en el armario de archivos de su memoria.

—Le encanta esa silla —dijo Nat—. Hiciste bien, Zeerid.

—Voy a sacaros a ambas de aquí —dijo él, determinado a hacerlo—. Después de este próximo trabajo…

Nat alzó una mano y agitó su cabeza.

—No quiero escuchar sobre el trabajo. Sólo quiero que me prometas que no correrás riesgos innecesarios.

—Lo prometo —dijo él.

—Te veremos cuando vuelvas. Estaremos bien aquí, Zeerid. No parece mucho, pero estamos bien.

Él alcanzó su chaqueta y sacó la tarjeta al portador.

—Hay cerca de trece mil créditos en esto. Cógelos. Compra algo bonito para ti y Arra.

Ella miró la tarjeta como si pudiera morderle.

—Trece mil… —ella le miró a la cara.

—¿Cómo has reunido esta cantidad de dinero?

Ignoró la pregunta y mantuvo la tarjeta hasta que ella la cogió.

—Gracias, Nat. Por todo. —Él la abrazó, el gesto tan raro como siempre. Ella se sentía demasiado delgada, tan harapienta como un suéter viejo. Él se hizo un juramento a sí mismo ahí, las iba a sacar a ambas del barrio pobre. Haría lo que sea que tuviera que hacer.

—Cuídate, Zeta —dijo Nat.

—Lo haré. Y estaré de vuelta pronto.

A eso, ella no dijo nada.

El momento en que la puerta se cerró y los cierres sonaron en el lugar, él cambió el interruptor en su cerebro. Zeerid el padre huyó ante Zeta el soldado y contrabandista.

El hombre en el parque había estado del todo mal, desde su pelo, a sus ropas, a la frialdad en sus ojos. Podría haber sido nadie. O podría haber sido alguien.

Zeerid decidió que se entretendría en el edificio del apartamento durante un rato, fuera de la vista, sólo para asegurarse de que Nat y Arra estaban a salvo.

Se colocó en su suelo y se asentó. No había montado guardia desde que era un nuevo recluta. Se sentía bien, aún así.

VRATH SE SENTÓ en el taxi aéreo en la calle fuera del edificio de apartamentos decrépito. El olor a pescado podrido y lago sucio llenaban el aire. Vigiló por un largo tiempo, monitorizando los movimientos de Zeerid con el rastreador. Zeerid había dejado de moverse. Quizás compartía un apartamento allí con Nat y Arra.

Se mantuvo un rato más, entonces decidió echar un vistazo. Pagó al droide conductor, saltó fuera del coche aéreo, esquivó los pocos speeders destartalados y el autobús speeder público que volaba bajo a través de la calle, y se dirigió al edificio de apartamentos.

LOS OJOS DE ZEERID SE AJUSTARON a las luces tenues que parpadeaban intermitentemente en el vestíbulo. La puerta hacia el piso de Nat y Arra estaba aproximadamente a mitad de camino bajo el pasillo. No había otra entrada o salida al apartamento. Todo lo que necesitaba hacer era tomar unas aburridas vistas abajo en la sala.

El extremo alejado del vestíbulo acababa en una ventana de cristal rota. El lado cercano acababa en el ascensor y una puerta hacia las escaleras. Aparte de escalar el edificio desde el exterior, el ascensor y las escaleras eran la única forma de entrar a la cuarta planta. Podía cubrirlas ambas.

Pensó en cómo entretenerse en el vestíbulo y poner la boca de su bláster en la tripa de cualquiera que le mirara a ambos lados. Pero eso no ocurriría. No quería atraer demasiada atención a sí mismo y no quería provocar una escena innecesaria. Finalmente decidió estacionarse en las escaleras de emergencia al lado del ascensor. Dejó la puerta abierta para poder ver el ascensor, la sala, y las escaleras.

Un buen campo de fuego, decidió él.

Cogió la pistola bláster E-9 —pequeña, compacta, pero con un poder decente— la alzó enfrente del bolsillo de su chaqueta, y esperó.

Los minutos pasaron, se convirtieron en media hora, en una hora, y él empezó a pensar que su paranoia le había vuelto enfermo. El edificio no veía un montón de tráfico a pie. Un droide de utilidades casi obsoleto salió del ascensor chirriante y aspiró el suelo, ignorando a Zeerid del todo. Cuando completó su barrido, se retiró a un armario de utilidades cerca del ascensor.

Zeerid se sentó solo con sólo pensamientos incómodos de compañía en unas escaleras que olían a orina y vómito. Había decepcionado a su hija. Para tratar de darle una vida mejor se había convertido a sí mismo en el tipo de hombre que él una vez habría respondido con desprecio. ¿Y qué tenía ella gracias a eso? Un apartamento decrépito y un padre ausente que podría morir en su próxima entrega.

Y una silla flotante, se recordó a sí mismo. Pero aún así …

Tenía que salir de la vida. Pero no había forma de alejarse hasta que hubiera limpiado su deuda con El Intercambio. Así que haría una última entrega a Coruscant…

La puerta a las escaleras en la primera planta se abrió con un chirrido cabreado. Casi en el mismo momento, escuchó el zumbido del ascensor subiendo por el hueco.

Alerta y tenso, fue hacia el enrejado al borde de las escaleras y miró abajo. Las luces de los dispositivos fijados al techo dos plantas sobre él hacían muy poco por iluminar las escaleras. Las sombras cubrían las plantas más bajas pero Zeerid pensó que había visto una forma allí, humanoide, y la vio empezar a subir las escaleras.

Mientras tanto, el timbre del ascensor anunciaba su llegada a la cuarta planta.

Acoplando su bláster a su mano, Zeerid se aplanó contra la pared cerca de la puerta de las escaleras. Los pasos viniendo desde abajo continuaban su lento ascenso. Se detenían de vez en cuando, como si la persona estuviera insegura de su destino, o estuviera deteniéndose para escuchar.

Las puertas del ascensor se abrieron y Zeerid escuchó el suave susurro de un movimiento silencioso. Las puertas del ascensor se cerraron.

Las pisadas en los escalones empezaron de nuevo, se detuvieron.

Zeerid esperó contando hasta tres e hincó su cabeza sobre la puerta para darle una vista del vestíbulo.

Una figura con capa caminaba sigilosamente por el pasillo, del tamaño del hombre que se había encontrado en el parque. Él estaba comprobando las puertas en busca de los números de los apartamentos. Zeerid no podía ver las manos de la figura. Dio otra mirada a las escaleras, no escuchó nada, y caminó sigilosamente hacia el vestíbulo.

La figura se detuvo ante el apartamento de Nat y consultó un ordenador del tamaño de la palma de la mano, como si confirmara una dirección.

Zeerid había visto todo lo que necesitaba ver. Blandió la E-9.

—¡Tú! Apártate de esa puerta.

La figura se giró hacia él, alcanzó algo a la altura de su pecho. Zeerid no vaciló. Apretó el gatillo, y el retumbar de la E-9 sonó como una tos educada.

Casi a un tiempo perfecto con Zeerid apretando el gatillo, el movimiento tan rápido que era un borrón, la figura sacó un cilindro plateado que creció con una línea brillante verde y reflejaba el rayo de la E-9 hacia el suelo.

Antes de que Zeerid apretara otro disparo, la figura alzó la cabeza y desactivó el sable de luz.

—¿Zeerid?

Una mujer.

Zeerid no bajó su arma ni su temperatura. No podía encontrarle un sentido al sable de luz. ¿Un Jedi?

—¿Quién eres? —preguntó.

La figura bajó su capucha para revelar el pelo largo rubio y los ojos verdes cálidos que Zeerid nunca había olvidado. El calor y la tensión se fueron de él en una avalancha.

—¿Aryn? ¿Aryn Leener? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscándote —dijo ella. Ella señaló a la puerta hacia el apartamento de Nat—. Pensé que podría intentar que tu cuñada…

—¿Estás sola? ¿Te ha seguido alguien?

Ella parecía haberse quedado de piedra con la ráfaga de preguntas.

—Yo… sí. No.

—¿Cómo me encontraste?

—Suerte. Recordé el nombre de tu cuñada. Esperaba que pudiera ayudarme a encontrarte.

—Quédate ahí —dijo él, y se apresuró bajando la sala hasta las escaleras. Miró abajo y no vio nada ni a nadie. Quien fuera que hubiera estado en las escaleras se había ido.

Se dijo a sí mismo que era probable que fuera sólo un residente volviendo a casa.

Se giró para encontrarse mirando a la cara de preocupación de Aryn. Se parecía mucho a la que tenía cuando ella le apoyaba cuando él lloraba sobre la muerte de Val.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

No cabía duda de que ella podía sentir su recelo.

—Probablemente nada. Estoy reaccionando de forma excesiva, creo.

Ella sonrió con su sonrisa pero vio algo nuevo en sus ojos… una dureza. Él no necesitaba ser un usuario de la Fuerza para saber que algo era diferente.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó él—. Acabo de verte en la Red. Pensé que estabas en Alderaan.

Un velo cayó sobre sus ojos y los cerró. Él nunca lo había visto antes, no en ella, aunque imaginaba que su propia expresión era muy parecida cuando estaba trabajando.

—Lo estaba. Es parte de lo que quería hablar. Necesito tu ayuda. ¿Podemos ir a algún sitio y hablar?

—De verdad que no es un buen momento, Aryn.

—Es importante.

Él tuvo un destello de miedo, pensando que los Jedi habían escuchado rumores sobre la entrega de ingespecia, habían sabido que él la iba a entregar, e intentaban detenerle. Pero ella no dijo nada sobre la ingespecia.

—Es un motivo personal, Zeta. No es nada para la Orden.

Él respiró mejor, incluso sonrió ante cómo de tonto parecía su nombre cuando ella lo decía. Quizás sonaba así de tonto todo el tiempo. Disparó una mirada atrás de la sala al apartamento de Nat.

Cerrado y seguro, como todas las otras puertas en la sala. Un disparo de bláster y un sable de luz activado ni siquiera merecían una puerta abierta.

Tenía que sacarlas de ahí a ambas. No era lugar para una niña.

Aryn tocó su brazo.

—¿Estás bien?

Él dejó salir una exhalación larga y trató de liberar algo de estrés. Estaba reaccionando en exceso. Desde que llegó al planeta, había tomado todas las precauciones que normalmente tomaba. Nadie que él no quisiera sabía de su relación con Arra o Nat, mucho menos dónde vivían. Aryn había tropezado con él sólo porque eran amigos de hacía mucho tiempo y ella conocía el nombre de Nat. El hombre del parque probablemente no era nadie, sólo un transeúnte al azar.

—No, estoy bien. Conozco un sitio donde podemos hablar. Por los viejos tiempos. Pero debo ser breve. Estoy esperando una llamada.

Zeerid podía tener el contacto de Oren en cualquier momento.

Caminaron fuera a la calle y esperaron a que una pequeña multitud de autobuses speeder públicos llegaran. Subieron a bordo y se fueron. Zeerid vio el edificio de Nat y Arra desvanecerse tras ellos. Trató de llenar el agujero de su estómago diciéndose a sí mismo que estarían bien.

VRATH SE ENTRETUVO EN EL EXTERIOR de la entrada de las escaleras al apartamento de Zeerid. Su rastreador le había mostrado la localización de Zeerid antes de que estuviera a medio camino de las escaleras.

¿Una emboscada o sólo precaución extrema?

Inclinándose contra la pared de ladrillos desmoronada, miró al rastreador. Mostraba a Zeerid alejándose en el autobús speeder. Vrath había visto a la mujer que le había acompañado. No era Nat.

Activó su comunicador y alzó al resto de su equipo, todos ellos estaban estacionados cerca del espaciopuerto del Lago Yinta.

—Se está moviendo, en un autobús speeder, va en vuestra dirección. Voy en camino.

ZEERID Y ARYN FUERON EN EL AUTOBÚS AÉREO en silencio hasta una parada cerca de la geometría oxidada, corpulenta del espaciopuerto. Desde allí, caminaron por la calle ajetreada hasta un casino que Zeerid conocía, la Galaxia Espiral, donde trabajaba Nat. Un abrumador mar de humo, gritos, luces cegadoras, y música les recibieron. Nadie les escucharía allí.

Zeerid llevó a Aryn al área del bar, encontró una mesa en una esquina que les permitía una vista del resto de la habitación y se sentaron. Él hizo un gesto con la mano al camarero antes de que el joven hombre siquiera alcanzara su mesa. Aryn miró alrededor del casino, diminutos surcos delineándose en su ceño. Ella parecía haber envejecido diez años desde la última vez que la había visto. Imaginaba que él parecería igual que ella, sino peor. Estaba sorprendido de que le hubiera reconocido. Pero entonces, quizás ella no le había reconocido tanto por la vista sino por el sentimiento.

Él se inclinó en la silla y habló lo suficientemente alto para ser escuchado sobre el sonido ambiental.

—¿Dijiste que necesitabas mi ayuda?

Ella asintió, se inclinó adelante para poner sus codos sobre la mesa. Miraba tras él conforme hablaba, y él tenía la impresión de que estaba recitando algo que habían ensayado.

—Necesito ir a Coruscant cuanto antes.

Él se rió entre dientes.

—Ya somos dos.

Su respuesta le descolocó.

—¿A qué te refieres?

—No importa. Coruscant no es exactamente amiga de los Jedi en estos momentos.

—No. Y esto… no está aprobado por la Orden.

Su respuesta le descolocó. Nunca había sabido de Aryn oponiéndose a sus órdenes.

—¿En serio?

—En serio.

—Querrás esperar hasta que las negociaciones en Alderaan se completen, ¿verdad? ¿Ver cómo van las cosas? En una semana…

—No puedo esperar.

—¿No? ¿Por qué?

Ella se sentó de nuevo en su silla como si abriera cierta distancia entre ellos, dando espacio a una mentira quizás.

—Necesito coger algo del Templo.

—¿Qué?

—Algo personal.

Él se inclinó adelante, acercando el espacio entre ellos, reduciendo el hueco para falsedades.

—Aryn, no nos hemos visto en años. Te presentas fuera de una nebulosa y me dices que quieres mi ayuda para ir a un mundo que acaba de ser conquistado por el Imperio y que llevarte allí no está aprobado por la Orden Jedi.

La dejó reposarlo por un momento antes de continuar.

—Quizás quiero ayudarte. Quizás pueda.

Ella alzó la mirada ante eso, esperanza en sus ojos.

—Estuviste ahí cuando pasé por un momento muy duro. Pero necesito entender qué está pasando realmente allí.

Ella sonrió y agitó su cabeza.

—Te he echado de menos y no lo sabía.

Él sintió que sus mejillas se volvían cálidas y trató de ocultar su turbación. Por supuesto, no podía ocultar nada de ella. Ella sentiría la calidez que sus palabras pusieron en él.

Ella deslizó su silla adelante y cruzó sus manos en la mesa. Él era muy consciente de lo cerca que estaban sus manos de las suyas. Parecía que la había echado de menos, también.

—El ataque mató a alguien que me importaba.

El sentimiento hundido que sintió le sorprendió.

—¿Un marido? —¿Podían siquiera casarse los Jedi? Él no lo sabía.

Ella agitó su cabeza.

—Mi maestro. Ven Zallow.

—Lo siento. —Él tocó su mano en simpatía y eso puso tal carga a través de él que retrocedió. Sorprendentemente, no veía dolor en su expresión, sino rabia.

—El Templo tendrá videos del ataque. Necesito saber cómo murió.

—Podrían haber sido bombas, Aryn. Cualquier cosa.

Ella agitó su cabeza antes de que él acabara su frase.

—No. Fue un Sith.

—¿Lo sabes?

—Lo sé. Y quiero ver a ese Sith, saber su nombre.

Iluminado el conocimiento.

—Quieres matarle.

Ella no lo negó.

Él soltó un suspiro.

—Maldita sea, Aryn. Pensé que venías a arrestarme.

—¿Arrestarte? ¿Por qué?

—No importa —dijo él—. No me extraña que la Orden no aprobara que fueras a Coruscant. ¿Qué haría eso a las negociaciones de paz? Estás hablando de asesinar a alguien.

La frialdad en sus ojos era nueva para él.

—Estoy hablando de vengar a mi maestro. Ellos lo asesinaron, Zeerid. No lo dejaré estar. ¿Crees que no sé exactamente lo que estoy haciendo? ¿Lo que costará?

—No, no creo que lo sepas.

—Te equivocas. Quiero tu ayuda, Zeerid, no un sermón. Ahora, necesito llegar a Coruscant. ¿Ayudarás?

Había estado trabajando solo desde que se dio de baja. Lo prefería así. Pero trabajar con Aryn siempre se había sentido… bien. Si iba a volar con alguien, sería ella.

Su comunicador zumbó. Lo comprobó, vio un mensaje encriptado de Oren, lo desencriptó.

Los bienes están a bordo del Gordo. Sal inmediatamente. El cargamento está caliente.

Él miró a través de la mesa a Aryn.

—Has llegado en un buen momento.

Sus ojos formaron una pregunta.

—Voy a volar a Coruscant, también. Ahora mismo.

—¿Qué? —parecía perpleja.

Él empujó atrás su silla y se puso en pie.

—¿Vienes?

Ella se quedó en su silla.

—¿Vas a volar a Coruscant? ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

Ella se puso en pie.

—Entonces sí, voy.

—Lo que sea en lo que volaras hasta aquí, tendrás que dejarlo. Sólo nos llevaremos mi nave.

Aryn tecleó en su comunicador y habló sobre el sonido del casino.

—Te-seis, pon al Cuervo en cierre. Me voy fuera del planeta. Monitoriza nuestro canal subespacial usual, y te contactaré cuando pueda.

Los bips del droide contestando se perdían en la cacofonía.

Empezaron su camino a través de la multitud.

Aryn le cogió por el bíceps y llevó su oreja a su boca.

—No puede ser coincidencia, lo sabes. Considera el momento. La Fuerza nos ha traído aquí en este momento para que nos podamos ayudar el uno al otro. Ves eso, ¿verdad?

En una mesa cerca de ellos, las campanas sonaban y un Zabrak alzaba alto sus manos, gritando de júbilo.

—¡Bote! —dijo el Zabrak—. ¡Bote!

Zeerid decidió que tenía que contarle. Él gritó sobre el ruido.

—Si la Fuerza nos ha juntado, entonces la Fuerza tiene un extraño sentido del humor.

Sus ojos se encogieron en una pregunta.

—¿De qué estás hablando?

Él profundizó.

—Escucha, lo que estoy haciendo hace que lo tuyo parezca un pequeño trabajo de caridad.

Su expresión cayó y su cuerpo se inclinó hacia atrás ligeramente.

—¿A qué te refieres?

—Voy a darte otra oportunidad de hacer esa pregunta antes de que la conteste. Antes de que lo hagas, date cuenta de que haría esta entrega tanto si vienes como si no, Aryn. No estoy orgulloso de ello, pero tengo que hacerlo. Ahora, ¿quieres saberlo?

—Sí —dijo ella, y parpadeó—. Pero luego. Ahora mismo, y no mires alrededor, hay gente observándonos.

Un esfuerzo de voluntad mantenía sus ojos en ella. Oren le había dicho que el cargamento estaba caliente, pero él no se había dado cuenta de que estaba tan caliente. Fingió una sonrisa.

—¿Dónde? ¿Cuántos?

—Dos que pueda ver. Un hombre humano en la barra, chaqueta marrón, pelo negro largo. A mi derecha, un hombre humano en un abrigo largo negro y guantes.

—¿Estás segura? —Él asintió como si estuviera de acuerdo con algo que ella dijera.

—Seguro.

—¿Cómo lo hacemos? —él le preguntó.

Era divertido lo fácilmente que caían en los antiguos roles. Ella dando las órdenes y él obedeciéndolas.

—Nos hacemos los tontos y llegamos al espaciopuerto. Lo evaluaremos conforme vayamos. Entonces…

—¿Entonces?

Su mano fue bajo su capa, a la empuñadura de su sable de luz.

—Entonces improvisamos.

Él hizo un inventario mental de todas las armas que llevaba y su localización en su persona.

—Suficientemente bueno —dijo él, y se dirigieron a la salida.



LA LANZADERA LLEVÓ a Eleena y Malgus hacia el cielo hasta el crucero de Malgus, Valor. Malgus miró desde la ventana de visualización conforme rompían a través de la atmósfera. Sentía los ojos de Eleena en él pero no se giró hacia ella. Sus pensamientos estaban en la Fuerza, en el Imperio, y cómo los dos parecían divergir ante sus ojos. La pregunta para él era simple: ¿Qué haría él sobre eso?

La voz del piloto sonaba por el altavoz.

—Darth Malgus, Darth Angral desea hablar con usted.

Malgus ladeó la cabeza en una pregunta. Miró a Eleena pero ella miraba a otra parte, fuera de la ventana de visualización a la superficie alejándose de Coruscant.

—Ponlo en línea.

La pequeña videopantalla en el compartimento de pasajeros de la lanzadera se encendió y proyectó una imagen holográfica de Darth Angral. Se sentaba en el mismo escritorio en la oficina del Canciller desde la que previamente había sermoneado a Malgus. Malgus se preguntaba si Adraas se quedaría ahí tranquilo.

—Mi señor —dijo Malgus, aunque las palabras se sentían falsas.

—Darth Malgus. Veo que has recuperado a tu… acompañante. Me alegro por ti.

—La estoy llevando de vuelta al Valor, entonces volveré a la superficie para asistir…

Angral alzó una mano y agitó su cabeza.

—No hay necesidad de eso, viejo amigo. Tu presencia en Coruscant ya no es necesaria. En su lugar, te necesito para que dirijas el bloqueo y te asegures de la seguridad de las vallas hiperespaciales.

—Mi señor, cualquier oficial naval podría…

—Pero te estoy ordenando que lo hagas, Darth Malgus.

Malgus miró a la imagen de Darth Angral durante un rato largo antes de que tuviera la confianza en sí mismo para contestar.

—Muy bien, Darth Angral.

Cortó la conexión, y la imagen se hundió en la pantalla.

Un dolor de cabeza se arraigó en la base de su cráneo. Podía sentir las venas en su cabeza palpitando, cada latido amplificando su decepción, su creciente rabia.

No necesitaba ser habilidoso en las maniobras políticas para entender que Angral le ordenara un rol sin importancia era una forma de mandar el mensaje claro de que estaba fuera de su favor. Angral lo había utilizado el tiempo suficiente para asegurarse el éxito del saqueo de Coruscant, y ahora estaban poniéndole al borde a favor de Lord Adraas. En la duración de un día había ido de conquistador de Coruscant a un Darth de segunda clase.

Miró a Eleena una vez más, preguntándose cuánto de eso entendería ella.

Ella no le miró, sólo continuaba mirando fuera de la ventana de visualización.

LOS PEATONES SE AMONTONABAN en la calle neblinosa de fuera del casino. El olor del lago era fuerte: pescado muerto, otros desechos orgánicos. Zeerid recorrió la multitud con sus ojos, buscando a alguien más que le pareciera sospechoso. Vio veinte hombres en la calle abarrotada que debían haber estado observándole.

—No puedo localizar a nadie en esta multitud —dijo él.

Dos Houks borrachos se tambaleaban, gritando una canción en su lengua nativa. Un joven Bothano aceleró el motor de su swoop y se disparó al aire. Coches aéreos ubicuos se alineaban en la calle. Coches aéreos privados y autobuses speeder públicos volaban sobre ellos.

—Sigue moviéndote —dijo Aryn—. Sin prisas, aún así.

El espaciopuerto ocupaba varios bloques empezando sobre la calle desde ellos. Carteles digitales adheridos en sus lados reproducían anuncios de todo, desde hogares de vacaciones hasta barras de energía, hasta consejo financiero para zanjar deudas. Zeerid simpatizó con ese último.

Moviéndose con normalidad forzada, cortaron a través de la calle, obteniendo el bocinazo de una señal de bocina y un puño alzado, y dirigiéndose a la entrada más cercana al espaciopuerto.

—No mires atrás —dijo Aryn—. Están ahí.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Las puertas del espaciopuerto se abrieron. Tranvías de equipaje tirados por droides rodaban a través de las puertas, seguidos por una docena o así llegadas recientes de varias especies pensantes. Las puertas cerrándose tras ellos cortaban los parloteos de los conductores de taxi.

VRATH SE SENTÓ EN UN BANCO dentro del espaciopuerto, presionado entre una mujer Rodiana a su izquierda y un hombre Ithoriano a su derecha. El Ithoriano olía a cuero y tarareaba una canción a través de sus dos bocas.

Vrath resistió, y vio a Zeerid y la mujer entrar al espaciopuerto. Zeerid miraba alrededor, la sospecha en sus ojos. Pero Vrath había pasado años perfeccionando su propia invisibilidad, una habilidad invaluable para un francotirador, y los ojos de Zeerid se movían sobre él y pasándole.

Él susurraba órdenes, el sonido inaudible sobre la conmoción del espaciopuerto. El implante en su mandíbula amplificaba las palabras y las mandaba a las piezas auriculares de su equipo.

—Él está al tanto. Mantened la distancia.

Vrath no quería que Zeerid percibiera peligro y echara a correr antes de que Vrath localizara el cargamento. Su equipo se había colado a bordo de la nave de Zeerid horas antes y buscado. No encontraron nada y, aparte de una visita rutinaria de uno de los droides de inspección de mantenimiento del puerto, nadie había subido a bordo desde entonces. Dos de su equipo estaban estacionados cerca de la nave, echándole un ojo.

Vrath vio a Zeerid y a la mujer con su visión periférica y, usando su implante de audio, les escuchó lo mejor que pudo sobre los sonidos del puerto.

ZEERID ESTUDIÓ LAS CARAS de aquellos a su alrededor, buscando a alguien más que pudiera estar observándoles. Caras emborronadas las unas con las otras. Sentía como si sus perseguidores estuvieran respirando justo tras su nuca. Incapaz de detenerse, se giró y echó una mirada atrás.

A través del mar de caras, avistó a los dos hombres que Aryn le había descrito en el casino. Ambos le vieron mirar hacia ellos.

Él apartó la mirada, maldiciéndose.

—Saben que lo sabemos —dijo.

Aryn estaba mirando a una videopantalla anclada a la pared que mostraba un fragmento de noticias sobre las negociaciones en Alderaan.

¿UN AVANCE EN LAS NEGOCIACIONES? Leyó al pie.

Un hombre humano, su pelo oscuro peinado hacia atrás sobre una cara arrugada, estaba hablando. Zeerid no le reconoció. La etiqueta bajo su imagen lo llamaba LORD BARAS.

—¿Has oído lo que he dicho, Aryn?

Ella alejó sus ojos de la pantalla con dificultad.

—Te he escuchado. ¿Qué crees que quieren?

Zeerid había hecho un montón de enemigos desde que se afilió al Intercambio, pero imaginó que aquellos que les perseguían querían la ingespecia.

—Quieren el cargamento que llevamos a Coruscant —dijo él.

Saltaron a una cinta transportadora que les aceleró a través del puerto. A través de las ventanas de transpariacero sobre un muro, podían ver cargueros y otras pequeñas naves espaciales asentadas en las plataformas de aterrizaje del puerto. Droides grúa cargaban y descargaban cargamento.

Usó el reflejo en el transpariacero para determinar si los hombres todavía estaban tras ellos. Lo estaban. Pero él todavía no podía decir si había más o sólo los dos.

—Están justo en la cinta transportadora detrás de nosotros —dijo Zeerid, conforme los hombres les seguían en la cinta.

—Dime qué es, Zeerid. El cargamento.

Él no vaciló, aunque no la miró cuando contestó. En su lugar, miró a su propio reflejo en el transpariacero.

—Ingespecia.

Ella no dijo nada por un tiempo, y a él no le gustaba la relevancia del silencio.

—¿Cómo te metiste en el tráfico de ingespecia? —preguntó finalmente.

A él le disgustó aún más la acusación que escuchó en su tono y se giró para encararla.

—¿Cómo te peleaste con la Orden y te fuiste en busca de asesinar? Es una larga historia, ¿no? Bien, esto es lo mismo.

Ella le miró a la cara, aquellos ojos verdes abiertos. Él vio más dolor en ellos del que nunca había visto antes.

—Tienes razón. Lo siento, Zeerid. No quería…

—No estoy orgulloso de ello, Aryn.

—Lo sé.

Ella lo sabría. Habría sentido su culpa, su ambivalencia.

—Hacemos lo que hacemos —dijo ella.

—Hacemos lo que debemos.

—Cierto —dijo ella—. Lo que debemos.

Cambiaron de camino, cogieron unas escaleras automáticas subiendo una planta. Él continuaba observando a los dos hombres tras ellos. No hicieron ningún movimiento para acortar la distancia entre ellos.

—¿A qué están esperando? —preguntó Aryn.

Zeerid se había preguntado lo mismo pero la comprensión pronto salió a la luz.

—No saben si sé dónde está la especia.

Adelante, él vio la plataforma de aterrizaje donde el Gordo como Enano Rojo estaba amarrado. Un gran tranvía de cargamento rodó pasándoles. Un pelotón de droides de mantenimiento caminaba fatigado cerca de ella. Un hombre y una mujer ante ellos se saludaban el uno al otro, sonreían, se abrazaban, y se ponían en marcha.

Otros dos hombres cerca de ella atrajeron su atención. Uno sentado en una silla cerca de la puerta que llevaba fuera de la plataforma de aterrizaje. Un ordenador se sentaba abierto en su regazo, pero no le prestaba atención. El segundo miraba la ventana de transpariacero, ostensiblemente mirando fuera a la plataforma de aterrizaje. Zeerid lo imaginó observándoles aproximándose en su reflejo.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Aryn.

—Está en mi nave —dijo él—. El Intercambio utiliza droides de mantenimiento modificados para colar cargamento ilícito en sus mulas.

VRATH CAMINABA JUNTO a una mujer Twi’lek que llevaba una pequeña bolsa de viaje. Él se quedó cerca de ella y dejó que su lenguaje corporal sugiriera que estaban juntos. Cuando escuchó las palabras de Zeerid a través de su implante auditivo, se maldijo a sí mismo por perderse lo obvio: el droide de mantenimiento había sido modificado con programación furtiva para cargar la ingespecia.

Vrath no tenía el poder de fuego en sus manos para destruir la nave de Zeerid, así que tenía que hacer las cosas de la forma difícil.

—El cargamento está en la nave del objetivo y el objetivo no va a subir a bordo —dijo él, sus palabras lo suficientemente altas para que la Twi'lek le mirara con recelo y se apartara.

—Keene —dijo él al conductor del speeder que había estacionado fuera—. Prepárate para una evacuación en la plataforma de aterrizaje del objetivo.

Vrath sacó su bláster y se empujó a través de la multitud.

—¡Todo el mundo al suelo!

EL HOMBRE MIRANDO a la ventana de transpariacero se giró mientras el hombre en el banco ponía a un lado su ordenador y se ponía en pie.

—Ahí vienen —dijo Zeerid.

Aryn dejó que su mano cayera a la empuñadura de su sable de luz.

—Los veo.

Zeerid miró atrás y vio a los dos hombres que le habían seguido fuera del casino moviéndose al trote, entonces corriendo, a través de la multitud. Ambos alcanzaron a sus espaldas en busca de sus armas.

Un tercer hombre que Zeerid no había visto antes, pero que le parecía vagamente familiar, gritó que todo el mundo se lanzara al suelo y disparó un tiro de bláster al alto techo.

El pánico agarró a la multitud. Gritos emergieron de todas partes y la gente se hundió en el suelo o se agachó tras bancos y sillas. Las docenas de droides en las inmediaciones pararon en su trabajo y miraron en confusión, sus programaciones les dejaban poco para responder a lo inesperado.

Los dos hombres entre Aryn y Zeerid y la nave tenían blásters en la mano, disparando conforme se aproximaban. El sable de luz de Aryn zumbó avivándose, rotó en un rápido arco ante ellos, y reflejó los disparos hacia el techo y el suelo.

Más gritos. La pestilencia acre de los blásters descargados.

Zeerid sacó su bláster de debajo de su axila e hizo dos disparos a uno de los dos hombres. El impacto hizo volar al hombre de sus pies y dejó una camiseta carbonizada y dos agujeros negros en su pecho.

Zeerid agarró a Aryn y tiró de ella abajo tras el cuerpo con forma de caja de un droide de mantenimiento estacionario mientras el hombre con vida enfrente de ellos devolvía el fuego y los tres hombres acercándose por detrás se abrían. Un disparo rozó la suela de la bota de Zeerid y la dejó humeante y negra. El droide tras el que se respaldaban vibraba bajo el impacto de múltiples disparos.

—No te muevas, droide —dijo Zeerid.

Pero no podría haberse movido aunque hubiera querido. El humo se alzaba desde los agujeros en su cuerpo, y las chispas se disparaban.

—Tenemos que llegar a mi nave —dijo Zeerid.

—Las autoridades estarán en camino…

Zeerid agitó su cabeza.

—Demasiadas preguntas, Aryn. Tengo la ingespecia a bordo. Se apoderarán de la nave y nos arrestarán a ambos. Tenemos que irnos. Ahora.

Los hombres de detrás estaban acercándose, usando bancos, sillas, y los cuerpos de transeúntes y droides para cubrirse conforme acortaban la distancia. Los gritos y chillidos de los civiles hacían difícil pensar.

—Sólo quiero el cargamento —uno de los hombres, el líder aparentemente, gritó sobre el tumulto.

En respuesta, Zeerid se alzó desde detrás del droide y disparó tres tiros rápidos. No le dio a nadie pero llevó a los tres hombres tras ellos al suelo. Él giró frente al hombre que estaba ante ellos justo a tiempo para ver el brillo rojo del disparo de la boca del bláster golpear contra su pecho y mandarle deslizándose tres metros sobre el suelo. El impacto le sacó el aliento de sus pulmones y le dejó jadeando. Humo negro se elevaba en espiral desde el agujero extirpado en su chaleco de armadura.

Había sido disparado antes y mantuvo la cordura, pese al dolor y la dificultad al respirar.

—Me han dado —dijo.

Rodó sobre su estómago y disparó tan rápidamente como pudo apretar el gatillo a los tres hombres tras ellos. Ellos respondieron del mismo modo. Los rayos del bláster hicieron agujeros en el suelo a su alrededor. Trozos de baldosas del suelo volaban en el aire. Apenas podía escuchar otra cosa por encima del sonido del fuego de bláster y los gritos de los civiles.

Un disparo del líder del ataque, el hombre que le parecía tan familiar, cogió el hombro de Zeerid. Una vez más su armadura le salvó de las heridas serias pero el impacto le mandó una descarga de dolor por todo su brazo, dejó su mano muerta, y mandó su bláster patinando por el suelo.

Se detuvo directamente ante una mujer Zeltron que estaba pegada al suelo. Él se encontró con su mirada con ojos como platos y vio el miedo sin sentido. No hizo ningún movimiento hacia el bláster.

Él rodó para cubrirse lejos de la mujer conforme más y más disparos desde los tres hombres le atrapaban. Cerca de él, un civil gemía, presumiblemente golpeado en el fuego cruzado. Una mujer chillaba.

Tenía que aclararse.

Pero antes de que pudiera ponerse en pie Aryn estaba sobre él, su espada un borrón de movimiento que formaba un capullo de luz verde a su alrededor, reflejando los disparos de bláster en todas las direcciones. Ella le agarró bajo su axila y le ayudó a ponerse de pie mientras todavía reflejaba disparos.

—Arriba —dijo ella—. Arriba.

Él todavía no había recuperado el aliento lo suficiente para contestar, pero con su asistencia se puso en pie. Su brazo derecho colgaba de su hombro como un trozo de

carne. Llegando detrás a la pequeña de su espalda, sacó la E-9 que guardaba ahí y la sacó con su mano izquierda.

—La nave —dijo él, todavía luchando por conseguir aire.

Aryn hizo un gesto al tranvía de cargamento cerca de los tres hombres disparándoles desde detrás. Los seis vagones del tranvía corrieron hacia los hombres, propulsados por el poder de Aryn. Se revolvieron a los lados, y Aryn y Zeerid corrieron hacia el Gordo.

El único hombre en pie entre ellos y la nave disparó una vez, dos, y Aryn reflejó ambos disparos. Zeerid elevó el E-9 y disparó. El disparo golpeó al hombre en la frente y él cayó de espaldas, los ojos bien abiertos, sangre acumulándose, muerto.

Conforme se arrojaban a la nave, más disparos de bláster sonaban y la espada de Aryn zumbaba. La energía del arma hacía que el pelo de Zeerid se pusiera de punta.

Ellos saltaron sobre el hombre muerto y a través de las puertas de transpariacero hacia la plataforma de aterrizaje. Las puertas se deslizaron para cerrarse tras ellos, apagando los gritos de los civiles. Zeerid estaba agradecido por eso. Los disparos de bláster golpeaban contra las puertas. El sonido de los speeders, swoops, y otras naves cercanas ponían un tamborileo en el aire.

Los disparos sonaban desde arriba y a la derecha. Un rayo golpeó a Aryn en la pantorrilla y dejaron sus piernas fuera de combate debajo de ella.

Un speeder sin marcar descapotable volaba hacia allí desde la derecha, el piloto, un hombre humano, disparando sobre el lateral.

Zeerid se agachó, una mano en Aryn, conforme él disparaba tres tiros con la E-9, tratando de acertar en uno de los gravipropulsores del speeder pero golpeando sólo al fuselaje de alrededor. Los disparos no hicieron ningún daño, así que apuntó a la cabina de mandos. Tratando de evitar el fuego de Zeerid, el piloto lo sobrecompensó y el speeder se giró bastante a la derecha. Mientras el piloto luchaba para recuperar el control, Zeerid agarró a Aryn con su brazo bueno y tiró de ella para ponerla en pie.

—Estoy bien —dijo ella—. Ve, ve.

Las sirenas gritaban en la distancia, presagiando la llegada de las autoridades portuarias.

Apoyándose cada uno brazo en brazo, cojearon hasta la puerta de entrada y Zeerid introdujo el código. Tras ellos, las puertas a la plataforma de aterrizaje se deslizaron para abrirse. Los disparos sonaban en el casco del Gordo. Zeerid disparó unos pocos rayos a ciegas tras ellos. Aryn reflejó otros dos disparos hacia la mampara.

La puerta de la nave se deslizó para abrirse karkidamente demasiado lentas. Zeerid agarró a Aryn y trepó dentro antes de que la puerta estuviera del todo abierta. Golpeó el botón para cerrarla y la puerta se detuvo y se revirtió.

—Tengo que sacarnos de aquí. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo ella.

La herida en su pantorrilla era fea pero parecía un rasguño. La carne rosa, desnuda de su carne estaba rodeada de líneas negras de piel carbonizada.

Él se arrojó por los pasillos del Gordo hasta que alcanzó la cabina de mandos, se golpeó a sí mismo contra el asiento del piloto, y encendió los motores. Su brazo muerto lo hacía difícil, pero se las manejó. Buscó fuera de la cabina de mandos el speeder, lo vio sobre él.

Lo embestiría si no se apartaba del camino.

Los propulsores se engranaron y el Gordo se alzó de la plataforma. El speeder giró a un lateral. El piloto disparaba salvajemente a la cabina de mandos, pero la cubierta de transpariacero del Gordo abatía los disparos con poco más que una marca.

Zeerid consideró explotar el speeder desde el aire con los cañones de plasma del Gordo, pero los escombros cayendo podrían herir a un inocente.

—Considérate afortunado, compañero.

Cuando estaba a diez metros de altura, ajustó los motores iónicos y el Gordo salió disparado hacia el cielo. Monitoreó los escáneres para asegurarse de que nadie les estaba siguiendo.

Cuando no vio nada, se permitió relajarse. Comprobó su brazo, encontró que no estaba roto, sólo magullado de mala manera. El sentido ya estaba empezando a volver a su mano.

Una vez que la nave abordó la atmósfera, le dio al piloto automático y se apresuró a volver a la bodega para comprobar a Aryn.

VRATH ENFUNDÓ su arma todavía caliente mientras veía a la nave de Zeerid elevarse en el cielo nocturno de Vulta. Los motores iónicos de la nave brillaban azules y el carguero aceleraba hacia la oscuridad y se mezclaba con el resto del tráfico de la noche.

Maldijo conforme sondeaba las ruinas de su emboscada: dos de sus hombres muertos, uno herido, las autoridades en camino, y ni se había apoderado ni había destruido la ingespecia.

Los Hutts no estarían contentos.

Cientos de caras les miraban a través de las ventanas de transpariacero del espaciopuerto. Tras las caras, vio droides de seguridad y oficiales de seguridad en sus uniformes azules acelerando por las cintas transportadoras. Alguno de los boquiabiertos se giraba hacia los oficiales, señalaban con sus dedos fuera hacia Vrath y sus hombres. Podía escuchar sirenas en la distancia.

—Tiempo de limpiar, jefe —dijo Deron.

Vrath asintió. Se arrepintió de dejar a sus muertos detrás, pero sus identidades no les dirían nada a las autoridades. Habían sido quirúrgicamente alterados varias veces. Sus identidades reales no serían rastreables para los Hutts.

Keene bajó el speeder a la plataforma de aterrizaje. Vrath, Deron, y Lom saltaron dentro.

—Muévete —dijo Vrath.

Keene elevó el speeder y apretó el acelerador. El viento azotaba sobre ellos. Keene mantuvo al speeder bajo y mezclado con el tráfico en el corazón del Lago Yinta. Vrath mantuvo un ojo tras ellos por si les perseguían pero no vio nada.

—Estamos limpios —dijo él.

Keene deceleró el speeder y cambió la ruta, dirigiéndose a su refugio.

Lom empezó con una avalancha de palabrotas que duró tres minutos. Cuando terminó, Deron dijo:

—Los Hutts no dijeron nada de que los Jedi estarían involucrados.

—No, no lo hicieron —estuvo de acuerdo Vrath, pese a que dudaba que su contacto con los Hutts lo supiera.

—¿Qué hacen los Jedi con un traficante de especia? —preguntó Deron.

Vrath agitó la cabeza, reflexionando. La involucración de los Jedi no tenía sentido, a no ser…

—Quizás los Jedi quieran poner a su agente en Coruscant y están utilizando a un traficante de especia para llevarla allí.

Deron se aclaró la garganta, no parecía impresionado por la explicación.

—¿Así que cómo atravesarán el bloqueo Imperial y llegarán a Coruscant? No puede volar sobre un crucero Imperial.

—No —dijo Vrath, todavía pensando—. No puede. Pero tiene que tener algo en mente. La especia necesita llegar allí y llegar allí rápido.

—Cierto.

Vrath preparó su mente.

—Keene, llévame a la Navaja.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer? —preguntó Deron.

—Voy a volar directamente sobre un crucero Imperial.

—¿Huh?

Vrath no perdió el tiempo dando más explicaciones. Las autoridades deberían estar buscándoles una vez analizaran el video de la batalla en el espaciopuerto. Probablemente El Intercambio ya tenía el vídeo también. Estarían cazando a Vrath y a su equipo igualmente.

—Id a vuestras naves y salid del planeta —dijo Vrath. Su equipo había aterrizado en los arbustos a las afueras del Lago Yinta, y no se habían registrado en el control planetario.

—Nos encontraremos en tres días estándar en el lugar habitual en Ord Mantell.

Podría tener una oportunidad más de detener la ingespecia.

ZEERID ENCONTRÓ A ARYN cojeando a través de los pasillos hacia la cabina de mandos.

—Nos hemos alejado —dijo él—. A salvo, parece. No tengo nada salvo el tráfico normal en los escáneres.

—Bien. ¿Ahora qué?

—Ahora vamos a Coruscant.

Ella dijo:

—¿Cómo atravesaremos el bloqueo Imperial?

—Ah. Bien, eso es complicado. ¿Por qué no te encargas de cuidar esa pierna?

—¿Por qué no te encargas de cuidar ese brazo?

—Necesito mirar cuidadosamente el cargamento. No necesitas venir.

—Creo que no lo haré.

Él asintió.

—El compartimento médico está adelante y a estribor.

Ella sonrió.

—Kolto para tus cortes.

—Kolto para tus cortes —repitió él, una frase de soldado para el cuidado médico en el campo.

—Hay comida en la galería —dijo él—. Barras de proteínas y suplementos de glucosa principalmente. Sírvete tú misma.

—Todavía comes como un soldado.

—Todavía hago un montón de cosas como un soldado.

Sólo que no las cosas más importantes.

Ella se alejó y él se dirigió al muelle de carga, acercándose furtivamente a las cajas como si fueran un animal asustadizo. Eran pequeñas, quizás de un metro de largo, diminutas en comparación a los otros contenedores vacíos. Él no sabía qué había esperado. Algo mayor, suponía. Parecía un gran montón de problemas para unos contenedores tan pequeños. Pasó sus manos sobre ellos y decidió que no quería ver la especia después de todo.

Él se dirigió de vuelta a la cabina de mandos para pilotar su nave. El contacto de Oren ya estaba parpadeando. Él lo golpeó.

—Adelante —dijo él.

—Nuestros hackers tienen el vídeo del espaciopuerto. He visto tu pequeño incidente.

—¿Incidente? Fui disparado. Dos veces.

—El reconocimiento facial del líder aparente del equipo de ataque da la ID de Vrath Xizor. —Se rió entre dientes Oren—. Aparentemente es un profesor de escuela primaria del Núcleo.

—Creo que podemos asumir con seguridad que es falso. ¿Quién es él, Oren?

—Un agente libre, creemos. Probablemente trabaja para los Hutts. No querrían que la ingespecia llegara a Coruscant. Están… en desacuerdo con nuestro comprador.

Los Hutts. Parecía que estaban en todo.

—¿Eso es todo lo que tienes? —le preguntó Zeerid.

—Es todo lo que tengo. ¿Cómo planeas llevar la especia a Coruscant, Zeta?

—No voy a contarte una kriffida cosa, Oren. Tienes una fuga en tu organización. Llegaré allí. Es todo lo que necesitas saber.

Oren se rió entre dientes.

—Adiós, Zeta.

Tras él, Aryn aclaró su garganta. Zeerid no podía forzarse a hacer contacto visual con ella. Empezó a introducir coordenadas en el ordenador de navegación y Aryn se acomodó en el asiento del copiloto. Había pasado mucho tiempo desde que alguien había compartido la cabina de mandos con él. Ella se había vendado la pantorrilla.

—Las vendas se ven bien —dijo él.

—Gracias —ella miró los números en el ordenador de navegación—. Eso no nos va a llevar a Coruscant.

—No —dijo él—. Nos va a llevar al sistema Kravos.

—Es un sistema muerto —dijo ella—. Al borde del espacio Imperial.

Él asintió.

—Convoys de suministros se detienen allí para esquilmar el hidrógeno de los gigantes de gas.

—No lo entiendo. ¿Cuál es el plan para llegar a Coruscant?

—Pensé que tú tenías el plan —dijo él.

—¿Qué?

Él sonrió.

—Era broma.

—No es gracioso. El plan, Zeerid.

Él asintió.

—Es peligroso.

A Aryn no parecía importarle. Ella miró fuera de la cabina de mandos conforme volaban hacia el terciopelo del espacio, esperando a que él explicara. Él lo intentó.

—Voy a montar a caballito al Gordo en una nave Imperial.

—¿Qué significa eso?

—Significa lo que oyes. He escuchado sobre ello en la escuela de vuelo, antes en el servicio.

—¿Has escuchado sobre ello?

Zeerid continuó como si ella no hubiera dicho nada.

—Hace siglos, los contrabandistas solían saltar dentro y fuera del hiperespacio milisegundos después que una nave de la República, digamos una gran nave de suministros, dirigiéndose a Coruscant. El contrabandista sale del hiperespacio y lo desconecta todo salvo los propulsores.

Aryn lo consideró.

—Difícil de detectar en los sensores.

—Correcto, pero sólo si sales en la sombra de la nave de suministros. Y sólo si sales y desconectas inmediatamente.

—Tienes que saber justo dónde van a salir ellos.

—Y ellos lo hacían entonces. Y nosotros lo hacemos ahora.

Zeerid conocía todos los detalles de cada carril hiperespacial en el Núcleo. Si sabía dónde entraban al hiperespacio las naves Imperiales y su destino definitivo, él sabía dónde saldrían.

—¿Entonces qué?

—Entonces te pegas.

Los ojos de Aryn parecían tan abiertos como los de un Rodiano.

—¿Te pegas?

—Un sello electromagnético. Esa parte es fácil de hacer.

—Lo sentirán.

Zeerid asintió.

—Tiene que ser una nave lo suficientemente grande y tienes que pegarte a un muelle de carga o algo parecido. Algo que esté normalmente vacío. Entonces, una vez que atraviesas la atmósfera, desenganchas el sello y flotas en el cielo claro.

Sonaba ridículo cuando lo decía en voz alta. No podía creer que estuviera contemplándolo.

Aryn resopló un suspiro, miró a la cabina de mandos.

—¿Este es tu plan?

—Tal como es. ¿Tienes algo mejor?

—¿Quién lo ha hecho alguna vez?

—Nadie que conozca. Cuando la República supo de ello, ajustaron sus escáneres sensores para buscarlos. Nadie lo ha hecho en siglos.

—Pero el Imperio no sabrá sobre ello.

—Eso espero.

Trató fuertemente de no ver la duda en su expresión. Era un reflejo de la suya.

—Esto es todo lo que tengo, Aryn. Es esto o nada.

Ella miró a la cabina de mandos, el giro de sus pensamientos visible tras el velo verde de sus ojos.

El Gordo casi había alcanzado los pozos de gravedad.

—Todavía puedo dejarte en cualquier sitio —dijo él, esperando que ella no le hiciera hacerlo—. No tienes que dejar que te lleve conmigo.

Ella sonrió.

—Esto es todo lo que tengo, también, Zeta.

—Ya somos dos, entonces.

Ella se rió entre dientes, pero se desvaneció enseguida.

—¿Aryn? ¿Estás bien?

—Siento como si hubiera dejado Alderaan hace toda una vida —dijo ella—. Han pasado horas.

—Pueden pasar un montón de cosas en un puñado de horas —dijo él.

Ella asintió, se apagó.

—¿Aryn?

Ella volvió a él desde donde fuera que hubiera estado.

—Estoy contigo —dijo ella.

—Y creo que puedo ayudar a hacer este trabajo.



VRATH LIBERÓ EL ORDENADOR DE NAVEGACIÓN DE LA NAVAJA, y generó una ruta a Coruscant. Incluso si Zeerid saltaba al hiperespacio inmediatamente —lo cual Vrath dudaba— la nave de entregas Imperial modificada de Vrath todavía alcanzaría al Gordo en Coruscant. Su trabajo requería muchos viajes. La Navaja tenía la mejor hiperconducción que los créditos podían comprar.

Cuando el ordenador de navegación hubo acabado los cálculos, encendió la hiperconducción y la nave fue a toda velocidad a través del hiperespacio. Atenuó la luz de la cabina de mandos y miró un crono montado en la mampara marcando los segundos, los minutos. Tras un corto tiempo, desconectó la hiperconducción y la negrura del espacio normal reemplazó al remolino cerúleo del hiperespacio. En la distancia, el lado diurno de Coruscant brillaba contra la negrura del espacio.

El planeta, enteramente cubierto de duracreto y metal, siempre le recordaba a Vrath a un diente de una rueda gigante, el resorte en espiral de la República. Se preguntaba qué le sucedería a la República ahora que el resorte había sido anulado.

Por un momento, se volvió nostálgico por su tiempo en el Ejército Imperial, cuando había convertido a los soldados de la república en muñecas de trapo sobre trescientos metros. Tenía cincuenta y tres muertes confirmadas antes de ser tirado del servicio y no se arrepentía de ninguna. Había odiado todo sobre el servicio excepto matar y cómo se sentía tras ganar una batalla. Se imaginaba cómo se debía sentir para las fuerzas Imperiales caminar como conquistadores en la superficie de Coruscant, para la fuerza naval adueñarse del espacio alrededor de la joya de la República.

Incluso desde la distancia, Vrath podía ver las flechas plateadas de dos cruceros Imperiales patrullando la negrura alrededor de Coruscant. Una tercera orbitaba una luna. Normalmente una flotilla de satélites se arremolinaban alrededor del planeta también, pero Vrath no vio ninguno. Quizás el Imperio los había destruido como parte de su bloqueo de las comunicaciones forzado al planeta.

Dos de la docena o más de cazas escoltando al crucero más cercano, los nuevos interceptores avanzados Mark VII, se separaban y aceleraban hacia la nave de Vrath. Se aseguró de que su sistema de armas estaba apagado y puso su sistema de comunicaciones en contacto abierto. Casi antes de que levantara la mano del panel de control, la fuerza naval le contactó.

—Navío no identificado —dijo una voz severa que sonaba como cualquier oficial de comunicaciones Imperial que había escuchado durante todo su tiempo en el cuerpo—. Estás en espacio restringido. Apaga tus motores y reflectores por completo y prepárate para ser remolcado. Cualquier desvío de estas instrucciones resultará en tu destrucción inmediata.

Vrath no lo dudaba.

—Mensaje recibido. Cumpliré. —Apagó sus motores y desactivó sus reflectores.

—Necesito hablar con el OAM[4]. Tengo información de interés para el Imperio.

Los cazas agitaron su nave de entregas. Uno de ellos se precipitó alrededor y bajo la Navaja. Conforme se retiraba enfrente de él, activó un remolque electromagnético. Una línea azul brillante formada entre las dos naves, y el Mark VII empezó a tirar de él a través del espacio. El otro caza mantuvo la posición tras la Navaja para que pudiera hacer volar a Vrath del espacio si demostraba que era necesario. Delante, el túnel del muelle de aterrizaje del crucero se aproximaba.

EL CAZA TIRÓ de Vrath a través de la garganta del muelle de aterrizaje del crucero hasta que alcanzaron una plataforma de aterrizaje aislada dónde dos docenas de guardias en armadura completa de batalla gris le esperaban, junto con un oficial naval alto, pelirrojo. Él asintió hacia ellos a través de la cubierta, se desató de la silla, se desarmó de ambos blásters y sus cuchillos, y se dirigió fuera.

Para cuando la rampa de aterrizaje de la Navaja hizo un ruido metálico contra la plataforma metálica del crucero, estaba mirando a los ojos de catorce rifles bláster TH-17.

—Aseguradlo —dijo el oficial naval.

Dos de los guardias en armadura pusieron sus armas al hombro y corrieron hacia él. Él no se resistió mientras uno puso unas ataduras flexibles en sus muñecas y el otro lo palmeaba con la mano.

—Está desarmado —dijo uno, su voz el sonido modulado mecánico del comunicador del casco.

—Buscad en la nave —dijo el oficial naval—. Quiero ver sus registros de vuelo.

—Sí, señor —respondieron los guardias, y siete de ellos subieron a bordo de la nave para buscar.

—No hay nada de interés a bordo —dijo Vrath—. Vengo desde Vulta. Eso es todo lo lejos que llegarán los registros.

El oficial naval sonrió, un gesto apretado, falso, y caminó hacia Vrath. Su uniforme sin arrugar olía a recién limpio. Las pecas en su pálida cara parecían una plaga.

Vrath podía haberlo matado con una patada alta a la tráquea, pero pensó que no sería prudente.

—Soy el Comandante Jard, primer oficial del crucero Imperial Valor. Estás bajo arresto por volar en espacio restringido. Si tu castigo es la ejecución o simple aprisionamiento está enteramente bajo mi criterio y depende de cómo de satisfecho esté con las respuestas que proveas a mis preguntas.

—Lo entiendo.

—¿Cuál es tu nombre? ¿De dónde vienes?

[4] Oficial Al Mando, OIC en el original (Officer In Charge)

Él apenas recordaba el nombre que su madre le había dado. Él le ofreció el que su profesión más recientemente le había dado.

—Vrath Xizor. Como dije, volé aquí directamente desde Vulta.

—¿Qué te ha traído aquí, Vrath Xizor?

—Tengo información de interés para el OAM.

El oficial naval ladeó su cabeza.

—¿Eres militar, Vrath Xizor?

—Antiguo. Departamento especial de la Cuatrocientos Tres. Compañía E.

—¿Un francotirador Imperial?

Vrath estaba impresionado de que Jard conociera la designación de su unidad. Él asintió.

—Bien, Vrath Xizor de la Cuatrocientos Tres, debes decirme tu información.

—Preferiría hablar directamente con el capitán.

—Darth Malgus no…

—¿Darth? ¿El comandante es un Sith?

Jard miró duramente a Vrath.

—Él querrá escuchar lo que tengo que decir —dijo Vrath—. Concierne a los Jedi.

Jard estudió su cara.

—Ponlo en la mazmorra —le dijo a otro soldado de pie detrás de Vrath.

—Si Darth Malgus desea hablar contigo, lo hará. Si no, no lo hará.

—Estás cometiendo un error…

—Cállate —dijo uno de los guardias, y lo abofeteó en la parte trasera de la cabeza.

Tres guardias escoltaron a Vrath fuera del muelle de aterrizaje hacia un ascensor cercano. Vrath no se resistió. Habían pasado años desde que estuvo a bordo de una nave Imperial, y seguían exactamente como él recordaba… antisépticos, máquinas puramente funcionales de matar.

Justo como él.

—Este era un francotirador afiliado a la Cuatrocientos Tres —dijo uno de los guardias a otro.

—O eso dice.

—¿Es verdad? —dijo otro—. He oído cosas sobre esa unidad.

Vrath no dijo nada, simplemente miraba a la hendidura tintada del visor del casco del guardia.

—Algún tipo de superhombres es lo que he oído.

El guardia agarrando su hombro le dio una sacudida.

—Este no lo parece demasiado.

Vrath sólo sonrió. No lo parecía mucho… deliberadamente.

Los soldados le dieron una caminata hasta lo profundo de las entrañas de la nave. Los pasillos pequeños, y el personal de seguridad en uniformes azules empezaba a aparecer en las puertas que respondían sólo a ciertos códigos. Vrath había estado en las mazmorras Imperiales muchas veces, normalmente por insubordinación.

Antes de que alcanzaran el puente, uno de los guardias —aquel con un símbolo de sargento en su placa del hombro— alzó una mano a los otros para que se detuvieran. Inclinó su cabeza a un lado conforme escuchaba algo por el comunicador de su casco. Miró a Vrath conforme escuchaba.

—Confirmado —le dijo a quien fuera con el que estaba hablando. Entonces, a sus hombres—: Darth Malgus le quiere en el puente.

Los tres hombres intercambiaron miradas y revirtieron el curso.

—Tienes suerte, Cuatrocientos Tres —dijo el guardia agarrándole.

Explotando en movimiento, Vrath le dio una patada a la placa del pecho del guardia enfrente de él, mandándole volando hacia el sargento y golpeándoles a ambos duramente contra la pared. Entonces giró tras el tercero mientras escurría sus manos atadas sobre la cabeza del guardia. Maniobró las uniones bajo el anillo del cuello del casco y apretó, no lo suficiente para matar, sólo lo suficiente para aclarar su punto.

El atragantamiento del hombre sonaba alto en el comunicador de su casco. Sus dedos se clavaban en los brazos de Vrath. Él probablemente estaba empezando a ver puntos.

Vrath le liberó y le empujó. El intercambio completo había durado quizás cuatro segundos. Los dos hombres que había golpeado contra la pared tenían sus rifles apuntados a su cabeza.

Vrath alzó sus manos para que lo llevaran.

—No lo parece mucho —dijo él.

EL GORDO SALIÓ del hiperespacio en el sistema Kravos. Zeerid inmediatamente encendió los motores iónicos y voló el carguero hacia la sopa del sistema.

Escombros de un disco de acumulación parcialmente dispersos alrededor de la estrella del sistema llenaban la negrura con gas ionizado y escombros. Alguna suerte de la evolución del sistema solar había resultado en una gigante naranja de gas formándose unos pocos cientos de miles de kilos fuera del borde externo del disco.

Zeerid dirigió al Gordo a través de la espiral, esquivando con destreza asteroides y partículas más pequeñas. Maniobró la nave hasta el final del disco y mantuvo su posición, aunque retaba a su habilidad de pilotaje.

—¿Ahora qué? —preguntó Aryn.

—Esperamos. Y cuando un convoy Imperial que se dirija a Coruscant venga, probamos suerte.

—¿Cómo sabremos si se dirige a Coruscant?

—No lo sabremos, estrictamente hablando. Pero los registros de Navegación Imperiales indican que cuando un convoy se dirige a un mundo ocupado deben tener una escolta de al menos tres fragatas. Si vemos eso, probablemente se dirija a Coruscant.

—¿Y si no vemos eso?

Zeerid prefería no pensar en ello.

—Lo haremos.

—¿Y qué pasa si estás equivocado? ¿Qué pasa si el convoy no se dirige a Coruscant?

—Entonces saltará donde esté saltando y nosotros saltaremos a Coruscant, con el culo al aire y en el rango de una flota Imperial. No eres del tipo modesto, ¿no?

Él trató de expresar con su sonrisa una confianza que no tenía.

Ella sólo agitó su cabeza y miró fuera al gigante de gas.

Esperaron. Un transporte medico llegó y Zeerid lo ignoró. Un solo crucero vino después y todavía esperaron. Tras varias horas, los instrumentos de Zeerid mostraron otra distorsión del hiperespacio.

Apareció un convoy, tres supercargueros de suministros y cuatro fragatas erizando sus armas.

—Ese es nuestro transporte —dijo él—. ¿Estás preparada?

—Estoy preparada —dijo ella.

LAS PUERTAS DEL ASCENSOR SE ABRIERON para revelar un corto pasillo que llevaba a las puertas dobles del Puente del crucero. Un par de soldados armados estaban en pie cerca del ascensor, esperando la llegada de Vrath. Dos más estaban en pie abajo del pasillo ante las puertas del puente.

Los tres guardias que habían escoltado a Vrath al ascensor lo soltaron a aquellos en la sala.

—Es peligroso —dijo el sargento—. Vigiladle.

—Sí, señor —dijeron los dos guardias en el pasillo, sus expresiones ilegibles tras sus cascos. Ellos flanquearon a Vrath pero no lo tocaron conforme lo llevaban al puente. Las puertas dobles se abrieron para revelar la cámara ovalada tenuemente iluminada, de varios niveles del puente del crucero.

Un grupo de oficiales navales —todos humanos— se sentaban en sus puestos, flotando sobre sus pantallas de ordenador. Una enorme pantalla de visión a la izquierda proveía de una vista magnificada de Coruscant y el espacio circundante. El resonar de las bajas conversaciones, cortas y el tamborileo de la electrónica llenaban el aire.

Una silla de comando giratoria se asentaba en el centro del puente en una plataforma elevada. El comandante Jard estaba en pie a su lado, una mano en el reposabrazos, deliberando con el hombre que se sentaba en ella. Jard miró a Vrath y habló con el hombre, quien Vrath asumió que era Darth Malgus. Él activó su implante auditivo para escuchar el intercambio.

—Mi señor —dijo Jard—. El prisionero del que hablé está aquí.

Malgus giró sus ojos a Vrath y cualquier engreimiento que Vrath había sentido por la demostración ante los guardias se hundió bajo el peso de esa mirada. Malgus se alzó y caminó por el puente hacia Vrath. Se quedó en pie a unos dos metros, y la capa negra que llevaba parecía como un pabellón.

Nunca apartó los ojos de la cara de Vrath conforme se aproximaba. Las cicatrices delineaban su cara y una red de venas azules hacían un retal de su coronilla calva. Era tan

pálido que podía haber sido un cadáver, el muerto viviente. El pequeño respirador que llevaba ocultaba su boca y labios. Pero eran sus ojos lo que intimidaban a Vrath. Malgus era todo ojos. La suma de todo él, de su poder, radiaba de su mirada ensangrentada.

Él despachó a los guardias que flanqueaban a Vrath y, con un gesto, usó la Fuerza para abrir las uniones en las muñecas de Vrath. Cayeron al suelo del puente con un ruido sordo.

—Mencionaste a un Jedi al Comandante Jard. —Su voz, profunda y dura, sonaba como piedras rechinando.

—Lo hice… mi señor. —La mera presencia de Malgus tiraba de las últimas palabras hacia fuera de él.

—Explica.

Vrath lo encontró más difícil de lo que podría haber imaginado el componer sus pensamientos.

—Un carguero está en ruta hacia Coruscant. Una Jedi va a bordo.

—¿Sólo una?

—Hasta donde sé sólo una, sí —dijo Vrath, asintiendo—. Una mujer. Humana, mediados los treinta, diría. Pelo largo, marrón claro. Está volando con un hombre llamado Zeerid Korr. Hasta donde yo sé, son la única tripulación.

—¿Cómo sabes que esa mujer es una Jedi?

Vrath estaba empezando a sentir frío. Tenía que trabajar para mantener su voz calmada.

—La vi usando un sable de luz verde. La vi hacer cosas con la Fuerza. —Él alzó sus manos para mostrar a Malgus sus muñecas, todavía rojas por las uniones que Malgus había desbloqueado.

—Cosas como esto.

Malgus se aproximó medio paso más cerca de Vrath y Vrath se sentía decididamente superado.

—Dime entonces, Vrath Xizor, ¿qué más hay a bordo de esa nave y por qué y cuándo viene a Coruscant?

Vrath topó contra las puertas tras él. Consideró mentir pero no pensaba que pudiera decirlo.

—Ingespecia, mi señor. La nave está llevando ingespecia.

Vio que las conexiones estaban hechas, las conclusiones eran esbozadas, y más preguntas formándose en los pozos profundos de los ojos de Malgus.

—¿Este Zeerid Korr es un traficante de especia?

—Lo es.

—¿Por qué un Jedi se asociaría con un traficante de especia, Vrath Xizor?

—Yo… no lo sé, mi señor.

—¿Y tú? —Malgus se aproximó a él, todo ojos oscuros, todo armadura oscura, todo poder oscuro—. ¿Eres un traficante de especia? ¿Un rival en los negocios, quizás?

La mentira salió de su boca antes de que la sabiduría le detuviera.

—No, no, soy un antiguo Imperial. Un francotirador. Sólo estoy… sólo estoy haciendo mi parte por el Imperio, mi señor.

Malgus inhaló profundamente, exhaló, el sonido mecánico cargado de decepción.

—Eres un pobre mentiroso. Eres un traficante de especia rival, o un asesino al servicio de uno de los sindicatos que trafican con especia.

Vrath no trató de negarlo. Se quedó ahí, congelado, inmovilizado por los ojos de Malgus.

—¿Cuándo va a llegar ese carguero? —Preguntó Malgus—. ¿Y cómo planean atravesar el bloqueo?

Vrath encontró que su boca estaba seca. Se aclaró la garganta.

—Están viniendo pronto. Hoy. Deben hacerlo.

—¿Por la ingespecia?

Vrath no podía mirar los ojos de Malgus.

—Sí. No sé cómo intentarán pasar a través, pero sé que lo intentarán.

Malgus le miró por un largo segundo que se sentía como una eternidad para Vrath.

—Te quedarás en el puente, Vrath Xizor. Si este carguero y el Jedi que lleva aparecen, ignoraré tu vuelo ilegal a espacio restringido. Quizás incluso te compensaré por tu servicio. Pero si la nave no se muestra entonces concebiré un… castigo apropiado para un traficante de especia encontrado en espacio restringido. ¿Eso te parece irrazonable?

Vrath se conmovió por su respuesta.

—No, mi señor.

—Excelente.

Malgus le dio la espalda a Vrath y éste sintió como si el aire se hubiera vuelto más fácil de respirar. Malgus cogió asiento en su silla de comando y habló con el Comandante Jard.

—Comandante, intensifica todos los escáneres hasta más aviso. Cualquier lectura inusual debe ser reportada ante mí. Y despacha un escuadrón de cazas para echar un vistazo a todas las naves entrantes.

—La mayoría de la flota de cazas están asignadas a otra tarea, mi señor.

—Usa lanzaderas entonces.

—Sí, mi señor —contestó Jard.

Vrath miró a la pantalla de vistas del crucero, esperando que Zeerid no hubiera cancelado la entrega por alguna razón. O igual de malo, que Zeerid de alguna manera le adelantara a Coruscant y ya se hubiera colado a través del bloqueo.

Nunca se había sentido tan vulnerable.

—TENEMOS QUE SALTAR justo en sus talones, Aryn.

Aryn no se molestó en responder. Se sumergió en la Fuerza, flotó sobre la cálida red de líneas que conectaban todas las cosas, unas con otras. Su consciencia se expandía para verlo y sentirlo todo cerca de ella. Ella se centró en su percepción del paso del tiempo,

primero en cómo se sentía conforme se movía a través de él, entonces al propagarlo, apretarlo, hasta que pudo detenerse en un milisegundo como si fuera un momento, entonces un minuto. Para Zeerid le parecería que ella era un borrón de movimiento, existiendo simultáneamente en múltiples lugares. Para ella, se sentía como si el universo a su alrededor se hubiera estancado. Ella sonrió, viendo los momentos que colgaban ante ella, cada milisegundo un largo momento en el que podía pensar, en el que podía actuar. El esfuerzo le pesaba, y sabía que no podía mantenerlo por mucho tiempo.

—Mira el escáner —dijo Zeerid, sus palabras una vida en el habla.

Ella no miró el escáner. Su cuerpo podía responder más rápido que cualquier máquina. En su lugar miró por la pantalla de vistas. Las naves Imperiales habían acabado su cosecha de hidrógeno y ahora maniobraban en una formación apropiada para un salto al hiperespacio, las naves de suministros con el anillo de escoltas de las fragatas.

Ella se tensó.

—Están en formación —dijo Zeerid. Las ondas de su tensión chocaban contra ella pero ella las apartaba, no les permitía interrumpir su concentración.

Ella miraba, esperaba, esperaba…

Como una, las naves Imperiales empezaron a estrecharse en su percepción. Por un nanosegundo, todas ellas parecían estrecharse hasta el infinito, sus motores traseros a cien mil kilómetros de la proa del Gordo, sus formas alcanzando a lo largo y a través de una distancia incomprensible. Ella sabía que era una ilusión, era un truco de su percepción causada por el momento en que entraban al hiperespacio que parecía estar congelado ante sus ojos.

Ella conectó la hiperconducción del Gordo y la noche negra del espacio se convirtió en azul.

—¡Ahora, Aryn! ¡Ahora! —dijo Zeerid, pero él llegaba bastante demasiado tarde.

Ellos ya se habían ido.

Ella permaneció inmersa en la Fuerza conforme el Gordo surcaba a través del hiperespacio. El habitual remolino exasperante ralentizado a un paso de tortuga de espirales y bucles, el guión del universo escrito a lo largo en letras de azul, turquesa, negro azulado, y lavanda. Ella imaginó que debía haber un significado en las líneas, una revelación importante que estaba ante ella, justo más allá del alcance de su consciencia.

Ella perdió el rastro del lento paso del tiempo. Zeerid le hablaba de vez en cuando pero sus palabras eran reflejadas por su percepción, rebotaban sin su comprensión. En su momento, algo de lo que dijo penetró en su entendimiento.

—Saliendo, Aryn. Prepárate.

Ella miró a Zeerid, moviéndose a cámara lenta, levantando la palanca que encendía la hiperconducción.

Ella se preparó a sí misma, y en el momento en que el azul del hiperespacio empezó a desvanecerse a negro, ella presionó una serie de botones y palancas que desconectaron al Gordo salvo los soportes vitales, propulsores, y la pequeña cantidad de energía que necesitaban para crear un enlace electromagnético.

El azul desapareció a favor del negro azulado del hiperespacio, y ella volvió a la percepción normal.

—Encendiendo propulsores —dijo Zeerid—. Bien hecho, Aryn.

El sudor empapaba sus túnicas, las pegaban a su cuerpo. Ella se sentía como si no hubiera dormido en días.

—Ahora se vuelve divertido —dijo Zeerid.

El carguero trasero del convoy, cinco veces el tamaño del Gordo, volaba ante ellos. Habían saltado afuera en el anillo de fragatas y se habían desconectado tan rápido que las fragatas no habrían percibido su llegada. Estaban directamente bajo uno de los cargueros, un kilómetro bajo su lateral inferior, quizás menos.

En la distancia, la esfera de metal y duracreto de Coruscant flotaba en el espacio. El resto del convoy se desplegaba ante ellos. Los motores iónicos del carguero trasero se encendieron, y empezó a moverse.

—No tan rápido —dijo Zeerid.

Activó los propulsores y el Gordo se tambaleó hacia el carguero hasta que su lateral inferior llenaba su campo de visión. Empezó a alejarse.

Zeerid activó los propulsores otra vez.

—Aquí está —dijo él, acercándose al muelle de carga del carguero. Sus manos volaban sobre el panel de instrumentación, usando un propulsor, luego otro para colocar en ángulo la nave, finalmente dando la vuelta al Gordo de tal forma que su parte plana ventral encarara un punto plano en el carguero Imperial. Conforme se acercaban, Zeerid dio la vuelta a un interruptor, usando la matriz reflectora del Gordo para formar un campo electromagnético. Cortó los propulsores y quedaron en punto muerto.

—Abrazadera —dijo él.

El Gordo se acercó unos pocos cientos de metros más y entonces el campo electromagnético hizo el resto, llevándoles apretados contra la nave Imperial. Aryn apenas sintió un tambaleo.

—Tan suave como un beso —dijo Zeerid, y se acomodó en su asiento. Miró hacia Aryn, toda sonrisa, pareciendo poco sorprendida por su éxito—. Demos una vuelta.

MALGUS SINTIÓ UN DESTELLO de incomodidad, la aguja irritante clavada de un usuario del lado luminoso, el sentimiento raramente familiar a aquel que había sentido cuando había luchado contra el Maestro Zallow en el Templo. El sentimiento duró apenas un instante y desapareció, dejando sólo un fantasma sensorial despierto.

—¿Está usted bien, mi señor? —dijo Jard.

Malgus agitó una mano con desdén. Se sentó en la silla de comando y la pantalla de vistas del Valor mostraba los triángulos plateados y blancos de un convoy Imperial justo saliendo del hiperespacio.

—Amplia el convoy —dijo él, y la imagen se amplió lo suficiente para ver las naves… cargueros en forma de bloque escoltados por las mucho más pequeñas, elegantes fragatas de navegación. No vio nada fuera de lo normal.

Jard monitorizó las transmisiones entrantes y los registros de las naves del atril de comando donde él estaba.

—Todo parece en orden, Darth Malgus.

Malgus examinó los detalles del convoy en sus propias lecturas de comando. Llevaban suministros médicos, partes de repuesto, y un contingente de soldados Imperiales. Todo perfectamente normal.

—Están solicitando instrucciones de aterrizaje, mi señor.

—Proveérselas. Pero haced que las lanzaderas les echen un vistazo.

—Podemos retrasarlos, mi señor. Si cree que algo va mal.

—No. Llevemos esos suministros a tierra para que puedan ser distribuidos.

—Sí, mi señor.

AMBOS ARYN Y ZEERID SE ENCORVABAN en sus asientos y no decían nada, como si su silencio dentro de la cabina de mandos de alguna forma ayudara al Gordo a pasar a través del bloqueo. Zeerid radiaba tanto recelo como nerviosismo. El ángulo al cual el Gordo había conectado con el carguero restringía su campo de visión a setenta u ochenta grados. El sistema se movía hacia dentro y fuera de su vista, una pequeña imagen a cada momento. El convoy estaba en un vector de aproximación y moviéndose a menos de medio. Aryn podía ver el extremo de la cola del lado de estribor de otro carguero a cincuenta kilómetros de distancia.

—¿Puede vernos alguien? —preguntó ella, su voz casi un susurro.

—No a esta distancia —dijo Zeerid—. Parecemos sólo parte de la línea de la nave. Nos aflojaremos durante la entrada a la atmósfera. Sus sensores se apagarán y nos habremos ido antes de que se den cuenta. Creo que vamos a lograrlo, Aryn.

Ella asintió. Pensaba lo mismo, también.

Los segundos pasaban con trabajo, se alargaban en minutos.

—Tenemos que estar acercándonos. —Dijo Zeerid.

El movimiento cerca del extremo de la cola del carguero cercano atraía la mirada de Aryn. Una pequeña nave se movía lentamente alrededor del carguero. Su configuración de tres alas le decía que era una lanzadera Imperial. La miró por un tiempo, despreocupada, hasta que otra surgió a la vista, esta otra patrullando por debajo del carguero.

—¿Qué están haciendo esas lanzaderas? —preguntó ella.

Él frunció el ceño.

—No tengo ni idea.

Ellos observaron a las lanzaderas moverse metódicamente a lo largo de la longitud y amplitud de la sección de la cola del carguero.

—Están comprobando su exterior —dijo Aryn, y sintió elevarse el nivel de recelo de Zeerid conforme él se daba cuenta de lo mismo.

—Quizás sufrió daños en el hiperespacio —dijo Zeerid—. Podría ser que sólo estén comprobando ese.

—Podría ser —dijo Aryn, y sabía que ninguno de ellos lo creía.

Zeerid aclaró su garganta, se frotó la nuca.

—Si somos vistos, o hacemos una carrera hacia la atmósfera y tratamos de perdernos bajo ella, o saltamos al hiperespacio.

—Necesito llegar al planeta.

Zeerid asintió.

—Yo, también. Es unánime entonces. Haremos una carrera.

MALGUS SE SENTÓ EN SU SILLA y miró sus lanzaderas deslizarse alrededor de los cargueros, moscas de la arena para banthas. Ninguno había informado de ver algo inusual.

Uno de los oficiales junior en un escáner llamó al Comandante Jard. Los dos deliberaron brevemente, y Jar volvió a su atril de comando cerca de Malgus.

—¿Qué es? —preguntó Malgus.

—Una lectura anómala del Dromo —dijo Jard—. Una firma magnética inusual.

Malgus vio a Vrath tensarse e inclinarse hacia ellos.

—Contáctalos y mándales las lanzaderas.

—Mi señor, podría ser sólo una disfunción de la maquinaria, ruido de escáner.

Malgus no lo pensaba.

—Hazlo, Comandante.

Jard izó al Dromo en el nave a nave.

—Carguero Dromo, detente por completo de inmediato.

Él cortó la conexión antes de que el capitán del Dromo pudiera protestar, entonces despachó a las lanzaderas.

—Si hay algo ahí —dijo Jard—. Pronto lo sabremos.

ARYN Y ZEERID VIERON primero una, luego otra lanzadera separarse del otro navío y empezar hacia ellos. Zeerid maldijo conforme el carguero empezaba a detenerse.

—¿Estamos parando? —preguntó Aryn.

Zeerid asintió, lamió sus labios.

—Creo que encendemos ahora mismo. No quiero una nave apagada cuando nos avisten.

—Si enciendes los motores, sus escáneres nos detectarán.

—Nos van a ver de todos modos. Esas lanzaderas están viniendo. Encendámosla y hagamos nuestra carrera. ¿Estás preparada?

Aryn vio las lanzaderas acortar el espacio entre ellos. Ella asintió.

—Preparada.

Zeerid apretó los botones y dio la vuelta a los interruptores. El Gordo volvió a la vida.

EL OFICIAL DE COMUNICACIONES GIRÓ en su silla.

—Señor, comunicación asegurada de Darth Angral. ¿Debo hacerla pasar?

—¿Qué han encontrado las lanzaderas? —preguntó Malgus a Jard.

—No están ahí todavía, mi señor.

Vrath giró su cabeza a los lados, como si escuchara mejor de un oído que de otro.

—Las lecturas anómalas acaban de brillar y desvanecerse —dijo el oficial de escáner.

—¿Desvanecidas? —preguntó Jard.

—Estoy recibiendo algo más —dijo el oficial de escáner.

—Darth Malgus —dijo el oficial de comunicaciones—. Darth Angral insiste en que le pase.

—Pásalo —dijo Malgus irritable, y golpeó el botón de comunicaciones. Puso un auricular sin cables en su oído para que las palabras de Angral fueran escuchadas sólo por él.

—¿Qué ocurre, mi señor?

La voz suave de Darth Angral mantenía la conexión.

—Malgus, ¿cómo va la patrulla?

—Estoy en medio de algo, Darth Angral. Le ruego que sea breve.

Antes de que Angral pudiera contestar, el oficial de escáner dijo:

—Motores. Señor, creo que hay una nave ocultándose en la sombra del Dromo.

—¡Eso es! —dijo Vrath—. ¡Son ellos!

—Alerta a las lanzaderas —dijo Jard—. Ahora.

—MOTORES PREPARADOS PARA ENCENDERSE —dijo Zeerid.

Las lanzaderas, quizás a un kilómetro o dos de distancia, o les habían avistado o les habían hablado de la presencia del Gordo. Una se desplegó a la izquierda, la otra a la derecha. Los propulsores del Gordo presionaron fuera del carguero. Zeerid conectó la conducción iónica y el Gordo gritó a través del espacio entre las dos lanzaderas. Aceleró los motores del carguero al máximo y se dirigió derecho al siguiente carguero más cercano.

Aryn había volado con Zeerid muchas veces pero había olvidado el volador instintivo que era. Parecía consultar sus instrumentos sólo raras veces, confiando en su lugar en la intuición, experiencia, y sus propios reflejos.

Un poco como pilotar con la Fuerza sin la Fuerza, suponía ella.

El Gordo rodó en espiral conforme se acercaba al carguero más cercano y se desplegaba por su exterior.

—Dame un abrazo —murmuró Zeerid.

Aryn agarró los reposabrazos de su silla, esperando que las líneas rojas de los cañones de plasma de las fragatas iluminaran el cielo en cualquier momento, pero no llegó ningún fuego. Ella comprobó el escáner. No había cazas todavía, tampoco.

—¿A qué están esperando? —dijo ella.

Zeerid hizo correr al Gordo por la mampara del carguero, lo suficientemente cerca para que Aryn sintiera como si pudiera haberla alcanzado y tocarla. Imaginaba a la tripulación del carguero agachándose conforme el Gordo les hacía vibrar.

—Demasiado tráfico y estamos demasiado cerca —dijo él, llevando al Gordo sobre y pasando el puente del carguero—. No quieren golpear sus propias naves.

LA VOZ DE JARD ESTABA TENSA de desesperación.

—Es un carguero XS Coreliano, mi señor.

Vrath asentía y señalaba a la pantalla de vistas.

—Ese es del que os he hablado, Darth Malgus. ¡Derribadle!

Malgus usó una explosión de poder para lanzar a Vrath contra el muro lejano.

—Cállate la boca —le dijo Malgus.

—¿Me estás hablando a mí? —preguntó Angral en su auricular.

Malgus se había olvidado de Angral.

—Por supuesto que no, mi señor. Deme un momento, por favor.

Él silenció el auricular y miró a la pantalla de vistas. No podía derribar al carguero en medio del convoy. Los armamentos del Valor podían golpear inadvertidamente a una nave Imperial. Las fragatas estarían en la misma situación. Su formación estaba designada para impedir ataques del exterior del convoy, no ataques desde dentro.

—Mantén la nave en pantalla. Persíguela por completo y ordena al resto del convoy que despejen.

—Sí, mi señor —dijo Jard, y lo hizo ocurrir.

Los motores del Valor se encendieron al máximo y el crucero se tambaleó tras el carguero.

Vrath saltó sobre sus pies, favoreciendo su lado.

Las posibilidades surgían en la mente de Malgus. Con un Jedi a bordo, derribar el carguero podía debilitar las negociaciones de paz. Por supuesto, el mero hecho de que un Jedi estuviera llegando a Coruscant se podía decir que debilitaba ya de por sí el proceso de paz.

Malgus miró a la pantalla de vistas, vio el crucero ganar terreno al carguero. En unos momentos tendría un campo de fuego despejado.

El Imperio necesitaba la guerra para prosperar. Él sabía eso.

Él necesitaba la guerra para prosperar. Él sabía eso, también.

Él tenía en su poder, posiblemente, reiniciar la guerra.

Vio Coruscant en la pantalla de vistas más allá del carguero y la imaginó en llamas.

La luz deslumbrante en su consola le recordó que Darth Angral estaba esperando.

—Contacta al carguero —dijo él.

Jard parecía confuso.

—Dudo que contesten.

—Inténtalo, Comandante.

ARYN NO NECESITABA consultar su monitor de escáner para saber que las naves del convoy se estaban desplegando para darle al crucero y a las fragatas un campo de fuego despejado. Zeerid no dijo nada, meramente sujetó la palanca, trabajó en el panel de instrumentación, y ocasionalmente consultaba las lecturas del escáner. El Gordo se ladeó fuerte a la derecha, saltó desde el carguero cercano, y cubrió el corto abismo de espacio vacío entre él y el siguiente. Zeerid estaba dando brincos a lo largo del convoy, todo el rato intentando llevar al Gordo cerca del planeta.

Pero el convoy estaba empezando a dividirse. Los cargueros y las fragatas aceleraban alejándose los unos de los otros. Y sobre ellos todos se acercaban a la enorme mole del crucero Imperial, esperando su oportunidad.

—Me estoy quedando sin naves, Aryn. Tenemos que hacer una carrera hacia la atmósfera.

Ante ellos, el orbe brillante de la cara nocturna de Coruscant colgaba en la noche profunda del espacio. El sol emergía sobre el planeta, y la línea del horizonte de Coruscant brillaba como si estuviera en llamas.

—Hazlo —dijo ella—. No, espera. Nos están contactando. Holo.

—¿Bromeas?

Aryn agitó su cabeza y Zeerid activó el pequeño transmisor acoplado en su panel de instrumentaciones.

Un holograma de un puente Imperial tomó forma. La tripulación se sentaba en sus posiciones, sus imágenes claras en la resolución del holo. Dos hombres humanos estaban de pie en primer plano, uno, un pelirrojo delgado en el uniforme de un oficial naval, otro, una figura elevada, corpulenta de un hombre que llevaba una capa negra pesada y cuyos ojos parecían brillar en la luz de la instrumentación del puente. Los ojos estudiaban a Zeerid con tal intensidad que le hacían sentirse incómodo incluso a través del holo. Un respirador anclado a la cara del hombre, cubriendo su boca. Su piel pálida parecía tan gris como la de un cadáver.

—Desconectad por completo —dijo el hombre alto, su voz tan cruda como una herida abierta—. Tenéis cinco segundos.

Aryn se inclinó para acercarse para ver el holograma mejor. Los ojos del hombre se movían de Zeerid a ella e incluso en la distancia él sentía su poder. Ella le reconoció. Había luchado en la Batalla de Alderaan.

—Es un Sith —dijo Aryn—. Darth Malgus.

El movimiento detrás de Malgus atrajo la mirada de Aryn, un tercer hombre, bajo, brazos cruzados en su pecho. Ella y Zeerid casi se golpearon la cabeza conforme miraban al holo. Aryn le reconoció. Igual que lo hizo Zeerid, al parecer.

—Ese es el hombre que nos emboscó en el espaciopuerto —dijo Zeerid—. Vrath Xizor.

Él les ha alertado de que veníamos.

Zeerid miró al holo y luego se inclinó hacia atrás, ojos bien abiertos.

—Stang, Aryn. Ese es el mismo hombre que vi en el Parque Karson en Vulta.

—¿Dónde?

—Sabe que tengo una hija.

—Tenéis dos segundos —dijo Malgus.

Zeerid golpeó el botón de TRANSMISIÓN.

—Vete al infierno, Sith.

Cortó la transmisión, desató una lluvia de insultos, y puso al Gordo en un giro rápido que mareó a Aryn y haría tan difícil como fuera posible que los ordenadores de objetivo fijaran objetivo en ellos.



MALGUS MIRÓ al holotransmisor, ahora oscuro, con el que se había comunicado con el carguero, el carguero que tenía un Jedi a bordo.

Indeciso, pensó en Eleena, en Lord Adraas, en Angral, en el imperfecto Imperio que estaba tomando forma ante sus ojos y cómo se sentía corto ante el Imperio como debería ser, un Imperio congruente con las necesidades de la Fuerza.

—Ellos despejarán el convoy en breve, Comandante Jard —dijo el Teniente Makk, el oficial de armas del puente.

Malgus miró al carguero bailar entre las naves ahora separándose del convoy, tratando de arrimarse a los navíos que podía conforme saltaba hacia Coruscant.

Pensó que debería derribarlo y esperar que la muerte de un Jedi sobre Coruscant destruyera las conversaciones de paz y reiniciara la guerra.

Debería hacerlo.

Sabía que debía.

—Creo que va a intentar llegar al planeta —dijo Jard—. ¿Por qué no simplemente saltan fuera?

Los miembros de la tripulación del puente agitaron sus cabezas ante la insensatez del piloto. Si fuera listo, habría saltado al hiperespacio y huido.

—Su necesidad de llegar al planeta supera los riesgos de ser derribado —dijo Malgus, intrigado.

—¿Todo esto por especia? —dijo Jard.

—Quizás es la necesidad del Jedi la que les motiva.

—Curioso —observó Jard.

—Estoy de acuerdo —dijo Malgus. Con dificultad, dejó que la curiosidad aplacara la tentación—. Acércate lo suficiente para usar el rayo tractor. Hay más en esto que simple tráfico de especia.

—Sí, mi señor.

Malgus tocó el auricular y reabrió el canal con Darth Angral.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó Angral, su tono perturbado.

Malgus ofreció una medio verdad.

—Un traficante de especia está tratando de atravesar el bloqueo.

—Ah, ya veo. —Angral se detuvo, entonces dijo—. He recibido un comunicado de nuestra delegación en Alderaan.

La mera mención de la delegación le causaba a Malgus un destello de rabia, un destello que casi le hacía reconsiderar su decisión de capturar, más que de destruir, el carguero.

Angral continuó:

—Un miembro de la delegación Jedi ha abandonado Alderaan sin archivar un plan de vuelo y sin informar de sus intenciones a sus superiores. Los Jedi tienen motivos para creer que se esté dirigiendo a Coruscant. Sus actividades no están autorizadas por el Consejo Jedi y ella no debe ser tratada de forma distinta al traficante de especia al que estás persiguiendo ahora.

—¿Ella? —preguntó Malgus, mirando al carguero en la pantalla de vistas, recordando la mujer que había visto en la videopantalla—. ¿Este pícaro Jedi es una mujer?

—Una mujer humana, sí. Aryn Leneer. Sus acciones, las que sean, no están atribuidas al Consejo Jedi ni a la República. El Emperador no quiere que nada afecte a las negociaciones en marcha. ¿Lo entiendes, Darth Malgus?

Malgus lo entendió todo demasiado bien.

—¿La delegación Jedi le habló a Lord Baras de esta pícara Jedi? ¿Sacrificaron a uno de los suyos para asegurarse de que las negociaciones continuaran de forma suave?

—La Maestra Dar'nala en persona, tal y como tengo entendido.

Malgus agitó su cabeza en disgusto. Sentía un toque de simpatía por Aryn Leneer. Como él, había sido traicionada por aquellos en los que creía y servía. Por supuesto, en lo que ella creía y servía era herético.

—Si esta Jedi intenta alcanzar Coruscant y cae en tus manos, vas a destruirla. ¿Estoy siendo claro, Darth Malgus?

—Sí, mi señor.

El carguero se liberó del convoy hacia el espacio abierto y voló en un camino evasivo hacia Coruscant. Quizás el piloto pensaba escapar en la atmósfera del planeta.

—Conectad el rayo tractor —dijo el Comandante Jard, y Malgus no contradijo la orden.

Cortó la conexión con Angral.

Había desobedecido una orden, dado el primer paso por un camino que nunca había tomado. Todavía no estaba seguro de por qué.

NO HABÍA NADA ENTRE el Gordo y Coruscant salvo espacio abierto, y eso significaba que el fuego estaría llegando. Aryn vio la distancia a la atmósfera del planeta reducirse en su escáner. Se sentó encorvada, agarrada contra el fuego de plasma que sabía que pronto llegaría. Pensó que lo lograrían hasta que el Gordo se tambaleó y perdió la mitad de su velocidad, tirando a Aryn y Zeerid de sus asientos.

—¿Qué es eso? —dijo Aryn, comprobando el panel de instrumentos.

—Rayo tractor —dijo Zeerid, y bajó con fuerza la palanca. El Gordo se hundió, su morro encarando al planeta, y Aryn podía ver el lado nocturno de Coruscant, las líneas de luz de los paisajes urbanos como letras brillantes en la superficie oscura.

La nave no estaba acelerando. Las alarmas gemían y los motores del Gordo gritaban, luchando contra el rayo tractor pero perdiendo decisivamente.

El crucero empezó a atraerles.

Maldiciendo, Zeerid apagó los motores y el movimiento inverso del Gordo aumentó considerablemente. A través de la parte superior, Aryn vio las estrellas distantes moverse a través de ellos a la inversa. Ella imaginó el muelle de aterrizaje del crucero abriéndose conforme se aproximaban, una boca que les masticaría.

Ella aclaró su mente, pensó en el Maestro Zallow, y se preparó para encarar al Lord Sith y a cualquier otra cosa que debiera encontrar en el crucero. Ella alcanzó su bolsillo, pasó sus dedos sobre la única piedra que había traído de Alderaan, la piedra del brazalete de calma Nautolano que el Maestro Zallow le había dado. El frío toque, suave de ella le ayudó a aclarar su mente.

—Lo siento, Zeerid —dijo ella.

—Iba a venir de todas formas, Aryn. Y tú no me has cogido. Yo te he cogido. Y de todas formas no lo sientas todavía. —Sus manos volaban sobre el panel de instrumentos—. Ningún rayo tractor Imperial va a sujetar mi nave. Tengo que volver a Vulta y con mi hija.

Ajustó en alto el poder de los motores, aunque no los encendió aún. La nave vibró conforme Zeerid respaldaba el poder y lo mantenía antes de los diversos intercambios, un río de energía reunido bajo un dique.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Aryn, aunque sospechaba que lo sabía.

—Disparando este corcho fuera de la botella —dijo él, y derivó más poder a los motores. Lo hizo como si estuviera agitando una botella de soda—. Átate, Aryn. No sólo el regazo. Los cinco puntos.

Aryn lo hizo.

—Puedes partir la nave en dos —dijo ella.

—O los motores pueden explotar.

Él asintió.

—O puede que nos soltemos. Pero para que eso ocurra, tengo que ponernos en diagonal hasta el tirón en el momento exacto. —Él comprobó el escáner.

—No eres tan grande —dijo él al crucero.

Su tono normal y sus manos calmadas no sorprendieron a Aryn. Él parecía crecerse bajo estrés. Habría sido un decente Jedi, imaginó ella.

Ella comprobó la distancia entre el crucero y el Gordo, la velocidad a la que el rayo tiraba de ellos.

—Tienes cinco segundos —dijo ella.

—Lo sé.

—Cuatro.

—¿Crees que eso ayuda?

—Dos.

Tecleó otra serie de claves y los motores chillaron tan alto que se sobrepusieron a la alarma.

—Un segundo —dijo ella.

En el ojo de su mente, ella imaginaba al Gordo partiéndose en dos, se imaginaba a ella y Zeerid pereciendo en el vacío, su vista moribunda viendo partes del Gordo en llamas como fuegos artificiales conforme encontraban su camino a la atmósfera de Coruscant.

—Y… ¡Allá vamos! —dijo Zeerid.

Él giró la palanca a la izquierda en el mismo momento que soltaba toda la energía reprimida hacia los motores.

La velocidad repentina contrarrestó el movimiento hacia atrás de la nave y el Gordo se opuso como un rancor enfadado. El metal crujió, gritó bajo el estrés. En alguna parte profunda en la nave, algo ardía con un siseo.

Por una fracción de segundo la nave colgó en el espacio, perfectamente en calma, los motores gimiendo, su motor en guerra con el tirón del rayo tractor. Y entonces el Gordo se soltó y se liberó. La aceleración repentina presionó a Aryn y Zeerid contra el respaldo de sus asientos.

Las alarmas de incendios sonaban. Aryn comprobó el tablón.

—Fuego en el compartimento de motores, Zeerid.

Él estaba hablando consigo mismo bajo su aliento, agarrando la palanca, mirando el escáner, y no la habría escuchado.

—Está detrás de nosotros —dijo Zeerid.

—Entra en la atmósfera —dijo ella—. Ese crucero no tiene maniobrabilidad fuera del vacío. Podemos salirnos del camino en alguna parte, perdernos en el tráfico aéreo antes de que puedan despachar un caza.

—Cierto —dijo él, y bajó de golpe la palanca.

El Gordo enterró su morro y Coruscant, una vez más, surgió a la vista, seductoramente cerca.

El humo flotaba dentro de la cabina de mandos desde la parte posterior, el olor de la electrónica chamuscada.

—¡Aryn!

—Estoy en ello —dijo ella, y empezó a desatarse.

—Los extintores químicos están anclados a la pared en cada pasillo.

EN LA PANTALLA PRINCIPAL, Malgus vio los motores del carguero estallar en azul. La nave se soltaba agitándose en el morro del rayo tractor y se hundía hacia el planeta como un disparo bláster. Un murmullo atravesó la tripulación del puente.

—Perseguidles, timón —dijo el Comandante Jard.

El timonel encendió los motores y aceleró tras el carguero.

—El tractor ha fallado, mi señor —dijo el Comandante Jard a Malgus, comprobando las lecturas de comando—. Los volveremos a tener en momentos.

Malgus vio al carguero abrir cierta distancia entre él y el crucero, y recompuso su mente. Había cruzado una línea y empezado a descender por un camino cuando, en

primer lugar, encendió el rayo tractor. Pero el tiempo aún no era el apropiado para descender aún más por ese camino. No podía permitirse dejar a la Jedi, Aryn Leneer, llegar a Coruscant, menos si Angral empezaba a percibir motivos en Malgus que Malgus todavía no reconocía.

—No —dijo él—. Estarán en la atmósfera en unos momentos. Derribadlos.

—Muy bien, mi señor. —Jard miró al oficial de armas—. Liberad las armas, Teniente Makk. —Jard miró a Malgus—. ¿Debo alertar a los cazas planetarios, mi señor?

—Eso no será necesario, en el caso que el Teniente Makk haga su trabajo.

—Muy bien, mi señor.

Líneas rojas de los cañones de plasma del Valor llenaban el espacio entre la nave, el fuego tan espeso que las líneas parecían sangrar juntas en un plano rojo.

ARYN FUE A MEDIO CAMINO de su asiento cuando una explosión balanceó la nave. El Gordo se tambaleó y Aryn cayó al suelo.

—Vuelve a tu asiento —dijo Zeerid—. Las armas están calientes en ese crucero.

Aryn trepó a su asiento y se puso el cinturón en el regazo. En el momento en que la hebilla se enganchó en su sitio, Zeerid comenzó la evasiva. Coruscant giraba en la pantalla de vistas conforme el Gordo giraba, rodaba, y se hundía. Las líneas rojas del fuego de plasma iluminaban la negrura del espacio. Zeerid giro fuerte a la derecha, abajo, entonces a la izquierda.

La nave acuchilló en la atmósfera.

—Derívalo todo salvo los motores y los soportes vitales hacia los reflectores traseros.

Aryn trabajó en el panel de instrumentos, haciendo lo que Zeerid ordenaba.

Otra explosión hizo tambalearse la nave.

—Los reflectores no van a soportar otro más —dijo ella.

Zeerid asintió. Las llamas naranjas de la entrada atmosférica eran visibles a través de la cubierta. Los rayos de plasma acuchillaban sobre ellos, por debajo, a la izquierda. Zeerid cortó con el Gordo a la derecha conforme descendían, arriesgando una mala entrada que podía hacerlos arder.

El humo en la cabina de mandos se engrosaba.

—¿Máscaras? —preguntó Aryn, tosiendo.

—Aquí —respondió Zeerid, señalando con la cabeza a un compartimento de la nave bajo sus asientos. Aryn lo abrió, sacó dos máscaras, lanzó una a Zeerid, y se puso la otra.

—Ten la palanca —dijo Zeerid mientras se ponía su máscara.

Aryn agarró la palanca del copiloto y continuó la espiral descendiente del Gordo hacia Coruscant.

El fuego del crucero golpeó la nave a estribor y causó que el carguero girara salvajemente. Aryn se sintió mareada, enferma.

—Cojo la palanca —dijo Zeerid, su voz amortiguada por la máscara. Tenía el giro bajo control y llevó al Gordo casi verticalmente hacia la atmósfera. La cabina de mandos

se calentaba. Las llamas envolvían la nave. Debían parecer como un cometa cortando a través del cielo.

—Demasiado inclinado —dijo Aryn.

—Lo sé —dijo Zeerid—. Pero tenemos que entrar.

El fuego constante del crucero golpeó al carguero otra vez, el impacto hundiéndoles a través de la estratosfera. Las llamas disminuyeron, se desvanecieron, y Coruscant estaba otra vez más a la vista bajo ellos.

—Estamos atravesando —dijo Aryn.

Sin advertencia, los motores se apagaron y el Gordo cojeó en el aire, girando, cayendo, pero sin energía.

Zeerid maldijo, golpeó su mano contra el panel de instrumentos, tratando frenéticamente de reencenderlos, pero fue inútil.

—Todavía pueden golpearnos aquí —dijo él, y desabrochó sus cinturones—. No tengo nada salvo los propulsores. Ve a la vaina de escape.

—El cargamento, Zeerid.

Él vaciló, finalmente agitó su cabeza y desabrochó sus cinturones.

—Olvídate del cargamento. Muévete.

Ella se puso en pie y otro rayo golpeó al Gordo. Una explosión balanceó la parte trasera de la nave. Otra. Estaban descendiendo. Las alarmas gemían. La nave estaba ardiendo, cayendo a través del cielo. Zeerid golpeó el panel de control para encender los propulsores y mantener la nave en el aire.

De momento, al menos.

—ESTÁN MUERTOS EN EL AIRE —anunció el Teniente Makk—. Derivando a los propulsores.

El comandante Jard miró a Malgus a espera de la orden de matar. Vrath, también, miraba con interés.

El carguero colgaba hacia abajo sobre la atmósfera de Coruscant. Cojeaba con los propulsores, dejando un rastro de llamas de sus motores iónicos muertos. Podían amarrarlos de nuevo con el tractor.

—Derribadlos —ordenó Malgus.

Por el rabillo del ojo, vio a Vrath sonreír y cruzar sus brazos sobre su pecho.

EXPLOSIONES EN LA PARTE TRASERA del gordo empezaron a surgir, las explosiones secundarias hallando un camino hacia delante en una serie de explosiones leves. Nunca llegarían a la vaina de escape.

Aryn activó su sable de luz.

—Agárrate a algo.

—¿Qué estás haciendo?

—Sacarnos de aquí.

—¿Qué?

Ella no se molestó en dar explicaciones. Fortaleciéndose y agarrando el cinturón de su asiento, clavó su espada a través del transpariacero de la cubierta de la cabina de mandos y abrió una raja. El oxígeno salió de la cabina de mandos mientras se igualaba la presión. Sus máscaras les permitían respirar, pese a la escasa atmósfera. El frío paralizó a Aryn.

Usó su espada para cortar una puerta fuera de la cubierta. El aire escaso les azotaba, silbando.

—¡Estamos a cincuenta kilómetros de altura, Aryn! —dijo Zeerid, su voz alzándose por primera vez—. Tan solo la velocidad…

Ella le agarró por el brazo y le agitó para callarle.

—No te sueltes de mi pase lo que pase. ¿Lo entiendes? Pase lo que pase.

Sus ojos se abrieron tras las lentes de su máscara. Él asintió.

Ella no dudó. Se hundió en la Fuerza, los envolvió en una vaina protectora, y saltó fuera de la nave hacia el aire abierto.

El viento y la velocidad les empujaban hacia atrás. Golpearon el fuselaje de la nave y azotaron a través de las llamas que salían de sus lados. A casi el mismo tiempo, el fuego de plasma del crucero sobre ellos golpeaba al Gordo dorsalmente y la nave explotó en una bola de llamas expansiva. La onda de la explosión les mandó precipitándose alocadamente a través del cielo y los puso en un giro como un molinete. Por un momento alarmante, la visión de Aryn se nubló y ella temió perder la consciencia, pero se mantenía alerta con ambas manos y luchó contra ello.

Zeerid estaba gritando pero Aryn no podía averiguarlo.

Su estómago trepó hasta su garganta conforme ellos caían en picado, girando salvajemente, hacia el planeta de abajo. Su perspectiva alternaba alocadamente desde las partes en llamas del Gordo, hasta Coruscant abajo, hasta el cielo arriba y la silueta distante del crucero Imperial, hasta el Gordo de nuevo. El movimiento estaba llevándose la sangre de su cabeza. Chispas brillaban ante sus ojos. Tenía que detener el giro o ella perdería el conocimiento.

Ella atornilló su agarre alrededor de Zeerid y usó la Fuerza primero para frenarse, luego para detener el giro. Ellos acabaron mano a mano, pasando a través de las nubes, cayendo a velocidad terminal hacia la superficie de Coruscant.

MALGUS VIO al carguero desintegrarse en escombros en llamas sobre Coruscant. Esperaba que el toque débil de la señal de la Fuerza de la Jedi se desintegrara con él, pero la sentía todavía.

—Amplía —dijo él, inclinándose adelante en la silla de comando. La imagen en la pantalla de vistas se ampliaba.

Trozos de acero escarpado y una gran porción de la sección delantera de la nave ardían en su camino hacia la superficie.

—¿Salió una vaina de escape antes de que la nave explotara?

—No, mi señor —dijo Jard—. No hubo supervivientes.

Pero los había habido. La Jedi, por lo menos, había sobrevivido. Todavía podía sentir su presencia, aunque se estaba desvaneciendo en la distancia, una astilla en la piel de su percepción.

Consideró mandar cazas, un equipo de búsqueda, pero decidió no hacerlo. Todavía no estaba seguro de lo que haría con la Jedi, pero lo que fuera, tendría que hacerlo él mismo.

—Muy bien, Comandante Jard. Bien hecho, Teniente Makk. —Se giró hacia Vrath—. Has acabado aquí, Vrath Xizor.

Vrath se elevó sobre sus pies, tragó, aclaró su garganta.

—¿Mencionó la posibilidad de un pago, mi señor?

Malgus reconoció su valentía, pero nada más. Malgus se elevó y caminó hacia él. Él estaba en pie veinte centímetros más alto que Vrath pero el hombre más pequeño se mantenía sobre el suelo y mantuvo la mayor parte del miedo lejos de las hendiduras de sus ojos.

—¿No es suficiente que hayas matado a un rival y destruido la ingespecia que tu empleador deseaba prevenir que llegara a la superficie?

—Yo no…

Malgus alzó una mano enguantada.

—Las insignificantes riñas de criminales tienen poco interés para mí.

Vrath lamió sus labios, se puso recto.

—Le he traído a una Jedi, mi señor. Era ella en el holo.

—Eso hiciste.

—¿Seré… pagado, entonces?

Malgus le observó con sangre fría, y el pequeño hombre parecía retirarse hacia él mismo. El miedo en sus ojos se expandía, al saber que era una presa animal solitaria rodeada por depredadores.

—Soy un hombre de palabra —dijo Malgus—. Serás pagado.

Vrath dejó salir un largo suspiro.

—Gracias, mi señor.

—Deberías llevar tu nave al planeta. Las coordenadas se te proveerán y organizaré el pago allí.

—¿Y entonces me podré marchar?

Malgus sonrió bajo su respirador.

—Esa es otra cuestión.

Vrath dio medio paso atrás. Miraba como si hubiera sido abofeteado.

—¿Qué quiere decir eso? ¿No… me estará permitido marcharme?

—Ninguna nave no autorizada debe dejar Coruscant en este momento. Te quedarás en el planeta hasta que las cosas cambien.

—Pero, mi señor…

—O puedo volar tu nave en el espacio en el momento en que abandones mi muelle de aterrizaje —dijo Malgus.

Vrath tragó con fuerza.

—Gracias, mi señor.

Malgus le despidió con la mano. La seguridad le escoltó fuera del puente.

DESPUÉS DEL CAOS DE LA CABINA DE MANDOS, la tranquilidad de la caída parecía raramente incongruente. Aryn sólo escuchaba la velocidad del viento, el golpe regular de sus latidos en sus oídos. El miedo de Zeerid era una cosa tangible para ella, y calló con ellos.

Ella se sintió libre, entusiasmada, y el sentimiento la sorprendió. Al este la superficie de Coruscant se curvaba lejos de ellos y el sol de la mañana emergía sobre la línea del horizonte, bañando al planeta de dorado. La vista le quitó el aliento. Ella agitó el brazo de Zeerid y señaló con la cabeza al sol naciente. Él no respondió. Sus ojos miraban justo abajo, hierro para el imán de la superficie del planeta. Aryn se permitió a sí misma disfrutar las vistas por unos segundos antes de tratar de salvar sus vidas.

El arrastre aumentaba conforme el aire escaso de la atmósfera superior daba paso al aire más abundante, respirable de la inferior. Bajo ellos, Coruscant se transformaba desde una bola de entramado marrón y negro con espirales de luz aparentemente aleatorias, hasta una geometría distinguible de ciudades bien iluminadas, carreteras, rutas aéreas, cuadrantes, y bloques. Ella podía discernir diminutas formas negras moviéndose sobre el paisaje urbano, las antenas de los coches aéreos, speeders, y swoops, pero muchos menos de los normales. Columnas de humo trazaban líneas negras arremolinadas en el aire. Grandes áreas de la Ciudad Galáctica estaban en ruinas, lesiones negras sobre la piel del planeta.

El Imperio debía haber matado decenas de miles. Quizás, más.

El viento cambió la pendiente, silbaba a través de sus oídos. Ella imaginaba que oía susurros en él, el alma del planeta compartiendo su dolor. Sus ropas ondeaban audiblemente tras ella.

Debajo, ella podía distinguir más y más detalles de los niveles superiores de Coruscant: las líneas de los rascacielos, la geometría de las plazas y parques, las líneas ordenadas, rectas de las carreteras.

Se permitió sentir el descenso y usó el sentimiento para caer en la Fuerza. Se anidó en su poder, se armó de valor con su fuerza. Tiró de Zeerid hacia ella. Sin resistirse, él se sentía tan débil como una muñeca de trapo en sus manos. Ella le atrajo hacia ella, bajo ella, enrolló sus brazos y sus piernas a su alrededor.

—Prepárate —le gritó al oído—. Asiente si lo entiendes.

Su cabeza se movió una vez, tensa y rápida.

Los edificios abajo se hacían grandes, más definidos. Ellos descendieron hacia una gran plaza, un edificio trapezoide de duracreto con rascaestratosferas ancladas en cada esquina.

—Nos frenaré —ella gritó—. Pero todavía nos golpearemos con fuerza. Te soltaré antes de que nos golpeemos. Intenta rodar en el impacto.

Él asintió de nuevo.

Ella bajó su cabeza, puso en ángulo su cuerpo, y trató de usar la resistencia del viento para crear algo de movimiento leve hacia adelante, en lugar de solamente hacia abajo. El suelo corría hacia arriba para encontrarles.

Ellos pasaron a través del anillo de rascacielos, cayendo en picado entre los tejados, ventanas, balcones. Dada la hora, ella dudaba que alguien hubiera visto su descenso.

Ella alcanzó la fuerza, canalizó el poder en una vasta columna bajo ellos. Conceptualizó el poder como algo similar a lo que usaría cuando aumentaba un salto, excepto que en lugar de una avalancha repentina de poder para llevarla arriba, usó el poder de un modo más sutil, pasivo. Lo imaginó como un globo, blando y flexible al principio, pero proveyendo un aumento de resistencia conforme caían más sobre él.

Ellos frenaron y Zeerid se deslizó de su agarre. Quizás él no lo creía.

La presión se construyó tras los ojos de Aryn, un dolor formado en su cabeza.

El globo de su poder los frenó más. Ella podía ver bancos en la plaza, una fuente. Podía distinguir ventanas individuales en los rascacielos de su alrededor. Estaban a quinientos metros arriba y todavía cayendo rápido.

La presión en su cerebro se intensificaba. Su visión se volvía borrosa. El dolor en su cabeza se volvió un cuchillo apuñalando de dolor. Ella gritó pero lo retuvo, lo retuvo.

Cuatrocientos metros. Trescientos.

Frenaron aún más y Aryn temió no poder soportar más.

Doscientos.

Un segundo se estiraba hasta una eternidad de dolor y presión. Pensó que debía arder.

—¡Aguanta, Aryn! —dijo Zeerid, su voz amortiguada por la máscara. Estaba rígido en sus brazos.

Cincuenta metros.

Todavía iban demasiado rápido.

Veinte, diez.

Ella escarbó profundo, tiró de todo el poder que podía, y lo gastó en un disparo final, una expulsión de poder que anuló por completo su descenso por un momento. Colgaron en el aire por una fracción de segundo, suspendidos sólo por el poder invisible de la Fuerza y la habilidad de Aryn para usarlo.

Y entonces cayeron libres.

Soltó a Zeerid y ambos golpearon el suelo con los pies, el shock del impacto mandando sacudidas de dolor sobre los tobillos y caderas. Rodó en el momento de la caída en un ruedo que hizo salir el aire de ella y arrancó una lámina de piel de su cuero cabelludo.

Pero ella estaba viva.

Se alzó a cuatro patas, cada músculo gritando, piernas estremeciéndose, sangre goteando de su cuero cabelludo. Se arrancó la máscara.

—¡Zeerid!

—Estoy bien —contestó él, su voz tan cruda como el cuero antiguo—. No puedo creerlo, pero estoy bien.

Ella se flexionó hacia atrás en el duracreto, rodó sobre su espalda, y miró arriba a la luz del amanecer esparciéndose sobre el cielo. Las nubes largas y finas, pintadas con la luz del amanecer, parecían como venas de oro. Ella simplemente quedó acostada allí, exhausta.

Zeerid gateó hacia ella, maldiciendo con el dolor. Se quitó su máscara y acostó su espalda junto a ella. Ellos miraron al cielo juntos.

—¿Hay algo roto? —ella le preguntó.

Él se giró para mirarle, agitó su cabeza, miró de nuevo al cielo.

—Si salimos de esta, me volveré un granjero en Dantooine. Lo juro.

Ella sonrió.

—No bromeo.

Ella mantuvo su sonrisa; él empezó a reír entre dientes, más fuerte, y la risa entre dientes se convirtió en una carcajada.

Ella no podía evitarlo. Una amplia sonrisa dividía su cara, seguida de una risa entre dientes, y entonces se unió por completo a él, ambos riéndose histéricamente ante el cielo del amanecer de un nuevo día.

LAS MANOS DE VRATH SUDABAN en la palanca de la Navaja. Pese a que Malgus afirmaba ser un hombre de palabra, Vrath sentía la certeza de que el crucero Imperial le dispararía desde el espacio después de que saliera del muelle de aterrizaje. Por un momento consideró virar profundamente al interior del sistema, pero no pensó que pudiera hacerlo.

Más importante, temía que incluso si lo lograba, Malgus le daría caza en principio. Vrath sabía que Malgus lo haría porque Vrath habría hecho lo mismo. Había mirado a los ojos del Lord Sith y había visto la misma implacabilidad que había tratado de cultivar en sí mismo. No enojaría a Malgus.

Dejó que el piloto automático de la nave le llevara a las coordenadas que le habían sido provistas por el Valor hacia la atmósfera de Coruscant. Le harían descender en uno de los espaciopuertos más pequeños de la Ciudad Galáctica, probablemente uno comandado por soldados Imperiales.

Inmediatamente, el espaciopuerto contactó con él y le mandó las instrucciones de aterrizaje. Él las confirmó y se sentó de nuevo en su silla.

Decidió que no dejaría la Navaja una vez que bajara a Coruscant. No quería más interacción con los conquistadores Imperiales. Sólo quería esperar hasta que las negociaciones de paz de Alderaan terminaran, durara lo que durara, y entonces saldría de Coruscant.

MALGUS SABÍA QUE ARYN LENEER había sobrevivido de alguna forma a la destrucción de su nave y sospechaba que había sobrevivido al descenso a la superficie de Coruscant. No quería que Angral supiera de su escape. Eso sería… prematuro.

Necesitaría rastrearla. Para hacerlo, necesitaba determinar por qué había vuelto a Coruscant en primer lugar.

—Estaré en mi cuarto —le dijo al Comandante Jard.

—Si algo requiere su atención, le alertaré de inmediato.

Cuando alcanzó su cuarto, encontró a Eleena durmiendo. Sus blásters, enfundados en sus pistoleras, descansaban en la cama a su lado. Ella dormía con una mano sobre ellos. Él miraba el alzamiento y caída regulares de su pecho, la media sonrisa que tenía incluso mientras dormía. Había perdido el cabestrillo de su brazo.

Mirándola, él supo que se preocupaba por ella. Profundamente.

Y eso, sabía él, era su debilidad.

Él la miró y pensó en la sirviente Twi'lek que había asesinado en su juventud…

Se dio cuenta de que sus puños estaban cerrados.

Agitando su cabeza, cerró la puerta de la habitación en la que dormía Eleena e inició el puerto de ordenador de su escritorio de trabajo. Quería saber más de Aryn Leneer, así que enlazó varias bases de datos Imperiales e introdujo su nombre.

Su foto salió primero. Estudió su imagen, sus ojos. Le recordaba a Eleena. Pero parecía diferente a la mujer que había visto en la videopantalla en el puente del Valor. El cambio era en sus ojos. Se habían vuelto más duros. Algo le había pasado mientras.

Él recorrió el archivo.

Ella era una émpata de la Fuerza, vio. Una huérfana de Balmorra, llevada a la academia Jedi cuando era una niña. Se desplazó por la pantalla más profundamente en su archivo y ahí encontró su motivación.

Una imagen del Maestro Ven Zallow miraba desde la pantalla a Malgus, un fantasma de un día.

Aryn Leneer había sido la Padawan del Maestro Zallow. Zallow le había criado desde la infancia.

Volvió a poner en la pantalla la imagen de Aryn. De nuevo, sus ojos verdes no retenían la astucia, la perspicacia. Podría decir con sólo mirarla que se había dejado demasiado abierta al dolor. Su empatía de la fuerza sólo habría incrementado su sensibilidad.

Él se inclinó atrás en la silla.

Ella había sentido morir a su Maestro, había sentido a Malgus dirigir su espada a través de él.

Eso fue lo que la cambió, la cambió tanto que había abandonado su Orden y corrido a través del espacio hasta Coruscant.

¿Por qué?

Él vio el leve reflejo de su propia cara en la pantalla, superpuesto sobre el de ella. Sus ojos, oscuros y profundamente fijos en los agujeros de sus cavidades. Los ojos de ella, verdes, suaves, y gentiles.

Pero ya no.

Ellos eran lo mismo, se dio cuenta. Ambos habían amado y su amor les había traído dolor. En un destello de entendimiento, sabía por qué había venido a Coruscant.

—Me está buscando —dijo él.

Ella no sabría que le estaba buscando porque no tenía forma de saber quién había asesinado a su Maestro. Pero había venido a Coruscant para averiguarlo, para vengar a Zallow.

¿Dónde iría ella primero?

Creía que lo sabía.

Él inhaló profundamente, golpeó con su dedo en el borde del escritorio.

Ella le estaba cazando. La admiraba por eso. Parecía muy… poco Jedi.

Por supuesto, Malgus no se sentaría en reposo mientras ella le buscaba a él.

Él la cazaría.


DAY TWO



UN ESCUADRÓN DE SEIS CAZAS IMPERIALES, interceptores de alas dobladas, pasaban zumbando por encima, el zumbido de sus motores ahogándose y ahogando la risa de Zeerid y Aryn. Los paneles doblados de las alas de los cazas formaban paréntesis alrededor del fuselaje central.

—Esto no parece bien —dijo Zeerid—. Naves Imperiales sobre Coruscant.

—No —dijo Aryn—. No lo parece.

Zeerid miró más alto en el cielo, tratando de avistar algún signo de su nave destruida. No vio nada. El Gordo le había servido bien y casi les había hecho escapar del crucero.

Él sonrió, pensando que los adictos a la ingespecia de todo Coruscant pronto estarían en abstinencia. Pero después de aquellos pocos días de tortura, se habrían liberado, si ellos lo elegían.

Zeerid sintió un sentimiento peculiar de libertad, también. No había entregado la especia. Eso le placía. En cierto modo, el Imperio le había liberado de su rueda, la había destruido en una llamarada de fuego de plasma.

Por supuesto, El Intercambio trataría de matarle. Él tendría que lidiar con eso.

—¿En qué estás pensando? —dijo Aryn.

—Estoy pensando en Arra —contestó, conforme el peso de su situación sobrequemaba el alivio que sentía por sobrevivir a una caída de cincuenta klicks.

El hombre que había en pie junto al Lord Sith en el puente del crucero era el mismo que Zeerid había visto antes en el Parque Karson en Vulta, el mismo hombre que lideró la emboscada sobre él y Aryn en el espaciopuerto.

Vrath Xizor, le había llamado Oren.

Vrath sabía sobre Arra y Nat.

Y si Vrath decidía por algún motivo compartir esa información con El Intercambio, Oren mandaría más que sólo la muerte de Zeerid. Haría un ejemplo de él y su familia.

Se sentó con un gruñido.

—Tengo que volver a Vulta. Ahora.

Aryn se sentó a su lado. Debía haber sentido el miedo en él.

—¿Por el hombre del crucero?

Zeerid asintió.

—Él sabe sobre Arra.

—No entiendo por qué…

—Nadie en mi… trabajo sabe que tengo una hija, Aryn. La usarían en mi contra si lo supieran. La herirían. Pero ahora él lo sabe. Me vio en el parque con ella. Hablé con él. —Él puso sus manos en su cara.

Aryn puso una mano en su espalda.

—Zeerid …

Él se lo quitó de la cabeza y se puso sobre sus pies.

—Tengo que volver.

—¿Cómo?

Él agitó su cabeza.

—No lo sé, pero voy a ir. Te agradezco que me salvaras. No lo olvidaré, pero…

Ella alzó una mano.

—Espera. Sólo espera. Piénsalo bien, Zeerid. Ellos no van a dejar que se vaya, este hombre que sabe sobre tu hija. Nadie ha salido de Coruscant desde el ataque. Y nadie lo hará hasta que las negociaciones de paz concluyan y la disposición del planeta sea decidida. Ellos lo mantendrán en el crucero o le harán aterrizar en el planeta. Él no va a ir a ninguna parte.

Zeerid consideró las palabras. Tenían sentido. Su corazón continuaba doliendo, pero más lento.

—Él está aquí, crees.

—Posiblemente. Quizás es lo más seguro. Pero no va a volver a Vulta, al menos no aún.

Zeerid sabía que Vrath ya podía haberle dicho a alguien más sobre Arra, pero pensó que era improbable. Nadie daba así la ventaja. Era como ir regalando créditos. No, Vrath se lo había guardado para sí mismo. Quizás para venderlo al Intercambio, quizás para usarlo luego. Pero él no lo había usado aún. Había tenido que llegar a Coruscant desde Vulta demasiado rápido. Debía haber salido inmediatamente después de la emboscada.

—¿Por qué no utilizó a Arra contra ti antes en Vulta? —preguntó Aryn—. Podía haberte forzado a abandonar el cargamento.

Zeerid no lo sabía.

—Quizás lo habría hecho. Quizás era él el que estaba en las escaleras del complejo de apartamentos ayer. Quizás le asustamos. O quizás no tuvo tiempo. Tenía que seguirme para asegurarse de que podía localizar la especia. Si hubiera cogido a Arra, podía haberme perdido, o yo podría haber volado con la especia sin siquiera saber que él la tenía.

Aryn no dijo nada conforme Zeerid dejó que sus pensamientos deambularan en la senda espinosa del submundo criminal.

—Quizás él no haría daño a una niña —dijo Aryn.

—Quizás —dijo Zeerid, pero no lo creía. No se había cruzado con muchos criminales que operaran con ningún tipo de código ético.

—Escucha —dijo Aryn—. Te ayudaré a salir del planeta o encontrarle aquí. Pero primero necesito llegar al Templo.

—Viniste aquí a matar a alguien, Aryn. No puedo malgastar ese tipo de tiempo.

Su cara se sonrojó, y él vio algún tipo de batalla interna en marcha tras sus ojos.

—Puedo sólo identificarle. —Dijo ella como si tratara de convencerse a sí misma—. Puedo encontrar otro momento. Pero debo tener su nombre. Esta es quizás mi única oportunidad. —Ella sopló un suspiro profundo.

—Agradecería tu ayuda.
—No soy muy útil realmente —dijo él.
—Me trajiste aquí.
—Hice que nos hicieran volar en el espacio.
—Y aún así aquí estamos.
—Y aquí estamos.
—Déjame conseguir un nombre y entonces te ayudaré a salir del planeta. ¿De acuerdo?
Él recompuso su mente, asintió.
—Está bien, voy contigo, pero tenemos que hacer esto rápido.

MALGUS ESPERÓ A QUE ELEENA SE LEVANTARA, su mente moviéndose a través de las posibilidades, todavía tratando de cuadrar un círculo. Estaba empezando a pensar que no podía hacerse.
Eleena emergió de la habitación de su cuarto, apenas cubierta con una camiseta ligera y su ropa interior. Como siempre, su belleza le deslumbró, la gracia de su movimiento. Ella sonrió.
—¿Cuánto tiempo he dormido?
—No mucho, dijo él.
Ella sirvió té para ambos y se sentó en el suelo cerca de sus pies.
—Tengo algo que necesito que hagas —dijo él.
—Dilo.
—Cogerás varias lanzaderas hacia Coruscant. Diez miembros de mi equipo de seguridad, soldados Imperiales, te acompañarán.
En su cabeza, ya había escogido a los hombres —el escuadrón de Kerse— hombres en cuya discreción sabía que podía confiar. Él continuó:
—Te daré una lista.
Ella sorbió su té, inclinó su cabeza contra su pantorrilla.
—¿Qué habrá en esta lista?
—Nombres y localizaciones, principalmente. Alguna tecnología y su localización.
Él lo había sacado todo de la base de datos Imperial mientras ella había estado durmiendo.
—¿Qué quieres que haga?
—Encuéntralos a todos y todo lo que puedas de esta lista y tráelo a esta nave.
Ella se sentó recta, mirándole. La pregunta estaba en las piscinas de sus ojos.
—La gente son para hacer prisioneros —dijo él—. La tecnología confiscada como botín de guerra.
La pregunta no abandonaba sus ojos. Ella le dio voz.
—¿Por qué yo, amado? ¿Por qué no tus Sith?
Él recorrió su mano sobre su lekku izquierdo, y ella cerró sus ojos en placer.

—Porque sé que puedo confiar en ti —dijo él—. Pero no estoy del todo seguro en quién más puedo confiar. No hasta que las cosas progresen un poco más.

Ella abrió sus ojos y se alejó de él. La preocupación arrugaba su frente.

—¿Progresen más? ¿Estás en peligro?

—Nada con lo que no pueda lidiar. Pero te necesito para hacer esto.

Ella se inclinó atrás hacia él, su brazo sobre sus piernas.

—Entonces lo haré.

El olor de ella nublaba sus pensamientos y luchó para aclararse.

—No le digas a nadie más sobre esto. Informa sólo como una transferencia de cargamento rutinaria.

—Lo haré. Pero… ¿por qué estás haciendo todo esto?

—Estoy simplemente tomando precauciones. Ve, Eleena.

—¿Ahora?

—Ahora.

Ella se alzó, se inclinó, y besó primero su mejilla izquierda, luego su derecha.

—Te veré pronto. ¿Qué vas a hacer mientras estoy fuera?

Él iba a desobedecer las órdenes de Angral otra vez y volver a Coruscant.

—Voy a ir de caza.

EL OLOR A HUMO y plastoide fundido persistía fuerte en el aire. Aryn y Zeerid cogieron su camino a pie a través de las calles y cintas transportadoras de Coruscant. Aryn era consciente del hecho de que nivel tras nivel del paisaje urbano se extendía hacia las profundidades bajo ella. Ella se dio cuenta de que nunca había puesto una bota en tierra firme en Coruscant. No realmente. En su lugar ella, como tantos otros, simplemente transitó la red de caminos y calles de duracreto del nivel de la superficie, sin percatarse de la mayoría que iban por los niveles inferiores. Había vivido en el planeta por décadas pero no lo conocía bien.

El sol salió hacia el cielo, lentamente, como si no quisiera revelar la ruina. Su ojo cayó en un rascacielos distante, aislado que se inclinaba precipitadamente sobre un lado, el ataque había dañado sus cimientos. Él, como todo en Coruscant, como la totalidad de la República, había sido golpeado de su alineamiento.

En la distancia, los puntos negros de unos pocos coches aéreos y speeders poblaban el cielo de la mañana. Sirenas sonaban con estruendo en alguna parte, equipos de rescate todavía buscando en los restos, sacando a los vivos y los muertos de las ruinas.

Coruscant estaba volviendo a la vida otro día más, el día después de que todo hubiera cambiado.

Conforme viajaban, encontraron montones de escombros, calles inundadas por tuberías rotas de agua, válvulas destrozadas liberando gas o combustible. Era como ver las vísceras sangrantes, los interiores del planeta.

Unas pocas caras les miraban desde detrás de las ventanas o desde balcones en lo alto, la incerteza y el miedo en sus ojos era la secuela esperada de una guerra inesperada, pero vieron mucha menos gente de la que Aryn hubiera imaginado. Se preguntaba si muchos habían huido a los niveles inferiores. Quizás el daño era menos severo allí. Si era así, los niveles inferiores debían haber estado abarrotados.

Conforme la mañana se acercaba, un número en aumento de vehículos llenó el cielo. Naves médicas y de rescate gritaban pasando. Swoops y speeders, llevando a uno o dos conductores a quién sabe dónde, salían disparados sobre ellos.

Debido a su sentido empático, Aryn sintió el terror en el aire como una cosa tangible, un humor sombrío que sobrevolaba el planeta entero. Le exasperaba, la apesadumbraba. Las torres de duracreto y transpariacero parecían preparadas para caer sobre ella. Ella se sentía encorvada, tensa en anticipación a una explosión. El terror era omnipresente, un planeta entero de billones de personas proyectando emoción cruda en el aire.

Ella no podía poner una barrera para ellos. No quería ponerles una barrera. Los Jedi les habían fallado. Merecía sentir lo que ellos sentían.

—Aryn, ¿me has escuchado? ¿Aryn?

Ella volvió en sí misma para ver a Zeerid de pie junto a un speeder Armin descapotable. Estaba sólo sentado ahí en mitad de la calle. Su cara se torció con preocupación cuando vio su expresión. Su barba desordenada y ojos bien abiertos le hacían parecer un fanático religioso.

—¿Estás bien? —preguntó él—. ¿Qué ocurre?

—Nada, estoy bien. Es sólo… el miedo está en todas partes. El aire está lleno de él.

Zeerid asintió, sus labios se presionaron juntos y formando una suave línea de simpatía.

—Siento que tengas que sentirlo, Aryn. Todos en Coruscant saben lo que el Imperio le ha hecho a algunos mundos conquistados. Pero si fueran a hacerlo aquí, creo que lo habrían hecho ya.

—Sólo ha pasado un día —dijo Aryn, pero aún así esperaba que él tuviera razón.

Un escuadrón de cazas Imperiales voló alto sobre ellos, el inconfundible zumbido de sus motores cortando a través del silencio de la mañana.

Zeerid subió al speeder, despojó su compartimento de almacenamiento de cuatro barras de proteínas, un par de macrobinoculares, y dos botellas de agua. Él lanzó una barra y una botella a Aryn.

—Come. Bebe —dijo él, y se agachó bajo el panel de control.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Aryn. Ella engulló el agua para sacar la arenilla de su garganta, entonces retiró el envoltorio de la barra y comió.

El motor del speeder zumbó a la vida y Zeerid se volvió a levantar de debajo de la instrumentación.

—Me voy a llevar este speeder. No podemos caminar todo el camino hasta el Templo Jedi. Sube. —Él debió haber leído la mirada en su cara—. No es robar, Aryn. Está abandonado. Vamos.

Ella subió y se ató al asiento. Zeerid lanzó el Armin hacia el cielo.

Progresaron rápido. Había poco tráfico. Zeerid voló a una altura de medio kilómetro. Por un tiempo, Aryn miró abajo a Coruscant, pero los edificios en ruinas, fuegos ardientes, y agujeros negros en el paisaje urbano la hundían hasta que todo empezaba a parecer lo mismo. Cuando se dio cuenta de que se había acostumbrado a ver la destrucción, se sentó atrás en su asiento y miró por el parabrisas hacia el cielo lleno de humo.

—El Templo está delante —dijo Zeerid, llegando alrededor—. Ahí.

Cuando ella lo vio, su corazón dio un vuelco. Un agujero se abrió en su estómago y ella se sintió como si estuviera cayendo. Extendió una mano hacia la barra de seguridad y la agarró fuerte, para evitar caerse.

—Lo siento mucho, Aryn —dijo Zeerid.

Aryn no tenía palabras. El Templo, el santuario Jedi que había permanecido en pie durante milenios había sido reducido a una montaña de piedra humeante y acero. La destrucción traída por los Sith a Coruscant en general le había dejado adolorida. La destrucción del Templo la dejó destrozada. Tenía que recordar respirar. No podía apartar la vista de él.

Zeerid llegó sobre el speeder y tomó sus manos con las suyas. Ella cerró sus dedos sobre los de él y los sostuvo como si ella se estuviera hundiendo y él fuera un salvavidas.

—No creo que debamos descender, Aryn. Ninguna tarjeta de datos sobreviviría a eso.

—Vuela más cerca, Zeerid.

—¿Estás segura?

Ella asintió, y él llevó al speeder hacia una mejor visibilidad. El humo se desparramaba de entre las piedras ennegrecidas. Los restos de las torres estaban tumbadas en trozos sobre las ruinas del Templo principal, como si se hubieran plegado sobre él.

Columnas rotas sobresalían de las ruinas como huesos rotos. Aryn se preparó para los cuerpos, pero afortunadamente no vio ninguno. En su lugar, vio trozos rotos del estatuario aquí y allá, los restos sobresalientes de los cadáveres de piedra de los Maestros Jedi antiguos.

Miles de años de historia honorable reducidos en un día a polvo y cenizas y ruinas por las bombas Imperiales. Los fuegos arderían durante días, profundos en la pila. La pérdida la bañaba, pero estaba demasiado seca para derramar lágrimas.

Qué maravilloso y terrible, pensó ella, era la capacidad de la mente de absorber el dolor.

Zeerid no había soltado su mano, ni ella tampoco la suya.

—Si tu Maestro estuvo aquí cuando las bombas golpearon, entonces él… murió en la explosión. Y fue sólo algún piloto Imperial anónimo, Aryn. No hay nadie para que encuentres, nadie para que le des caza.

Ella estaba agitando su cabeza antes de que él terminara de hablar.

—Él no murió en una explosión.

—Aryn…

Ella tiró de su mano, y algo del dolor y rabia que sentía agudizó su tono.

—¡Lo sentí, Zeerid! ¡Le sentí morir! Y no fue la explosión de una bomba. Fue un sable de luz. Justo aquí.

Ella tocó su abdomen, y el recuerdo del dolor que había sentido cuando el Maestro Zallow murió le hizo doblarse del dolor.

El brazo y mano de Zeerid todavía se estiraban por el asiento hacia Aryn, pero él no la tocó.

—Te creo. Lo hago.

Él rodeó las ruinas en silencio.

—Entonces, ¿ahora qué?

—Necesito bajar.

—Esa no es una buena idea, Aryn.

Él probablemente tenía razón, pero ella quería tocarlo, estar en pie en medio de las ruinas. Luchó contra el impulso y trató de reprimir sus emociones con pensamiento, razón.

—No, no vayas abajo. Hay otro camino hacia dentro.

—No queda nada en pie.

—El Templo se extiende bajo tierra. Una de las habitaciones donde se almacenan las reservas de supervivencia está muy profunda. Debe haber sobrevivido a la explosión.

Zeerid miró como si quisiera protestar pero no lo hizo. Aryn le estaba agradecida por ello.

—¿Dónde está la otra entrada?

—A través de los Trabajos. —Contestó Aryn.

LA LANZADERA PRIVADA DE MALGUS le llevó hacia la superficie de Coruscant. Eleena y su equipo habían dejado Valor en un convoy de tres lanzaderas una hora antes. Ellos ya estarían en su misión.

Él se sentó solo, el chirrido regular de su respirador era el único sonido del compartimento. Mirando su reflejo en la ventana de transpariacero de la lanzadera, trató de buscar en sus pensamientos.

Ideas salvajes saltaban sobre su cerebro, pensamientos que no se atrevía a coger por miedo de a dónde le llevarían.

Él sólo sabía una cosa con seguridad: Angral estaba equivocado. El Consejo Oscuro estaba equivocado. Quizás incluso el Emperador estaba equivocado. La paz era un error. La paz haría que el Imperio derivara en decadencia, como lo hacía la República. La paz haría que los Sith se volvieran débiles en su entendimiento de la Fuerza, como lo habían hecho los Jedi. El saqueo de Coruscant era una evidencia de esa decadencia, esa debilidad.

No, la paz era una atrofia. Sólo a través del conflicto el potencial podía ser descubierto.

Malgus entendía que el rol de la República y los Jedi era meramente servir como la piedra de afilar contra la que el Imperio y los Sith se afilarían a sí mismos, se harían más mortíferos.

La paz, de venir, les haría torpes.

Pero, mientras Malgus sabía que el Imperio necesitaba la guerra, todavía tenía que determinar cómo atraerla.

—Entrando en la atmósfera, mi señor —dijo su piloto.

Vio el fuego de la entrada atmosférica envainar la nave, y ponderó algo que recordó de su tiempo en la Academia Sith en Dromund Kaas.

Se decía que los antiguos Sith de Korriban purgaban sus cuerpos con fuego, aprendían la fuerza a través del dolor, avivaban el crecimiento a través de la destrucción.

Había sabiduría en eso, Malgus pensó. A veces una cosa no podía ser arreglada. En su lugar tenía que ser destruida y reconstruida.

—Reconstruida —dijo él, su voz dura a través del respirador—. Destruida y reconstruida.

—Darth Malgus. —Dijo el piloto por el comunicador—. ¿Adónde debo llevarle? No tengo un plan de vuelo.

El fuego de la reentrada se había desvanecido. El ardor en Malgus crecía en llamas. La presencia inesperada de Aryn Leneer le había hecho iniciar un camino que debía haber caminado hace mucho tiempo. Él le estaba agradecido por eso.

Abajo, el paisaje de la ciudad de Coruscant, marcado y humeante aquí y allá por las bombas Imperiales, surgió a la vista.

—Al Templo Jedi —dijo él—. Da un rodeo a cien metros.

Si nada más pasaba, pronto tendría su propia guerra personal. Aryn Leneer había venido a Coruscant buscándole. Y él había respondido buscándola a ella.

Ellos se encontrarían en el cementerio en ruinas de la Orden Jedi.

ARYN SEÑALÓ sobre el parabrisas a un enorme edificio de duracreto y acero que podía haber albergado diez estadios atléticos. El pico de la cúpula alcanzaba varios cientos de metros de alto, y las incontables torres de ventilación y chimeneas que se erguían en su superficie parecían como un matorral de agujas. Ni una sola ventana marcaba la fachada de metal y duracreto.

—Los Trabajos —dijo Aryn—. O al menos uno de los centros. Desciende ahí.

Conforme Zeerid pilotaba el speeder abajo, Aryn miró atrás hacia el paisaje urbano, orientándose sobre la posición relativa del Templo Jedi. Ella no podía ver las ruinas reales desde su localización —el terreno intermedio las bloqueaban— pero podía ver las columnas de humo.

La imagen del templo en ruinas todavía encantaba sus recuerdos.

Zeerid hizo descender el speeder en la cima de una estructura de aparcamiento cercana. Otros pocos vehículos compartían la estructura. Un solo speeder y dos swoops —ambos tumbados sobre sus lados— era todo lo que Aryn vio.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Zeerid.

—Escondiéndose en los niveles inferiores, quizás. Quedándose en casa.

Aunque parecía toda una vida antes, el ataque había ocurrido sólo un día antes. La población todavía estaba en shock, escondiéndose quizás, recogiendo los pedazos que podían.

Cogieron un ascensor y una cinta transportadora al centro de los Trabajos. Una gran puerta y una estación de seguridad proveían la entrada a través de los muros de duracreto de diez metros. Mientras que la puerta permanecía cerrada, la estación de seguridad permanecía vacía. Normalmente habría estado bien protegida. Aryn y Zeerid treparon por encima y cruzaron sin ningún desafío.

La estructura descomunal del centro, más grande incluso que un crucero de la República, se alzaba ante ellos.

Zeerid desenfundó un bláster de sus pistoleras, entonces sacó otra de una pequeña pistolera oculta en su espalda y se la ofreció a Aryn. Ella lo declinó.

—Pensé que te preguntaría —dijo Zeerid—. Ese sable de luz no te es de mucha utilidad a veinte metros.

—Te sorprenderías —dijo ella.

Las dobles puertas arqueadas que ofrecía la entrada parecían como algo de un castillo antiguo Alderaaniano construido por titanes. Eran enormes. El caza Cuervo de Aryn podía haber volado a través de ellas.

—La energía está todavía encendida y los controles siguen con vida —dijo Zeerid, examinando la consola en las puertas.

Aryn tecleó un código que había aprendido años antes en la consola.

Motores invisibles giraban en alguna parte, los engranajes de gigantes, y las puertas empezaron a abrirse.

Las puertas se abrieron y ellos entraron, caminando por pasillos vacíos que olían a grasa y ligeramente a quemado. El suelo de metal vibraba bajo sus pies, los ronquidos de algunas enormes bestias mecánicas, invisibles. La agitación aumentó conforme se movían más profundamente en el complejo. En alguna parte, el metal rechinaba contra el metal.

Ellos cortaron desde el amplio pasillo principal a través del cual entraron y se movieron a través de una red de salas y oficinas que no estaban hechas para vehículos sino para pensantes.

—Nunca he visto el interior de un centro —dijo Zeerid—. No hay mucho que ver. ¿Dónde están todos los mecanismos?

Aryn le llevó a través de una serie de puntos de control de seguridad desiertos hasta que alcanzaron un conjunto de puertas insonorizadas que se abrían a la cámara central bajo la cúpula.

OREJERAS Y CASCOS SON REQUERIDOS A PARTIR DE ESTE PUNTO PARA TODOS LOS NO-DROIDES decía una señal en la puerta.

Ella empujó para abrir las puertas y el sonido se convirtió en un ajetreo: el sonido rítmico del metal rozando el metal, el siseo del aire y el gas ventilándose, el zumbido discordante de cientos de enormes motores y bombas, los bips y silbidos de los droides de mantenimiento.

Los brazos de Zeerid cayeron a sus lados. Su boca bien abierta.

Los Trabajos eran difíciles de asimilar de una vez. La cámara central en sí misma era de varios kilómetros de diámetro y cientos de metros de alto. El suelo estratificado y con una red de escaleras y cabinas de ascensores hacían que todo pareciera que un artista industrial loco había tomado un nido de insectos. Aryn siempre se sentía minúscula cuando lo veía. Parecía hecho para una raza alien de diez veces el tamaño de los humanos: motores tan grandes como cazas, tuberías lo suficientemente amplias para volar en su interior con un speeder, mecanismos individuales que alcanzaban del suelo hasta el techo, cadenas y cinturones de cientos de metros de largo. Cientos de droides corrían, rodaban, y caminaban sobre los Trabajos, comprobando calibres, lecturas, manteniendo el equipo, engrasando mecanismos. El sonido era abrumador, una cacofonía industrial atronadora.

Comparado con la tecnología avanzada aparente en cualquier otra parte de Coruscant —con sus líneas brillantes, diseños compactos, y elegancia pura— los Trabajos parecían primitivos, estridente en su enormidad, como una vuelta a los tiempos antiguos cuando el vapor y la combustión energizaban la industria. Pero Aryn sabía que era una ilusión.

Los Trabajos se alargaban bajo la corteza de Coruscant de polo a polo, generalmente accesibles sólo a través de los centros. Sus tuberías, líneas, mangueras, y conductos formaban el sistema circulatorio del planeta, a través del cual el agua, calor, electricidad y cualquier número de otras necesidades fluían. Representaba la cumbre de la tecnología de la República.

—¡Sígueme! —gritó ella sobre el ruido, y Zeerid asintió.

Siguiendo las señales e invocando su memoria, Aryn llevó a Zeerid a través del laberinto del suelo elevado, ascensores y escaleras automáticas. Los droides se movían a través de ellos, inconscientes, y a Aryn se le ocurrió que los droides en los Trabajos probablemente habrían seguido haciendo su trabajo incluso si todo el mundo en Coruscant estuviera muerto. El pensamiento le golpeó como algo grotesco.

Zeerid se giraba en círculos conforme caminaban, tratando de asimilarlo todo.

—Esto es increíble —le dijo a ella—. Ojalá tuviera una holograbadora.

Ella asintió y se apresuró.

Ellos pronto salieron tras el tumulto mecánico del centro en sí. Conforme el sonido se desvanecía tras ellos, los pasillos se encogían y oscurecían, y las luces ancladas a la pared se volvían menos frecuentes. Tuberías y conductos serpenteaban sobre y a través del techo, el suelo, las entrañas de los servicios del tamaño de la planta. Zeerid sacó una quimiluz de uno de sus bolsillos de los pantalones de vuelo, la partió por la mitad, y la

sostuvo en alto mientras avanzaban. Ambos estaban sudando en el aire estancado de los túneles.

—Hay droides de seguridad en estos túneles —dijo ella—. No tenemos un pase apropiado. Tratarán de detenernos.

—Genial —dijo Zeerid. Entonces—. ¿Estás segura de que sabes dónde vas?

Ella asintió, aunque estaba empezando a sentirse perdida.

Desde adelante ella escuchó el zumbido de servos, el repiqueteo del metal. Un droide.

Ella tiró de Zeerid para que se detuviera y activó su sable de luz, temiendo un droide de seguridad. El polvo bailaba en la luz verde de su brillo. Zeerid sacó su bláster, sostuvo la quimiluz más arriba.

—¿Qué es? —susurró él.

Una forma se movía en las sombras, pequeña, cilíndrica, un droide. No un droide de seguridad sino un astromecánico. Emergió a la luz y ella vio la cabeza plana, circular y la coloración parda de un T7. Arañazos marcaban la superficie del droide, y cables sueltos colgaban de una de las juntas de su hombro. Pero ella conocía su color y sentía como si estuviera viendo un fantasma, un espectro de su pasado encantando los túneles oscuros de los Trabajos. Desactivando su espada, ella dijo:

—¿Te-siete?

Su voz cascada en las palabras.

Cuando él bipeó un saludo en el idioma droide, ella supo que era él, su voz mecánica rememorando de algún modo los muchos gozos humanos, triunfos, y dolor, el sonido de su tiempo en el Templo, de su vida con el Maestro Zallow. Las lágrimas bañaban sus ojos conforme T7 rodaba hacia ellos.

—¿Conoces a este astromecánico? —preguntó Zeerid.

—Era el droide del Maestro Zallow —dijo ella.

Ella se arrodilló ante T7, frotando la tierra de su cabeza como lo haría con un niño pequeño. Él susurró con placer.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó ella—. ¿Cómo… sobreviviste al ataque?

Ella luchó para seguir su idioma droide, tan rápidamente escupió sus bips, silbidos, y trinos. Al final, ella determinó que una fuerza Sith había atacado el Templo, que el Maestro Zallow había mandado lejos a T7 durante la batalla, y que T7 se había colado en el campo de batalla después de que todo se hubiera calmado. Después, los Sith volvieron, presumiblemente para colocar explosivos, y T7 había huido a los niveles inferiores.

—Sé lo del Maestro Zallow, Te-siete —dijo ella.

Él gimió, un flojo silbido de desesperación.

—¿Viste su…? ¿Lo viste cuando pasó?

El droide silbó una negativa.

—¿Por qué fuiste después de la batalla? —preguntó Zeerid al droide.

Un largo silbido, entonces un compartimento en el cuerpo de T7 se deslizó para abrirse y T7 extendió un brazo de metal desde el interior.

El brazo llevaba el sable de luz del Maestro Zallow.

Aryn retrocedió, lo miró por un largo momento, recuerdos abrumándola, cayendo como lluvia.

—¿Volviste para coger esto? ¿Sólo para coger esto?

Otro silbido negativo. Otro largo monólogo, difícil de seguir en idioma droide.

T7 había vuelto para ver si alguien había sobrevivido pero sólo había encontrado el sable de luz.

Una vez más, Aryn llevaba el determinismo en la cara. La Fuerza la había traído hacia Zeerid en el momento exacto en el que Zeerid iba a hacer un viaje a Coruscant. Y ahora la Fuerza había hecho que T7 encontrara el sable de luz del Maestro Zallow para que el droide pudiera dárselo a ella.

Aryn decidió que no podía ser coincidencia. Era la Fuerza mostrándole que el camino que ella perseguía era el correcto, al menos para ella.

Ella cogió el frío metal de la empuñadura del sable en su mano, comprobó su peso. La empuñadura era más grande que la suya, ligeramente más pesada, aún así se sentía familiar en su mano. Ella recordaba las muchas veces que la había visto en las manos del Maestro Zallow conforme él la entrenaba en el combate con el sable de luz. Lo activó y la espada verde saltó a la vida. Ella la miró, pensando en su maestro, entonces la apagó.

Se la agarró a su cinturón, junto al suyo y le dio una palmadita a T7 en la cabeza.

—Gracias, Te-siete. Esto significa más para mí de lo que crees. Fuiste muy valiente volviendo allí.

El droide bipeó con placer y simpatía.

—¿Has visto algún otro superviviente? —preguntó Zeerid, y Aryn se sintió avergonzada por no preguntarlo ella misma.

T7 silbó una negativa sombría.

Zeerid enfundó su bláster.

—¿Qué hay de los droides de seguridad?

Otra negativa.

—Necesito ir a la estación de apoyo de vigilancia —dijo Aryn—. ¿Todavía está en pie? ¿Podrías indicarnos el camino?

T7 trinó con entusiasmo, giró su cabeza alrededor, y se dirigió abajo por el pasillo, cables todavía colgando de su junta del hombro. Aryn y Zeerid fueron detrás de él. Aryn sintió el peso del sable de luz extra en su cinturón, pesado con los recuerdos que albergaba.

T7 les llevó a través de los pasadizos laberínticos de los Trabajos, evitando pasillos colapsados o bloqueados, doblando hacia atrás cuando era necesario, descendiendo incluso más profundo en la colmena de tuberías, motores, y maquinaria. Aryn se perdió pronto. Si no hubieran encontrado a T7, habrían estado vagando durante días antes de encontrar el camino.

En su momento, alcanzaron un área familiar para Aryn.

—Estamos cerca ahora —le dijo a Zeerid.

Adelante, ella vio el turboascensor que les llevaría arriba, hacia los niveles inferiores del Templo. T7 se enchufó al panel de control y el mecanismo del ascensor empezó a zumbar. Conforme las puertas se deslizaban para abrirse, Aryn se reforzó para ver algo horrible, pero no había nada detrás de ellos salvo la caja vacía del compartimento de pasajeros.

Los tres entraron, las puertas se cerraron, y el ascensor empezó a elevarse. Aryn podía sentir la preocupación de Zeerid por ella. Él la miraba de reojo, pensando que ella no se percataba. Pero lo hacía, y su preocupación la tocaba.

—Me alegro de que estés conmigo —le dijo ella.

Él se ruborizó de vergüenza.

—Sí, bueno. Yo, también.

Las puertas se abrieron para revelar un pasillo largo. Las luces de emergencia en lo alto parpadeaban y zumbaban. T7 salió delante, y Aryn y Zeerid le seguían.

Aryn había caminado por el pasillo antes, hace tiempo, aunque para ella todo se sentía diferente. Ya no se sentía como el Templo Jedi. En su lugar, se sentía como una tumba. El ataque Sith había destruido más que meramente la estructura del Templo. Algo más había muerto cuando la estructura cayó. Había sido un símbolo de justicia durante miles de años. Y ahora se había ido.

Había un simbolismo en eso, supuso Aryn.

Ella quería salir tan pronto como pudiera, pero primero tenía que ver si había alguna grabación del ataque.

Los servos de T7, y los pasos de Aryn y Zeerid, sonaban fuerte en el silencio. Las habitaciones fuera del pasillo principal parecían enteramente normales. Sillas, escritorios, ordenadores, todo en orden. El ataque había destruido la estructura de la superficie pero había dejado el núcleo intacto.

Quizás había un simbolismo en eso también, pensó Aryn, y se permitió la esperanza.

Cuando alcanzaron la habitación de vigilancia secundaria, la encontraron, también, enteramente intacta. Las cinco estaciones de monitoreo, cada una tenían una silla, escritorio, y un ordenador, con una gran videopantalla suspendida desde el muro por encima. Todas las pantallas estaban oscuras.

—¿Puedes conseguir algo de energía aquí, Te-siete? —preguntó Aryn.

El droide bipeó una afirmativa, rodó sobre un enchufe, y se enchufó. En unos momentos, la habitación volvió a la vida. Las luces en lo alto brillaban. Los ordenadores y los monitores zumbaban despertando.

—Quiero ver lo que sea que tengamos del ataque. ¿Puedes encontrarlo?

De nuevo el droide bipeó una afirmativa.

Zeerid rodó una silla hacia Aryn. Ella se sentó, su corazón acelerado, su respiración llegando rápido. Zeerid puso una mano sobre su hombro, sólo por un momento, luego tiró de otra silla y se sentó a su lado. Ellos miraron al monitor de seguridad oscuro, esperando a que T7 les mostrara el horror.

El droide dejó salir una serie de silbidos de excitación. Había localizado el metraje. Aryn apretó los brazos de la silla.

—Reprodúcelo —dijo ella.

Una única línea brillante se formó en el monitor y se expandió arriba y abajo hasta que llenó la pantalla. Las imágenes se formaban en ella. La cámara principal de seguridad tenía una vista contra las puertas principales del Templo, así que podía grabar a aquellos que venían o se iban.

La boca de Aryn estaba seca. Tenía miedo de parpadear por miedo de perderse algo, aunque era ridículo ya que T7 podía congelar, repetir, e incluso ampliar cualquier imagen en la pantalla.

Ellos miraron conforme una figura con capa y una mujer Twi'lek armada con blásters caminaban a través de las enormes puertas del Templo.

—¿Tiene el Templo guardias asignados? —preguntó Zeerid.

Aryn asintió.

Ninguno de ellos necesitaba decir lo que les debió haber pasado a los guardias.

Conforme el par caminaba con descaro por el vestíbulo de entrada, la cámara mostraba a la gente reuniéndose en los balcones de arriba, mirando abajo.

—Ellos no saben qué hacer con él —dijo Zeerid.

Aryn asintió.

—Es grande —dijo Zeerid.

—Congela en su cara y amplia —dijo Aryn a T7.

La imagen se congeló, se centró en la cara encapuchada del hombre, y se amplió. Ella no podía averiguar nada en las profundidades ensombrecidas de su capucha excepto lo que parecía ser el fondo de una máscara de algún tipo.

—¿Eso es una máscara? —preguntó Zeerid.

—No lo sé. La Twi'lek, Te-siete —dijo ella, y T7 tiró atrás de la imagen, recentró en la Twi'lek, e hizo lo mismo.

La cara de la Twi'lek llenaba la pantalla.

—El color de piel es inusual —dijo Zeerid. Él se inclinó adelante en su silla, mirando atentamente.

Era preciosa, permitió Aryn.

Y era una asesina. O al menos estaba asociada con uno.

—Mira la cicatriz —dijo Zeerid. Él se irguió y señaló con un dedo la pantalla, a la garganta de la Twi'lek. Ahí, una cicatriz escarpada cortaba un camino irregular a lo largo de su cuello—. ¿Entre eso y su piel, quizás podamos identificarla?

—Quizás —dijo Aryn, y trató de tragar. Ella estaba menos interesada en la Twi'lek de lo que lo estaba en la figura encapuchada—. Continua, Te-siete.

Ellos miraron conforme los dos caminaban a medio camino de la sala. El aliento de Aryn se le escapó cuando vio al Maestro Zallow emerger de fuera de cámara para confrontar al Sith y la Twi'lek. Otros seis Caballeros Jedi le acompañaban.

—Congela, Te-siete.

El fotograma se detuvo, y Aryn estudió la cara del Maestro Zallow. Él se veía como siempre: severo, centrado. Verle de algún modo la liberó de su aflicción con algo más que con lágrimas. Ella recordó algunas de sus sesiones de entrenamiento, cómo él había insistido en primer lugar que ella luchara con su estilo, pero luego se había retractado y le permitió encontrar su propio camino. El recuerdo le hizo sonreír, y llorar.

—¿Estás bien? —preguntó Zeerid.

Ella asintió, se secó las lágrimas con la tela de su túnica.

—Te-siete, déjame ver las caras de los otros Jedi.

T7 saltó a través de una variedad de metraje de grabadoras en diferentes ángulos hasta que finalmente capturó las caras de los otros Jedi. Aryn reconoció a cada uno de ellos, aunque no los conocía bien. Aún así, ella recitó sus nombres. Imaginaba que les debía por lo menos eso.

—Bynin, Ceras, Okean, Draerd, Kursil Kalla.

—¿Amigos? —preguntó Zeerid, su voz suave.

—No —dijo Aryn—. Pero eran Jedi.

—No es posible que este Sith y Twi'lek derrotaran a estos Jedi y al Templo solos —dijo Zeerid, aunque sonaba inseguro—. ¿No es así?

Aryn no lo sabía.

—Continua, Te-siete.

El metraje empezó de nuevo. El Maestro Zallow fue cara a cara con el Sith. Los otros Jedi encendieron sus espadas. Aryn miró al Maestro Zallow y al guerrero Sith, viendo si intercambiaban palabras, gestos, cualquier cosa. Ellos no lo hicieron, al menos en cuanto a lo que ella podía ver.

—Stang —suspiró Zeerid.

—¿Qué? —dijo Aryn—. Congélalo, Te-siete. ¿Qué es?

La imagen se congeló. Ella no vio nada inusual pasando entre el Maestro Zallow y el Sith.

—Ahí —dijo Zeerid. Él saltó de su asiento de nuevo y señaló a algo sobre la alta entrada del templo, algo en el cielo. Aryn no lo veía.

—¿Qué es eso?

—Una nave —dijo Zeerid—. Aquí. ¿La ves?

Aryn se irguió y entornó los ojos hacia la pantalla. Ella la vio, aunque era difícil de distinguir contra el cielo a través de la hendidura de las puertas abiertas del suelo al techo del Templo.

—Mira la silueta —dijo Zeerid—. Esa es un saltador de hondonadas NR-dos, una nave de la República. Como la que yo solía usar. ¿Lo ves?

Aryn lo hacía, pero no entendía el significado.

—Amplia, Te-siete —dijo Zeerid, y el droide cumplió. La nave surgió a la vista con claridad.

—Sin marcas —dijo Zeerid—. Pero mira su morro, su trayectoria. Está descendiendo, justo hacia el Templo.

—¿Estás seguro?

—No parece dañada —dijo Zeerid pensativo—. Vuelve a la amplificación normal y reprodúcelo, Te-siete.

Ellos miraron en un silencio terrorífico conforme el saltador de hondonadas chocaba a través de la entrada del Templo, rasgaba a través de la sala, colapsando columnas conforme iba, una masa rodante de metal y llamas, hasta que se detuvo justo detrás del Sith encarando al Maestro Zallow.

Ni el Sith ni el Maestro Zallow se habían movido.

—La sección media está todavía intacta —dijo Zeerid—. Debe haber sido reforzada. —Él miró a Aryn—. Hay algo en ella. Una bomba, quizás.

—No una bomba —dijo Aryn, empezando a entender.

Ellos vieron una gran escotilla en el compartimento central del NR2 explotar hacia afuera y docenas de guerreros Sith salieron, espadas rojas brillantes en mano.

Zeerid se volvió a sentar en su silla.

—Peor que una bomba.

El Maestro Zallow encendió su espada, y muchos más Jedi corrieron a toda velocidad desde fuera de cámara para respaldarle. Aryn lo vio todo, sus ojos fijos en el Sith. Conforme la batalla empezaba, él se deshizo de su capa, mostrando su cara al fin.

—Congélalo —dijo ella, y T7 lo hizo. Su voz era fría—. Amplía su cara.

La imagen se centró y creció para mostrar al Sith. Una cabeza calva delineada con venas azules, la cara cicatrizada, los ojos intensos, y no era una máscara si no un respirador.

—¡Ese es el mismo hombre del crucero! —dijo Zeerid.

—Darth Malgus —dijo Aryn, la tensión repentina formándose en la base de su cráneo—. Darth Malgus lideró el ataque. —Ella miró a los ojos oscuros de Malgus durante un tiempo, se preparó a sí misma para lo que sabía que vendría—. Continúa, Te-siete.

Ella vio desarrollarse la batalla, tratando de mantener a raya sus pasiones. Ella imaginó que podía sentir las emociones de los combatientes filtrándose a través del vídeo. Su cuerpo entero estaba tenso, al acecho, conforme miraba.

El flujo de la batalla separó al Maestro Zallow y a Malgus del principio. Ambos luchaban por su camino a través de enemigos, obviamente buscándose el uno al otro.

—Esa es una Mandaloriana —dijo Zeerid.

Aryn asintió. Una Mandaloriana en una armadura completa de combate apareció en mitad de la batalla, lanzallamas escupiendo fuego.

—Esto está más caliente que alguna de las zonas de guerra en las que he estado —dijo Zeerid.

Lo estaba. Las llamas ardían por todas partes, pilas de escombros contaminaban la sala, el fuego de bláster entrecruzaba el campo de batalla, y por todas partes los Jedi luchaban contra los Sith. Se volvió difícil rastrear cualquier acción individual. Todo

sangraba en el anónimo caos de la batalla. Ella mantuvo sus ojos centrados en el Maestro Zallow conforme él se movía hacia Malgus, y conforme Malgus se movía hacia él.

Conforme ellos se acercaron el uno al otro, ella vio a Malgus salvar a la mujer Twi'lek del ataque de un Padawan, le vio responder con incluso más rabia cuando ella fue golpeada con un disparo de bláster.

—No sabía que los Sith se preocuparan por nada —dijo Zeerid.

Ella, también, encontró la respuesta de Malgus sorprendente, pero tenía poco tiempo para considerarlo porque Malgus y el Maestro Zallow al fin se encontraron en la batalla.

Ella se alzó de su silla conforme el duelo empezó a desarrollarse, dando un paso más cerca del monitor. Ella los vio intercambiar ráfagas, cada uno comprobando la habilidad del otro. Ella vio a Malgus lanzar su sable de luz, vio al Maestro Zallow saltar sobre él, vio a Malgus golpearle desde el aire en medio de su salto y seguirle con un salto de carga que el Maestro Zallow evitó en el último minuto.

Su corazón le dolía. Ella seguía esperando a que algo interviniera, que cambiara el resultado que sabía que no podía ser cambiado. Salvo eso, esperaba ver un fallo del Maestro Zallow, o alguna traición de Malgus, que pudiera explicar lo que esperaba en unos momentos… la caída del Maestro Zallow ante Malgus.

Ellos se unieron en el lateral alejado de la sala, el Maestro Zallow liberando un torrente de estallidos. Malgus cayendo atrás bajo la masacre, pero Aryn vio que estaba atrayendo al Maestro Zallow.

Y entonces ocurrió.

El Maestro Zallow golpeó con la empuñadura de su sable de luz en el lateral de la cara de Malgus, llevándole un paso atrás. Él se movió para seguirle pero Malgus se anticipó, giró, y llevó su sable de luz a través del abdomen del Maestro Zallow.

—Es suficiente, Te-siete —dijo Zeerid—. Hemos visto suficiente.

—No lo hemos hecho —dijo Aryn—. Reprodúcelo de nuevo, Te-siete.

El droide lo hizo.

—Otra vez.

—Otra vez. Él dice algo al final. Acércate a su boca.

T7 hizo lo que le pedía. El golpe del Maestro Zallow a la cara de Malgus había apartado a un lado su respirador y Aryn podía ver los labios cicatrizados, deformes del Sith. Él articulaba palabras al Maestro Zallow conforme el Maestro Zallow moría. Aryn leyó sus labios, susurró las palabras.

—Todo va a arder.

Ella se dio cuenta de que estaba sosteniendo su lateral conforme lo veía, como si fuera ella la que hubiera sido empalada por la espada Sith. Ella revivió el dolor que había sentido en Alderaan cuando había sentido morir al Maestro Zallow. Y sobre todo eso: rabia.

Y ahora tenía un foco para esa rabia: Darth Malgus.

—Otra vez, Te-siete.

—Aryn —dijo Zeerid.

—Otra vez.

—Otra vez no, Te-siete. —Zeerid se giró de forma que estaban encarándose el uno al otro—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué más necesitas ver?

—No lo estoy viendo. Lo estoy sintiendo. Déjame sola, Zeerid.

Él debió haberlo entendido, porque la dejó y ella se giró de nuevo al monitor.

—Amplía la cara del Maestro Zallow y reprodúcelo de nuevo, Te-siete.

Ella vio su expresión conforme moría una y otra vez. Sus ojos la embrujaban, pero ella no podía apartar la mirada. Cada vez, antes de que la luz se fuera de ellos, ella veía en sus ojos lo que estaba pensando en el momento en que murió.

He fallado.

Y entonces las palabras de Malgus.

—Todo va a arder.

Fueran los que fueran los muros que había construido alrededor de su dolor se colapsaron tan concienzudamente como el Templo. Sus ojos se empañaron y las lágrimas caían libremente por su cara. Aún así ella miraba. Ella quería recordar el dolor de su Maestro, guardarlo y contenerlo dentro de ella, una semilla oscura para producir un fruto oscuro cuando finalmente se enfrentara a Malgus.

Antes de que matara a Malgus, ella quería desesperadamente que él sintiera el mismo tipo de dolor que el Maestro Zallow había sentido.

Un sutil toque en su hombro —Zeerid— la trajo a sus alrededores. La pantalla del monitor estaba en blanco. ¿Cuánto tiempo había estado sentada allí, mirando a una pantalla en blanco, imaginando la muerte y la venganza y el dolor?

—Hora de irse, Aryn —dijo Zeerid, y la ayudó a conducirla fuera de la habitación.

T7 silbó con simpatía.

—¿Estás bien? —preguntó Zeerid.

Ella sabía cómo debía verse. Usando la tela de su túnica, se limpió las lágrimas de su cara.

—Estoy bien —dijo ella.

Él miraba como si quisiera abrazarla, pero ella sabía que él no se tomaría la libertad sin que ella le diera una señal de que todo estaba bien.

Ella no le dio esa señal. No quería aliviar su aflicción, su dolor. Ella simplemente quería pasárselo a Malgus de algún modo.

—Guarda una copia de ese metraje, Te-siete —dijo ella—. Tráela contigo.

El droide bipeó una afirmativa.

Ellos caminaron de vuelta a través de los Trabajos y hacia la superficie en silencio. Al momento en que volvieron a su speeder, Aryn había reconstruido los muros alrededor de sus emociones. Ella dirigió su aflicción, soportó el dolor, pero lo puso al alcance, para que pudiera llamarlo cuando lo necesitara.

Ella y Zeerid elevaron a T7 hasta la montura de droide en la parte trasera del speeder.

—Necesito subir a ese crucero —dijo ella.

Zeerid activó la grapa magnética para mantener a T7 en su sitio.

—No puedes atacar un crucero, Aryn.

—No quiero atacarlo. Sólo quiero subir a bordo.

—Y enfrentarte a él. Darth Malgus.

—Y enfrentarme a él —afirmó ella con un asentimiento.

—¿Y cómo crees que eso tiene lugar si subes a bordo? ¿Simplemente vas a caminar a través de todas esas tropas Imperiales? ¿Crees que él simplemente te dejará pasar y se encontrará contigo en un combate honorable?

A ella no le gustaba el tono de Zeerid.

—Derribaré el crucero. Con él en él.

—Y contigo en él.

Ella hizo sobresalir su mentón.

—Si es lo que se requiere.

Él golpeó una mano de frustración en el cuerpo de T7. El droide bipeó irritado.

—Aryn, has estado viendo la HoloRed demasiado. No funciona así. Serás capturada, torturada, asesinada. Él es un Sith. Ellos volaron una nave dentro del Templo, mataron a docenas de Jedi, bombardearon Coruscant. Vamos. ¡Piensa!

—Lo hago. Y tengo que hacer esto.

Él debió haber visto la decisión en sus ojos. Él tragó, miró tras ella, como si reuniera sus pensamientos, entonces de nuevo a ella.

—Dijiste que me ayudarías a salir del planeta.

—Lo sé —dijo ella.

—No puedo seguirte al crucero. Tengo una hija, Aryn. Sólo quiero salir del planeta y volver con ella antes de que El Intercambio o cualquier otro llegue a ella.

El calor salió de ella en una explosión.

—Has hecho más que suficiente, Zeerid. No te permitiría venir aunque te hubieras ofrecido.

Ambos se miraron el uno al otro durante un largo tiempo, algo sin decir colgando en el aire entre ellos. La cabeza de T7 rotaba desde Zeerid hasta Aryn y de nuevo a Zeerid.

—No necesitas enfrentarle —le dijo él.

Mugre de los Trabajos manchaba la chaqueta y pantalones de Zeerid. La falta de sueño había pintado círculos bajo sus ojos marrones. No se había afeitado en días y una barba incipiente negra cubría sus mejillas. Su apariencia una vez más le pareció a Aryn como la de un profeta loco, aunque parecía que ella era la que estaba actuando como una loca.

—Sí, lo necesito —dijo ella.

Ella le alcanzó una mano y le quitó algo de tierra de su mejilla. En un primer momento él parecía sorprendido de su toque, entonces miró como si quisiera decir algo, pero no lo hizo.

—Aquí se separa nuestro camino, Zeta —dijo ella. Ella percibió su alarma en el pensamiento—. Tú te quedas el speeder y a T7. Yo ya encontraré algo. Adiós, Zeerid.

T7 pronunció un triste silbido conforme ella se alejaba caminando. Las palabras de Zeerid le hacían retroceder, tanto como las de ella le hicieron retroceder a él antes ese día.

—Déjame ayudarte, Aryn. No voy a ir a ese crucero, pero puedo ayudarte a subir a bordo.

—¿Cómo?

—No lo sé. Quizás viajando de polizón en un transporte Imperial que vaya hacia él. —Él señaló a una forma negra distante moviéndose a través del cielo de la tarde—. Ellos vienen y van con regularidad y siempre al mismo espaciopuerto. Y conozco ese espaciopuerto. Yo mismo he aparcado al Gordo allí unas cuantas veces. Encontraré una forma de subirte a bordo de un transporte mientras encuentro una nave que me saque del planeta. Así que nada de adiós todavía. Aún necesito tu ayuda y tú todavía necesitas la mía. ¿Suficientemente bien?

Aryn no se lo tuvo que pensar mucho. Ella podía usar la ayuda de Zeerid, y ella quería mantener su compañía tanto como fuera posible.

—Suficientemente bien —dijo ella.

—¿Y quién sabe? —dijo él conforme ella subía al speeder—. Quizás recobres el sentido mientras tanto.



ZEERID LLEVÓ EL SPEEDER ARMIN BAJO, acariciando el paisaje urbano, hasta que alcanzó un edificio de apartamentos bombardeado. No había nada particularmente notable en él. Simplemente parecía un sitio decente para refugiarse.

La fachada había caído de los niveles superiores del edificio, exponiendo los pisos y habitaciones del interior. Parecía como si el Imperio hubiera despellejado la piel del edificio para exponer sus tripas. Zeerid supuso que el Imperio le había hecho eso a todo Coruscant: habían viviseccionado a la República.

La fachada en ruinas del edificio descansaba en una pila de cristal y piedra en la base del edificio, una pila de ruinas mezcladas con muebles, videopantallas destrozadas, y los otros indicios de habitación.

El interior permaneció mucho tiempo intacto, aunque el polvo de la piedra pulverizada lo cubría todo. Trozos de cristal destrozado como garras colgaban de las ventanas. Unos pocos cables encendidos escupían chispas. El agua se derramaba de alguna parte, formaba una pequeña cascada que caía desde una de las plantas superiores. Ni una sola luz brillaba en el edificio entero. Parecía abandonado.

—Esto debería servir —les dijo a Aryn y T7. Pilotó el speeder alrededor y a través de las ruinas hasta que lo llevó cerca de uno de los apartamentos inferiores expuestos.

—¿Servir para qué? —preguntó Aryn, y T7 repitió su pregunta con un bip.

—Voy a explorar el espaciopuerto. Ambos os vais a quedar aquí.

Aryn agitó su cabeza.

—No, yo debería ir.

—Trabajo mejor solo, Aryn. Al menos cuando se trata de vigilancia. Lleva algún tiempo…

—No necesito tiempo. Necesito llegar a ese crucero.

—Y esta es la mejor forma de hacerlo. Así que tómate tu tiempo para comer y… recomponerte. —Él se avergonzó cuando dijo esto último, pensando que ella se lo tomaría como una ofensa, pero apenas parecía mostrarlo—. Estaré de vuelta tan pronto como pueda.

Él le lanzó otra de las barras de proteínas que había cogido del compartimento de la consola del speeder.

—Zeerid… —dijo ella.

—Por favor, Aryn. Sólo voy a darle un vistazo. No haré nada sin ti.

Ella consintió con un suspiro y saltó fuera del speeder. Ella desenganchó a T7 y le bajó al suelo.

—Volveré tan pronto como pueda —dijo Zeerid—. Échale un ojo a ella, Te-siete.

El droide ululó de acuerdo y Zeerid aceleró.

EVITANDO LOS EQUIPOS DE BÚSQUEDA Y RESCATE trabajando en las ruinas aún ardiendo, Zeerid siguió su camino hacia el puerto del cuadrante, el Espaciopuerto Liston. Podía verlo en la distancia, enmarcado contra el cielo nocturno, los apéndices curvados de sus grandes plataformas de aterrizaje de navíos se elevaban hacia el cielo como los brazos esperanzados de un penitente. Parecía no tener daños por el ataque, al menos desde la distancia.

Conforme miraba, las puertas de techo hacia una de las muchas plataformas de aterrizaje de navíos pequeños se abrían en el cuerpo principal del puerto, una boca escupiendo luz en el aire oscuro. Él apagó los propulsores del speeder y lo apartó a un lado.

En el cielo sobre el puerto, las luces corriendo de tres lanzaderas Imperiales surgían a la vista conforme descendían al puerto. La boca de las puertas se las tragó, se cerró y apagó la luz una vez más.

Al menos sabía que había naves allí.

Zeerid se quedó donde estaba y por un tiempo miró para ver si había más tráfico. No vio ninguno. En momentos normales, incluso un espaciopuerto pequeño como el Liston habría estado zumbando de actividad.

Encendió el respaldo del speeder y lo condujo, queriendo echar un vistazo más cerca. El área alrededor del puerto, hasta una distancia de varios kilómetros, había sido golpeada duramente por las bombas Imperiales. Edificios chamuscados se inclinaban como borrachos en sus cimientos. Agujeros abruptos y carbonizados marcaban el suelo. Las cintas transportadoras estaban torcidas, formando una red loca de caminos que no llevaban a ninguna parte. Cables encendidos escupían chispas enfadadas. Trozos de duracreto descansaban aquí y allá, aleatoriamente desparramados por la fuerza de las bombas.

Condujo lentamente, sin luces, esquivando los obstáculos. No vio a nadie en el área, ningún movimiento en absoluto. Se sentía como una ciudad fantasma. La peste a quemado llenaba el aire. Así, también, el vago hedor, enfermizamente dulce de los restos orgánicos. Las ruinas eran las tumbas de miles. Trató de quitárselo de la mente, esperando que muchos hubieran sido capaces de huir hacia los niveles inferiores antes de que el bombardeo empezara en serio.

Vio una estructura de aparcamiento de varias plantas. La mitad de ella estaba en ruinas. La otra mitad parecía lo suficientemente estable, y sólo estaba a unos pocos bloques desde el puerto. Condujo al speeder al nivel inferior y lo aparcó allí. Haría el resto del camino a pie. Quería echar un vistazo al puerto sin ser visto y podría hacerlo mejor sin un vehículo.

La escuela de vuelo de la República le había enseñado evasión en tierra —para prepararle en el caso de que su nave cayera alguna vez en territorio enemigo— y puso sus habilidades en uso. Tan discretamente como un fantasma, se movió entre las ruinas de piedra y vigas de acero y vehículos abandonados, manteniendo la cobertura tanto como

podía para evitar ser visto desde el aire. Sabía que el Imperio a veces usaba droides de vigilancia aéreos.

Delante, un hotel de diez pisos, La Nébula, salía del paisaje urbano humeante, arruinado. Al contrario que casi todo alrededor, parecía mayormente intacto excepto por unas pocas ventanas destrozadas en las plantas inferiores. Zeerid no vio luces en ninguna de las habitaciones así que asumió que no tenía energía y estaba desocupado. Corrió a través de la calle hacia el hotel, hizo palanca para abrir las puertas, y entró en el recibidor. No había droides de bienvenida, nadie en el escritorio del conserje, oscuridad profunda.

—¡Hola! —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

Con la energía apagada, ignoró los ascensores y se dirigió hacia las escaleras. Estaba medio sin respiración cuando alcanzó la puerta de acceso al ático. La pateó para abrirla, bláster en mano. Nada. Se agachó y se dirigió al borde del tejado. Desde allí, tenía una buena vista del espaciopuerto. Sacó los macrobinoculares que había cogido del speeder Armin y apuntó al puerto.

La aguja de control era una espina oscura de transpariacero, obviamente desocupada. Todas las entradas parecían cerradas excepto una, y una docena de soldados Imperiales en armadura de combate completaba la vigilaban. Zeerid imaginó que había más tropas Imperiales dentro del propio complejo. Parecía que el Imperio había cerrado todos los puertos salvo unas pocas plataformas de aterrizaje de navíos pequeños, probablemente para dar a las ya estiradas tropas menos terreno que asegurar.

Grandes ventanas de transpariacero en la pared se abrían en las plataformas cercanas. A través de ellas vio las tres lanzaderas Imperiales que acababan de aterrizar. Todas ellas tenían una designación numérica escrita sobre la palabra VALOR, el nombre del crucero de Darth Malgus.

—Parece que se cumplirá tu deseo, Aryn —musitó.

Vio otra nave allí, también, una nave de entregas Imperial modificada, clase Libélula. Giró un sintonizador en los macrobinoculares para ampliar la imagen.

No había marcas Imperiales, y la rampa de aterrizaje estaba alzada como si estuviera preparada para el lanzamiento.

Un par de docenas de trabajadores en monos iban al trabajo de operarios del puerto, como lo hacía media docena o así de droides rodando entre las naves, líneas de combustible, grúas de carga, y terminales de ordenador.

Un destello lavanda llenó el campo de visión de los binoculares y él volvió a la modificación alta.

Una mujer Twi'lek caminaba enfrente de la ventana y temporalmente llenó las lentes con su piel lavanda.

Piel lavanda.

Él observó conforme la Twi'lek y un escuadrón de soldados Imperiales uniformados en armadura media llevaban a seis pensantes encapuchados y esposados a una de las lanzaderas. Zeerid trató de mantener los binoculares en la Twi'lek, que parecía estar

dando órdenes a las tropas, pero necesitaba ir saltando con los binoculares de ventana a ventana conforme se movía, y a veces la perdía.

Como la Twi'lek del vídeo del Templo Jedi, llevaba blásters gemelos en sus caderas. Ella también llevaba los pantalones ajustados y las botas altas.

—Tiene que ser ella —dijo él. Pero quería confirmarlo, así que esperó, y observó, y al fin ella giró su cara hacia la ventana y él la vio, la cicatriz escarpada en su garganta.

—Te tengo —dijo él.

La Twi'lek habló por su comunicador, y la lanzadera con los civiles empezó a elevarse. Conforme se alzaba con sus propulsores, las puertas del techo de la plataforma se deslizaban para abrirse, una vez más vertiendo luz sobre el cielo nocturno. Cuando la lanzadera salió por la línea del techo, encendió sus motores y despegó, presumiblemente dirigiéndose de vuelta al Valor. Las puertas se cerraron tras ella.

La Twi'lek y cerca de una docena de tropas se quedaron en la plataforma. Los trabajadores, también, y los droides. Zeerid vio a un equipo de trabajadores y la caja aplastada de un droide de mantenimiento empezar a rellenar el combustible de una de las lanzaderas con una gruesa manguera conectada a un tanque subterráneo.

Viéndolo, Zeerid trazó un plan. Se guardó en el bolsillo los binoculares y se apresuró a salir del hotel, al speeder, y de vuelta con Aryn.

LA LANZADERA VOLÓ en una vigilia silenciosa sobre las ruinas del Templo Jedi. La voz del piloto de Malgus salía del comunicador de la nave. El aburrimiento matizaba su tono.

—¿Debo dejarle aquí, mi señor?

—Te quedarás hasta que diga lo contrario —contestó Malgus—. Las luces internas y externas deben permanecer apagadas.

—Como desee, mi señor.

La lanzadera de Malgus voló sobre las ruinas del Templo Jedi y sobre trescientos metros. Desde esa altura, el Templo era poco más que un montón de piedras a la luz de las estrellas. Se había detenido sobre las ruinas durante horas, conforme el día se convertía en noche, y todavía Aryn Leneer no se había mostrado.

Pero ella vendría. Él sabía que lo haría.

ARYN DESENVOLVIÓ y se comió la barra de proteínas que Zeerid le había dado. Ella y T7 se habían resguardado en uno de los apartamentos. Se sentó en un sofá polvoriento, la peste a planeta quemado en sus fosas nasales. Ella repitió en su mente la muerte del Maestro Zallow, la mirada en su cara. Ella vio una vez más las ruinas del Templo y sabía que su cuerpo permanecía bajo la montaña de escombros.

Luchando contra la marea creciente de aflicción, adoptó una postura meditativa, cerró sus ojos, y trató de dejarse llevar por la Fuerza.

—Corazón tranquilo, mente tranquila —entonó ella, pero ambos parecían imposibles.

Finalmente, se recostó en el sofá y miró arriba al cielo. El humo omnipresente parecía como nubes negras contra las estrellas. Ahora y de nuevo vio las luces de una nave en la distancia y asumió que pertenecían a una nave de patrulla Imperial.

En su momento, su agotamiento emocional y físico la abatieron y se dejó llevar por el sueño.

Soñó con el Maestro Zallow. Él se erguía ante ella en las ruinas del Templo Jedi, sus túnicas agitándose en la brisa. La cara de piedra agrietada de Odan-Urr les miraba. La boca del Maestro Zallow se movía pero no salía ningún sonido. Parecía estar intentando decirle algo.

—No puedo oírte, Maestro —dijo ella—. ¿Qué estás diciendo?

Ella trató de acercarse, cogiendo un camino a través de los escombros, pero cuanto más trataba de acercarse, más lejos se movía él. Finalmente su frustración sacó lo mejor de ella y gritó:

—¡No sé lo que quieres que haga!

Ella se despertó, el corazón doliéndole, y encontró a T7 en pie ante ella. Él silbó una pregunta.

—No, estoy bien —dijo ella, pero no lo estaba.

Ella se levantó y puso su capa sobre ella.

Comprobó su crono. Zeerid se había ido durante una hora. Probablemente estaría fuera otra hora por lo menos.

Su sueño la había dejado agitada. Cogió la empuñadura del sable de luz del Maestro Zallow en sus manos, la giró, estudió su artesanía. Su diseño reflejaba su personalidad: sólida, sin decoraciones, pero maravillosa en su sencillez.

Quería volver al Templo, a la escena donde el asesinato había ocurrido. Habría hecho a Zeerid descender el speeder cuando habían estado sobre él antes. Quería caminar entre las ruinas y comulgar con los muertos. Ancló el arma del Maestro Zallow a su cinturón.

—Tengo que ir a un sitio, Te-siete. Volveré pronto.

Él silbó otra pregunta, alarma en sus bips.

—Dile que volveré. No hay nada por lo que preocuparse.

Dejó el apartamento en ruinas y se dirigió de vuelta hacia el Templo Jedi.

Había algo allí para ella. Tenía que haberlo.

CUANDO ZEERID VOLVIÓ a su refugio en el edificio de apartamentos en ruinas, descubrió que Aryn se había ido. Su ausencia puso un nudo en su garganta. T7 le silbó desde uno de los apartamentos.

—¿Dónde está ella, Te-siete? —preguntó él.

El pequeño droide parloteó, silbó y bipeó tan rápido que Zeerid escasamente podía seguirle. Al final, reunió que Aryn había dejado el apartamento tras un corto descanso, y que no le dijo a T7 dónde iba.

Pero Zeerid sabía dónde habría ido. Estaría donde el Maestro Zallow murió.

—Vamos, Te-siete —dijo él, y cargó al droide en el speeder.

LAS EMOCIONES DE ARYN SE ENTURBIABAN, su humor tan oscuro como la noche. Normalmente las luces artificiales de cientos de miles de negocios y anuncios encendían el cielo nocturno de Coruscant. Pero el ataque había apagado la energía de enormes franjas del planeta, y el silencio oscuro hacía sentir el planeta como un mausoleo.

Aryn trazó un camino a través de la oscuridad negra y se aproximó al Templo entre la amplia procesional, pavimentada en piedra que una vez había llevado a la gran entrada principal del Templo. Malgus debía haber usado el mismo camino, se dio cuenta ella, y le horrorizaba que la última persona que caminó por la procesional antes de la caída del Templo fuera un Sith. Lo encontró obsceno.

Ella imaginaba que estaba retrasando sus pasos, sus botas borrando la equivocación de su paso.

Ella frenó, calmándose a sí misma, conforme la estructura en ruinas se materializaba fuera de la oscuridad ante ella. El ataque había convertido las una vez curvadas líneas y elegantes agujas del templo en un montón deforme de ruinas, un túmulo funerario para la Orden Jedi.

La vista de ello rasgó la costra de la herida de su aflicción. Conforme ella se aproximaba, los fantasmas de su pasado salían de las ruinas… su tiempo en el Templo como una joven, como una Padawan, la ceremonia cuando fue ascendida a Caballero Jedi. El Templo había sido su hogar durante décadas, y su padre había sido asesinado en él.

En el ojo de su mente vio el golpe final que había matado a su maestro, tan claro como si estuviera viendo el vídeo una vez más en la sala de vigilancia del Templo. Vio a Malgus girar, invertir su agarre, y dirigir su sable de luz a través del Maestro Zallow. Y una vez más vio la mirada en la cara del Maestro Zallow conforme la luz se iba de sus ojos, la desesperación ahí. Había fallado y lo sabía. Quizás también había sabido, como lo hacía Aryn ahora, que la Orden Jedi había fallado, también.

El pensamiento de su maestro muriendo con desesperación en su corazón dirigió una espina de rabia a través de la herida de su pérdida.

Y aún así… no podía quitarse la mirada que había visto en sus ojos en su sueño. Había parecido preocupación, una advertencia quizás. Quería decirle algo…

Ella agitó su cabeza. Sólo había sido un sueño, no una visión, sólo una proyección de su propio subconsciente. Ella lo rechazó.

Ella encontraría a Malgus y le mataría.

Alcanzó el límite de las ruinas, trepó por los escarpados trozos de piedra. Todavía se sentían calientes, todavía radiaban el calor de su propia destrucción. Caminó entre ellos, las tumbas de docenas de Jedi, y lloró a través de su rabia.

Un sentimiento la agarraba conforme las cuerdas de su sensibilidad a la Fuerza vibraban con una nota discordante. El sentimiento le cogió por los hombros, la agitó, y la vació de la aflicción, dejándole sólo rabia.

Conocía el origen del sentimiento.

Activó su sable de luz y trató de ubicar la localización de Malgus.

MALGUS SINTIÓ LA SEÑAL de otro usuario de la Fuerza, la presión incómoda del lado luminoso, y que tiraba de él hasta sus pies. La presión le recordaba a cómo se había sentido en presencia del Maestro Zallow, y supo que Aryn Leneer había venido al fin.

—Desciende la lanzadera a cincuenta metros —dijo él, la adrenalina ya en marcha a través de su cuerpo—. Y cuando salga, debes irte.

—¿Cuándo salga, mi señor?

Malgus no respondió. En su lugar, se deshizo de su seguridad de vuelo y apretó el botón para abrir la escotilla lateral. Conforme la puerta se deslizaba para abrirse, y el aire nocturno se colaba dentro, fragante con el hedor de un Templo en ruinas y un planeta abrasado, dejó que la rabia le llenara.

La nave descendió a cincuenta metros. Abajo, el Templo en ruinas estaba oscuro, cubierto por el terciopelo de la noche. Pero percibió la presencia de Aryn Leneer tan claramente como lo habría hecho bajo el sol de mediodía.

Caminó a la puerta, empuñó la Fuerza, activó su sable de luz, y saltó a la oscuridad.

UN RUGIDO, pesado de odio y rabia, tiraba de los ojos de Aryn hacia el cielo. Malgus descendía como un meteoro. Su capa volaba por detrás y sobre él, una coma de oscuridad, y empuñaba su sable de luz en un agarre a dos manos. El poder iba ante él en una ola de distorsión visible. La lanzadera de la cual había saltado voló al cielo nocturno.

Aryn cayó completamente en la Fuerza, elevó sus defensas, tomó una postura de combate, y bloqueó el corte elevado a dos manos de Malgus. Tranquilo, aterrizó en un capullo de poder, golpeando el suelo en una explosión de poder que destrozó las piedras alrededor de ellos y las convirtió en una lluvia de metralla. Inquebrantable, Aryn las reflejó con la Fuerza conforme bloqueaba otro corte de Malgus. La fuerza del golpe del Sith hacía temblar sus brazos, pero no cedió terreno.

Las espadas bloqueadas, chispeando, sus ojos se encontraron.

Los ojos oscuros de Malgus ardían con una rabia que la acuchillaba. La rabia que radiaba era tangible para Aryn, hacía que el aire se sintiera grasiento, contaminado. Pero ella sentía algo más en ella, algo inesperado, una ambivalencia rara.

—Sé por qué has venido —dijo él, su voz, un siseo desde detrás de su respirador.

Ella forzó las palabras entre los dientes apretados.

—Mataste al Maestro Zallow.

—Y ahora te mataré a ti también —dijo él—. En el mismo sitio donde le maté a él. —Él se inclinó sobre su espada, la presionó hacia atrás con un paso, y desató una patada aumentada con la Fuerza en sus costillas.

Pero ella fue más rápida, y una voltereta la mandó sobre su cabeza y a cincuenta metros, más profundo en la montaña de ruinas donde su Maestro había muerto. Ella aterrizó agachada en la cima de una de las columnas rotas sobresaliendo de las ruinas.

—Te será difícil —gritó ella, y contestó a su rabia con una ola de la suya propia—. Te lo aseguro.

Malgus hizo un gesto con su mano izquierda, y la columna donde ella estaba empezó a agitarse. Ella saltó fuera hasta otra cercana, entonces a otra, brincando un camino a través de las ruinas, de vuelta hacia Malgus.

Cuando aterrizó en la cima de un gran trozo de piedra a diez metros del Sith, él hizo un gesto de corte con su mano libre y dos trozos del estatuario se alzaron de los escombros y corrieron hacia ella desde cada lado. Ella saltó al aire y ellas se aplastaron la una contra la otra tras ella, desperdigando trozos de piedra. Ella aterrizó en la cima de los restos, sable de luz preparado…

Malgus gruñó, saltó en el aire desde su posición hacia ella. Ella se deslizó a un lado de su corte hacia abajo y su espada dividió la piedra a sus pies. Ella desató un corte cruzado que le habría decapitado si no se hubiera agachado debajo de él.

Ella dio una voltereta por encima de él hacia otro trozo de escombros, a quince metros. Teniendo agarrada telekinéticamente una gran piedra cerca de Malgus, ella se la arrojó. Él nunca se movía, simplemente mantuvo su terreno y dividió la roca que se acercaba en dos con su sable de luz. Chispas rojas y pedacitos de piedra llovían.

Aryn no podía encontrar su calma. Estaba luchando enfadada, pero no le importaba. Gruñendo, pensando en su Maestro, ella saltó sobre la montaña de escombros, saltando de un trozo de piedra a otro, acortando la distancia con Malgus. Él contestó su carga con otra suya, los dos saltando a lo largo de las lápidas de la Orden Jedi hasta que se acercaron a una distancia de golpe.

Aryn apuñaló bajo y Malgus golpeó su espada ampliamente, invirtió su movimiento y desató un revés a su abdomen. Ella saltó sobre él, tirando de sus piernas apretadas, y soltó un golpe desde arriba a dos manos conforme volvía abajo. Malgus lo paró transversalmente y se encaminó a una patada lateral aumentada con la Fuerza dirigida a sus costillas. Ella cogió la patada con su mano libre, cerró su brazo sobre su pierna, giró, y arrojó a Malgus a veinte metros de ella. Él dio una voltereta en el aire y aterrizó sobre la cara agrietada de la estatua de Odan-Urr que una vez se había alineado en la entrada procesional al Templo.

Ella cogió la empuñadura del sable de luz del Maestro Zallow con su otra mano, se agachó, y saltó en un brinco hacia él. Él la vio venir y en la cumbre del arco de su salto, él alargó su mano izquierda hacia ella, rugiendo, y venas de rayos de la Fuerza temblaron hacia ella.

Preparada para ello, ella activó el sable de luz del Maestro Zallow, lo usó para formar una X con la suya propia, e interceptó los rayos con las dos espadas.

Su poder se encontró con su voluntad. El rayo se arremolinó alrededor de las espadas brillando. La fuerza de él detuvo su descenso y la mantuvo en el aire durante un momento, suspendida en una columna construida del lado oscuro.

Y entonces ella se sobrepuso a él. El rayo se disipó a la nada y ella, sin haber sido dañada por él, cayó directa hacia abajo, aterrizando de pie en una pila inestable de escombros y desactivando la espada del Maestro Zallow.

En el momento que aterrizó, Malgus estaba sobre ella, su espada cortando, apuñalando, girando. Él trató de usar su fuerza superior para forzarla a caer de la piedra, desequilibrarla, pero ella contestó a su fuerza con velocidad, apartando sus golpes, saltando sobre ellos, bloqueando, desatando sus propias ráfagas. El zumbido de sus armas a través del aire, el siseo de las espadas cruzadas, se fundió en una única canción de velocidad y poder.

ZEERID VOLÓ EN EL SPEEDER con los propulsores al máximo hasta a cien metros de altura. Observó a una lanzadera Imperial acelerar hacia el cielo desde las proximidades del Templo Jedi. Pensando en Aryn, sintió que el estómago le daba un vuelco. Voló todavía más alto, esperando tener una vista de ella cerca del Templo.

Y lo hizo.

Ella y Darth Malgus saltaban entre las ruinas del Templo, sus espadas brillando, bloqueándose, la velocidad de su duelo tan rápida que Zeerid apenas podía seguir sus movimientos. Pese a sí mismo, encontró el combate hermoso.

Frenó el speeder y T7 bipeó una pregunta.

Aryn había hecho lo que había venido a hacer a Coruscant… estaba enfrentándose a Malgus.

Y Zeerid había visto lo que Malgus había hecho en el Templo. El Sith se merecía la muerte.

Pero se preocupaba por los motivos de Aryn. La línea entre buscar justicia y buscar venganza era de por sí fina, pero Zeerid podía ver que Aryn la había sobrepasado. Quería a Malgus muerto porque quería venganza. Y ahí no habría forma de deshacerlo una vez que estuviera hecho.

Sabía eso mejor que la mayoría.

Él recompuso su mente y aceleró a tope el speeder.

ARYN Y MALGUS BLOQUEARON LAS ESPADAS.

—Soy más de lo que puedes, Sith —dijo sobre las chispas de sus sables de luz unidos.

—Tu Maestro no lo era —dijo Malgus, sonriendo, y la empujó con una explosión telekinética de tal fuerza que voló hacia atrás y se chocó contra las rocas y escombros. Ella usó la Fuerza para acolchar el impacto, pero aún así aterrizó de espaldas y el impacto le robó el aliento de los pulmones.

Malgus saltó alto en el aire, gritando con rabia, su espada en alto para un golpe mortal. Ella rodó a un lado conforme bajaba y su espada se hundía hasta la empuñadura en los escombros del Templo. Ella saltó sobre sus pies y desató un revés con un corte cruzado a su garganta. Él liberó su espada y la puso en vertical para bloquearlo, pero al mismo tiempo ella apuntó el extremo de la espada del sable de luz del Maestro Zallow y la activó.

Él debió haber percibido el peligro en el último momento para deslizarse parcialmente a un lado. Aún así, la línea verde de la espada del Maestro Zallow perforó su armadura y su lateral y obtuvo un gruñido de dolor y rabia. Antes de que Aryn pudiera seguirle, Malgus dirigió una mano abierta al lado de su cara.

Ella no estaba preparada para el golpe. El impacto aumentado por la Fuerza explotó una lluvia de chispas en su cerebro y la mandó dando volteretas lejos de Malgus; ella se golpeó contra una roca y aterrizó de lado a diez metros. La adrenalina la hizo ponerse en pie, aunque ella se balanceaba irregularmente. Escupió una bocanada de sangre y mantuvo ambos sables de luz preparados.

Malgus se irguió entre las ruinas, su espada siseando, mirando al agujero humeante en su armadura, el surco en su carne.

Viendo una oportunidad, ella no vaciló.

Usando la fuerza para guiarlo, arrojó el sable de luz del Maestro Zallow a Malgus. La espada cortó un arco brillante verde a través del aire conforme giraba extremo contra extremo hacia la cabeza de Malgus.

Pese a su herida, el Sith golpeó a un lado el agarre con la Fuerza de Aryn en la espada y lo arrancó del aire, tan rápido como una víbora de las arenas. Él desactivó la espada, sostuvo la empuñadura en su mano, la estudió. Miró arriba y sobre Aryn, sus ojos ardiendo. Ella le imaginó sonriendo bajo su respirador.

—Este arma no le fue de utilidad a él y no lo será para ti.

El sonido de un motor hizo girar la cabeza de Aryn. Ella se giró, su espada preparada, y vio el speeder Armin rugiendo en el cielo como un cometa, Zeerid en el asiento del conductor. T7 sentado en la parte trasera. Él llegó muy fuerte y los propulsores no podían parar por completo al speeder para evitar que el speeder chocara contra las ruinas. El metal crujió. El polvo volaba.

—¡Aryn! —gritó Zeerid—. ¡Sube!

Zeerid miró tras ella a Malgus, parecía considerar descargar un disparo de bláster, pero lo pensó mejor.

—¡Vamos, Aryn! —gritó Zeerid, y T7 le respaldaba con un silbido de urgencia—. Por favor. Dijiste que me ayudarías.

Ella dudó.

Malgus la miró, blandió la empuñadura del Maestro Zallow, una mofa para mantenerla allí.

Ella tomó su decisión.

Quería eliminar la petulancia que había escuchado en su tono, para ver en sus ojos lo que había visto en los del Maestro Zallow. Matarle no era suficiente. Quería verle en el dolor. Ella sólo tenía que averiguar cómo hacerlo.

Ella saltó alto en el aire y aterrizó junto a Zeerid en el speeder.

—La muerte es demasiado fácil, Sith —le gritó a Malgus, el veneno en su tono sorprendiéndole incluso a ella—. Voy a herirte primero.

Las palabras le dejaron un mal sabor de boca. Ella sintió los ojos de Zeerid sobre ella y no se atrevió a mirarle a la cara.

Malgus, también, parecía casi desconcertado, a juzgar con su ceño fruncido y la inclinación de su cabeza.

—Vamos —dijo ella.

Zeerid aceleró y empezó a girar el speeder.

La rabia fue en aumento en Malgus. Él reactivó la espada del Maestro Zallow y la lanzó hacia ellos. Zeerid trató de rodar fuera del camino pero la espada hizo un tirabuzón y continuó yendo hacia ellos. T7 bipeó en alarma.

Aryn vio al arma girar, la sintió, y antes de que alcanzara al speeder, ella la alcanzó con la Fuerza y la arrancó del agarre mental de Malgus. El arma se giró hacia arriba sobre el speeder y descendió por la empuñadura a sus manos conforme Zeerid se alzaba hacia el cielo nocturno y aceleraba. Ella lo desactivó.

Ella miró atrás una última vez para ver a Malgus en pie sobre el templo en ruinas, su espada en mano, su capa ondeando al viento. Parecía como un conquistador victorioso.

Y ella le odiaba.

ZEERID VOLÓ BAJO y rápido a través de las calles de Coruscant, rodando alrededor de edificios, corriendo por callejones, descendiendo a los niveles inferiores conforme iba. Pronto, el cielo se perdió en la densidad de las estructuras sobre ellos. Ellos estaban en un submundo industrial, una serie de túneles de metal y duracreto que cubrían el planeta entero.

—¿Alguien siguiéndonos? —dijo él.

Aryn no contestó. Se sentó en el asiento de pasajeros y miraba a la empuñadura del sable de luz de su Maestro como si nunca la hubiera visto antes.

—¡Aryn! ¿Nos está siguiendo alguien?

—No —dijo ella, pero no miró atrás.

Zeerid lanzó una mirada tras ellos, sobre ellos, y no vio a nadie. Se permitió respirar tranquilo.

—Maldición, Aryn, ¿qué estabas haciendo?

Ella contestó en un tono tan mecánico como un droide de protocolo.

—Lo que vine a hacer, Zeerid. Enfrentarme a Malgus. ¿Qué estabas haciendo tú?

—Ayudándote.

—No necesitaba ayuda.

—¿No? —Él la miró a través del compartimento del speeder.

—No.

Zeerid pensaba de otro modo.

—¿Por qué subiste al speeder, Aryn?

—No quería que te hirieran. Y te dije que te ayudaría a salir del planeta.

—Una mentira —dijo Zeerid—. ¿Por qué no simplemente quedarte allí y terminarlo?

Ella miró lejos de él mientras contestaba.

—Porque …

—¿Por qué?

—Porque matarle no es suficiente —espetó ella—. Quiero herirle.

Ella ancló la empuñadura del sable de luz de su Maestro a su cinturón y miró sobre Zeerid.

—Quiero herirle como él me hirió, como hirió al Maestro Zallow antes de que muriera.

—Aryn, no tengo que ser un émpata para sentir tu ambivalencia. La venganza…

Ella alzó una mano para cortarle.

—No quiero escucharlo, Zeerid.

Él lo dijo de todos modos. Él le debía eso.

—Eso no suena a ti.

—No nos hemos visto en años —espetó ella—. ¿Qué sabes tú sobre mí?

El tono afilado le cortó.

—No tanto como creía, al parecer.

Por un tiempo, el silencio se asentó entre ellos como un muro.

—Me metí en El Intercambio por una buena razón, creo. Para proveer una buena vida a mi hija.

—Zeerid…

—¡Sólo escucha, Aryn! —Él tomó aliento para calmarse—. Y esa única decisión, que parecía tan correcta, me ha llevado a traficar con armas, y luego a traficar con especia. Una decisión, Aryn. Un acto.

Ella agitó su cabeza.

—Esto no es como eso, Zeerid. Sé lo que estoy haciendo.

Él no estaba tan seguro pero decidió no presionar más. Cambió de tema.

—Creo que puedo llevarnos al espaciopuerto. Hay naves allí, del Valor, y tropas Imperiales, pero tengo un plan.

Sin mirarle, ella alcanzó a través del asiento y tocó su mano, sólo por un momento.

—Lo siento por la forma en que he hablado, Zeerid. Yo no …

Él agitó su cabeza.

—No lo sientas, Aryn. Sé que estás herida. Yo sólo… no quiero que lo hagas peor para ti misma. Sé cómo eso puede pasar. ¿Estás… viéndolo claro?

Él se sentía ridículo tratando de proveer a una émpata, de entre toda la gente, con una visión de su estado emocional.

—Lo estoy haciendo —dijo ella, pero él escuchó inseguridad en su tono.

—Al final, tendrás que vivir contigo misma.

Él sabía bien lo difícil que podía llegar a ser.

—Lo sé —dijo ella—. Lo sé. Ahora, ¿cuál es tu plan?

Él se lo contó.

Ella escuchó atentamente, asintió cuando acabó.

—Eso debería funcionar.

—¿Te-siete puede hacerlo?

Aryn asintió, y T7 bipeó de acuerdo.

—Te ayudaré a subir y coger una nave —dijo Aryn—. Pero… no voy a dejar Coruscant.

—Imaginé que dirías eso —dijo él, pero en su mente todavía no había concebido el motivo. Él batalló sobre si decirle sobre la Twi'lek.

—Estás ocultando algo —dijo ella.

Él se frotó la nuca, indeciso.

Al final, decidió que le debía ser honesto, y él sabía que no podía tomar decisiones por ella.

—La Twi'lek que vimos en el vídeo en el Templo …

Él reculó. Aryn agarró su antebrazo, lo apretó.

—Dime, Zeerid.

Él tragó, sintiéndose cómplice de un crimen. No era tanto el daño a la Twi'lek lo que le preocupaba, sino el daño a Aryn.

—La vi en el Espaciopuerto Liston. Estaba allí.

Las uñas de los dedos de Aryn se hundieron en su piel, pero parecía no darse cuenta. Él agradeció el dolor. Ella miró a través del parabrisas. Él se imaginaba que podía verla sopesando opciones en la balanza de su mente. Él tenía esperanzas de que eligiera la correcta.

—Quiero verla —dijo ella—. Vamos.

Esa no era la respuesta que Zeerid esperaba escuchar.

MALGUS SE SENTÓ ENTRE LAS RUINAS, las estatuas caídas de sus antiguos enemigos, y reflexionó. La brisa nocturna soplaba fría sobre su cara. Él repitió su confrontación con Aryn Leneer. Su poder le había sorprendido. Así, también, la rabia que había en ella.

La rabia la entendía, incluso la respetaba, pero no entendía cómo había llegado a ella. Ella sabía que él había matado al Maestro Zallow cuando habían luchado en las ruinas. Pero no lo había sabido cuando se vieron por primera vez el uno al otro en el holo nave a

nave sobre Coruscant, cuando el Valor derribó al carguero. Estaba seguro de eso. Habría sentido la punta del cuchillo de su rabia si lo hubiera sabido entonces.

Así que debía haber sabido entremedias que él había matado al Maestro Zallow.

O lo había visto de algún modo… una grabación de vigilancia sacada de las ruinas, quizás… o si había interrogado a un testigo, un superviviente que hubiera escapado, o quizás un droide que se había escurrido de la destrucción.

De cualquier modo, ella ahora sabía los detalles del ataque.

Le placía que lo supiera. La destrucción del Templo Jedi era el mayor logro de su vida. Quería que los Jedi —quería que Aryn Leneer— supieran que había sido él quien lo hizo, él quien había dejado los cuerpos de tantos Jedi enterrados en las tumbas en ruinas de su una vez Templo.

Pero algo le preocupaba en el borde de su mente. No había huido en el speeder por miedo. Lo habría sentido, también.

Voy a herirte, había dicho.

¿Cómo podía ella herirle?

Y de repente lo supo. Ella conocía los detalles de su ataque al Templo, así que sabía que Eleena le había acompañado. Debía incluso haber visto en el comportamiento de Malgus lo que Lord Adraas había visto… sus sentimientos por Eleena. Ella le heriría del mismo modo que Adraas y Angral tratarían de manipularle.

La comprensión le mandó una avalancha de emociones a través de él, una avalancha que le llevó un momento reconocer como miedo. Él activó su comunicador y trató de contactar a su amante en su frecuencia normal.

No hubo respuesta.

Un nudo se formó en su estómago. Él contactó a Jard.

—Jard, ¿ha vuelto Eleena al Valor?

—No lo ha hecho, mi señor —contestó Jard—. Una de sus lanzaderas ha vuelto, pero ella no estaba a bordo.

Un anzuelo de miedo se alojó en la garganta de Malgus y tiró de él a sus pies.

—¿Cuándo fue la última vez que ella se registró? —preguntó él.

—Ella no se ha registrado, mi señor. ¿Hay un motivo de preocupación? ¿Debería enviar a un equipo para rescatarla?

—No —dijo Malgus—. La encontraré yo mismo.

Podía haber cualquier número de razones para que Eleena estuviera fuera de contacto. Podía simplemente haber apagado su comunicador.

Pero Malgus no se libraba de la incomodidad que sentía. Contactó a su piloto personal y le convocó con la lanzadera a que volviera al Templo. Sabía dónde habían descendido Eleena y su equipo… el Espaciopuerto Liston. La buscaría allí primero.


DAY THREE

CAPÍTULO 12

EL CIELO RELAMPAGUEABA al este. Zeerid comprobó su crono. Casi el amanecer. La noche había desaparecido en él. Estaba demasiado enchufado para sentir fatiga. Luchó contra los nervios para hacer su pregunta a Aryn:

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él.

Ella no le miró, y él lo tomó como una mala señal.

—Voy a llevarte al espaciopuerto y tú vas a volar de vuelta con tu hija.

Asumiendo que podía esquivar los cruceros Imperiales en su camino de vuelta, lo cual no parecía posible.

—Eso no es a lo que me refiero, Aryn, y lo sabes. ¿Qué vas a hacer con ella?

Aryn no contestó, pero la posición de su mandíbula le decía a Zeerid todo lo que necesitaba saber. Se arrepentía de haberle mencionado la Twi'lek a Aryn. Su honestidad le costaría a Aryn su alma. Cazar al Sith que había asesinado a su Maestro era una cosa. Matar a la Twi'lek sólo para herir a Malgus era otra cosa. Conforme conducía, se encontró a sí mismo deseando que la Twi'lek hubiera abandonado el espaciopuerto.

Delante, el puerto surgió a la vista. Él escaneó el cielo, no vio nada. La torre de control todavía estaba oscura. El Imperio había hecho un trabajo pobre asegurando el puerto —tenían demasiados pocos hombres vigilando una localización con tantos puntos de entrada potenciales— pero Zeerid supuso que tenían tropas limitadas y un planeta entero que controlar. Se alegraba por ello. De otro modo, su plan no habría tenido ocasión de tener éxito.

—Haré un amplio círculo y subiremos arriba. La clave de esto es la velocidad.

—¿No nos avistarán en los escáneres?

—La torre está oscura y no veo ningún hardware alrededor. Si tienen vigilancia orbital en el puerto, bueno…

Él se encogió de hombros. Si el Imperio tenía vigilancia orbital o droides de vigilancia de altura vigilando el espaciopuerto, él y Aryn tendrían problemas.

—La velocidad es la clave —dijo él—. Incluso si nos ven, si podemos subir e irnos lo suficientemente rápido, todavía podremos llevárnosla.

Aryn se apartó el pelo de la cara.

—¿Dónde la viste? ¿La Twi'lek?

—Allí —dijo él, señalando a las grandes ventanas de transpariacero que se abrían hacia la plataforma de aterrizaje de navíos pequeños donde había visto las lanzaderas, la nave de entregas, y la Twi'lek. Sin tener sus macrobinoculares a mano, todo lo que podía ver a través de las ventanas eran formas grises indiscriminadas, presumiblemente lanzaderas. Aryn miró por las ventanas por un momento, entonces asintió para sí misma.

—Vamos —dijo ella.

Él apagó las luces encendidas del speeder y lo llevó a quinientos metros, justo por encima de la parte superior de la estructura central principal en el espaciopuerto. Presionando los propulsores tan fuertemente como podía, aceleró hacia ella.

Su corazón se aceleraba, no por miedo de que fueran cogidos, sino por preocupación de que Aryn encontrara a la Twi'lek.

Él viró alrededor de uno de los brazos de aterrizaje de navíos grandes conforme los alcanzaba. Él se encorvó tras los controles, anticipando el fuego en cualquier momento. Pero no llegó.

Bajo ellos quizás a cien metros, podía ver las puertas del tejado de varias plataformas de aterrizaje de navíos pequeños. Aryn se desató, se giró y abrió a T7. El droide bipeó.

Zeerid frenó el speeder pero no se detuvo. Si alguien les había visto aproximarse, quería que pensaran que el Speeder simplemente seguía en marcha.

—¿Preparada? —preguntó él, y puso al poco sofisticado piloto automático del speeder a volar durante otros diez klicks antes de descender.

—Preparada.

Soltó la palanca, y él y Aryn rápidamente maniobraron hacia la parte trasera del speeder cerca de T7. El viento tiraba de ellos. Él tuvo problemas de equilibrio pero Aryn le cogió por el brazo y lo equilibró. Ellos apretaron al droide entre ellos, compartieron una mirada.

—Vamos —dijo él.

Ella asintió y bajaron de la parte trasera del speeder.

T7 ululó conforme caían. El bulto del droide no les permitía controlar su descenso; estaban dando vueltas sobre sí mismos de inmediato. El campo de visión de Zeerid viraba rápidamente, salvajemente, entre el cielo estrellado y la parte superior del espaciopuerto abajo. Su estómago trepaba por su garganta y él apretó los dientes para mantener abajo la barra de proteínas que había comido.

Al final giraron, T7 silbando con alarma, hasta que Aryn los sujetó con su poder, terminó el giro, y frenó su descenso. El metal y el duracreto del techo del espaciopuerto se aproximaba en encontrarles. Había pasado sólo un segundo, dos. Aryn gruñía, les frenó aún más, más, hasta que tocaron levemente el techo.

—Mucho mejor que la última vez —dijo Zeerid, sonriendo, su corazón acelerado—. Podría vivir toda mi vida sin otra caída y sentiría que me pierdo algo.

Aryn no sonrió tanto.

Zeerid se recompuso, cogió un bláster en cada mano, y escaneó el tejado. Avistó un panel de conductos de acceso.

—Ahí.

Ellos corrieron hacia él y él disparó a la cubierta de metal con su bláster, exponiendo un nido de víboras de cables. Normalmente una cubierta rota habría hecho sonar la alarma en la torre de control, pero la torre de control estaba oscura, desocupada.

—Hazlo, Te-siete.

Un panel en el abdomen del droide se abrió y varios brazos finos, mecánicos salieron. Todos acababan en algún tipo u otro de herramienta. T7 enganchó los brazos a los cables y empezó a trabajar. Zeerid, todavía preocupado por si habian sido vistos, escaneó el cielo. No vio nada.

T7 zumbaba mientras trabajaba.

—Vamos, Vamos —dijo Zeerid al droide. A Aryn, le dijo—: ¿Estás bien?

Ella parecía extrañamente en calma, o preocupada.

—Estoy bien —dijo ella.

El droide dio una serie de silbidos y ululaciones de excitación.

—Está en el sistema de seguridad y represión de incendios —dijo Aryn.

—Actívalo con diez segundos de retraso —dijo Zeerid al droide.

El droide bipeó en consentimiento.

MALGUS SALTÓ A LA LANZADERA conforme descendía cerca del Templo.

—Al Espaciopuerto Liston —le dijo al piloto—. Rápido.

—Sí, mi señor.

Trató de nuevo contactar con Eleena con el comunicador pero no tuvo respuesta. A cada momento que pasaba su preocupación crecía. Reconoció que sus emociones le dirigían, le controlaban, sabía también de la debilidad que evidenciaba, pero no podía dejar que fuera dañada, no por un Jedi.

La advertencia de Angral saltaba por su cerebro: Las pasiones pueden llevar a errores.

La voz del piloto sobre el comunicador interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—¿Ha escuchado las noticias de Alderaan, mi señor?

—¿Qué noticias? —dijo Malgus. Sus músculos se contrajeron, como en anticipación de un golpe, o combate.

El golpe llegó y le golpeó fuerte.

—Hay rumores de que se ha alcanzado un acuerdo y que un tratado de paz será firmado a final del día. A cambio de la conversión de ciertos sistemas periféricos al control Imperial, Coruscant le será devuelta a la República.

Las palabras del piloto empujaron las palabras de Angral fuera del cerebro de Malgus y rebotaron alrededor de su cabeza como disparos de bláster.

Sistemas periféricos.

Coruscant devuelta a la República.

Paz.

Las palabras proporcionaron calor a las emociones ya hirvientes de Malgus. Pensó en Angral y Adraas sentados en algún sitio juntos, bebiendo vino y pensando que habían logrado algo forzando a la República a rendir algunos sistemas insignificantes, cuando de hecho habían envenenado el cuerpo del Imperio con el veneno de la paz.

—¡Paz!

Caminó de un lado a otro del compartimento, puños apretados, un animal salvaje agotado en su jaula. Sus pensamientos viraban entre Eleena por una parte, Angral y Adraas por otra.

—¡Paz!

Él aplastó su puño contra la mampara, agradeció el dolor.

Pensaron que podían domarle, Angral y Adraas, pensaron que podían usar a Eleena para domesticarle. ¿Y no era eso lo que quería ella, también? Ella, que buscaba ser su consciencia. Ella, que le pedía que antepusiera el amor ante su deber al Imperio.

La rabia fermentando de Malgus hirvió hacia la ira. Golpeó sus puños en la mesa de trabajo, mermándola. Cogió una silla y la lanzó contra la mampara, dirigió sus puños a través de la pequeña videopantalla construida dentro de la pared.

—¿Va todo bien, Darth Malgus? —gritó el piloto por el comunicador.

—Todo va bien —dijo Malgus, aunque nada lo iba.

—Llegando al espaciopuerto ahora, mi señor —dijo el piloto.

ZEERID MIRABA TRABAJAR A T7 ansioso. Su reloj interno estaba en marcha. Necesitaban seguir en movimiento.

Habiéndose colado en el sistema de seguridad y represión de incendios, T7 iba a mandar una señal falsa a la red, engañando a los sensores para detectar una fuga de combustible gaseoso en el muelle de aterrizaje donde las lanzaderas Imperiales habían aterrizado. Una alarma indicando la fuga de un gas combustible altamente explosivo iniciaría una evacuación y procedimientos de ventilación.

O eso esperaba Zeerid.

Los brazos de metal del droide hacían su magia. T7 cortó un cable aquí, soldaba allá, reunía varios cables aquí, entonces los conectaba a la interfaz que había vuelto a cablear. Sus bajos silbidos y trinos le decían a Zeerid que se estaba comunicando con la red del espaciopuerto. Tras un corto tiempo, el droide retrajo sus brazos metálicos al cilindro de su cuerpo.

—¿Hecho? —preguntó Zeerid.

T7 bipeó una afirmativa.

Zeerid le dio una palmadita en la cabeza y el droide protestó con un bip bajo.

—Entonces vamos —dijo Zeerid.

Él y Aryn esprintaron por el tejado hacia las puertas de lanzamiento, con T7 rodando tras ellos. Zeerid contó atrás desde diez en su cabeza. Justo conforme alcanzaban las puertas de lanzamiento, justo cuando acabó su cuenta atrás, las sirenas empezaron a gemir, audibles incluso desde el tejado. Una voz mecánica hablaba sobre los altavoces de las instalaciones.

—Una liberación de una sustancia nociva ha ocurrido en el muelle de aterrizaje dieciséis-B. Hay un peligro significante. Por favor muévanse rápidamente hacia la salida

más cercana. Una liberación de una sustancia nociva ha ocurrido en el muelle de aterrizaje dieciséis-B …

—Si Te-siete ha hecho su trabajo —dijo Zeerid, y el droide bipeó indignado—, el sistema detectará la fuga de gas combustible en la plataforma justo debajo de nosotros. Cuando lo haga, debería abrir las puertas de lanzamiento automáticamente para ventilar el gas…

El techo vibró conforme las puertas de lanzamiento se separaban y empezaban lentamente a deslizarse para abrirse.

—Bien hecho —dijo Zeerid al droide.

DELANTE, Malgus vio el pequeño espaciopuerto que el Imperio comandaba. Parecía algo como una araña bocarriba con demasiadas piernas, con unos grandes brazos de aterrizaje de navíos grandes pegados al cuerpo hinchado y elevado hacia el cielo. Las puertas de lanzamiento sobre las varias plataformas de aterrizaje de navíos pequeños punteaban el cuerpo de la araña. Todas estaban cerradas salvo una. La luz se vería sobre el cielo a través de las puertas abiertas.

—Hay una multitud cerca de la entrada del puerto —dijo el piloto.

Malgus apartó la mirada de las puertas de lanzamiento abiertas para ver a docenas de personas saliendo de una de las entradas del espaciopuerto y arremolinándose. La mayoría eran trabajadores del puerto en monos, ciudadanos de Coruscant a los que el Imperio había presionado al servicio de hacer las labores domésticas del puerto, pero contaba a quizás veinte soldados Imperiales, una docena de marines del ejército, y un puñado de otros soldados en armadura media.

Presionó su cara contra la ventana para mirar más de cerca a los soldados. Vio al Capitán Kerse, uno de los que había escogido para acompañar a Eleena.

Pero no vio a Eleena.

—Desciende cerca de las puertas —dijo él—. Rápido.

La lanzadera tocó suelo con un golpe seco pesado y Malgus se apresuró. En cuanto lo vieron, los soldados Imperiales rompieron a la atención y le ofrecieron un saludo. Los trabajadores retrocedían, miedo en sus ojos. Quizás habían escuchado lo que había hecho en el hospital.

Malgus caminó hacia el Capitán Kerse, un hombre poderosamente robusto a quien la cabeza calva le sentaba como una losa sobre su grueso cuello. Malgus se inclinó sobre él.

—Darth Malgus, hay una fuga de gas combustible en el área de aterrizaje de navíos pequeños. Evacuamos mientras el sistema de seguridad…

—¿Dónde está Eleena? —preguntó Malgus.

—Ella está… —Kerse miró alrededor de la multitud. Su piel se volvió manchada. A uno de sus hombre, le dijo—: ¿Dónde está la Twi’lek?

—La vi cerca de la otra lanzadera, señor —contestó otro de los soldados—. Asumí que nos seguía.

Malgus agarró a Kerse por su pechera de plastiacero y tiró de él nariz a nariz.

—¿Estaba contigo antes de la fuga de gas?

La cabeza de Kerse se balanceaba sobre su cuello.

—Sí. Ella…

—Llévame.

—El gas combustible, mi señor.

—¡No hay ningún gas combustible! Es una treta para llegar a Eleena.

Para llegar a él.

—¿Qué? —dijo Kerse.

Malgus lanzó a Kerse al suelo y caminó tras él a las puertas del puerto. Tras él, escuchó a Kerse llamar a los otros soldados para que le siguieran. Mientras que las puertas se deslizaban para abrirse ante Malgus, tenía a seis soldados de élite con rifles bláster en órbita a su alrededor.

—Por aquí, mi señor —dijo Kerse, tomando posición junto a él.

—**VELOCIDAD Y PRECISIÓN** —dijo Zeerid, tanto como recordatorio para sí mismo como para Aryn—. Velocidad y precisión.

Ellos vieron las puertas de lanzamiento retraerse para ventilar el gas combustible inexistente. Las puertas abiertas revelaban la plataforma de aterrizaje de abajo. Zeerid vio las dos lanzaderas Imperiales, la nave de entregas de clase Libélula. Las sirenas continuaban gritando. La voz automatizada en los altavoces continuaba musitando.

Zeerid habría interceptado la nave de entregas. Tendría que esquivar a los cazas Imperiales y los cruceros en su camino fuera del espacio de Coruscant. Las lanzaderas volarían como el cacharro cuadrado que eran, y sería derribado tan pronto como alcanzara la atmósfera. La nave de entregas, al menos, le daría una oportunidad decente de salir limpiamente.

Cogió a Aryn por el bíceps.

—Todavía puedes venir conmigo, Aryn.

Ella le miró a la cara y él vio una vez más, por primera vez desde que la había vuelto a ver, la comprensión profunda que vivía en sus ojos.

—No puedo —dijo ella.

—Puedes —insistió él—. Has honrado el recuerdo de tu Maestro.

—Hora de irse —dijo ella—. Velocidad y precisión, dijiste.

Él reprimió su respuesta y una vez más atraparon a T7 en su agarre compartido y saltaron al vacío. De nuevo el poder de Aryn les frenó su descenso y acolchó su aterrizaje.

Golpearon el suelo de metal y duracreto de la plataforma, asaltados por todas partes por el gemido de las sirenas y la voz implacable de los altavoces. Zeerid tomó rápidamente el control de la situación.

No vio a nadie en el área de aterrizaje y la única salida —un par de puertas dobles que llevaban a un gran pasillo más allá— estaba abierta. Todos debían haber evacuado.

Ambas lanzaderas Imperiales tenían sus rampas de aterrizaje bajadas. La nave de entregas no la tenía y la cubierta de su cabina de mandos estaba atenuada, tan opaca como el agua sucia.

—Te-siete. Necesito que crackées para abrir esa Libélula. Ahora mismo.

El droide bipeó de acuerdo y rodó hacia la puerta trasera de la nave de entregas. Zeerid miró a Aryn y le dio otra oportunidad.

—Reconsidéralo, Aryn. —Él se irguió directamente ante ella, forzándola a verle, escucharle—. Ven conmigo. Por favor. —Él sonrió, tratando de aligerar el asunto—. Empezaremos una granja en Dantooine, como dije.

Ella sonrió, aparentemente entretenida por el pensamiento, y él estaba encantado de verlo.

—No puedo Zeerid. Serás un buen granjero, aún así. Voy a encontrar a la Twi'lek y…

Ella se detuvo a media frase, sus ojos fijos en algo sobre el hombro de Zeerid.

Él se giró para ver a la Twi'lek descender de la rampa de aterrizaje de la lanzadera cercana, una mochila sobre su hombro. Dos soldados Imperiales con pecheras de plastiacero la flanqueaban a cada lado. Cada uno tenía un rifle bláster apoyado sobre su hombro. Los tres llevaban máscaras para respirar. No habían abandonado su nave cuando la alarma sonó, en su lugar simplemente se habían puesto máscaras. Quizás había algo en la lanzadera que no estaban dispuestos a dejar desprotegido. Todo el mundo se quedó petrificado, y por un momento nadie se movió.

Entonces todos a la vez se movieron.

La Twi'lek soltó su mochila, sus ojos bien abiertos tras las lentes de su máscara, y fue a por sus blásters. Los soldados maldijeron en tono amortiguado, descolgaron sus rifles, y trataron de ponerlos en uso.

Aryn encendió su sable de luz.

Zeerid, uno de sus blásters todavía en mano, disparó al soldado de la derecha. Dos disparos gritaron en el pecho del soldado. La armadura se extirpó en una nube de humo y la fuerza del impacto golpeó al hombre fuera de la rampa, giró su máscara a un lado de su cara. Golpeó la cubierta y se quedó ahí, escarbando por cobertura. Zeerid disparó de nuevo, y un golpe en la parte media del hombre le hizo quedarse tranquilo.

La Twi'lek sacó a relucir sus blásters y disparó dos, cuatro, seis disparos a Zeerid. Aryn se deslizó ante él y su espada reflejó todos los disparos, dos de ellos detrás, hacia el otro soldado, que abrió pequeños agujeros en su máscara. Él cayó de espaldas hacia la rampa, muerto.

—Sal de aquí, Zeerid —dijo Aryn sobre su hombro. Ella empezó a caminar hacia la lanzadera, hacia la Twi'lek.

—Aryn —gritó Zeerid, pero ella no le escuchaba. Él imaginó que ahora sólo escuchaba la voz de su Maestro muerto.

Zeerid se dio cuenta de que ya no era su lucha. Sostuvo su bláster y observó. Ya no había nada más que pudiera hacer.

Aryn caminó hacia la lanzadera mientras la Twi'lek retrocedía hacia la rampa de aterrizaje, apuntando. Antes de que la Twi'lek pudiera disparar, Aryn hizo un gesto con su mano izquierda, y ambos blásters salieron volando de las manos de la Twi'lek y aterrizaron en los pies de Aryn. La Twi'lek articuló algo que se perdió en la amortiguación de su máscara. Aryn caminó sobre y pasando los blásters.

La Twi'lek, con los ojos bien abiertos, se giró para huir al compartimento de la lanzadera. De nuevo, Aryn hizo un gesto y una explosión de poder fue hacia delante de ella, golpeó atrás a la Twi'lek, y la llevó fuertemente contra la mampostería. Ella colapsó dentro del compartimento de la lanzadera, sólo sus pies saliendo lo suficientemente fuera para que Zeerid lo pudiera ver.

Aryn desactivó su espada. Se detuvo por un momento y bajó su cabeza, pensando.

Zeerid se permitió tener esperanza, casi gritó su nombre de nuevo.

Pero entonces ella alzó su cabeza y caminó hacia la rampa de aterrizaje, caminando sobre los cuerpos de los soldados.

Zeerid inclinó su cabeza por un momento, entristecido. Era su decisión, su lucha. Él se recompuso a sí mismo, se giró, y gritó a T7.

—Abre esa Libélula, Te-siete. Es hora de irse.

VRATH SE DESPERTÓ CON EL RUIDO de un disparo de bláster, el gemido agudo de las sirenas, y la voz en el sistema de altavoces del puerto diciendo algo sobre una fuga de combustible. Había tomado un somnífero para evadirse y le tomó unos momentos para aclarar su cabeza. Se había dormido en la cabina de mandos. Comprobó su crono. Casi el amanecer, o justo después. Había estado fuera de juego gran parte de la noche.

Algo golpeó el casco de la Navaja, un disparo de bláster.

—Qué dem…

Aclaró la cubierta de transpariacero de la cabina de mandos y miró fuera a la plataforma de aterrizaje. El ángulo de la navaja le ofrecía muy poco campo de visión así que podía ver poco, meramente una parte de una de las lanzaderas Imperiales atracada cerca de él. Extrañamente, no vio trabajadores, ni soldados Imperiales, ni droides.

Escuchó unos cuantos disparos de bláster más desde detrás de la nave. No tenía ni idea de qué estaba pasando y no deseaba averiguarlo. Todavía no tenía permiso para dejar Coruscant, pero no abandonaría a su nave en el muelle en medio de una batalla de fuego o lo que fuera que estuviera pasando ahí fuera. Imaginó que llevaría a la Navaja al aire y permanecería en la atmósfera. Puso el monótono e insípido anuncio automático del espaciopuerto en su comunicador de la nave.

—Una liberación de una sustancia nociva ha ocurrido en el muelle de aterrizaje dieciséis-B. Hay un peligro significante. Por favor muévanse rápidamente hacia la salida más cercana. Una liberación de una sustancia nociva…

En la pared cerca de él, escrito en grandes letras negras, estaban las palabras: MUELLE DE ATERRIZAJE 16-B.

Comprobó dos veces para asegurarse de que la Navaja todavía estaba bien sellada. No lo estaba. La puerta trasera estaba abierta. Él maldijo. Juró que la había cerrado. Golpeó el botón para cerrarla pero todavía parpadeaba como abierta. Algo la mantenía abierta, o había un fallo en el circuito.

Tendría que cerrarla con el interruptor de la parte trasera o el cargamento se caería conforme volaba. Inició la secuencia de auto-lanzamiento de la Navaja, se alzó, y se dirigió a la parte trasera de la nave. A medio camino, se dio cuenta de que había dejado sus bláster y espadas en la cabina de mandos. Se las había quitado cuando agarró el sueño.

No había problema. No los necesitaría.

ARYN SE SENTÍA DELIRANTE conforme caminaba por la rampa de aterrizaje de la lanzadera. Mantenía la empuñadura de su sable de luz en su mano, mantenía la rabia en su corazón.

Se frenó cuando la Twi'lek se revolvió, gimió, y se giró para verla acercarse.

Aryn alzó su mano libre y casi dijo, no te haré daño, pero frenó sus palabras antes de que escaparan de su boca.

No quería mentir.

La mujer escarbaba hacia atrás lateralmente, los ojos sin ningún miedo, llevando a Aryn dentro, hasta que ella topó con la mampostería. Ella se deslizó hacia arriba por la pared de forma que se puso en pie. Aryn se detuvo a dos pasos de ella. Ellas se miraron la una a la otra a lo largo del golfo sin límites de sus respectivos entendimientos.

Fuera, las sirenas aullaban. Aryn ya no podía ver a Zeerid. Más importante, él ya no podía verla a ella.

Los ojos de la Twi'lek cayeron a la empuñadura del sable de luz de Aryn. Aryn no sintió ningún miedo radiando de la mujer, sólo una tristeza suave, profunda.

—Has venido a matarme.

Aryn no lo negó. Su boca estaba seca. Puso en su cinturón su sable de luz, sacó el del Maestro Zallow.

—Veo tu rabia —dijo la Twi'lek.

Aryn pensó en el Maestro Zallow y fortaleció su decisión.

—No me conoces, mujer. No pretendas que lo haces.

Ella encendió el sable de luz del Maestro Zallow. Los ojos de la Twi'lek se abrieron y un destello de miedo agrietó su fachada en calma.

—No lo hago —admitió la Twi'lek—. Pero reconozco la rabia cuando la veo. La conozco bastante bien.

Una sonrisa triste iluminó su cara, sobreponiéndose al miedo en su expresión. Estaba pensando en otra cosa o en otra persona aparte de Aryn y la tristeza que radiaba se incrementó, se agudizó.

—La rabia sólo es otro nombre para el dolor —dijo ella—. Eso lo sé bien, también. Y a veces… el dolor nos lleva demasiado profundo. El dolor te domina, ¿no?

Aryn había esperado resistencia, una lucha, una protesta, algo. En su lugar, la Twi'lek parecía… resignada.

—¿Me matarás, Jedi? ¿Por Darth Malgus? ¿Por algo que ha hecho?

Escuchar el nombre de Malgus avivó el calor de la rabia de Aryn.

—Hirió a alguien a quien amaba.

La Twi'lek asintió, dio una única sacudida corta, que debió haber sido una risa adolorida.

—Él hiere incluso a aquellos a los que ama. —Ella sonrió, y su suave voz sonaba como la lluvia.

—Esos hombres y sus guerras. Su nombre es Veradun, Jedi. Y me mataría si supiera que te lo he dicho. Pero los nombres son importantes.

Aryn tenía que trabajar para mantener su rabia. La Twi'lek parecía tan… frágil, tan herida.

—No me importa cuál es su nombre. Estabas con él. En el ataque al Templo. Lo vi.

—El Templo. Ah. —Ella asintió—. Sí, estaba con él. Le amo. Lucho a su lado. Tú harías lo mismo.

Aryn no lo podía negar. Habría hecho lo mismo… había hecho lo mismo.

La rabia que cargaba desde que sintió la muerte del Maestro Zallow empezó a reducirse, a drenar de ella ante la cara de dolor y tristeza de la Twi'lek, dándose cuenta de que su propio dolor no era el centro moral del universo. La pérdida de su rabia la sorprendió. Desde su muerte, no había sido nada si no rabia. Sin ella, se sentía vacía.

Dolor con otro nombre, había dicho la Twi'lek. Cierto.

—Por favor que sea rápido —dijo la Twi'lek—. Una muerte limpia, ¿sí?

Las palabras no sonaban tanto como un desafío si no como una petición.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Aryn.

—Eleena —dijo la Twi'lek.

Aryn caminó hacia ella. Los ojos de Eleena fueron a la espada de Aryn pero ella no se encogió cuando Aryn se aproximó. Miró a los ojos de Aryn y Aryn a los suyos, cada una midiendo el dolor de la otra, la pérdida de la otra.

—Los nombres son importantes —dijo Aryn. Ella soltó el agarre en el sable de luz de su Maestro muerto, desactivó la espada, y golpeó el pomo contra la sien de Eleena. La Twi'lek colapsó sin un sonido.

—Y no te mataré, Eleena.

En varios sentidos, Eleena ya estaba muerta. Aryn se compadeció de ella.

Todavía se sentía obligada a vengar al Maestro Zallow, pero no podía asesinar a Eleena para hacer sufrir a Malgus. El Maestro Zallow nunca lo habría permitido. Aryn no

podía vengarle traicionando por lo que él luchaba. Quizás él había fallado. Quizás la Orden había fallado. Pero ambos habían fallado noblemente. Había algo en eso.

Ella recordó el sueño que había tenido del Maestro Zallow, de él en pie sobre las ruinas del Templo en silencio articulando palabras que no podía entender entonces.

Las entendió ahora.

—Se fiel a ti misma. —Había dicho él.

¿No había estado Zeerid intentando decirle lo mismo todo el tiempo?

—**LO SIENTO**, mi señor —dijo Kerse conforme se apresuraban a través del espaciopuerto—. Asumí que habían evacuado, y no tuvimos una oportunidad de hacer recuento…

—Ahórrate las excusas, Kerse —dijo Malgus y resistió la urgencia de cortar al hombre en dos.

El largo pasillo principal del puerto parecía de kilómetros de largo. Mostradores se alineaban en él, negocios, incluso carritos de vendedores, todos abandonados. Videopantallas se asentaban oscuras en los muros de los salones y clubs.

Pequeños pasillos se ramificaban del principal, llevando a plataformas de pasajeros comerciales, a ascensores que llevaban a las grandes áreas de montaje de navíos, y a plataformas de navíos pequeños.

—Moveos —les dijo Malgus, y ellos lo hicieron. A Kerse, le dijo—: Muéstrame dónde la viste por última vez.

Kerse señaló a un pasillo lateral lejos hacia delante, cerca del final del pasillo principal.

—Es ahí, mi señor. Plataforma 16-B. A la izquierda.

Malgus pensó que la 16-B estaba cerca de las puertas de lanzamiento que había visto abiertas a su llegada al espaciopuerto. Aumentó su velocidad con la Fuerza y fue a toda velocidad por la sala, dejando atrás a los soldados. Los muros, señales, y el suelo eran un borrón para él conforme aceleraba hacia la plataforma de aterrizaje, hacia Eleena.

T7 HABÍA ABIERTO LA ESCOTILLA TRASERA de la Libélula y todavía estaba conectado al panel de control. Zeerid tardó un largo momento en girar su cabeza de la Libélula a la lanzadera Imperial donde Aryn había desaparecido con la Twi'lek, entonces se giró de nuevo. Finalmente empezó a mirar a la Libélula, pero la voz de Aryn tiró de él.

—¡Zeerid!

Se giró para ver a Aryn salir de la lanzadera, llevando el cuerpo tranquilo de la Twi'lek en sus brazos. Zeerid no podía decir si la Twi'lek estaba muerta o viva. Caminó hacia Aryn lentamente, sus ojos no en la Twi'lek si no en Aryn.

—¿Quiero saberlo?

Temía la respuesta.

—No la he matado, Zeerid. Era importante para mí que lo supieras.

Zeerid se permitió respirar.

—Me alegro, Aryn. ¿Entonces vendrás conmigo, ahora? —Él sacudió el pulgar sobre su hombro.

—Te-siete ha abierto la Libélula.

—No puedo, Zeerid, pero estoy… bien ahora. ¿Lo entiendes?

—No lo entiendo, no.

Aryn abrió la boca para hablar, se detuvo, e inclinó su cabeza, como si hubiera escuchado algo de lejos.

—Está viniendo —dijo ella.

Los pelos de la nuca de Zeerid se erizaron.

—¿Quién está viniendo? ¿Malgus?

Aryn se arrodilló y dejó a la Twi’lek abajo tan suavemente como lo haría con un recién nacido.

Las sirenas de repente dejaron de gemir, el sonido se cortó como con una navaja. El silencio inesperado se sentía ominoso. Zeerid miró a las puertas dobles abiertas de la plataforma de aterrizaje. Un pasillo oscuro se estiraba tras ellas.

Aryn se alzó, cerró los ojos, inhaló.

—Ve, Zeerid —dijo ella.

—No me voy a ir —dijo Zeerid, y sacó su otro bláster. Pasó su lengua por sus labios secos.

Ella abrió sus ojos y le agarró con la mirada.

—Vas a irte y vas a irte ahora, Zeta. Piensa en tu hija. Ve ahora mismo. Ve… sé un granjero.

Ella sonrió y le dio un empujón. Él la miró a la cara, sabiendo que tenía razón.

Él no podía dejar huérfana a Arra, ni siquiera por Aryn. Aún así, no estaba dispuesto a dejarla. Caminó cerca de ella, y su expresión se suavizó. Ella le alcanzó y tocó su cara.

—Ve.

Llevado por nada más que un impulso, él la agarró por los hombros y la besó en la boca. Ella no se resistió, incluso se lo devolvió. Él la apartó con los brazos.

—Estás loca, Aryn Leneer —dijo él.

—Quizás.

Él se giró y se dirigió a la Libélula. El sentimiento de sus labios unidos a los de él, un fantasma de suavidad que esperaba que no le embrujara para siempre. Sólo deseaba haberla besado más tiempo.

Imaginó sus ojos en él y no se atrevió a mirar atrás por miedo a perder la voluntad de marcharse. El pensamiento del holo de Arra que solía guardar en el Gordo, su sonrisa, su risa, pese a su promesa a Nat de que no tomaría riesgos innecesarios.

Tan duro como era, mantuvo su espalda hacia Aryn Leneer.

—Sube a bordo, Te-siete —dijo él conforme subía por la rampa de aterrizaje.

T7 bipeó una triste negativa.

—¿No vienes?

De nuevo, una triste negativa.

Zeerid dio una palmadita en la cabeza del droide.

—Eres un valiente. Gracias por tu ayuda. Cuida de Aryn.

T7 silbó una afirmativa, seguida de una despedida sombría, y rodó lejos de la Libélula.

Los motores de la nave ya estaban en marcha. T7 debía haber iniciado la secuencia de lanzamiento.

VRATH COGIÓ SU CAMINO a través de los pasillos angostos de la Navaja hasta que alcanzó el compartimento trasero, el cual había convertido de un carguero de tropas a una bodega de carga. Cajas apiladas magnéticamente selladas a la cubierta punteaban la bodega, formando un laberinto de ratas. Se apresuró a través de él a la puerta trasera. La lucha de fuego en el exterior parecía haberse abatido, así que se permitió relajarse.

ZEERID OBSERVÓ ALEJARSE A T7. Golpeó el panel de control para cerrar la puerta trasera, y empezó a elevarse. Esperó hasta que los cerrojos se sellaran. Todavía pensando en Aryn, puso su mano en el frío metal de la puerta.

La Libélula se sacudió conforme emergía en sus propulsores. Necesitaba llegar a la cabina de mandos. No podía dejar que el piloto automático volara la nave cuando los Imperiales empezaran a disparar.

Se apresuró a través del muelle de carga, convertido en un laberinto por las muchas cajas de almacenamiento que lo punteaban. Girando una esquina, casi se choca con otro hombre.

Le llevó un momento para que el reconocimiento le iluminara… la constitución pequeña, el pelo oscuro limpiamente peinado, las profundas bolsas en sus ojos muertos, la fina boca.

Era el hombre del Parque Karson.

Era el hombre que había traicionado a Zeerid y Aryn ante los Sith.

Era el hombre que sabía de Arra y Nat.

—¡Tú! —dijo Vrath Xizor.

—Yo —afirmó Zeerid.

ARYN VIO DESPEGAR A LA LIBÉLULA, echando ya de menos a Zeerid. Trató de invocar la rabia que le había traído a Coruscant a enfrentar a Malgus, pero ya no sentía el mismo calor. Alcanzó su bolsillo, encontró la cuenta del brazalete Nautolano, la sostuvo entre el índice y el pulgar.

Se enfrentaría a Malgus. Tenía que hacerlo. Pero se enfrentaría a él como su Maestro habría deseado, con calma en su corazón.

Se irguió sobre el cuerpo de Eleena y esperó. La presencia de Malgus presionaba contra ella conforme se aproximaba. Su rabia iba ante él como una tormenta.

MALGUS CORRIÓ A TRAVÉS de las grandes puertas dobles y hacia el muelle de aterrizaje. La nave de Vrath Xizor, Navaja, se alzó en sus propulsores hacia las puertas abiertas del techo. Dos lanzaderas Imperiales se asentaban en reposo en la plataforma de aterrizaje.

—¡Eleena! —gritó, odiándose a sí mismo por su vulnerabilidad pero incapaz de contener el grito.

Alcanzó la Fuerza conforme la Navaja continuaba su ascenso, trató de cogerla con su agarre mental. Su ascenso se frenó. Mantuvo hacia delante ambos brazos, hizo de sus manos garras, y gritó con frustración conforme buscaba retraer el poder de los propulsores de la nave.

Sintió una estrechez en su mente, la cuerda de su poder siendo tensada, estirándose, estirándose. No liberaría la nave. Sus propulsores empezaron a chillar. Él la mantuvo, dientes apretados, el sudor empapando su cuerpo, su respiración un repiqueteo seco a través de su respirador.

Y entonces la cuerda se le escapó y la nave voló libre, elevándose alcanzando las puertas del techo.

Rugió con su rabia conforme los motores de la nave se encendían y se dirigía a los cielos. Furioso, activó su crono de muñeca.

—Jard, la nave de entregas del traficante de especia acaba de abandonar el Espaciopuerto Liston. Eleena puede estar a bordo. Asegúrala con un rayo tractor y detén a cualquiera a bordo…

El zumbido de un sable de luz activándose cortó sus palabras. Otro le siguió. Miró a través de la plataforma de aterrizaje y vio a Aryn Leneer, un sable de luz en cada mano, en pie sobre el cuerpo de Eleena.



EL ODIO PURO y la ira cruda surgían de Malgus hacia Aryn como una explosión física. Ella se protegía contra ella como lo haría ante una granizada. Se dio cuenta de lo fuertes que eran sus sentimientos por la Twi'lek, cómo sublimaba toda su emoción por ella en odio e ira.

Encendió su sable de luz y sus ojos y las places de su armadura reflejaban su brillo rojo. Alcanzó una mano tras él, hizo un gesto agudo, cortante, y las puertas del hangar golpearon al cerrarse. Otro gesto y los cierres de emergencia se colocaron en su sitio.

—Sólo nosotros —dijo él, su voz tan dura como un chirrido. No le había quitado los ojos a Eleena.

Aryn señaló a la Twi'lek.

—Está viva, Sith. Y sé de tus sentimientos por ella.

—No sabes nada —dijo Malgus, y dio un paso lento hacia ella.

—Deja que se vaya la nave de entregas. Da la orden, o la mataré.

—Mientes.

Aryn puso la espada del Maestro Zallow sobre el cuello de Eleena.

La emoción cruda surgía de Malgus, una ráfaga de ira.

—Te prometo que lo haré —dijo Aryn.

La mano libre de Malgus se cerró en un puño.

—Si la has herido permanentemente, te veré sufrir. Yo te prometo eso.

Aryn entendía menos y menos de Malgus con cada palabra que decía. Aún así, ella mantuvo su farol.

—¡Da la orden, Malgus!

Malgus la miró, gruñó, habló por su comunicador.

—Jard, anula mi orden anterior. La nave de entregar tiene permiso para dejar el sistema.

—¿Mi señor?

—¡Hazlo, Jard!

—Sí, mi señor.

Malgus caminó hacia Aryn, los lentos movimientos de un cazador que olía su presa.

—¿Y ahora, Jedi? No puedes salir de aquí.

—No quiero salir, Malgus.

Sus ojos sonreían.

—No. Quieres matarme. Lo necesitas, ¿no? ¿Por tu maestro?

Los sentimientos que las palabras extrajeron de las partes oscuras de su alma se sentían incómodamente cerca de la ira que fluía de Malgus. Un día antes y sus sentimientos habrían reflejado los de él. Que no lo hicieran se lo debía a Eleena.

Y a Zeerid.

Y al Maestro Zallow.

—Quería herirte, Sith. Herirte hiriéndola a ella. Pero no añadiré más a su dolor. Ella ya sufre suficiente.

Malgus detuvo su avance. Sus ojos fueron a la Twi'lek, y para su sorpresa, Aryn sintió algo similar a la lástima radiando de él, sólo un destello, rápidamente sustituido por el odio.

—Suficientes palabras —dijo él, volviendo su mirada a Aryn—. Haz tu intento, Aryn Leneer. Estoy aquí.

Él desechó su capa, se irguió, y la saludó con su sable de luz.

Ella alzó su sable de luz, el sable de luz del Maestro Zallow, sintió el peso de ambos en sus manos. Calló a las líneas de la Fuerza, en paz, calmada.

Corazón tranquilo. Mente tranquila.

Ella había entrenado en el combate con dos sables de luz cuando había sido una Padawan, pero raramente luchaba con dos espadas en una situación de combate genuino. Lo haría ahora, aquí, hoy. Pensó que encajaba que lo hiciera.

No esperó a Malgus. Ella saltó a lo largo del hangar, su velocidad aumentada por la Fuerza, las líneas de sus espadas dejando un borrón de luz en su alzamiento. Malgus mantuvo su posición, la espada preparada.

Ella apuñaló bajo con su espada primaria, alto con la secundaria. Malgus brincó sobre ambas, dio una voltereta, aterrizó tras ella, y dio un corte cruzado hacia su cuello.

Ella se agachó bajo él mientras giraba en una zancadilla invertida que le cogió de los pies y lo hizo tropezar. Cuando golpeó el suelo, ella se alzó, giró, elevó ambas espadas, y las dirigió abajo en un revés de corte paralelo. Malgus dio una voltereta hacia atrás, y las espadas de Aryn cortaron acuchillando el suelo del hangar. Chispas volaban.

Malgus saltó desde la voltereta y soltó una explosión telekinética que elevó a Aryn de sus pies y la hizo volar por el hangar. Ella golpeó contra la mampostería de una de las lanzaderas, pero usó la Fuerza para amortiguar el golpe de modo que no le hiciera daño. Saltando del frío metal, ella cargó contra Malgus. Conforme corría, ella lanzó primero su propio sable de luz hacia Malgus, entonces el del Maestro Zallow, usando la Fuerza para guiarlos a ambos.

El ataque cogió a Malgus por sorpresa, y la espada de Aryn mordió su armadura. Chispas volaron y Malgus se dobló del dolor, gruñendo con dolor. Él se agachó bajo la espada del Maestro Zallow y Aryn los recuperó a ambos conforme corría. En el momento en que los tuvo, los volvió a lanzar ambos hacia Malgus.

Pero esta vez él estaba preparado. Aumentando su velocidad con la Fuerza, dio una voltereta alta en el aire y fuera del camino de ambos. Ella anticipó su movimiento, de todos modos, saltó adelante para cortarle y aterrizó con una patada voladora en su pecho. Él usó la Fuerza para disminuir el impacto del golpe pero le hizo retroceder un paso y ella escuchó su respiración complicarse a través del sonido de su respirador.

Él se recuperó, rugió, elevó alta su espada para cortarla en dos, y la hizo bajar. Pero ella ya había convocado de vuelta su propia espada a su mano y la interpuso en un bloqueo.

La fuerza de Malgus le llevó sobre sus rodillas. Ella sacó su otra mano y tiró de la espada del Maestro Zallow hacia su mano, apuñaló hacia su estómago con ella.

Malgus dio un paso a un lado de la puñalada, aunque rasgó su armadura e hizo llover chispas. Él empujó su espada a un lado con la suya y la pateó en la cara. La fuerza tras el golpe atravesó sus defensas, le hizo ver las estrellas, soltarse los dientes, y la mandó de cabeza hacia atrás. Ella aterrizó de rodillas, aturdida, viendo doble.

Ella se alzó, se balanceó en sus pies, viendo cuatro espadas en sus manos en vez de dos. Había algo en su boca y ella lo escupió… un diente, la raíz bifurcada y sangrienta.

—Eres una niña para el odio —dijo Malgus, su tono incongruentemente suave conforme caminaba hacia ella—. Tu rabia apenas arde. Eres una fracción de lo que podrías ser.

Ella necesitaba tiempo para recuperar sus sentidos, cierta distancia de Malgus. Ella dio una voltereta atrás alta en el aire y aterrizó sobre la lanzadera Imperial. Su mente estaba empezando a aclararse.

—Tu Maestro también estaba mal enfocado. Pensaba detenerme con calma, pero falló. Tú pensaste derrotarme con rabia, pero tenías demasiado poca, pese a tu pérdida.

La visión de Aryn empezó a aclararse. Ella se sentía más en sí misma.

—Estate agradecida por eso, Jedi. La rabia exige su precio.

De nuevo sintió la extraña sensación de compasión o lástima adulterando el odio por otra parte puro que fluía de Malgus. Sus ojos fueron a Eleena, su cuerpo arrugado en el suelo de la plataforma de aterrizaje.

Conforme Aryn se preparaba para saltar hacia Malgus, él alzó adelante una mano, casi con normalidad, y los rayos sisearon a través del espacio entre ellos. Aryn interpuso sus sables de luz, pero el poder en los rayos excedía cualquier cosa que hubiera sentido de Malgus antes. Atravesó sus defensas y ambos sables de luz volaron de sus manos. El rayo la agarró, la elevó y la lanzó contra la parte superior de la lanzadera.

Conforme volaba hacia la cubierta, olía la carne ardiendo, escuchaba gritar, se dio cuenta de que era su carne, sus gritos. Ella golpeó el suelo fuerte y su cabeza golpeó el suelo. Chispas salían en su cerebro, dolor, y todo se volvió oscuro.

EL ENTRENAMIENTO MILITAR DE ZEERID respondió más rápido que sus pensamientos. Hizo un cuchillo de su mano derecha y lo dirigió a la garganta del hombre más pequeño. Pero Vrath, también, debía haber sido entrenado. Un bloqueo de barrido lateral con su mano izquierda hizo apartarse el brazo de Zeerid, entonces Vrath agarró el brazo por el puño, deslizó sus pies para acercarse a Zeerid, y rotó para un lanzamiento de caderas. Zeerid lo vio venir, agarró el lanzamiento, golpeó el suelo en un rodeo, y se levantó con su E-9 desenvainada y apuntando.

Una patada de Vrath mandó el bláster volando y descargó contra la mampostería. Vrath siguió a la patada lateral con una patada giratoria pero Zeerid la anticipó, cogió el golpe lateral para agarrar la pierna, se puso en pie, y dirigió su puño contra la nariz del hombre.

Los huesos crujieron y la sangre explotó hacia fuera.

Vrath se sacudió salvajemente con su mano izquierda, dirigiendo sus dedos rectos hacia la garganta de Zeerid, un golpe que lo habría matado si el hombre hubiera sido capaz de poner más en él. Conforme fue, el golpe hizo que Zeerid soltara la pierna de Vrath y se pusiera en guardia.

Zeerid alcanzó tras su espalda su segundo bláster y empezó a aflojarlo. Pero Vrath cargó contra él antes de que Zeerid pudiera cogerlo, llevó a Zeerid contra una de las cajas de cargamento. El punto afilado de la esquina de la caja presionaba contra la espalda de Zeerid y él gruñó por el dolor. La mano de Vrath serpenteó alrededor de Zeerid, lo cogió por el puño, lo desequilibró, y le golpeó contra la caja. El segundo bláster cayó al suelo y el hombre lo pateó.

Zeerid gruñó con esfuerzo y empujó a Vrath lejos de él.

Ellos se alejaron tres pasos el uno del otro, ambos jadeando. Los ojos de Vrath estaban empañados. La sangre goteando de su nariz. Zeerid tenía problemas para respirar a través de su tráquea dañada.

—Era de esperar que llegaríamos a esto —dijo el hombre, su voz nasal por su nariz rota—. ¿No es así, Zeerid Korr?

Él cubrió primero una fosa nasal, luego la otra, expulsando la sangre y mocos a la vez.

—De todos modos, soy Vrath. Vrath Xizor.

Zeerid apenas le escuchaba. Se tomó el tiempo que había usado Vrath para aclarar su nariz para recuperar su propio aliento y mirar el suelo en busca de cada bláster. Ambas armas desaparecieron bajo las cajas durante la pelea.

Vrath sintió el daño en su nariz con una pinza de dos dedos.

—¿Qué eres? ¿Harrier? ¿Comando?

La respiración de Zeerid se aclaró y los dos hombres empezaron a andar en círculos.

—Escuadrón Caos —dijo Zeerid evaluando al hombre pequeño.

—Primero dentro —dijo Vrath, recitando uno de los lemas del escuadrón.

—¿Tú? —preguntó Zeerid.

—Compañía de francotiradores Imperiales.

—Un acechador —dijo Zeerid.

Vrath perdió la sonrisa ante el insulto.

—Maté cerca de cincuenta hombres en uniforme de la República, Korr. Tú serías sólo otro número para mí.

—Ya veremos —dijo Zeerid, tan calmado como los momentos tranquilos antes de una tormenta.

Vrath hizo una finta, esperando respuesta de Zeerid. Vrath sonrió, sus dientes sangrando por la sangre de su nariz.

—¿Saltador, no?

Zeerid buscó una apertura conforme daban círculos. Cuando vio una, hizo una finta alta y arremetió bajo, pensando tirar a Vrath donde el tamaño de Zeerid le daría la ventaja. Vrath se extendió para evitar la tirada, pero Zeerid usó su peso para dirigirse contra la mampostería. Vrath lanzó un pequeño codazo, rozando la cabeza de Zeerid, otro, dándole en la mejilla.

Gruñendo, Zeerid se empujó lejos del hombre pequeño para tener algo de espacio para trabajar. Cuando lo tuvo, todavía sujetando los brazos de Vrath, puso una patada en su abdomen, otra, otra. Vrath gruñó, giró su cuerpo para mantener las caderas en su sitio.

Los dedos de Vrath se deslizaron desde el hombro de Zeerid hasta su cara, hacia sus ojos. Zeerid agitó su cabeza pero los dedos de Vrath encontraron las fosas, empezó a hurgar.

Zeerid le empujó y retrocedió, parpadeando, cubriendo su retirada con una patada frontal.

Vrath arremetió contra él, le agarró por los muslos, lo elevó del suelo, y le lanzó de espaldas. La cabeza de Zeerid golpeó la cubierta fuertemente y vio las estrellas. Vrath se retorció encima de él, rápido, elusivo, sus brazos y piernas por todas partes, envolviendo a Zeerid. Pronto tuvo su cuerpo sobre el de Zeerid. Codazos y puños caían, uno tras otro. Zeerid recibió un golpe en la mejilla, la sien, otro en la mejilla, la cabeza. La última le abrió y la sangre corrió caliente y resbaló por su coronilla, manchó su cara, oscurecida con por el codazo de Vrath.

Desesperado, alcanzó los brazos de Vrath pero el hombre era demasiado rápido y la sangre hacía su piel resbaladiza, más difícil de agarrar. Zeerid atrapó sus brazos alrededor de la espalda de Vrath, tiró de él para acercarle, para quitarle el espacio que necesitaba para sus codazos.

Y entonces Vrath cometió un error. Tratando de alejarse para soltar más codazos, puso su cara sobre la de Zeerid con sólo unos pocos centímetros entre ellos. Zeerid lanzó su cabeza arriba y golpeó su frente contra la nariz ya rota de Vrath.

Vrath lloró del dolor, instintivamente se encogió. Tomando ventaja de la oportunidad, Zeerid agarró uno de los puños de Vrath, lo enrolló por encima, puso sus piernas a ambos lados del hombro de Vrath, extendió el brazo de Vrath, entonces extendió su propio cuerpo para llevar el brazo a la frente.

Vrath gritó conforme la hiperextensión se convertía en una rotura audible. El brazo se aflojó en el agarre de Zeerid, la unión destrozada.

Él liberó el codo de Vrath, rodó, y saltó sobre sus pies. Vrath, su cara retorcida de dolor, se arrastró hacia donde había desaparecido la E-9 bajo una caja. Zeerid le cortó, le tiró al suelo, y le empujó fuerte contra la mampostería. Vrath corrió hacia la pared de metal, en malas condiciones. Trató de sostenerse con su brazo roto pero simplemente era

una extremidad colgando de la unión y él cogió el equilibrio con el lateral de su cabeza. Sus ojos giraron y cayó.

Zeerid saltó sobre él, le golpeó en el ojo, pensando que sólo estaba aturdido, pero el hombre permaneció flojo bajo él. La sangre goteaba desde la cabeza de Zeerid hacia la cara de Vrath.

Jadeando, Zeerid comprobó el pulso de Vrath. Todavía estaba vivo.

De una vez la adrenalina que le había alimentado durante el combate se drenó fuera de él. Su cuerpo entero le dolía. Su respiración se volvió irregular y no tenía fuerzas. Punzadas de dolor en su cara y cabeza hacían eco a cada latido de su corazón. El combate entero había durado quizás cuarenta segundos. Sentía como si hubiera sido golpeado durante horas.

Se quedó mirando a Vrath, pensando qué hacer con él. Buscó en los pantalones del hombre, chaqueta, abrigo. Encontró varias IDs y otros objetos personales. También encontró ataduras de plástico. Levantó a Vrath y puso sus brazos tras él.

Sentía los huesos en el brazo roto molerse y Vrath gimió.

—Lo siento —dijo Zeerid. No había nada que pudiera hacer con el brazo.

Una vez que tenía los brazos del hombre asegurados, lo cargó sobre sus hombros y lo llevó con las piernas agitadas a través de la nave hacia la cabina de mandos. Una Libélula no tenía calabozo y de ninguna manera Zeerid iba a dejar a Vrath fuera de su vista.

En el momento que alcanzó la cabina de mandos, la nave salió del espaciopuerto y se inclinó hacia arriba hacia la atmósfera. Zeerid estudió la instrumentación. Su cara estaba inflamada y su ojo estaba dañado por los dedos de Vrath así que tuvo que entornar los ojos. Se quitó la camiseta y la usó para aplicar presión sobre la herida de su cabeza. No quería desangrarse sobre los controles.

Un cinturón de armas con un bláster GH-22 y varios cuchillos descansaban sobre el asiento del piloto. Las armas de Vrath, presumiblemente. Zeerid se las abrochó y se sentó.

Nunca había volado una nave de entregas de clase Libélula, pero podía volar cualquier cosa que caminara entre las estrellas. Necesitaba pasar el bloqueo Imperial y llegar a la pista del hiperespacio.

—Hora de bailar entre la lluvia —dijo él, y desconectó el piloto automático.

Miró debajo de la cubierta hacia el espaciopuerto bien abajo, pensando qué habría pasado con Aryn. Habría pagado un montón de créditos para tenerla a su lado en ese momento.

ARYN ABRIÓ SUS OJOS. Malgus estaba en pie sobre ella, sus ojos inyectados en sangre fijos en su cara. Él sostenía a la Twi'lek, todavía inconsciente, en sus brazos. Él también sostenía ambos sables de luz de Aryn. La empuñadura de su propio sable de luz colgaba de su cinturón.

No la había matado. No tenía ni idea de por qué.

Él miró abajo hacia ella y ella sintió su ambivalencia. Estaba luchando contra algo.

—Llévatelos y vete —dijo él, y soltó ambos sables de luz. Ellos golpearon el suelo con un tintineo—. Coge la lanzadera. Me aseguraré de que tengas un paseo seguro lejos de Coruscant.

Ella no se movió. Los sables de luz estaban a centímetros de su mano.

Los ojos de él se encogieron.

—A no ser que tu necesidad de vengar a tu Maestro requiera que mueras, deberías hacer lo que te digo, Jedi.

Ella se empujó con una mano, cogió ambos sables de luz con la otra. El metal estaba frío en su mano.

—¿Por qué?

—Porque tú la perdonaste —dijo él, su voz suave tras el respirador—. De ser a la inversa, yo no habría hecho lo mismo. Porque tu presencia me ha hecho darme cuenta de algo que debería haber sabido hace mucho tiempo.

Aryn se alzó, todavía con cuidado, y enganchó los sables de luz a su cinturón.

—Dejaremos Coruscant, ya sabes —dijo él, casi con tristeza—. El Imperio, me refiero. Todo lo que queda es firmar el tratado. Entonces tendremos paz. ¿Eso te place?

—¿Si me place? —Ella todavía no entendía. Hizo inventario de sus heridas. Montones de moratones y laceraciones. Nada roto. Hizo inventario de su alma. Nada roto allí, tampoco.

Ella miró a la cara de Malgus. No sabía qué decir.

—Quizás nos encontraremos de nuevo, bajo otras circunstancias.

—Si nos encontramos de nuevo, Aryn Leneer —dijo Malgus—. Te mataré como hice con tu Maestro. No confundas mis acciones con misericordia. Estoy saldando una deuda. Cuando te vayas, estará saldada.

Aryn lamió sus labios, le miró a la cara, y asintió.

—¿Sabes que tu propia Orden te traicionó, Jedi? —dijo él—. Ellos nos informaron de que vendrías aquí.

Aryn no estaba sorprendida, pero la traición todavía dolía.

—Ya no pertenezco a ninguna Orden —dijo ella, su garganta apretada.

Él rió, el sonido como una tos seca.

—Entonces tenemos más en común que la rabia —dijo él.

—Ahora, vete.

Ella no entendía y se resignó a sí misma a no entenderlo nunca. Se giró, todavía incrédula, y se dirigió a la lanzadera. T7 salió de un escondite cerca de la nave y bipeó una pregunta. No tenía respuesta. Juntos, abordaron la lanzadera. Cuando ella alcanzó la cabina de mandos y se sentó, se dio cuenta de que estaba temblando.

—Corazón tranquilo, mente tranquila —dijo ella, y se sintió más en calma.

Exhalando, encendió los propulsores. No tenía ni idea de adónde debería ir.

CONFORME EL AZUL DEL CIELO DE CORUSCANT dio paso al negro del espacio, Zeerid empezó a sudar. Miró los sensores por las naves Imperiales. Le habrían detectado en ese momento. Un crucero se mostró en su pantalla, quizás el Valor, quizás otro. Rodó la nave de entregas lejos de él, aceleró hacia la hipercarretera más cercana. Sólo quería saltar a alguna parte, cualquier parte.

Un bip del panel atrajo su atención. Le llevó un momento darse cuenta de que estaban contactándole. Le llevó otro momento averiguar cómo operarlo. Golpeó el botón, abriendo el canal. En cualquier caso, maldeciría a los Imperiales antes de que le derribaran.

—Nave de entregas Navaja, tiene permiso para despegar.

Zeerid asumió que tenía que ser un ardid, una mala broma. Pero no vio nada en el escáner, y el crucero no se movió para interponerse.

Voló hacia la hipercarretera. Dejó que el ordenador de navegación calculara una ruta y trató de creer su suerte. La voz de Vrath le asombró.

—No está mal, Comando. Estoy impresionado.

—Impresionarte no es nada que me importe, acechador.

Vrath se rio entre dientes, pero se convirtió en una tos y una mueca de dolor.

—Hay pastillas para el dolor en la nave médica. ¿Te importaría?

—Después —dijo Zeerid.

—Duele bastante, marine.

—Bien.

—Sólo son negocios, Korr.

Zeerid pensó en Arra, Nat, Aryn.

—Cierto. Negocios.

Él había hecho todo lo que podía en cuanto a negocios.

—Estamos en paz por mi parte —dijo Vrath—. Fui contratado para detener a esa ingespecia de llegar a Coruscant. Lo hice. Lo que quiere decir que estamos en paz. Doy mi informe y nunca nos veremos más el uno al otro. Me gustaría que me devolvieras mi nave, aún así.

Zeerid resistió la urgencia de pegar a un hombre atado. Estaba comportándose como su hubieran acabado un partido amistoso de pelea, y que irían a por unas bebidas después.

—El Intercambio probablemente no será tan del tipo que perdona, ¿eh? —dijo Vrath—. He escuchado que no toleran que se pierda la mercancía. Tú y tu familia vais a tener una buena bronca allí.

Las palabras de Vrath hicieron que a Zeerid se le cortara la respiración. Escucharle lo había cambiado todo. Sus puños se volvieron blancos en la palanca conforme las opciones pasaban por su mente. La adrenalina le llenaba hasta los ojos. Miró fuera a la ventana de la cabina de mandos.

—No saben que tengo una familia.

—Aún no —dijo Vrath—. Pero lo harán. Ellos siempre lo hacen…

Demasiado tarde Vrath pareció darse cuenta de que había pisado una mina. Trató de apartarlo con una risa entre dientes pero Zeerid escuchó el miedo tras la risa.

—O quizás no lo hagan. Yo sólo estoy hablando.

—Tú hablas demasiado —dijo Zeerid mientras endurecía su expresión, endurecía su mente. La alquimia de la necesidad destilaba su lista de opciones sólo a una.

Él puso el piloto automático y se irguió.

—En tus pies, Vrath.

Cuando el hombre no se puso de pie. Zeerid tiró de él duramente sobre sus pies. Vrath gruñó con dolor.

—Tranquilo, marine. Medicinas para el dolor ahora, ¿no?

Él sonaba dudoso.

—Camina —dijo Zeerid.

—¿Adónde?

Zeerid pegó el GH-22 en su espalda.

—Muévete.

De mala gana, Vrath dejó que Zeerid le empujara a través de los pasillos de la nave. El hombre se movió lentamente, como si conociera las intenciones de Zeerid, y Zeerid tuvo que presionarle a seguir. Unos pocos giros, unos pocos pasillos, y Zeerid vio una escotilla de aire. Condujo a Vrath hasta ella, se paró ante ella.

—Gírate.

Vrath lo hizo. Su cara estaba manchada, pero si era por la derrota o por el miedo Zeerid no podía saberlo.

—Esto es por tu hija, ¿no? Bien, ya se lo he dicho a mi gente, Korr. Ellos ya lo saben.

Zeerid escuchó el tono alto de una mentira en el tono de Vrath.

—Una mentira. Ya me has dicho que no lo hiciste. Dijiste, «Aún no».

Apartó a Vrath del camino con el bláster y activó las puertas internas de la escotilla de aire. Se deslizaron para abrirse con un siseo. Una luz roja puesta en el techo se encendía y empezaba a girar.

Zeerid le empujó con el bláster. —¿Esto es lo que quieres? —Él señaló a la escotilla de aire.

—¿O eso?

Vrath miró el arma, la escotilla de aire, tragó con fuera.

—No tiene por qué ser así, Korr. No le diré a nadie sobre ti o tu familia. Puedes incluso quedarte con la nave.

—No puedo correr ese riesgo.

Vrath trató de sonreír, pero parecía la mueca de un muerto.

—Vamos, Korr. Si te digo que no hablaré, no hablaré. No soy otra cosa que un hombre de palabra.

Zeerid pensó en la promesa que le había hecho a Nat, que no tomaría riesgos innecesarios.

—Sí. Yo, también.

La desesperación trepó por la voz de Vrath. Se balanceó sobre sus pies.

—Tendrás que cargar con esto, Korr. Esto te hará un asesino. Matar a un hombre con su propia arma. ¿Quieres ese peso?

Zeerid sabía lo que estaba haciendo. O al menos eso pensaba.

—Puedo cargar con él. Y no necesito un sermón sobre asesinato de un acechador.

El miedo empañó los ojos de Vrath.

—Era la guerra, Korr. Piensa en ello. Piénsalo bien.

—Lo he hecho. Elige, o yo elijo por ti. Sólo otro número, ¿verdad?

Vrath miró a la cara de Zeerid. Quizás vio el vacío, la determinación.

—Al infierno contigo, Korr. Al infierno contigo.

Zeerid le empujó a la escotilla de aire.

—Pude haberla matado, Korr. A ambas. Antes en el parquet en Vulta. Sabes que podría haberlo hecho. Pero no lo hice.

—No —dijo Zeerid—. No lo hiciste.

Él activó el sellado y las puertas empezaron a cerrarse.

—¡Desearía haberlas matado ahora! ¡Desearía haberlo hecho!

Zeerid detuvo la puerta, un destello repentino de rabia reavivando su fuerza. Alcanzó la escotilla de aire y agarró a Vrath por la camiseta, le agitó.

—Si la hubieras dañado, esto vendría a ti con una espada afilada y un toque lento. ¿Me escuchas, acechador? ¿Lo haces?

Él pateó a Vrath en el estómago, doblando al hombre con el golpe. Mientras Vrath jadeaba para respirar, Zeerid reactivó la puerta y se selló. Vrath le miró a través de la diminuta ventana de transpariacero, todo ojos salvajes, gruñidos, y dientes.

Zeerid golpeó el botón para evacuar la escotilla de aire. La alarma de advertencia gimió.

Le dio una mirada más a Vrath, vio el miedo en ella, entonces se giró y caminó atrás hacia la cabina de mandos.

Asesino.

Eso es lo que era.

La sirena se detuvo y sintió una suave vibración conforme la escotilla de aire externa se abría.

Un agujero se abrió en su estómago.

La emoción, sin nombre y cruda, hizo que sus ojos se empañaran. Los frotó para aclararlos.

Era un asesino, y ya se sentía pesado.

Pero podría cargar con ello… por Nat, por Arra. Esperaba que cargaría con ello el resto de su vida y el peso nunca disminuiría. Había matado hombres antes, pero no así, no como había matado a Vrath.

Por primera vez, entendió, entendió realmente, por qué Aryn había vuelto a Coruscant.

Rezó a los dioses en los que no creía que reconsiderara lo que ella había ido a hacer. Ella sentía las cosas demasiado intensamente para sentir lo que él sentía. Ella nunca podría cargar con eso. La destruiría. Estaría mejor muerta.

De repente, sólo quería dormir.

Sobrescribió la ruta aleatoria del ordenador de navegación e introdujo las coordenadas para Vulta. Sus manos temblaban todo el rato.

En unos momentos, la Navaja saltó al hiperespacio.

Siempre había volado solo, pero nunca se había sentido solo en la cabina de mandos, no hasta ese momento.

Sentándose de nuevo en la silla, trató de dormir.

Y trató de no soñar.

MALGUS OBSERVÓ LA LANZADERA pilotada por Aryn Leneer elevarse en sus propulsores. Contactó a Jard en el comunicador.

—Una lanzadera está despegando de Liston —dijo él—. También tiene permiso para abandonar el espacio de Coruscant.

—Sí, mi señor —contestó Jard.

Malgus podría haber roto su palabra a la Jedi, podría haber disparado a Aryn Leneer en el cielo. Pero no lo haría. Él mantenía sus promesas.

Pero se dio cuenta, más que nunca, que los Jedi eran demasiado peligrosos para que él les permitiera existir. Eran para los Sith lo que Eleena era para él… un ejemplo de paz, de comodidad, y por lo tanto una tentación para la debilidad. Angral no lo veía. El Emperador no lo veía. Pero Malgus lo vio. Y sabía lo que debía hacer. Él debía destruir a los Jedi por completo.

Se arrodilló junto a Eleena, meció su cabeza en su brazo izquierdo. Estudió su cara, su simetría, la línea de su mandíbula, los ojos profundos, la nariz perfectamente formada. Le recordaba a la primera vez que la había visto, una esclava acobardada, derrotada apenas en su adolescencia. Había matado a su propietario por su brutalidad, la había llevado a su casa, la había entrenado en el combate. Ella había sido su compañera, su amante, su consciencia desde entonces.

Sus ojos se agitaron para abrirse, se centraron. Ella sonrió.

—Veradun, eres mi rescatador.

—Sí —dijo él.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó Eleena—. La Jedi.

—Se ha ido. Nunca te volverá a hacer daño.

Ella inclinó su cabeza atrás sobre su brazo, cerró sus ojos, y suspiró con satisfacción.

—Sabía que me amabas.

—Lo hago —admitió él, y su sonrisa se amplió. Sentía las lágrimas formándose en sus ojos, su debilidad hecha manifiesto.

Ella abrió sus ojos, vio las lágrimas, alzó un brazo para poner una mano en su mejilla.

—¿Qué ocurre, mi amor?

—Que te amo es lo que ocurre, Eleena.

—Veradun…

Él se tranquilizó a sí mismo, se puso en pie, encendió su sable de luz, y lo dirigió a través de su corazón.

Sus ojos se abrieron, nunca abandonó su cara, le perforaba. Su boca se abrió en un jadeo sorprendido. Ella parecía como si quisiera decir algo, pero ningún sonido salió de su boca.

Y entonces se acabó y ella se había ido.

Él desactivó su espada.

Ya no podía permitirse una consciencia, o una debilidad, no si iba a hacer lo que debía hacerse. Él sólo podía servir a un maestro.

Se paró en pie sobre su cuerpo hasta que las lágrimas se secaron.

Decidió que nunca derramaría otra. Había tenido que destruir lo que amaba. Y él sabía que tendría que hacerlo de nuevo. Primero los Jedi, luego…

Tras él, Kerse y sus soldados estaban preocupados en las puertas del muelle de aterrizaje, tratando de cortar su camino hacia el interior.

Malgus se arrodilló y cogió su cuerpo flácido. Ella se sentía tan ligera como una gasa en sus manos. Le daría un funeral con honor, y entonces comenzaría.

Su visión en Korriban le había mostrado una galaxia en llamas. Pero no era sólo la República la que requería que se purgara con fuego.



LA NOCHE, y la ira controlada, atraparon a Malgus. Su rabia ardía siempre ahora, y sus pensamientos reflejaban el aire caliginoso. Había cogido una nave en secreto desde las Regiones Desconocidas, donde estaba estacionado actualmente, e hizo su camino al planeta. Nadie sabía que había venido.

Se centró en mantener su señal de Fuerza suprimida. No quería que nadie supiera de su presencia prematuramente.

Una rodaja de la luna cortaba una hendidura encogida en el cielo oscuro, pintando todo de grises y negros.

El muro de piedra del recinto, ocho metros de alto, se alzaba ante él, su superficie tan dura y picada como el semblante de Malgus. Atrayendo la Fuerza, aumentó un salto que le llevó arriba y sobre el muro. Aterrizó en un patio de jardín bien atendido. Los árboles enanos esculpidos y arbustos creaban sombras extrañas, deformes a la luz de la luna. El leve sonido de una fuente se mezclaba con el zumbido nocturno de los insectos.

Malgus se movió a través del jardín, una oscuridad más profunda entre las sombras, sus botas suaves sobre la hierba.

Unas pocas luces iluminaban las ventanas de la mansión rectangular que se asentaba en el centro de las tierras. La mansión, el jardín, la fuente, todo ello, parecía similar a algún mundo suave de la República, algún santuario Jedi decadente donde los tan llamados eruditos de la Fuerza reflexionaban sobre la paz y buscaban la tranquilidad.

Malgus sabía que era estúpido. Los imperios y los hombres que gobernaban imperios no podían permanecer en forma cuando estaban rodeados de comodidad, de paz.

De amor.

Voces bajas sonaban de adelante, apenas audibles en la tranquilidad. Malgus no se frenó y no hizo ningún intento de ocultar su acercamiento conforme emergía de la oscuridad del jardín.

Le vieron inmediatamente, dos soldados Imperiales en armadura media. Apuntaron sus rifles bláster.

—Quién dem…

Él atrajo la Fuerza, hizo un gesto como si estuviera apartando insectos, y mandó a ambos soldados volando contra la pared de la mansión lo suficientemente fuerte para romper sus huesos. Ambos se hundieron en el suelo, inmóviles. Los ojos negros de sus cascos miraban a Malgus.

Caminó entre sus cuerpos y a través de las puertas deslizantes de la mansión, le recordó a su ataque al Templo Jedi en Coruscant.

Excepto que entonces Eleena le había acompañado. Parecía que había pasado una vida.

Pensar en Eleena liberó oxígeno a las ascuas de su rabia. En vida, Eleena había sido su debilidad, una herramienta para ser explotada por sus rivales. En muerte, se había vuelto su fuerza, su recuerdo, la lente de su ira.

Residía en el ojo en calma de una tormenta de odio. El poder se arremolinaba a su alrededor, dentro de él. No sentía como si estuviera atrayendo la Fuerza, usándola. Sentía como si él fuera la Fuerza, como si se hubiera fundido con ella.

Había evolucionado. Nada dividía ya sus lealtades. Servía a la Fuerza y sólo a la Fuerza, y su entendimiento de ella aumentaba a diario.

El poder creciente arremolinándose a su alrededor, fugándose por los límites de su control, hizo imposible la supresión de su señal de Fuerza. De una vez bajó todas las barreras mentales, dejó que la fuerza total de su poder se agitara a su alrededor.

—¡Adraas! —gritó, poniendo el suficiente poder en su voz para hacer que el techo y las paredes vibraran—. ¡Adraas!

Caminó a través de las habitaciones y vestíbulos del lugar de retiro de Adraas, derribando o destruyendo todo a su alcance… mampostería antigua, el estatuario bizarro, erótico favorito de Adraas, todo. Dejaba ruinas a su paso, todo el rato gritando a Adraas que se mostrara. Su voz cortaba las paredes.

Giró una esquina para ver un escuadrón de seis soldados Imperiales en armadura completa, rifles bláster preparados, los tres del frente de rodillas ante los otros tres.

Habían estado esperándole.

Sus reflejos mejorados con la Fuerza se movían más rápidos que sus dedos en el gatillo. Sin aminorar su paso, tiró de su sable de luz hacia su mano y lo activó conforme los blásters se descargaban. La línea roja de su arma giró tan rápido en su mano que se expandió en un escudo.

Dos de los disparos de bláster rebotaron de su arma hacia el techo. Reflejó los otros cuatro a los soldados, poniendo agujeros negros a través de dos pecheras y dos máscaras faciales. Otras dos zancadas y una embestida le llevó sobre los dos soldados supervivientes antes de que pudieran disparar de nuevo. Hizo un corte cruzado, giró y cortó cruzado de nuevo, matando a ambos.

Desactivó su sable de luz y continuó a través de la mansión hasta que alcanzó una gran sala central, quizás de quince metros de ancho y veinticinco de largo. Columnas de madera decorativa que sostenían los balcones superiores se alineaban en su longitud a intervalos regulares. Un par de puertas dobles estaban en pie en el lado alejado de la sala, opuestas a aquellas por las que Malgus había entrado.

Lord Adraas permanecía en la entrada abierta. Llevaba una capa negra sobre su armadura elaborada.

—Malgus —dijo Adraas, su voz mostrando sorpresa, pero su tono convirtiendo el nombre de Malgus en un insulto—. Estabas en las Regiones Desconocidas.

—Estoy en las Regiones Desconocidas.

Adraas entendió la implicación.

—Sabía que vendrías algún día.

—Entonces sabes que estoy aquí por ti.

Adraas encendió su sable de luz, lanzó su capa.

—Por mí, sí. —Él se rió entre dientes.

—Te entiendo, Malgus. Te entiendo bastante bien.

—Tú no entiendes nada —dijo Malgus, y caminó hacia la habitación.

Malgus sintió el odio saliendo de Adraas, el poder, pero empalidecía en comparación a la ira y el odio agitándose en Malgus. En el ojo de su mente, vio la cara de Eleena conforme moría. Le daba combustible a las llamas de su ira.

Adraas, también caminó hacia la habitación.

—¿Crees que tu presencia aquí es una sorpresa? ¿Que no hacía tiempo que veía venir esto?

Malgus se rió entre dientes, el sonido fuerte sobre el alto techo.

—Lo has visto venir pero no puedes detenerlo. Eres un niño, Adraas. Y esta noche tú pagas. Angral no está aquí para protegerte. Nadie lo está.

Adraas se mofó.

—He ocultado mi verdadero poder de ti, Malgus. Eres tú el que no saldrá de aquí.

—Entonces muéstrame tu poder —dijo Malgus, burlándose.

Adraas gruñó y alzó adelante su mano izquierda. Rayos de Fuerza restallaban de las puntas de sus dedos, llenaban el espacio entre ellos.

Malgus interpuso su sable de luz, atrajo el rayo hacia él, y empezó a caminar hacia Adraas. El poder se arremolinaba alrededor de la espada roja, siseando, crepitando, empujó contra Malgus, pero él caminó a través de él. La piel de sus manos se ampollaba pero Malgus resistió el dolor, lo pagó como el precio por su causa.

Conforme caminaba, giró su espada en un arco sobre su cabeza, reuniendo los rayos, entonces los lanzó de vuelta a Adraas. Golpearon contra su pecho, elevaron su cuerpo del suelo, y le lanzaron fuerte contra el muro alejado.

—¿Ese es tu poder? —preguntó Malgus, todavía avanzando, envuelto en ira—. ¿Eso es lo que deseabas mostrarme?

Adraas saltó a sus pies, su armadura chamuscada y humeando. Un gruñido dividía su cara.

Malgus cogió sus pasos, pasó de caminar a cargar. Sus botas hundidas en el suelo de madera de la sala. No le importaban las sutilezas. Ventiló su rabia en un rugido continuo conforme desataba una serie de golpes furiosos: un revés cortante que Adraas bloqueó; una puñalada baja que Adraas apenas esquivó; una patada lateral que conectó con el costado de Adraas, costillas rotas, e hizo volar a Adraas a lo largo de todo el eje reducido de la sala. Chocó contra una columna y el impacto la partió como lo haría un rayo con un árbol.

Adraas gruñó conforme saltaba a sus pies. El poder se reunía a su alrededor, una tormenta negra de energía, y él saltó hacia Malgus, su espada en alto.

Malgus se burló, hizo un gesto, agarró a Adraas en su poder, y tiró de él desde el aire en la parte más alta de su salto.

Adraas golpeó el suelo en una caída, su respiración llegando en jadeos. Saltó a cuatro patas, luego se puso en pie, protegiendo su lateral, su espada se mantenía sin fuerzas ante él.

—No me ocultaste nada —dijo Malgus, y el poder en su voz hizo que Adraas se doblara—. Eres un imbécil, Adraas. Tus habilidades son políticas, ocurriendo a tu favor. Tu entendimiento de la Fuerza no es nada comparado al mío.

Adraas gruñó, empezó a cargar hacia Malgus, un último intento de abandono de salvar su dignidad si no su vida.

Malgus alzó hacia delante su mano y la ira en su interior se manifestó en venas azules de rayos que se descargaron desde las puntas de sus dedos y golpearon a Adraas. El poder detuvo la carga de Adraas, soltó su sable de luz de su mano, le cogió en una jaula de rayos ardientes. Él gritó, retorciéndose en la frustración y el dolor.

—¡Acábalo, Malgus! ¡Acábalo!

Malgus aflojó sus dedos y liberó el rayo. Adraas cayó al suelo, su carne humeante, la piel de su cara una vez atractiva ampollada y despellejándose. De nuevo se alzó a cuatro patas y miró a Malgus.

—Angral me vengará.

—Angral sospechará lo que ha pasado aquí —dijo Malgus, y caminó hacia él—. Pero no lo sabrá, no con seguridad, no hasta que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —preguntó Adraas.

Malgus no contestó.

—Estás loco —dijo Adraas, y saltó sobre sus pies y cargó. Tiró de su sable de luz hacia su puño y lo activó. El ataque cogió a Malgus momentáneamente por sorpresa.

Adraas soltó una ráfaga de golpes, su espada zumbando, un borrón rojo mientras giraba, apuñalaba, tajaba, y cortaba. Malgus retrocedió un solo paso, otro, entonces mantuvo su posición, su propia espada una respuesta a todos los ataques de Adraas. Adraas gritó conforme atacaba, el sonido de desesperación, lleno con el conocimiento de que no era rival para Malgus.

Finalmente Malgus contestó con un ataque propio, forzando a Adraas a retroceder con el poder y la velocidad de sus golpes. Cuando hizo retroceder a Adraas contra la pared, hizo un corte cruzado hacia su cabeza. Adraas se agachó bajo él y Malgus cortó una columna en dos. Conforme la enorme parte superior de la columna caía contra el suelo y el balcón se sacudía sobre ellos, Adraas calló sobre una rodilla y apuñaló al pecho de Malgus. Malgus giró fuera del camino y llevó el giro hacia un corte que seccionó el brazo de Adraas desde el codo. Adraas gritó y se agarró el brazo por el bíceps mientras su antebrazo caía al suelo junto con la columna.

Malgus había enseñado la lección que había venido a enseñar.

Desactivó su sable de luz, alzó su mano izquierda, e hizo una pinza con sus dedos.

Adraas trató de usar su propio poder para defenderse a sí mismo pero Malgus presionó a través de él e hizo un agarre telekinético de la garganta de Adraas.

Adraas se atragantaba, los capilares de sus ojos bien abiertos empezando a explotar. El poder de Malgus elevó a Adraas del suelo, sus piernas pateando, jadeando.

Malgus se puso en pie directamente ante Adraas, su odio, el tornillo cerrándose sobre la tráquea de Adraas.

—Tú y Angral provocasteis esto, Adraas. Y el Emperador. No puede haber paz con los Jedi, no puede haber tregua. —Él apretó su puño—. No puede haber paz, del todo. Nunca.

La única respuesta de Adraas fue un asfixiamiento continuo.

Viéndole ahí, colgando, medio muerto, Malgus pensó en Eleena, en la descripción que Adraas hizo de ella. Liberó a Adraas del agarre de su estrangulamiento de Fuerza.

Adraas golpeó el suelo de espaldas, jadeando. Malgus tenía una rodilla sobre su pecho y ambas manos en su garganta antes de que Adraas pudiera recuperarse. Mataría a Adraas con sus manos desnudas.

—Mírame a los ojos —dijo él, e hizo que Adraas le mirara—. ¡A los ojos!

Los ojos de Adraas mostraban una hemorragia petequial pero Malgus sabía que era coherente.

—La llamaste sin raza —dijo Malgus. Se quitó sus guantes, cogió a Adraas por la garganta, y empezó a apretar—. A mi cara le llamaste eso a ella. A ella.

Adraas parpadeó, sus ojos empañados. Su boca abriéndose y cerrándose, pero no salía ningún sonido.

—Tú eres el sin raza, Adraas. —Malgus se inclinó bien abajo, nariz a nariz—. El sin raza de Angral y tú y aquellos que han cruzado la pureza del Imperio con vuestra contaminación, cambiando la fuerza por una paz miserable.

La tráquea de Adraas colapsó en el agarre de Malgus. No hubo una tos final ni atragantamiento. Adraas murió en silencio.

Malgus se alzó y se irguió sobre el cuerpo de Adraas. Se puso sus guantes, ajustó su armadura, su capa, y caminó fuera de la mansión.

EL SOL NACIENTE DESPUNTABA sobre las montañas de Dantooine, y la fina línea de nubes en el horizonte parecía estar en llamas. Las sombras se estiraban sobre el valle, gradualmente desvaneciéndose conforme el sol se alzaba más alto. Los árboles susurraban en una brisa que llevaba la esencia de los fertilizantes, fruta en descomposición, y la lluvia reciente.

Zeerid permaneció en medio de la tierra húmeda y la hierba alta, bajo el cielo abierto, y enfrentó el hecho de que no tenía ni idea de lo que debería estar haciendo.

Probablemente sembrando semillas, supuso él, o haciendo injertos en las viñas, o comprobando el suelo o algo. Pero todo eran conjeturas. Miró alrededor como si debiera

haber alguien cerca a quien pudiera pedir ayuda, pero la granja más cercana estaba a veinte klicks al oeste.

Él estaba por su cuenta.

—Como siempre —se dijo a sí mismo con una sonrisa.

Tras salir de Coruscant, voló a Vulta, alzó en brazos a Nat y Arra, y voló profundamente en el Borde Exterior. Ahí, vendió la Navaja y su cargamento en el mercado negro y, con los créditos que ganó le compró a Nat su propio hogar y se compró a él y a Arra un viejo viñero —mucho tiempo en desuso para la cosecha— de una pareja mayor.

Se había convertido en un granjero, de algún tipo. O al menos en el dueño de una granja. Justo como le había dicho a Aryn que haría.

Pensar en Aryn, especialmente en sus ojos, le hizo sonreír, pero la sonrisa se curvó hacia abajo bajo el peso de los malos recuerdos.

Nunca la había vuelto a ver después de dejar Coruscant. Por un tiempo intentó saber qué le había pasado, pero una búsqueda en la HoloRed no le decía nada. Sabía, sin embargo, que Darth Malgus vivía. Supuso que eso significaba que Aryn no, y no sería capaz de contarle a Arra por qué su Papi a veces lloraba.

Y él, en secreto, esperaba la presunción de que estuviera equivocado, que ella hubiera escapado de algún modo, que recordara quién era.

Pensó en ella todos los días, su sonrisa, su pelo, pero especialmente sus ojos. La comprensión que vio en ellos siempre le habían atraído a ella. Todavía lo hacían, aunque sólo se sentía atraído por su recuerdo ahora.

Esperaba que hubiera encontrado lo que fuera que estuviera buscando antes del final.

Miró alrededor de su nuevo estado, al gran hogar donde él y Arra rondaban, a las varias construcciones anexas que albergaban el equipo que él no sabía utilizar, a la hilera tras hilera de enrejados que se alineaban en los campos de viñas en barbecho, y se sintió… libre.

No le debía nada a nadie y El Intercambio nunca le encontraría, incluso si de algún modo descubrían que todavía estaba vivo. Poseía tierras, un hogar, y tenía créditos suficientes todavía para contratar a un grupo que le ayudaría a convertir la tierra en un viñedo decente en un año o dos. O quizás convertiría la granja para cultivar tabaco. Meses antes, no podía haber imaginado una vida así para sí mismo.

Sonriendo como un imbécil, se sentó en el centro de su terreno de tierra y miró la salida del sol.

Un punto negro sobre el horizonte atrajo su Mirada.

Una nave.

La observó, despreocupado hasta que empezó a hacerse más grande. No podía todavía averiguar su perfil, pero podía ver su trayectoria.

Se dirigía en su dirección.

Un destello de pánico le agarró pero luchó para abatirlo. Sus ojos fueron a la casa donde Arra dormía. Volvió su mirada hacia la nave.

No le gustaba que naves no identificadas descendieran desde el cielo en su dirección. Siempre le recordaban al saltador de zanjas que había visto estamparse contra el Templo Jedi. Siempre le recordaban a Aryn.

—No pueden habernos encontrado —dijo él—. No es nada.

La nave se hizo aún más grande conforme acortaba la distancia. Se movía rápido.

Por el diseño de tres alas averiguó que era un Trueno BT7: una nave multiusos común incluso fuera del Borde. Él se puso en pie conforme se acercaba. Podía escuchar el zumbido profundo bajo de sus motores.

—¡Papi!

La voz de Arra hizo girar su cabeza. Había salido de la casa y se sentó en la mecedora del porche cubierto de la casa. Ella sonreía y saludaba.

—¡La lluvia se ha ido! —dijo ella.

—¡Entra en la casa, Arra! —gritó él, señalando a la puerta.

—Pero Papi…

—Entra ahora mismo.

No se molestó en ver si ella obedecía. La nave probablemente aún no le había visto. Las verjas y sus venas de viñas marrones le habrían ocultado de un observador aéreo. Se agachó bajo y fue a toda prisa hacia el borde del campo, refugiándose lo mejor que podía tras una de las verjas. Tiró de alguna de las viñas muertas para poder mirar a través del área abierta del campo donde la nave iba a aterrizar.

Si venía a su granja.

Él dirigió una mirada de nuevo a la casa y vio que Arra había vuelto dentro. Alcanzó su pistolera del tobillo y sacó la E-3 que guardaba ahí, entonces alcanzó la pequeña de su espalda hacia la E-9 que guardaba ahí. Se reprendía a sí mismo por no tener sus pistoleras normales de cadera con sus BlasTech gemelas 4s. A Arra no le gustaba ver las armas, así que había decidido llevar sólo aquellas que pudiera llevar en pistoleras ocultas. Pero las pequeñas pistolas de juguete serie E tendrían problemas haciendo demasiado a alguien con una armadura ablativa.

De nuevo, si la nave iba a su granja.

La nave surgió a la vista, y él notó su ausencia de marcas. No era una buena señal. Aminoró, rodeó la granja, y él trató de hacerse pequeño. Sus motores se frenaron y los propulsores se conectaron. Estaba descendiendo.

Él maldijo, maldijo, y maldijo.

La tensión se enroscaba dentro de él pero todavía sentía la calma habitual que siempre le servía bien en el combate. Se recordó a sí mismo no disparar hasta que supiera a qué se estaba enfrentando. Era posible que quien fuera que estaba en el Trueno no tuviera intención de hacerle ningún daño. Otro local, quizás. O un oficial en una nave sin marcar.

Pero él lo dudaba.

Si eran agentes del Intercambio, quería dejar al menos uno con vida, para averiguar cómo le habían seguido el rastro.

La nave descendió, sus patines hundiéndose en la tierra húmeda. Los motores disminuían la ventilación pero no se apagaron. Podía ver al piloto a través de la cubierta de transpariacero… un hombre humano en la chaqueta, casco, y gafas que parecían ser del uniforme de piloto explorador de fuera del Borde. Estaba hablando con una persona o con varias en el compartimento trasero, pero Zeerid no podía ver quién.

Él escuchó las puertas del lado alejado de la nave deslizarse para abrirse, entonces cerrarse. Él todavía no podía ver a nadie. Los motores de la nave volvieron aumentar la ventilación, los propulsores se encendieron, y empezó a despegar. Le llevó unos pocos segundos elevarse en el aire y conectar sus motores por completo y entonces salir por detrás de las verjas.

Una única figura caminaba hacia su hogar, una mujer humana con el pelo corto, vestida en unos pantalones anchos y un abrigo corto. Apuntó ambos blásters a su espalda.

—No des ni un paso más.

Ella se detuvo y alzó sus manos a cada lado.

Él empezó a rodearla para ver su cara.

—¿Vas a dispararme cada vez que nos encontremos?

El sonido de su voz le detuvo en sus pasos, haciendo que su corazón se acelerara, robándole el aliento.

—¿Aryn?

Ella se giró, y era ella. Él no podía creerlo.

Las primeras palabras que salieron de su boca eran ridículas.

—¡Tu pelo!

Ella pasó su mano por su pelo esquilado.

—Sí, necesitaba un cambio.

Él escuchó la seriedad en su tono y contestó del mismo modo conforme caminaba hacia ella. Sus piernas se sentían intranquilas bajo él.

—Sé a lo que te refieres.

Ella sonrió suavemente, y era la misma que siempre había sido, tan cálida como el sol naciente.

—Te he buscado por todas partes —dijo ella—. Quería asegurarme de que estabas bien.

—Yo te busqué, también —dijo él—. Pero no había nada. Vi cada holo historia sobre los Jedi. Decía que estaban abandonando Coruscant…

Su expresión cayó.

—Me salí de la Orden, Zeerid.

Él se detuvo en sus pasos.

—¿Que hiciste qué?

—Me salí. Como te dije, necesitaba un cambio.

—Pensé que te referías a tu pelo.

Ella sonrió a eso, también, entonces señaló a los blásters con sus ojos.

—¿Vas a alejar esas?

Él sintió que se ruborizaba.

—Por supuesto. Quiero decir, sí. Cierto.

Él enfundó ambas armas, las manos agitándose.

—¿Cómo me encontraste?

—Dijiste que te convertirías en granjero en Dantooine. —Ella extendió sus manos a un lado, señalando al paisaje—. Y aquí estás.

—Y aquí estoy.

—No te preocupes —dijo ella, anticipando su preocupación—. Nadie más podría encontrarte. Sólo yo.

—Sólo tú. Sólo tú.

Él estaba sonriendo estúpidamente, haciendo eco de sus palabras, y probablemente parecía un imbécil. No le importaba. Ella estaba sonriendo, también, y él no podía resistirlo más.

—¡Stang, Aryn! —dijo él. Corrió hacia ella y la alzó en sus brazos.

Ella le devolvió el abrazo y él la apretó más fuerte, sentía su cuerpo contra el suyo, inhaló el aroma de su pelo. Disfrutó el momento entonces la apartó a la altura de los brazos.

—Espera, ¿cómo… saliste de Coruscant? Malgus…

Ella asintió.

—Llegamos a un entendimiento, de algún modo.

Él quería preguntar sobre la Twi'lek pero temía la respuesta. Quizás ella sintió su inquietud emocional, o quizás ella lo conocía lo suficientemente bien para anticipar la pregunta.

—Incluso después de que te marcharas no la herí. A Eleena, me refiero. La dejé con Malgus. No sé si le hice ningún favor, aún así.

Él la abrazó de nuevo, más aliviado de lo que habría esperado.

—Me alegro, Aryn. Me alegro de que lo hicieras. Me alegro de que estés aquí.

Las lágrimas se derramaban de sus ojos. Él no estaba seguro de por qué.

Ella le empujó atrás y estudió su cara.

—¿Qué ocurre? Estás alterado.

Las palabras empujaban por su garganta pero las mantuvo tras sus dientes. Él recordaba la escotilla de aire en la Navaja, pero agitó su cabeza. Vrath era su peso con el que cargar.

—No es nada. Sólo me alegro de verte. ¿Un entendimiento con Malgus? ¿Qué significa eso?

—Me dejó ir.

—¿Que él qué?

Aryn asintió.

—Él me dejó ir. Todavía no entiendo por qué. No del todo.

—¿Todavía estás… cazándole?

Una sombra pasó sobre la expresión de Aryn, pero su sonrisa suave iluminaba su cara y la hacía desvanecerse. Puso sus dedos en un collar que llevaba. Una piedra colgaba de una cadena de plata. Zeerid pensaba que era una joya Nautolana de algún tipo.

—No, no estoy cazándole. Cuando me enfrenté a él sentí su odio, su ira. —Ella se estremeció, enrolló sus brazos alrededor de su delgado cuerpo—. Era como nada que hubiera encontrado en un Sith antes. Vive en un lugar oscuro. Y yo… no quiero seguirle allí.

Zeerid lo entendió mejor de lo que ella sabía. Él vivía en su propio lugar oscuro.

—No quieres cargar con eso —le dijo a ella, a él mismo.

—No —dijo ella—. No quiero cargar con eso.

Él se sacudió la oscuridad y forzó una sonrisa.

—¿Te quedarás por un tiempo?

Antes de que Aryn pudiera contestar, la voz de Arra llegaba desde la casa.

—¡Papi! ¿Puedo salir ahora?

Él le hizo un gesto para que saliera y ella abrió la puerta, saltó sobre el porche bajó las escaleras, y atravesó la franja de tierra.

Aryn le agarró por el brazo.

—Está corriendo, Zeerid.

—Prostéticos —dijo él, y sus ojos se humedecieron de nuevo por verla correr hacia él con Aryn a su lado.

Cuando Arra les alcanzó, se detuvo ante ellos, sin aliento, su pelo rizado revuelto, sus ojos curiosos y su sonrisa amplia. Ella extendió una pequeña mano, toda seria.

—Hola. Me llamo Arra.

Aryn se arrodilló para mirarle a los ojos. Cogiendo su mano, dijo:

—Soy Aryn. Hola, Arra. Encantada de conocerte.

—Tienes unos ojos preciosos —dijo Arra.

—Gracias.

Zeerid dijo en voz alta sus esperanzas.

—Creo que Aryn se va a quedar con nosotros un tiempo. ¿No será genial?

Arra asintió.

—¿Lo harás, Aryn? ¿Te quedarás un tiempo?

Aryn se alzó y las esperanzas de Zeerid se alzaron con ella, frágiles, preparadas para salir corriendo. Cuando ella le miró y asintió, él sonrió como un imbécil.

—¿Te gusta jugar a la gravi-bola? —le preguntó Arra.

—Puedes enseñarme —dijo Aryn.

—¿Qué tal si comemos? —dijo Zeerid.

—¡Echemos una carrera! —dijo Arra, y esprintó hacia la casa.

Zeerid y Aryn cayeron detrás de ella, los tres riendo, libres.

SOBRE EL AUTOR

PAUL S. KEMP es el autor de la novela superventas del New York Times Star Wars: Contracorriente, así como de las nueve novelas de fantasía Reinos Olvidados y muchas historias cortas. Cuando no está escribiendo, practica derecho de sociedades en Michigan, lo que le ha inspirado a escribir algunos villanos realmente creíbles. Le gustan los cigarros, el escocés de malta, y la cerveza, e intenta tararear el tema de Shaft al menos una vez al día. Paul Kemp vive y trabaja en Grosse Pointe, Michigan, con su mujer, sus hijos gemelos, y un par de gatos.